
IRENE FERB
TÚ EN DOS TIEMPOS

TÚ EN DOS TIEMPOS

IRENE FERB

Título original: Tú en dos tiempos.
Autora: Irene Ferb

1º Edición: Julio 2024
Portada: Sara Cuevas. Juan Calvín.
Correctora: paginamaestracorreciones@gmail.com
Imágenes interior: Canva.

A “Aro” y Eire, porque vosotros tatuáis la alegría en mi vida y porque juntos formamos el equipo que siempre soñé. Os quiero con todo mi ser.

A mi padre, Antonio Fernández, porque nadie cree tanto en mí como tú.

Índice general

Capítulo 1

Mirarse al espejo y no verse. Mirarse al espejo para conectar. Respirar.

Contemplo el reflejo que proyecto en mi espejo de la entrada, con la taza de café ardiéndome en las manos; me gusta así, muy caliente, que salga humo, que me queme en los labios, me da igual si el café es de los mismos cafetales de Colombia o es arábigo, lo que no perdono es que esté templado.

Agarrar la taza fuerte. Agarrarse a esta circunstancia.

Respirar.

Se me han caído, escapado o escurrido tantas cosas de las manos que no cabrían en un almacén de Amazon, pero una taza de café como esta nunca. Porque cuando agarro con fuerza, yo no suelto, jamás. Sí, es un símil, te lo pongo fácil. Yo no libero, aunque de apretar estalle en pedazos. Como me… Es pronto.

Relamerme al beber y advertir cómo mi garganta se contonea. Sentir el calor y respirar. Saborearme y deducir que estoy muy nerviosa y excitada. Ha llegado el día. Es hoy. HOY.

¡Bueno, ya está bien!

No me voy a hacer la profunda porque nunca se me ha dado bien aparentar. Soy lo que ves, claro que no me ves, pero te prometo que soy tal te cuento y profunda no es uno de mis *hashtags*. Intensa, eso sí. Fantasiosa, también, y hasta hace unos meses romántica. Una de esas enamoradas de la vida que sonríen por sistema y a las que el olor a tierra mojada les evoca nostalgia, a pesar de que la lluvia le reviente, normalmente, los planes y le encrespe el pelo. Era confiada, era inocente, era idiota…, pero era medianamente feliz.

Cuando te atraviesan con un puñal y se regodean con el cuchillo dentro, todo lo que un día creíste ser se resbala junto a tu sangre. En el reflejo de mi propio charco estaban ellos dos. Mi mejor amiga y mi novio. ¡El jodido tópico! En ese momento recuerdo que pensé eso, «¿en serio me está pasando esto a mí? No, esta no soy yo, yo soy buena persona, despierta, no es real, no es cierto, esta no es mi vida…». Suelen decir que los momentos más impactantes de tu vida los experimentas como un espectador, y es verdad. Quizás porque la realidad es tan cruel que, si la vives de lleno, sufres un aneurisma. Creamos una cuarta dimensión para sobrevivir.

Ellos, mi aurícula y mi ventrículo, me reventaron. Me quedé sin un lado del corazón, porque había depositado todo mi amor en ellos y lo ultrajaron. Y siento que ese amor que doné se ha jubilado en una consigna inhóspita y

perdida, y ya nunca podré recuperarlo. Me protegí el otro lado del corazón, pero a ese lo necesito para vivir, así que, conclusión, y no hace falta que seas Descartes: esta mujer nunca más va a amar, tampoco está en sus planes. Esta mujer va a trabajar duro, va a crecer profesionalmente, va a sentirse orgullosa de sí misma, y punto.

Él era mi novio desde los dieciocho y te digo el nombre porque me sigue gustando su sonoridad, pero no creo que vuelva a pronunciarlo: Ethan (permíteme un ¡arjjj!). Y no fue sencillo, más que nada, porque nos unía un pequeño parentesco, ser mi hermanastro. Mi madre, que se quedó embarazada muy joven y su «quinto» pasó del tema, por ende, de mí, se enamoró de un londinense y él trajo a su hijo con él. Un chico dos años mayor que yo y el tío más atractivo que había visto yo en mi corta vida. Tonteamos como polluelos dos años, hasta que, en la fiesta de cumpleaños de mi mayoría de edad, el primer beso llegó sin poder alargarlo más. Nos escondimos durante unos meses, hasta que nos confiamos y nos pillaron encerrados en el baño. Fue una hecatombe, nuestros padres casi nos desheredan, mi madre tardó semanas en volver a mirarme normal y no como a un desecho humano. Pero lo logramos, les dijimos que estábamos enamorados, se lo demostramos, y al final cedieron. Y sí, si eres de la generación que vio *Los Serrano* o la has visto más tarde, como yo, puede que mi historia te recuerde a Fran Perea y Verónica González.

Ella, ella era mi amiga del colegio, desde pequeñas. No tengo recuerdos sin Rocío. Nuestras madres iban juntas a todos lados para unirnos aún más y nos convertimos en inseparables. Pero Rocío creció y, aunque yo lo sabía, no lo quería ver. Ya no éramos afines, ella se convirtió en un ser ambicioso, sin escrúpulos, y no lo escondía. Era preciosa por fuera y arrasaba. A mí me hacían gracia sus batallas, hasta que me convertí en una víctima más de su cementerio de engañados. Cuando la ola te da de lleno a ti y te ahoga, no te deja margen a que te dé la risa. Pero así es el género humano, esquivo y comodón por naturaleza.

No sé qué me dolió más, si lo de él o lo de ella. El caso es que me destrozó.

¿Qué pasó? No me gusta entrar en detalles, como suele decirse, los pillé y punto. No estaban enamorados, solo fue sexo, un revolcón que tuve el infortunio de presenciar, y eso es aún peor. Porque que se atrevan a desgarrarte por algo extraordinario tiene un pase, pero por un rato, es de desalmados.

Llevaba más de diez años con Ethan. Crecí con él. Nos fuimos convirtiendo en adultos juntos, amoldándonos el uno al otro. Éramos amigos, los mejores, y amantes. Escuchábamos la misma música, veíamos las mismas series, nos gustaban los mismos restaurantes. ¿Sabéis lo gracioso? Ethan decía no soportar a Rocío, me taladraba los tímpanos repitiendo que estar con ella me hacía peor persona, que ella no era trigo limpio, que la desterrase y, mira, al final lo ha conseguido.

¿En qué estaba pensando para acostarse con ella? Más bien la pregunta es ¿con qué? Pero la respuesta es tan obvia como vulgar y no me voy a prestar a ello. Hoy no.

Hace más de cuatrocientos días de aquello.

Aprieto los ojos con fuerza. «Deja de pensar, deja de pensar», me sermoneo. Vuelvo a contemplarme, intento sonreír, me queda forzado, los músculos faciales encargados están laxos de no usarlos. Eso da igual. No tengo que ser la más feliz, he de ser la más lista. Ahora me toca ser la mejor y, después de un año encerrada en casa estudiando y preparándome, no puedo fallar.

Voy a la cocina y friego la taza, la dejo en el escurreplatos. Si todo va bien, hasta dentro de un mes no volveré a casa. Si paso todas las pruebas y logro mi objetivo, regresaré con un puesto de trabajo fijo y un sueldo de cinco cifras mensuales de por vida. El dinero no da la felicidad, pero ayuda a comprarla.

Miro el reloj, el taxi estará al caer. Corto el agua y la luz. Compruebo que todo esté bien, tomo mis maletas y cierro con llave.

Abro por si me he dejado algo. Está todo OK. Respiro fuerte para oler mi hogar, del que apenas he salido en un año. Tiemblo por dentro y se nota por fuera. Voy a lograr ser ejecutiva en Curtos, la multinacional de *marketing* y publicidad más poderosa del planeta.

Si para ello he de pasarme un mes en un hotel de época, aparentando ser la mismísima Jane Austen, pues lo seré. Juego con ventaja, he visto *Orgullo y prejuicio* así como diez veces, a la contra, informo de que estos cuatrocientos días de odio visceral hacia el género humano me han transformado en una mujer más cínica que cualquier política, y que en aquella época todo eran buenos modales y dulzura (y yo hace tiempo que no me como una chuche).

Capítulo 2

Espero que se cierren las puertas del avión para relajarme de una vez por todas. Cada pasajero que pasa por mi lado es un posible saboteador de mi calma. Me han puesto en el asiento pegado a la ventanilla y yo lo odio, se lo he intentado explicar a la azafata, pero le ha dado tan igual que hasta me ha resultado ofensivo. ¡Petarda! Tan alta y peinada ella, con esas ínfulas de importante porque a los de su profesión no les da miedo volar y se creen superhéroes, cerrando los maleteros a golpe de muñeca ensayado, haciendo encajar hasta la deformación cualquier bolso, porque no es suyo, y sabiéndose observada por todo el pasaje sin ponerse colorada… (te he dicho antes que odio al género humano y a los altos más porque mido metro cincuenta y ocho).

Vuelo porque no me queda otra y así venía adjunto en las condiciones que me enviaron, hasta con el billete incluido, pero, si por mí fuera, yo habría venido en coche, que de Madrid a Lérida no hay tanto. Claro que tampoco sé la ubicación exacta, todo es tan secreto que, del suspense, vivo en un estado sempiterno de ansiedad desde que recibí el *mail* con las normas. Ya me avisaron, nada de entrevistas de trabajo usuales, de te sientas en un despacho, no te pones camisa azul porque sabes que se te va a marcar el sudor y sonríes diciendo que aprendes rápido y tu nivel de inglés es prácticamente nativo. No, en Curtos te preparas durante mínimo un año, con temarios y exámenes *online*, y cuando, después de dejarte las retinas de estudiar, te sientes uno de los afortunados por haber aprobado, te llega el *mail* más extraño de todos, el que te avisa de que la selección final, «la fase», se hace durante unas semanas (con todos los gastos pagados) y que poco a poco te irán llegando las pautas.

Y es todo tan secreto que yo, que me decidí por Curtos por conocidos a los que les ha ido muy bien dentro, les pregunté por el famoso tiempo fuera y lo único que conseguí es una sonrisa pícara y un mutis por el foro. Está prohibido contar nada.

Una mujer de más o menos mi edad (treinta y uno) pasa por mi lado y me sonríe amable, pero no se sienta. Me ha llamado la atención porque poseía rasgos muy raciales, a lo Azúcar Moreno, y su dulzura contrastaba con su físico. A mí me han llegado a llamar Blancanieves, para que te hagas una idea. Soy tan pálida que repelo los autobronceadores, que no me quejo, mi piel es delicada, pero muy suave. Y puesto que mi relación con el sol se corta con cuchillo, porque cada vez que me toca me deja marcas y yo a él lo ignoro escudándome en cremas, mi tono siempre es el mismo, nacarado (o paliducho,

según los ojos que me miren).

¡Qué nervios! ¡Casi todo el avión está completo, menos mi asiento! ¿Será que voy a tener esa suerte de ir sola? Es que tengo que pedir a quien venga que me cambie el sitio, porque no puedo ir en ventanilla. Lo normal es que me digan que sí, tampoco es que pida mucho, pero hay tanto bicho raro… (¿me acabo de acusar a mí misma? Va a ser que sí).

Escucho la puerta del avión cerrarse.

¡Toma! ¡Voy sola, voy sola! Cierro los ojos y me visualizo bailando «la batidora» de pura felicidad.

—Perdona, estás en mi sitio —escucho una masculina voz y mi momento «mayonesa, ella me bate como haciendo mayonesa» se me corta de cuajo. Abro los ojos y, antes de mirar hacia arriba, digo:

—Ya, perdona, es que me da miedo ir en la ventanilla. —Enfoco hacia… ¡Joder! ¿Pero qué…? ¿Quién es este hombre?—. ¿Me lo puedes cambiar, por favor? —digo con tan poca voz que dudo de si lo he llegado a enunciar.

El varón, a un tipo con esta planta se le llama así desde que el mundo es mundo, con los ojos más azules que han visto los míos, me congela al hablar y responderme:

—Pues vamos a tener un problema porque a mí tampoco me gusta la ventanilla —enuncia como un dictador, no preocupado como podría parecer. Su voz rotunda y profunda es ajena a la cortesía.

—¿En serio? —me sale un poquito choni.

—¿Pasa algo? ¿Me tiene que gustar ir en ventanilla?

—No, pero es que a mí me da miedo —le reprocho como si él tuviera que saberlo.

—¿Y?

—¿Y qué?

—¿Se supone que me tiene que importar?

—Pues debería, más que nada porque has llegado tarde —respondo como última salida, efervesciendo la mujer orgullosa y empoderada que soy y olvidando el *shock* anterior, porque por una vez que tengo frente a mí a un *highlander* va y me toca el sieso (y más auténtico, porque no creo yo que esos hombres de batallas, rudos, sudorosos y corpulentos, se comportasen como las gominolas de las novelas).

El tipo, que perfectamente podría ser escocés, pero un suave acento gallego le delata, me mira fijamente mientras resopla y yo a él. El tiempo se detiene…, pero en plan mal, olvídate de mariposas y confeti, y vete más a música de películas del oeste, ¿no?, pues a la quinta temporada de *La casa de papel*. Nos estamos diciendo de todo sin abrir la boca y ninguna de esas ahogadas palabras suena a algo que te enseñen en el colegio (por lo menos en el aula, el patio ya es otra cosa).

—¿Ocurre algo? —escucho a la azafata alta, la que antes me ignoró, hablar a mi recién enemigo con una voz delicada y aterciopelada—. Ha de tomar asiento, caballero.

—¡Puff, caballero, dice! —mascullo a la vez que me levanto y me cambio de asiento para que el desconsiderado modelo de revista *Men'sHealth* tome el suyo y tengamos la fiesta en paz.

—No pasa nada… —le oigo explicarle—. Ya me siento.

Y, efectivamente, lo hace, y cuando me quiero dar cuenta, tengo su trasero sobre mis rodillas y su espalda cubriéndome entera.

—¿Pero qué haces? —le grito y le empujo con mis piernas.

—¿Pero qué demonios? —Se levanta, no sin antes impregnarme de su aroma y dejarme colapsada porque huele tan bien que debe de costar más que mi piso su perfume—. Perdón.

—Me has aplastado…

—Ha sido sin querer, pensaba que… —El gallego-escocés se da la vuelta en el minúsculo espacio que nos dejan las filas del avión y volvemos a estar frente a frente, pero esta vez a esa distancia en la que mi perímetro de seguridad se convierte en mutuo, porque el asaltante respira el mismo aire que suelto yo, y viceversa, y una ya sabe que compartir aire con desconocidos es más arriesgado casi que la cuchilla de afeitar.

Es muy poco tiempo, pero sé que se ha fijado en el color de mis ojos, y lo sé porque su actitud torna. Es lo que provoca mi iris verde oliva con toques grises y ambarinos, siempre me dicen que son apaciguadores e hipnotizantes. Son grandes y con forma almendrada.

—Cámbiate de sitio, anda, no me había dado cuenta, perdóname.

—No, da igual, ya me quedo aquí —le digo con toda la dignidad que encuentro, porque estoy un poco aturdida por la intensidad de su mirada, más su aroma a madera, talco y algodón, y quiero recuperar mi estado natural (el antihombres).

Su labio se inclina un poco hacia arriba, como queriendo sonreírme, y de pronto hace como un aspaviento con todo el cuerpo y resopla hastiado.

—Muy bien, pues mejor —pronuncia con desdén.

Mis ojos se abren de par en par y hablo como si tuviese un público delante:

—Este a caballero no se gana la vida.

Él me mira, con rabia, ya desde casi mi misma altura, provocándome un espasmo que comienza en mi estómago y llega hasta los pies. Le retiro la atención. No alcanzo a distinguir lo que siento, no sé si es furia o incredulidad, o las dos. Jamás había estado tan cerca de alguien tan alucinantemente guapo y a la vez tan descortés. Es que es como el hombre de mis sueños, pero con mala baba. Alto, musculoso, moreno, con ojos claros y pestañas largas, dentadura perfecta, barba de varios días y arrogancia por cada poro. Va vestido con pantalón de traje y camisa blanca de lino remangada, para que se puedan contemplar sus pulseras de cuero y acero que le dan un aire, para mi gusto, sexi y preocupado. Así en la poca piel que puedo distinguir, no hay signos de tatuajes. Y ya, dejo de mirar.

Cuando consigo recomponerme, busco mis auriculares y me los pongo. Interpreto que enciendo la música, pero no lo hago porque vamos a despegar y

odio que me llamen la atención. El caso es que quiero aparentar que no me importa nada de lo que sucede en el asiento de al lado y con los cascos me aíslo.

Escucho al piloto presentarse e informarnos de que vamos a tardar un poco en despegar por condiciones meteorológicas desfavorables en el trayecto. No lo quiero ni pensar…Que espere, por Dios, me faltaban unas turbulencias. Bajo la ventanilla de plástico para no sucumbir y ver si el avión se mueve.

La azafata, que está roneando por nuestra zona como una comercial sin disimulo alguno, me pilla y se inclina sobre el *highlander,* ofreciéndole unas buenas vistas a sus montañas, para reclamarme que suba la persianita. Él, que se ve que no es ciego y no quiere quedarse tuerto, echa la cabeza para atrás y tose cubriéndose la cara.

—¿Necesita algo, caballero? —Retoma su atención en él.

Yo bufo más alto de lo que debiera.

—Un refresco estaría bien, gracias —le escucho. Para otro su acento puede pasar desapercibido, pero para mí no, mi madre es gallega.

—Todavía no hemos despegado, pero como se estima que tardaremos se lo traeré, por ser usted. —Le sonríe y muestra sus carillas dentales. Él hace lo mismo y yo me quedo extasiada, como el que ve una serie, me faltan las palomitas; he aquí un principio de cortejo en toda regla. Va, paso. Ahora sí, me enciendo la música con cancelación de ruido y busco una *playlist* relajante. Cierro los ojos.

¿Estoy enfadada? Sí, a mí misma no me lo voy a negar. Me da rabia que todo el mundo avance en su vida, que liguen delante de mí, como si yo fuese menos que un estorbo. Sé que es cuestión de actitud y la mía me hace ser invisible, que en principio es lo que necesito, pero luego suceden cosas así, en las que presencio cómo la energía sexual fluye, donde es probable que estos dos se lo pasen de vicio en un rato, mientras yo vivo como un asceta por el mal comportamiento de otros. Estoy pagando yo el pato…, y ya está bien.

Veo por el rabillo del ojo que la azafata ha vuelto y le da el refresco en mano a mi vecino de asiento con una nota por debajo. Se ve que le pilla tan desprevenido que se le cae la cocacola al suelo. La azafata se ríe y le guiña un ojo.

Una lágrima aislada se escurre por mi mejilla, siento su humedad, la vida sigue su curso y tú… contrólate… ¡Pero qué!

—¡Ahhh! —Mi cara se acaba de llenar de líquido con sabor dulzón… Me quito los cascos y miro al gallego de los huevos con cara de pocos amigos.

—¡Joder, perdona! —Se lleva las manos a la boca.

—¿Me acaba de estallar tu cocacola en la cara? —le reprocho mascando cada sílaba.

—Nos acaba, mira cómo estoy.

Le echo una ojeada rápida y malhumorada, y admito que tiene razón.

—Perdóname, te prometo que no ha sido adrede, es que se me había caído…, te he puesto hecha un asco.

—Pues tú estás fino, no te digo, y es de primero de infantil, cualquier niño sabe que una cocacola agitada no se abre, ¿no fuiste ese día al cole? Tampoco el día de los buenos modales, por lo que veo…—espeto, que este tipo me diga que estoy hecha un asco saca lo peorcito de mí.

Una gota cae de mi pelo a mi nariz y de ahí, al suelo; los dos observamos su incursión. No sé si reírme o llorar, y descifro que mi asaltante tampoco.

No puedo presentarme así, me tendré que cambiar luego. El gallego se levanta y, sin esperármelo, tira de mi mano con una fuerza de superhéroe y me levanta.

—Vamos a limpiarnos, anda…

Yo no puedo contestar, lo prometo, y mira que suelo ser rápida, pero es que lo que me está provocando ir de la mano de este pedazo cuerpo no te lo puedes ni imaginar. Ni yo. Debe de ser por la sequía de más de un año a la que he condenado a mi cuerpo por lo que mi corazón está latiendo acelerado y está enviando la sangre a ciertas zonas entumecidas. Es que es todo tan surrealista…Cuando llegamos al baño, el gallego abre la puerta y se adentra empujándome con él.

—¿Los dos? —le pregunto atónita—. No, mejor pasa tú primero, que van a pensar que…

(Me callo, me callo, sí, sí, calladita estás más guapa).

—Calla, mujer, qué menos que te arregle este desaguisado.

Como es que no puedo ni pensar del aturdimiento, obedezco, y le veo mojando sus manos en el minúsculo grifo y limpiándome la cara y el pelo con ellas. Cierro los ojos y me dejo llevar. Posee unas manos grandes, con dedos largos y un tacto algo áspero. Hasta diría que se me escapa un pequeño gemidito, pero no estoy segura, yo lo he intentado contener, otra es que haya podido.

—Perdóname, de verdad…, me ha puesto nervioso la azafata —me dice. Abro los ojos y, aunque tiene una voz profunda, por primera vez le escucho hablarme como a una persona amiga y no como a un contrincante. Lo que dice y cómo lo dice me enternece y mi resquemor hacia él se diluye.

—¿Por la notita? —le digo a sabiendas de que me acabo de exponer y que le he estado espiando.

Nos miramos y no es con furia como antes. No ese tipo de furia…

—Hace meses que no… He estado muy liado y no he tenido ni tiempo ni ganas de conquistas.

—Pues esta te ha caído del cielo. —Al instante me doy cuenta del símil y digo—: Nunca mejor dicho.

El gallego me mira y sonríe divertido, muy suave porque a este hombre le debe costar sonreír a boca grande, es tan serio que parece una estatua, pero noto en sus ojos que por dentro le ha hecho gracia y, sobre todo, lo que advierto es que en este pequeño cubículo estamos los dos solos y no podemos dejar de mirarnos. Vamos a ver, es que no hay espacio para echar una mirada a otro sitio.

Él vuelve a abrir el grifo, moja sus manos y se las lleva a la cara y al pelo, quitándose los restos de refresco. A mí se me seca la boca, esta imagen es tan *crush* que me encantaría tener la red BeReal y hacerle una foto para que mis amigos y seguidores me envidiasen. Cuando termina, vuelve a observarme y sus manos mojadas regresan a mi cara, despacio, esta vez me acarician, lo prometo, no me lo estoy imaginando, que no.

Le miro como el Gato con Botas en modo apaciguador, en plan «no juegues conmigo, no estoy para más dolores», y él parece que me entiende, pero, aun así, no separa sus manos de mí.

—Tienes los ojos más ardientes que he visto jamás.

—Me han dicho de todo: raros, bonitos, locos, pero ardientes… —le respondo, creo, no me sale la voz.

Él resopla.

—Y tu piel… ¡Joder, eres como un puto caramelo! —refunfuña acercándose peligrosamente a mí.

—Ey, ey, que yo no tengo la culpa, nací así. —Eso sí lo he dicho, vaya que sí. No se me ha ocurrido comentar algo más ingenioso, «nací así» también, a ver qué dirías tú si tuvieses a este hombre empapado a diez centímetros de ti, habría que verte.

—Es que no quiero líos…

—¿Lo dices por la azafata? —dudo y bromeo a partes iguales—. He leído que tienen una tasa alta de divorcios: los horarios, las distancias, un follón… —¡Ay, madre, cómo ha sonado de erótica esta última palabra! Creo que los dos hemos subido diez grados en calentón. «Follón», que la he usado un montón de veces de forma inocua, pues juro que en este baño ha resonado como volcánica.

—Estaba hablando de ti, que no quiero líos —determina y deja claro que no compra mi burdo intento de destensar el ambiente. La culpa la tiene la palabra «follón», estoy convencida.

La pelota está en mi tejado, decido responder a lo de los líos.

—Pues estamos empatados, porque yo tampoco. —Me enfrento a él y me separo apoyando mi cabeza en la puerta. Él, sin un ápice de duda, como si de un imán se tratara, recorta la distancia que yo había trazado (y anótese que todo mi ser goza de dicha).

—No estoy pasando por un buen momento —me dice y no entiendo a qué viene, pero le respondo:

—Ni yo.

—Perdona lo de antes, fui un grosero, pero me pillaste desprevenido. Tus ojos… —El gallego, que parece estar bajo un influjo, vuelve a acariciarme el rostro con sus pulgares y se resbala desde los párpados, pasando por mis mejillas y deteniéndose en los labios donde me estira y curva la boca. Mi pecho se acelera y expulsa el aire que llevaba más de un año cargando, como si mis pulmones se reiniciaran y exhalaran las reservas de dolor que se habían impregnado en mis alveolos. Le miro y él a mí. Una corriente de energía se

ensalza entre nosotros y chocamos nuestras bocas con una premura que ni que fuera a despegar el avión ya mismo. ¿Turbulencias? Aquí sí que hay turbulencias.

Sus labios son gruesos y besa con fuerza, tanto que me raspa la cara y me importa un bledo. Es delirante lo que estoy sintiendo. Me come entera, los labios, la lengua, toda mi boca le pertenece y participa del éxtasis. El gallego sube mis manos por encima de mi cabeza y me inmoviliza contra la puerta mientras se olvida de mi boca y baja por mi cuello. En esta postura no puedo más que encaramarme a él con mis piernas y al instante siento todo su poderío. ¡Madre del amor hermoso! ¿Y a mí que se me había olvidado lo genial que es el sexo? Me deslizo sobre él para intentar calmar a la parte de mi cuerpo que pide liberarse. Él gruñe con cada movimiento que me acerca más.

«Por favor, se ruega a los pasajeros que tomen asiento, vamos a despegar».

—¡Joder! —resuella separándose de mí y yo me escondo en su cuello. Mis latidos deben de captarlos los sensores del aeropuerto, estoy que me da algo. Hay una mezcla de adrenalina, bochorno, gusto e incredulidad que puede que me comporte como cualquier participante de la *Isla de las tentaciones* a las dos de la mañana (el mismo calentón seguro que tengo), así que dejo que él actúe primero y salga el sol por donde quiera.

No levanto la cabeza y en esta postura escucho el palpitar del gallego que va incluso más rápido que el mío. Eso me estimula.

—Tenemos que irnos —digo abochornada con un hilo de voz.

El gallego me coge para bajarme al suelo y levanta mi barbilla para que le mire. Sus mejillas se ven coloradas. Hace como un aspaviento y resopla.

—Me has vuelto loco, mujer. Hacía tiempo que no me sentía así.

—¿Así cómo?

—Tan vivo. —Sonríe, un poco, así como de lado, como el que quiere y no puede.

—Ya somos dos. No suelo hacer esto.

—Pues se te da de escándalo. —Guiña un ojo—. No, en serio, no sé qué tienes, pero sale el animal que llevo dentro y que pensaba que estaba dormido.

—Será que a ese animal le gusta mucho la cocacola —bromeo. Después me acerco, le doy un tímido beso y susurro—: Gracias a ti, también. Ahora me iré y volveré al anterior estado, cuando me caías fatal.

—¡Ey! —emerge el galleguiño que lleva dentro—. ¿Por qué?

—Porque es mucho más fácil.

Capítulo 3

El viaje ha sido relativamente relajado en cuanto a aeronáutica y pilotaje, que nada que ver con la energía que se acumulaba entre su asiento y el mío.

Al final, me senté en pasillo, el gallego en la ventanilla y la incomodidad al centro. La incomodidad, la reina del vuelo, separándonos por un biombo con millones de leds que ha conseguido que no ejerzamos ni el amago de mirarnos para no quedarnos ciegos del deslumbre. Yo, a lo mío, y el «yo no quiero líos, pero te acorralo a lo se acaba el oxígeno y lo vamos a compartir», a lo suyo. Desde fuera, totales desconocidos, ahora, desde dentro, éramos ansías vivas porque acabara el vuelo y el suceso exportase a noche de anécdotas de *gin-tonic* con amigos.

Lo peor, donde no nos ha quedado más remedio que hablar, ha sido a la salida. Yo he ganado el premio a la más veloz, o cagaprisas, de todo el pasaje y he sido la primera en sacar la maleta y llegar a la puerta ganándome la mirada reprobadora del personal de cabina que había avisado de que teníamos que esperar. Y al gallego solo le he dicho un tímido «hasta otra», después de pensar y pensar, no te creas que ha sido improvisado. «Hasta otra» suena amistoso y la vez distante, y no es un adiós definitivo, deja margen a la posibilidad.

Él me ha respondido: «Un placer», con un toque tan intencionado que se me ha congelado el celibato.

Y me ha temblado el pulso, también.

Pero no se me ha caído la baba, con eso me siento orgullosa.

El caso es que ya estoy fuera, ya he informado a mi madre de que he llegado bien, porque la mujer desde mi autoencierro de un año cree que soy agorafóbica y estaba que no vivía cuando le conté lo de la oposición fuera y con tanta gente. Mi madre es mi mayor apoyo, siempre ha confiado mucho en mí y me ha ayudado en todo, pero como muchas madres, a veces, su preocupación alcanza niveles desproporcionados y, sin querer, ofenden. Tengo treinta y un años, no nací ayer. Lo que sí es seguro es que voy a echar de menos sus túperes, mi madre me llenaba la nevera, si no es por ella habría sobrevivido a base de precocinados. Es de esas personas que te miran con asombro cuando ven que compras caldo envasado y no te digo una tortilla (aquí no es asombro, es más bien desconsuelo por el género humano).

Como hay fila en el baño, pero tengo prisa, abro la maleta en el suelo para intentar cambiarme y parecer una persona seria o, por lo menos, limpita. Y que conste que a mí no me gusta nada enseñar mis enseres a todo el aeropuerto porque sé que todos lo miran, es imposible no cotillear una maleta

abierta, pero es que no me queda otra. Por tanto, ¡cotillas, a disfrutar de mi maleta abierta!

No puedo entender cómo la gente tarda tanto en hacer sus necesidades, me estoy poniendo nerviosa. Entiendo que los encargados de venir a buscarme me aguardarán, pero me estresa hacerme esperar y, además, no es la imagen que quiero dar. Algo me hace mirar a la derecha, al baño de hombres, donde ya se ha deshecho la fila. Y ahí está él. Con su azulada mirada altiva puesta en mí y una sonrisa socarrona acompañando a ese rostro de anuncio. Se me seca la boca, pero antes le sonrío cortés e intento que me quede algo sexi, lo justito (o eso creo yo, porque en mi cabeza puede que vea a Marilyn Monroe cantando «happy birthday», pero tras tanto tiempo sin practicar los juegos de seducción, es más probable que él me compare con Mario Vaquerizo imitándola).

—Ven, que te cuelo.

Escucho su voz y observo como una espectadora más cómo agarra mi maleta con una mano, a mí con la otra, y me conduce en dos segundos al baño de hombres, donde ya no hay nadie. ¿Este hombre siempre me empuja?

—Espera, espera —le digo sin mucho éxito.

—La culpa de que tengas que cambiarte es mía, qué menos —me dice—. Pasa a un baño y arréglate. Yo vigilo.

—Sí, mi capitán —me jacto de su tono autoritario, pero le tomo la moción y cambio mi camisa por un top lencero beis y me cubro con un *blazer* negro. No hay tiempo de hacer pis y tampoco me apetece que se escuche, así que salgo.

—Mucho mejor —me dice con toda su cara, casi a la altura de la puerta donde vigilaba que no entrara nadie.

—Todo gracias a ti. —Sonrío irónica, tomo mi *trolley* y le digo—: Adiós.

Pero justo cuando él sale y estoy a un metro, le veo girarse rápido y tirar de mí con fuerza, de nuevo, metiéndonos en el primer baño. Me cubre con una mano la boca para silenciarme.

—Shhh, que viene seguridad, no digas nada —dice y retira la mano.

Le digo que sí con gestos y nos quedamos quietos, muy pegados, su aroma vuelve a navegar por mis fosas nasales, despertando a mis feromonas a ritmo de «devórame otra vez, devórame otra vez, la, la, la, la…». Busco su mirada tal y como si estuviera hechizada por el hada del deseo. Escuchamos unos pasos y nos pegamos más aún. Siento su cuerpo apoyado en el mío, cada musculito, como si nos hubieran soldado y ya no se distinguiese entre su piel y la mía. Una risilla tonta se me escapa y él me aprieta de nuevo la boca. ¡Ay, por favor! ¡Qué me da algo!

Los pasos se pierden y… nosotros con ellos.

Otra vez, ignoro quién ha empezado, nos estamos comiendo la boca como caníbales. En serio, nunca me había besado así con nadie, con tanta necesidad que creo que ya se puede acabar el mundo y podré decir en alto que sé lo que es el deseo más primitivo e ilógico, ese que pensaba que solo existía en las novelas de Elísabet Benavent. Entre este hombre y yo el contacto es

irremediable, loco e imparable.

Le tiro del pelo para separarle de mí y mirarle lasciva, estoy que ardo, pero necesito darme cuenta de que esto es real y lo es. Vuelvo a su boca y le escucho gemir en mi oído.

—Los baños han tomado otra dimensión desde que te he conocido. Dime cómo te llamas. —Después de susurrarme esto, su boca baja por mi cuello hasta mi escote y, con su lengua y su mano estrujando mi pecho, busca colarse bajo el sujetador. Vuelvo a tirar de su pelo para separarle y le respondo:

—Soy Alana y ya lo siento, pero tenemos que parar.

Él me sonríe canalla y, como saltándose mi recato, se cuela por debajo de mi top lencero, tocando de refilón mi vientre, para terminar, de nuevo, en el pecho y acariciarlo sin dejar de mirarme pagado de sí mismo.

—Es una pena, Alana…, algo me dice que tú y yo nos lo podríamos pasar de escándalo.

—Y a mí, pero, en serio, tengo que irme. Me están esperando.

Él aleja la mano de mi ropa y me coloca la blusa en su sitio. Me besa por encima en ambos pechos.

—Me hubiese encantado probarlos, voy a quedarme con esa espina para siempre.

Sonrío y le beso en la mejilla. Quizás el beso más íntimo que le he dado desde que le conozco, curioso. Nos miramos con matices de resignación y después él se separa para que pueda salir.

—Tengo que irme, gallego. —Abro la puerta del baño con cuidado y me alegra comprobar que no hay nadie—. Pero me ha encantado conocerte.

—Por curiosidad, ¿te está esperando alguien importante?

Tardo en responder mientras camino hacia fuera y veo mi reflejo en el espejo y a él detrás. Sonrío a la proyección y tomo el asa de mi maleta para salir.

—Sí, muy importante, pero no por lo que tú crees.

—Yo no creo nada —se excusa y vuelvo a atisbar a aquel hombre prepotente del avión.

—Pues entonces, sí, me espera alguien decisivo —enuncio andando hacia la puerta sin mirar atrás. Cuando estoy en la puerta de salida del baño, le oigo:

—¡Ey, mujer volcánica! ¿No quieres saber cómo me llamo?

Sin girarme, subo los hombros y vuelvo a oírle:

—Soy Sebas.

—Adiós, gallego —me despido y camino a la salida, arrastrando mi maleta, me llevo una mano al pecho y sonrío mucho, no solo con mi boca, también sonríe mi corazón. Vuelvo a estar viva. Yo valgo mucho. Y lo voy a demostrar.

Capítulo 4

Una mujer joven, con aspecto yogui, toda de blanco, y melena *curly* ha venido a buscarnos. Sí, buscarnos. Porque resulta que varios pasajeros del vuelo deben de ser seleccionados de Curtos y se vienen conmigo a la experiencia. En concreto, tres: la mujer racial que me sonrió en el avión, un chico bastante joven y *look* friki, y otro hombre un poco más mayor que yo, bastante aparente y con una sonrisa amable de esas que cuando se jubile se puede presentar al *casting* de Papá Noel.

La encargada, que dice llamarse Dulce, nos ha pedido que intentemos no hablar entre nosotros porque son las normas y nos ha traído a un minibús donde hemos guardado las maletas y ya estamos sentados los cuatro, cada uno en una fila de asientos, calladitos y rectos como velas. Nos estamos jugando mucho y no hay que fiarse de las apariencias. Por todos es sabido que los examinadores del carnet de conducir de la DGT que tienen cara de buenos son los peores, así que ni me creo que esta chica se llame Dulce ni que vista así en su tiempo libre, y por lo que sí apuesto es porque es un trampantojo de Nicole Kidman en *Nine perfect strangers*, y que quieren que nos relajemos y suspendamos.

Dulce nos avisa, sin explayarse mucho, de que tenemos que esperar a alguien y a mí me viene un pálpito, así como muy desastroso. ¿Al gallego? No, ¿verdad? Ya sé que sería mucha casualidad, pero también sé que, si esto fuera un libro, el lector sonreiría jactancioso y apostaría un ojo a que el gallego entra a la furgoneta. Es que lo veo. Que lo veo, que le estoy viendo, vaya, saliendo del aeropuerto, con su maleta cargada a un hombro y mirando a ambos lados.

Tenía que llevar la maleta al hombro a lo Chris Hemsworth con un hacha, no una *trolley* con ruedines, como el resto de humanos que somos débiles y optamos por la comodidad frente al sufrir por sufrir, aunque reconozco que para el que lo ve o, en este caso, la que lo ve, solo genera veneración, aumentado mi termostato varios grados.

Pensar que me he morreado con ese hombre me sube la autoestima por todo este año y quizás remonte mi media de por vida. Y pensar, también, que se viene a las semanitas gratis y que puede ser un posible contrincante me baja las posibilidades de hacer algo decente y obtener plaza en Curtos, porque ese hombre me anula un poco el juicio a lo Shakira despechada con un micro y un estudio de grabación.

Dulce se separa de nosotros y camina hacia la puerta, directa al gallego,

que se ha cambiado de camisa y ahora lleva una negra también remangada, otorgándole un aire de turcazo de telenovela. Del mismo terror, me veo cubriéndome con una mano los ojos, pero entre los dedos alcanzo a ver cómo ella le pregunta algo y él responde en gestos que no. ¡Tomaaa! ¡Qué susto, por favor! ¡Menos mal! Aunque ahora me da como un poco de penita, nuestra tórrida aventura sucumbe ante mi incierto destino laboral, no hubiese estado mal un poquito más de *rock and roll*.

Dulce se acerca a otro hombre apostado en la parada de taxis con la maleta, cerca del gallego, y este también le dice que no. Y entonces es cuando todo se ralentiza, como si de una cámara lenta se tratase, y observo a mi rollito preguntarle algo a Dulce y ella le responde, tras mirar en las notas y llevarse una mano a la frente en señal de equivocación, que sí. Los dos chocan su mano y Sebas toma la misma dirección que Dulce, es decir, hacia mí. ¿Tienes una traca de petardos? Es el momento de sacarlos. Y si te habías apostado un ojo, pues salud de por vida.

Bueno, Alana, no pasa nada, ha sido un contacto tonto, unos besos inocentes, sin más. No hay que magnificar el asunto y, además, eres mayorcita y puedes acostarte con quien te dé la real de las ganas e igual no consigues el puesto, pero un polvo memorable es muy probable que te lleves y te quites las telarañas; no hay mal que por bien no venga y soy enemiga confesa de los arácnidos. Mira que odio esta expresión y la acabo de usar, esto refleja que no estoy en pleno uso de mis facultades. Si me ves diciendo la manida gracieta «a est@ lo que le falta es un polvo», ingrésame de urgencia.

Sebas deja la maleta. Le pierdo de vista unos segundos, lo justo para que mis jugos gástricos monten un Festival de Benidorm, y se sube al minibús saludando tímido, sin apenas levantar la cabeza.

Dulce le indica que tome asiento y, como los dioses hoy se han levantado graciosillos, señala hacia mí. Es entonces cuando el gallego y sus apabullantes ojos azules se abren de par en par porque me reconoce.

—Ya estamos todos —habla Dulce y yo pienso que no había podido escoger un juego de palabras más acertado—. Antes de nada, os repito que debéis intentar no hablar nada entre vosotros. Son las normas. No debéis conoceros ni entablar amistad antes de que empiece la experiencia, por lo que, aunque este viaje durará más de una hora, intentad cumplirlo.

Sebas se sienta sin mirarme y cuando lo hace advierto una pequeña patadita en mi pie.

—Tampoco podéis dar ningún tipo de información sobre qué sois, por lo que no saquéis ningún libro, tarjeta o algo que pueda identificaros. Será mejor que no uséis los móviles. Cuando lleguemos al recinto pasaréis directamente a una sala interactiva en la que se os explicarán todos los detalles, pero haceos a la idea de que vuestro anonimato es clave para llegar hasta el final.

Noto otra patadita en mi pie.

—¿Comprendido? Pues partimos, bienvenidos a Curtos —dice y sonríe.

—Perdona, ¿puedes decirnos a dónde nos dirigimos? —pregunta el

hombre con rostro amable.

—Sí, por supuesto, vamos muy cerca de Aínsa, a Ligüerre de Cinca. ¿Alguna pregunta más? —propone cordial.

Nadie responde, por lo que Dulce le indica al conductor que arranque y se sienta en la primera silla, dándonos la espalda.

Le oigo respirar, después resoplar y su aroma vuelve a invadirlo todo, pero no muevo ni un centímetro mi cuello, aunque mis feromonas retomen el «devórame otra vez». El gallego manotea en su muslo más próximo al mío casi durante todo el trayecto y yo voy a llegar contracturada de la tensión. No quiero hacer nada que parezca una señal para comunicarme con mi compañero de viaje, por lo que mis músculos juegan al «congelado» de los niños y duelen.

Si el vuelo fue incómodo, esto se lleva la palma. Cuando creo que queda poco para llegar, las pataditas se repiten. Miro hacia las manos del gallego en las que tiene su teléfono y leo en la barra del buscador de Google:

«Tú y yo no nos conocemos de nada, ¿OK?».

Levanto el pulgar de forma discreta. El gallego borra lo escrito y leo un siguiente mensaje:

«Pero nos podemos conocer esta tarde. Debe de haber algún baño molón».

Ahora la que le da una patadita soy yo y toso fuerte para disimular un conato de carcajada.

«No, en serio, olvidémoslo, será más sencillo». Escribe de nuevo, a lo que vuelvo a subir el pulgar.

«Mucha suerte, Alana».

Sonrío. A final me va a caer bien, tiene pinta de tío duro y arrogante, pero luego es majete.



El minibús nos deja frente a un promontorio rodeado de un lago y, por lo que veo, poblado con casitas de barro y piedra reformadas. Desde aquí, se

distinguen una iglesia pequeña y una especie de palacio, pero lo que más llama la atención de todo es el paraje, el color del agua, el verdor de las montañas que rodean al lago y el silencio. Viene una brisa que porta un aroma a agua, a hierba y a siembra. A mí estos entornos me suelen oler a esos apilamientos de paja que ves en los campos, que te evocan sol, calma y vacaciones, bueno excepto al agricultor que lo trabaje. Igual solo me sucede a mí y tengo un superpoder olfativo que por poca paja que haya, yo la detecto. En resumen, que me encanta, de verdad que sí, necesitaba algo así para mis pseudovacaciones.

Dulce nos dice que nos aseguremos de que nuestro equipaje está identificado y que lo dejemos en el auto y que la sigamos, por supuesto, en silencio. Apenas cien metros después llegamos a un edificio de piedra y cristal rodeado de césped natural y nos indica que pasemos.

En el interior, que huele a ambientador aroma algodón, hay un pequeño vestíbulo distribuidor en el que se nos presentan varios trabajadores, por primera vez vestidos de época. Sonrientes, nos dirigen a una gran sala común con un pequeño escenario al fondo y muchas cabinas separadas con metacrilatos en los laterales para aislar unas de otras, todas ellas con vistas comunes al escenario.

Un hombre mayor vestido a lo señor Darcy se sube al escenario y se presenta como el señor Randall, después nos da la bienvenida y nos pide que nos dejemos guiar hasta nuestra cabina donde entenderemos todo mucho mejor.

Me siento un poco colapsada. Ahora me doy cuenta de que, si no fuera por las cabinas, la decoración es toda del siglo xix, con candelabros y mobiliario acorde, y lo del vestuario de los trabajadores es de risa. Pero no me puedo reír. Tampoco es que sea muy gracioso, puedo controlarlo.

Una mujer de unos cuarenta años, con vestimenta de doncella, se me acerca sonriente y me dice:

—Bienvenida, señorita Alana. Espero que haya disfrutado del viaje. Soy Susi y voy a ser su doncella todo este tiempo. Espero y confío en que podamos ser amigas y cumplir con mi trabajo a su gusto.

—Por supuesto, Susi, eres muy amable, muchas gracias.

—Puede contar conmigo para todo lo que necesite. La ayudaré con su vestimenta y su habitación, pero podrá consultarme cualquier cosa, estoy aquí para servirla a usted.

Entiendo que es actriz y está metida en papel porque nadie diría que no es una doncella de verdad. Es bastante guapa, pero es que con ese pelo rubio rizado a lo hermana de Mario Casas a mí me ha ganado.

—Muchas gracias, Susi, seguro que me es de mucha ayuda —digo corrigiendo el trato y hablándola de usted como hace ella.

Susi baja la cabeza en una especie de reverencia y después me pide que la acompañe. Entro en una cabina parecida a la de los colegios electorales, con un pequeño pupitre donde observo una *tablet*, lo que me hace respirar

tranquila porque no he viajado en el tiempo, solo es la mejor *performance* que he presenciado… Si salgo cuerda de aquí, jamás volveré a dudar de mi salud mental. Algo me dice que esta experiencia no es apta para los que cohabitan en esa crucial línea entre la sensatez y la locura, todos conocemos a alguien que salta de un lado a otro, dejando estupefactos a cada brinco, pues creo que una semana aquí y directitos a un cuarto con paredes acolchadas.

Nada más tomar asiento, la *tablet* se enciende y aparece en la pantalla Milena Lagos, la presidenta de Curtos.

—Enhorabuena, Alana, estamos muy contentos porque hayas querido participar en este concurso para obtener un puesto en mi preciada empresa —dice. Aclaro que es una proyección, pero solo el hecho de que haya grabado mi nombre me ha alegrado el día—. Aunque sabrás que ya somos catalogados como multinacional, si, finalmente, logras un hueco, comprenderás que aquí somos una gran familia, una familia bien avenida en la que todos los miembros confiamos los unos en los otros. Este es el secreto de Curtos, cuidarnos entre nosotros. Por eso necesitamos un perfil muy concreto de personas, creemos en el potencial del ser humano y queremos trabajadores que sumen y no que dividan. Es así de sencillo, el éxito de Curtos puede que dependa de ti.

¡Ojalá!, pienso.

—Es por eso que organizamos este concurso-oposición, que a mí me gusta llamar «la fase». Durante estos días, os podremos conocer mucho mejor, ver vuestras cualidades, vuestra resiliencia, vuestra capacidad de deducción y de resolución. Os van a suceder muchas cosas, algunas serán pura verdad, fruto del azar, y otras serán guionadas, no sabréis distinguirlas. Estaréis rodeados de actores y de opositores, tampoco lo sabréis. Y, de hecho, es una de las cosas que os puntuará, el que logréis diferenciarlos.

»El subdirector, Carlos Umbrales, os lo explicará mucho mejor. Os dejo con él. Mucha suerte y espero conoceros pronto. Solo un consejo: disfrutad y dad lo mejor de vosotros.

La pantalla se apaga e, instantes después, las luces se encienden y el famoso Carlos Umbrales sube al escenario. Puedo verlo porque la cabina solo me aísla de los laterales. Es como si le conociera de toda la vida, casi desde pequeña, pero no le había visto en directo. Hubo un tiempo que salía mucho en la tele porque tenía un programa de entrevistas que se vio mucho. De allí pasó a montar su propia productora y a convertirse en un hombre de negocios con éxito, pero en un segundo plano. A los años, se casó con Milena Lagos, se asoció con ella en su nueva empresa, Curtos, y desde entonces su éxito es reconocido en el mundo entero porque es una empresa que combina todo. Trabaja continuamente para crear necesidades nuevas al público y ser el primero en cubrirlas.

Yo me he presentado al sector de *marketing,* porque es lo que estudié, en lo que he trabajado seis años y lo que más me gusta hacer; solo que me hayan escogido ya es todo un logro. La publicidad en Curtos va a kilómetros de

distancia del resto de empresas. Sus campañas son arriesgadas, novedosas y carísimas, es más que conocido que no escatiman en gastos. A las pruebas me remito, ¿quién se puede permitir este tipo de prueba de selección?, solo se me ocurre el de Playboy con sus orgías semanales, que en cocaína y preservativos se le iban los ceros.

—Bienvenidos todos. —Nos mira sonriente y hace una pausa. Este hombre es un dios de la comunicación, solo con esto ya ha captado todo nuestro interés—. Os veo y pienso: ¡madre mía lo que los espera!

Se escucha una risita generalizada y me sorprendo pensando en si Sebas habrá sonreído también. ¿Ehhh? «Centrate, Alana, centrate» (mi cerebro me reprende con acento argentino, es que cuando mi subconsciente se pone en modo terapeuta, su voz suena porteña, por lo que sea…).

—Esta es nuestra quinta convocatoria. Os prometo que siempre que las culminamos me digo que no lo vamos a repetir más, pero a los meses el cuerpo me vuelve a pedir «bachata». No os podéis hacer una idea de todo el trabajo que hay invertido en esto, pero probablemente sea por eso que el resultado es tan efectivo. Todos nuestros elegidos en otras convocatorias continúan formando parte de Curtos y han ascendido vertiginosamente. Porque durante estos días os conoceremos al completo, vuestras capacidades y vuestras faltas. Un consejo: no escondáis ninguna de la dos, sed vosotros mismos. El éxito consiste en darle la importancia justa a los fracasos y trabajar y trabajar para no cometerlos más. No buscamos la perfección, si estáis aquí, es que ya sois brillantes en lo vuestro, escogeremos al candidato que sepa reconocer sus derrotas y se reponga antes de ellas. ¿Me explico?

Un asentimiento general se entrevé en un murmullo tímido que se eleva entre la expectación.

—Y sin más, vayamos al meollo. Este mes lo viviremos como en el siglo xix, después de la Regencia, como ya pudisteis leer en la información que se os envió. ¿Por qué? Porque en ese siglo, la concordia, las buenas formas, la disciplina y la armonía eran su estilo de vida y tales actitudes son las premisas que buscamos en Curtos y que cada vez escatiman más en las relaciones personales. No esperamos tiburones de las finanzas, queremos estrellas de mar. No, no os riais —nos dice, porque se ha elevado un conato de carcajada general—, las estrellas de mar tienen la capacidad de regenerar sus brazos y quedar como antes tras el ataque de un depredador. Por lo que asumo que entenderéis que tampoco queremos depredadores. Os necesitamos concentrados, pero relajados, con los sentidos activos y también con ganas de pasarlo bien. Porque en la diversión damos lo mejor de nosotros mismos y eso es lo que deseamos de vosotros.

Me preocupa un poco lo que dice, llevo tantos meses oculta entre las cuatro paredes de mi casa que creo que el desinhibirme y disfrutar va a ser mi asignatura pendiente para recuperar en septiembre, cuando ya no tenga plazo. Aunque, si me encomiendo a lo vivido hoy en los baños con cierto gallego, igual sí que estoy en modo ibicenco.

—Viviremos en esta época todos, cuando digo todos, digo todos, y sin subterfugios ni callejones secretos. Esta *tablet* que habéis tocado es lo último digital que veréis durante el plazo que conviváis con nosotros aquí. No habrá luz eléctrica, ni agua corriente, ni neveras, vestiréis y os asearéis como personas del siglo xix. No os preocupéis, contaréis con ayudantes de cámara o doncellas, también cocineros y personal de servicio. Huelga decir que Internet será una quimera y vuestros móviles pasarán a ser requisados en pocos minutos. Si algo os sucede o alguien necesita ponerse en contacto con vosotros, tendrá que contactar con el teléfono que os enviamos en el *mail*. ¿Nadie dice nada? —nos pregunta—. Vale, es mentira, sí tendréis agua corriente y electricidad, porque, como ya sabréis, se empezó a instalar en el siglo xix. Antes contaban con cocinas de gas, lámparas de gas e incluso bañeras de gas, trampas mortales desde mi punto de vista y como os queremos sanos y salvos, contaremos con esos lujos, pero olvidaos de electrodomésticos o últimas tecnologías.

Sonrío entusiasmada. Es algo con lo que siempre había fantaseado, «¿cómo podría vivir yo sin tantas comodidades?». Pues mira por dónde, lo voy a averiguar. De verdad, creo que no echaré en falta casi nada de la era tecnológica, como máximo el aire acondicionado y las toallitas húmedas para el WC, pero tiempo al tiempo.

—Por ende, viviréis como nuestros ancestros, con una comunicación basada en los buenos modales y en el recato. Con relaciones educadas y respetuosas, aplicando el decoro y la discreción como conductor de vuestras relaciones con los demás. Para ser más explícitos, aquí no hay preservativos, amigos, ni pastillas del día después, por lo que, si no deseáis ampliar la familia, tendréis las manos quietas. No se permiten las relaciones sexuales con trabajadores de la organización sin un permiso de relación por escrito adjudicado por recursos humanos y, como no sabréis quiénes son trabajadores y quiénes concursantes, sacad vuestras propias conclusiones. Por supuesto, puede que os enamoréis, hasta podréis contraer matrimonio (sin tener validez fuera de estos muros, claro está), no sería la primera vez, eso no está prohibido, pero os recomiendo que esperéis… Porque puede que sea mentira y el chasco os deprima. Repito, no sabréis qué es verdad de lo que sucede a vuestro alrededor y qué no.

—¿He entendido que están prohibidas las relaciones sexuales? —escucho una voz masculina bastante lejos de mí.

Carlos Umbrales sonríe con divertimento, esta pregunta se la veía venir.

—Prohibir es feo, aconsejar más bien, más que nada, porque no sabréis nada de la persona que tenéis delante, puede ser todo falso y eso os hará sentir dudas. Además, que estaremos en el siglo xix y pertenecéis a la clase alta, tampoco tendréis lugar.

¿Pero ha dicho que podemos casarnos de mentirijilla? Creo que esto va a ser más divertido de lo que me pensaba…

—Nos trataremos de usted, como se hacía en esa época, y viviremos bajo

sus protocolos, que, por muy machistas que los juzguemos ahora, es como se vivía, pero, si a alguien no le convence, está a tiempo de marchar… Sería una pena, porque no olvidemos que esto es solo un juego, no es la vida real.

»¿Qué más cosas?… ¡Ah! No os presentaréis por vuestro nombre de pila, sino por un apellido que os hemos escogido para evitar posibles reconocimientos, en el dosier que encontraréis en vuestra habitación podréis leer esto y mucha más información. Hemos respetado vuestro estado civil, si alguien está casado, podrá comentarlo, pero siempre os dirigiréis unos a otros como *lady* o lord. Se entiende que los participantes pertenecéis a la nobleza, pero, tras el fracaso de otros años, no vamos a distinguir entre duques, condes y demás rangos.

»Se trata de valorar, entre otras cosas, vuestra suspicacia. Muchos días vuestros ayudantes de cámara os servirán una encuesta en vuestra habitación donde se os preguntará por escenas o por personas y tendréis que postularos, catalogarlas como reales o falsas y a las personas como actores o candidatos. Os sumará muchos méritos que participéis en el engaño y vuestras interpretaciones sean tan correctas que se os juzgue como actores, pero es incluso más importante que vosotros averigüéis la verdad. Obviamente, solo se os preguntará por los nobles, por el grupo que formaréis en las reuniones.

»Por último, ¿qué no podéis hacer porque se os descalificaría inmediatamente? Decir quién sois, a qué os dedicáis, el resto es valorable. Este es el único motivo de despido sin juicio. Sed listos, estáis rodeados de actores que no llevan un cartel anunciándolo. Por ejemplo, habéis viajado hoy con más gente, no los presupongáis candidatos… No somos tan torpes.

¿Sebas será un actor? No, creo que no, pero ahora que lo pienso ha sido un poco raro el retraso al subir al minibús y la charla que ha mantenido con Dulce antes. ¿No le he dicho nada de mí, no? ¡A que me descalifican antes de empezar!

—Sé que muchos de vosotros desde que dije lo de las relaciones sexuales no habéis escuchado más…, solo os pido que seáis prudentes y discretos, esto no es *Gandía Shore*, esto es una prueba-concurso para ser altos ejecutivos de Curtos. Vuestra adaptación a la época y vuestro comportamiento adecuado serán también valorados. Y ya está, amigos… Creo que he concretado todo en la medida de lo posible. Ahora, esperad, vuestro ayudante os llevará a la habitación y allí podréis descansar y estudiar todos los dosieres hasta esta noche, en la que disfrutaréis de vuestra primera cena. Bienvenidos.

Capítulo 5

Soy *lady* Honey, Alana Honey, por mi color de ojos. Así me lo han descrito en los informes. Llevo toda la tarde intentando memorizarlo porque como se me escape mi nombre real igual me expulsan a la primera y tengo tantas ganas de vivir esta experiencia que ya hasta no me importa ganar. Creo que estoy deslumbrada por el entorno y por mi habitación, o aposento, como la llamaré a partir de ahora.

Es mucho más grande de lo que esperaba, porque no solo es habitación, también hay una salita que hace los usos de salón y un baño enorme con ventana que me ha enamorado. Es una minicasita, con la entrada en la planta de abajo y la vivienda arriba. Todo está decorado con muebles antiguos y muchos cuadros en las paredes.

Los colores de mi habitación, empapelada en flores, bailan entre el verde, el ocre y el rosa, para mí sobredecorada, pero creo que puedo aguantar unas semanas aquí. Dispongo de una cama de matrimonio con dos mesitas a cada lado. La colcha es verde agua, bastante relajante, comparada con el papel, y tiene pinta de ser calentita. También hay un tocador increíble en un lateral de la cama.

En la salita, más de lo mismo, papel pintado a lo campiña y una mesa baja, un sofá *vintage* y un mueble alacena con toda la vajilla necesaria para dos o tres personas.

Posee mucha luz, mi balcón da a una de las callejuelas estrechas con vistas a las otras casas. No conocía este sitio, he echado de menos ya más de diez veces mi teléfono para curiosearlo, aunque yo apostaría que es el típico *resort* en el que se celebran bodas o eventos de fin de semana. Mi otro cerebro (el móvil), me lo han requisado nada más salir de la presentación sin permitirme enviar un mensaje a mi madre (le va a dar algo).

He estado estudiando el dosier que me he encontrado en la habitación. Había muchas cosas que ya conocía porque lo había ojeado antes de venir. Dado que nos encontramos en el siglo xix, específicamente en Inglaterra, aunque nos comunicamos en castellano, es importante tener en cuenta que ya no estamos en la época de la Regencia, sino bajo el reinado de la reina Victoria, alrededor de 1870, en pleno apogeo de su gobierno. En la información se nos ruega que en las conversaciones que mantengamos con el resto de convivientes nos abstengamos de hacer referencia a los temas políticos y deportivos de la actualidad y que, aunque no es necesario hablar de los éxitos y fracasos de la reina Victoria, la consideremos nuestra monarca.

¿Y de qué hablaremos? No se nos permite contar nada de nosotros, ni de nuestra vida; pues o de cómo están los precios en Mercadona o de las últimas series de Netflix, pocas opciones más encuentro. Apasionante, vamos a ser unas Minions.

Susi me dijo, antes de dejarme una bandeja con comida (estofado de ave, queso y uvas), que vendría sobre las siete y media para ayudarme a vestir. Queda media hora por lo que me voy a duchar y así la espero aseadita.

He de decir que me encanta el aseo porque tiene bañera. En mi último apartamento (que es de mi madre, pero me lo dejó cuando rompí con su hijastro) hay ducha y yo soy de las que de vez en cuando se tomarían un baño relajante con copa de vino y velas, nada influenciada por las películas americanas, como se puede observar.

Pero hoy no es el día, más que nada, porque no estoy nada relajada y hasta podría ahogarme del manojo de nervios que soy. A menudo, pienso que estas actividades que estimamos relajantes son para los que ya lo están, y que a los estresados les sientan peor, como los *spas*, las saunas o el yoga. Tú prueba a hacer posturas de yoga en plena crisis de ansiedad…

Me visto con mi ropa interior, que es el único textil que me han dejado meter en la habitación, y cubierta con una toalla espero a que venga Susi. Podría parecer otra cosa… Me estoy poniendo nerviosa, o viene ya o rompo a sudar.

Cumpliendo mis deseos, llaman a la puerta y, sin necesidad de que vaya, se aparece Susi, mi doncella (solo decirlo suena a risa). Es una mujer bastante atractiva, un poco mayor que yo, pero se la nota en forma. Intento reconocerla en alguna serie o película española porque ella sí es actriz, pero no la recuerdo. Difícil profesión ha escogido esta mujer.

Me sonríe antes de pedirme permiso para entrar y abre la puerta de par en par, porque empuja un baúl de más de un metro que tiene pinta de pesar lo suyo (y lo mío juntos). Me levanto a ayudarla y, aunque ella repite que no hace falta, a mí no me sale ver cómo se hernia esta mujer. Juntas lo acarreamos al centro de la habitación.

—¿Tanto cuestan unas ruedas?… —se me escapa y en seguida me llevo la mano a la boca porque desconozco si había ruedas en la época victoriana—. ¿O no había?

—La rueda es de los primeros inventos importantes del ser humano, no se preocupe —me sonríe y yo respiro hondo para intentar bajar el nudo de bochorno que se me ha atascado en la garganta—, aunque, entre nosotras, si quieres de puertas para adentro podemos tutearnos y hablar en confidencia, yo no soy quien te valora. Yo estoy aquí para ayudarte.

—¿Eres una especie de experta en esta época o en hadas madrinas?

Susi se ríe.

—De época sí que sé, no es el primer año… Lo vamos a pasar genial. Me alegra que me haya tocado contigo.

—¿Y eso?

—No sé, me gusta tu cara, te ves ganadora.

—¿Yo? ¿Ganadora? ¡Uy, no te hagas muchas ilusiones! Llevo un año un poco mediocre y en habilidades sociales, que veo que es de lo que se trata aquí, ando desentrenada.

—Tú sé tú misma y observa. Si no tienes nada que decir, pues no lo digas. No te preocupes.

—¡Ufff! ¿Más consejos para hoy? Me muero de nervios.

Susi me mira estudiándome.

—Piensa que todos estáis igual. Preséntate, intenta memorizarlos a todos y disfruta de la cena.

—Voy a meter la pata…

—Mientras que no digas quién eres, todo es corregible.

—¿Tú sabes quién soy?

—No, yo ni idea…, así se curan en salud en la organización. Sé que te llamas Alana y tus medidas para escogerte la ropa. Por cierto, no hay tiempo que perder, debes salir en veinte minutos. ¿Has hecho pis?

—¿Cómo?

—Que orines si no lo has hecho, me lo agradecerás.

—No, tranquila, todo bien. —Hablar de mis necesidades, recién conocidas, se me hace incómodo.

Susi comienza a extraer del baúl y colocar sobre la cama un montón de prendas que desconozco totalmente. Ella las va enunciando.

—Estos son los pololos, o tus nuevas braguitas, por muy incómodo que te parezca *a priori*, luego las vas a agradecer, si no se te va a hacer imposible ir al baño.

Susi me enseña unos pantalones anchos de algodón con una abertura al centro que parecen del Shein. Me sonrojo solo de pensar en que mi vagina va a ir tan fresquita.

—¿En serio me tengo que poner esto?

—Alana, créeme, vas a llevar un montón de capas, si vas con tu ropa interior, te va a ser imposible hacer pis. Tú prueba por hoy y mañana si no lo cambiamos, pero ya verás cómo lo entiendes.

Le hago caso y, sin retirarme la toalla, me quito las bragas y me pongo los pololos.

—Mira, esto es la camisa, siempre va por debajo del corsé y con ella podrás dormir, aunque también te he traído dos camisones. Póntela.

Ahora sí, retiro la toalla y me coloco este vestido a media pierna que me podría servir perfectamente para ir a la piscina.

—Ahora, vete poniendo estas medias calzas y vemos si te hacen falta ligas.

Se me adhieren bien a la rodilla por lo que omito el liguero.

—Querida Alana, ahora viene el peor momento. Sé que vas a odiarlo, pero es imprescindible.

—El corsé.

—Efectivamente —dice mientras me lo enseña—. Cierto es que como tú

tienes un tipín y una cintura muy estrecha no te lo voy a apretar, porque en esta época buscaban la silueta reloj de arena, costase lo que costase.

—Pobres mujeres —le digo al sentir cómo me aprieta y eso que todavía no ha atado las cuerdas, pero, en cuanto lo hace, experimento como si una masa estrujara mis entrañas y la base de mis pulmones con ahínco, impidiéndome respirar. Me vienen a la mente los muñecos esos blandos, los Squishies, que apachurran los niños en sus manos a modo de juego y a mí me parecen superdesagradables y no les entiendo el éxito.

—Coge aire —me dice Susi al ver mis ojos desorbitados.

—No puedo, suéltamelo, por favor.

—Cariño, si puedes hablar, puedes respirar, pero te lo suelto un poco.

Yo creo que me lo dice para tranquilizarme, pero lo deja igual, porque sigo notando esa presión horrible.

—Respira suave y verás como sí te entra el aire.

—Eso se llama hiperventilar y me voy a marear en breve.

Susi se ríe y se levanta el vestido, mostrándome también su corsé.

—Son los primeros minutos, luego te acostumbras, y hasta te puedes reír. Mírate en el espejo, realza tus pechos. Me encanta cómo te queda.

Doy un paso para ver mi reflejo y, aunque no me reconozco, tiene razón, mis pequeños melocotones ahora parecen dos perfectos cocos. Nunca me habían gustado tanto mis pechos.

—Esta es el cubrecorsé. Es una especie de pequeña camiseta escotada que irá por encima del aparato de tu tortura.

Me la pongo, sin entender muy bien para qué sirve, pero me gusta, es el típico top ibicenco con encajes.

Ahora, saca como una armadura de cintas rígidas y doy un paso atrás aterrada.

—¿Qué es eso?

Susi se ríe.

—¡Qué graciosa eres, muchacha! Tienes gracia natural.

—Sí, me lo dicen siempre, pero va en serio, ¿qué es eso?

—Esto se llama crinolina y es para dar forma a la falda del vestido de hoy, otras veces llevarás polisones, que viene a ser parecido, pero ya integrado en el vestido. En esta época se buscaba el mayor volumen.

—Me va a hacer el culo enorme.

—No, directamente no se va ni a intuir el culo —me dice mientras me coloca esta rejilla atada a la cintura—. Algo bueno tenía que tener la época, podían hincharse a torrijas.

Me veo tan ridícula que estoy por echarme a llorar, pero no puedo porque es demasiado esfuerzo con el corsé puesto.

—Ahora —enuncia mientras rebusca en el baúl de los horrores—, las enaguas.

—¿Más cosas? ¿En serio?

—Sí, pero ya queda poco.

Las enaguas son una falda almidonada que me llega hasta los tobillos y cubren mi enorme pandero ficticio.

Y, por fin, saca el vestido y he de reconocer que es precioso. Es rosa palo con la falda blanca. El escote, en barco, me deja al descubierto los hombros.

Susi me coloca todo el «camiseo» que llevo por debajo del vestido y el resultado es espectacular. Es la primera vez que digo esto, pero me encantan mis tetas; me veo tarareando el temazo de Rigoberta Bandini.

—Sabía que te iba a gustar —susurra Susi al ver dónde estoy mirando—, las que tenemos poco pecho alucinamos con el efecto.

—Un poco más flojo y me lo compro para salir de fiesta.

—Y lo harás… Todas las que pasamos por aquí tenemos corsés en nuestros armarios. Estás preciosa. Ahora, si quieres, te hago un recogido sencillo y con un poco de colorete, brillo de labios y rímel, lo tenemos. No necesitas nada más.

—¿También peinas?

—¡Pues claro! —Se pone en jarras—. Soy tu doncella. Sirvo para muchas más cosas. Siéntate.

—Ya me gustaría —le digo—. Con esta cosa debe de ser imposible.

—No, tranquila, es flexible, ven.

Susi me conduce a la habitación donde está el tocador y, con su ayuda, logro sentarme sin caerme para atrás. Tengo menos movilidad que un Playmobil, pero, al menos, me tranquiliza saber que puedo sentarme. Susi, con una habilidad increíble digna de una peluquera, que igual es lo que es, me maquilla y me hace un peinado hacia un lado, con un retuerto de trenzas y florecitas incrustadas que me dejan sin habla y más guapa que nunca.

Cuando me levanto y me miro en el espejo, no me reconozco. Es un poco rococó todo, pero, en resumen, me veo muy bien. Mis ojos color verde y miel destacan con mi pelo castaño, soso, despejado. Y mi palidez… diría que es la primera vez que me gusta, me hace parecer una muñeca. Me acabo de quitar diez años de encima.

En los labios me ha aplicado un *gloss* con color y se ven más carnosos aún, herencia de mi madre. Ella siempre dice que quien nos besa toca el cielo porque nuestros labios parecen nubes de algodón. Se ve que mi ex, Ethan, se cansó del edén.

—Estás preciosa, Alana, o *lady* Honey.

—Gracias a ti —le digo—. La pena es que no puedas hacerme una foto.

—No te preocupes por eso. Siempre suele haber un fotógrafo y tú serás su mejor modelo, no me cabe duda. ¿Te puedo hacer una pregunta personal?

Levanto los hombros, porque no sé si es una irregularidad.

—¿Tienes novio fuera?

—No —respondo rápido—, pero tampoco lo busco. He salido escaldada de una relación.

—Pues en ese caso, disfruta, y no te pongas trabas. Lo que os ha dicho Carlos de las relaciones personales…, bueno, que no es para tanto.

—¿Sí?

—¿Qué pensabas? Hombres y mujeres jóvenes… Bueno, tú solo ten cuidado de sobre quién fijas tu atención y no te enamores hasta que no acabe esto.

—Tranquila, no me voy a enamorar.

—Ya me lo dices el último día —me guiña un ojo—. No se te olvide que estoy aquí para ayudarte. Ahora te acompañaré al salón y me iré. Cuando quieras regresar, díselo al mayordomo y él me llamará o buscará a alguien que te acompañe. Recuerda que en este siglo las mujeres nunca van solas. Si me necesitas para desvestirte, toca este botón. Si no, ya te veré por la mañana.

—Tranquila, creo que podré, no te voy a despertar a posta.

—¿Y quién te dice que estaré durmiendo? —sonríe—, pero como veas.

Capítulo 6

Otra doncella viene en busca de Susi con una preocupación más que palpable y mi doncella me explica cómo llegar y qué he de hacer.

No hay pérdida, la carpa está a cincuenta metros y, en cuanto entre, le diré al mayordomo mi nombre y él me anunciará (y yo no me desmayaré ni me moriré de la vergüenza).

Camino despacio para recordarme que puedo respirar y que es el corsé el que me está provocando esta ansiedad. Es una cena, como tantas otras, solo que temática. Me juego mucho con esto para dejarme llevar por las dudas.

Está atardeciendo, se nota que estamos en el norte, aunque estamos a finales de julio, se agradece esta brisa fresca que desprenden los parajes de montaña. Aquí el oxígeno desgrava el contaminado de la ciudad, siempre pienso que mis pulmones urbanitas se depuran en lugares así; la pena es que tomo el aire a sorbitos, como si mi tórax fuese de madera a lo Pinocho.

La carpa se halla en un pequeño promontorio que te permite ver el lago a lo lejos. No sé si es por la hora, o por la luz, pero el agua tiene un color azul cristalino que parece una postal de cualquier playa menorquina. A diez metros de mí, hay un banco. Veo que está ocupado por un hombre a quien desde aquí le oigo mascullar una lista de improperios muy poco de esta época, apostaría a que algo le sucede en la nuca. Me arriesgo a acercarme unos pasos y preguntarle:

—¿Puedo ayudarle en algo? —me escucho a mí misma y veo cómo el hombre da un respingo y se da la vuelta lentamente para mirarme.

—No, es que… —se calla al verme. Y yo. Es un hombre de mi edad, mulato, con los ojos grandes y desde aquí diría que verdes, con una mandíbula ancha y marcada como debe de tener el capitán de cualquier equipo de *rugby* que se precie. De hecho, este chico debe de practicar algún deporte, porque su espalda es amplia como la de un puerta de discoteca—. Es que se me ha caído la corbata o como buenamente se llame este artilugio, y no soy capaz de volvérmela a poner.

Tiene acento andaluz, sevillano, diría, y me hace sonreír. Serán los prejuicios, pero, de primeras, no suelo imaginarme a las personas raciales diciendo «mi arma». Antes de responder, me pongo en situación y le pregunto:

—Sé que no es apropiado, pero si quiere que le ayude…

—¡Acepto! Sí, por favor —responde desesperado.

Camino hacia él y reconozco que de cerca es más impresionante que de

lejos, sus ojos hacen un contraste con su piel más perfecto que el de *brownie* con helado. Es como el duque de *Los Bridgerton,* pero con ojos verdes, ahí lo dejo. «Apuesto a que tiene que ser actor», me digo a mí misma, lo que me extraña es que no le haya visto en ninguna serie, porque este ser ha de romper los *castings*, a la que los contrincantes le vean entrar, deben desmoralizarse. Aunque si fuera actor, sabría cómo vestirse, ¿no? ¡Ufff, empiezan las dudas!

Aun así, por muy guapo que sea, su apuro me parece tierno y le sonrío. Si hoy no me hubiera besado con un *highlander*, estaría más callada que la Gioconda cuando le dieron el tartazo, pero es que el gallego no tiene nada que envidiarle al duque sevillano.

Intento actuar segura de mí misma, ahora me acabo de convencer de que este chico es un opositor, se le ve más perdido que a un cazador de Pokémon sin Internet. Pienso que, si él me cree actriz, ganaré puntos. Me subo al banco, porque si no jamás alcanzaría ese cuello, le llego a la altura de los pectorales.

—Todos necesitamos del servicio para vestirnos, no es asunto sencillo. Mañana dígale a su ayudante que le ate bien la corbata para evitar estos imprevistos. Soy *lady* Honey —me presento mientras engancho una falsa hebilla que hay detrás y que entiendo que por eso el pobre no conseguía colocársela—. Ya está.

—Muchas gracias, *lady* Honey, me ha caído del cielo —dice recomponiéndose—, yo soy lord Tall.

—Muy apropiado su nombre. —Le sonrío mientras me bajo del banco, porque el momento ha sido cómico: yo con escalera improvisada para ponerme a su altura, debe de medir metro noventa, tal cual como el duque de Hastings. Es actor, fijo.

—Y el suyo, si me permites, nunca había visto unos ojos tan dulces.

Sele acaba de escapar un tuteo, es opositor… O me relajo o me estalla la cabeza en menos de media hora.

Le tiendo la mano, porque he estudiado que así se presentan, y él me la coge y la acerca a su boca, que como es tan alto y yo tan bajita casi parece que estamos haciendo algún ejercicio de pilates con mi brazo. Nos miramos. Salta una chispa… («Corré, Alana, corré», ya está mi subconsciente reprendiéndome).

—Si me disculpa, es mejor que acudamos por separado.

—Sí, por supuesto, señorita…*lady* Honey, solo espero que guarde el secreto de mi torpeza.

—Seré una tumba. Hasta pronto, lord Tall.

Cuando me doy la vuelta y me alejo, una Chanel dentro de mí me canta todo empoderada «llegó la mami, la reina, la dura, una bugatti». Me vengo tan arriba que no me percato de que un hombre me contempla justo en la entrada de la carpa y, cuando me quiero dar cuenta, casi me choco con él.

—Perdóneme, no le había visto, iba distraída —me excuso antes de mirarle. A este paso, conozco a todo el mundo antes de entrar. ¡Uy!, pero este ya sé quién es y esa mirada socarrona también. Sí, es el gallego, obvio.

—Ya he visto el motivo de su distracción —masculla con esa voz ronca que suena a bronca quiera o no.

—Ya es casualidad que vuelva a ser usted el que se cruza en mi camino, cualquiera diría que lo fuerza —respondo chulita gracias a los rescoldos que me ha dejado la canción de nuestra representante de Eurovisión.

Sebas se ríe como si no le importara que nos vieran y solo se me ocurre pisarle fuerte para que se calle.

—¿Qué haces?

—Se supone que no nos conocemos, idiota, y un caballero y una dama no pueden hablar sin nadie más.

—Ni tampoco enrollarse en la cabina de un avión, pero es que tú y yo hemos llegado tarde a este juego.

—Trátame de usted, soy *lady* Honey, y por lo que a mí respecta, no te conozco. Olvídalo.

Le esquivo, no sin antes mirarle enfadada, dándome tiempo a ver lo guapo que está vestido de caballero. Pero da igual, da igual. Cuando estoy a tres pasos, siento cómo me agarra del brazo y tira de mí para situarnos frente a frente. Sus ojos son azules como el cielo de Cádiz, son tan azules que parecen dos lagos y yo un patito flotando en ellos. Podría contemplarle durante horas.

—Está preciosa, *lady* Honey…, Alana.

No puedo respirar, ni gota. Aunque es cuestión de física, más bien de espacio: como el corazón se me ha puesto a latir desbocado, no le deja hueco al pulmón para expandirse. Intento sonreír y deshacerme de su contacto en mi piel que me quema más que una plancha. Es él el que me suelta, como si volviese en sí, y yo consigo no desintegrarme toda entera como una supernova. Ahora sí, me doy la vuelta, tomando distancia de este maldito imán.

—A ti también te sienta muy bien el traje —le digo mientras me alejo.

Cuando estoy en la entrada, tomo aire (en la medida de lo posible) y me adentro en la carpa.

Un mayordomo me hace una reverencia, le digo mi nombre, todavía temblorosa por el momentazo, abre una cortina y le escucho presentarme con voz de tenor:

—*Lady* Honey.



Calculo que seremos unas veinte personas. Creo que ya hemos llegado todos, porque nos han conducido a otra sala más pequeña que la principal, esta hace los usos de comedor y es tan bonita que todavía sigo extasiada, pero disimulo que no me sorprende para parecer una actriz y que me sume puntos.

Es que es alucinante, pero a niveles primera vez que escuchaste la canción de Shakira y Bizarrap. Por dentro de la carpa es todo tan real que no puedo asimilarlo. Parece que estoy en un castillo, hay paredes de roca y la decoración es auténtica, no cartón piedra como en los escenarios. La de dinero que hay invertido en esto es innombrable, espero que lo reciclen o lo vendan por Wallapop (aprovecho para preguntar si existe alguna aplicación más humillante. Debe de ser por el algoritmo que se ceba conmigo, pero todos los de mi alrededor endosan hasta la sábana bajera y yo no logro vender nada). Cuando me separé de Ethan, me mudé al miniapartamento de mi madre, pero me llevé tantas cosas, de la misma rabia, que luego no sabía qué hacer con ellas, ni dónde meterlas. La gente me animaba a que lo vendiera por la Wallapop y lo único que conseguí es perder el tiempo.

El primer espacio al que accedí nada más presentarme era como un salón de baile enorme, con un escenario al fondo donde una orquesta de cuerda estaba amenizando el ambiente. Orquesta con trajes de época, por supuesto.

El señor Randall, el hombre que primero salió al escenario esta mañana, vino a mi encuentro y se me presentó. Actor, hasta ahí llego. Él me condujo a un grupo de cuatro personas, dos hombres y dos mujeres, e hizo las presentaciones pertinentes. A una de ellas la conocía del viaje en el minibús, la mujer racial, con rasgos gitanos, con una melena para donar pelo a tres cabezas, *lady* Curly se llama. Por su acento, aposté que era cordobesa y también que era actriz. Va de despistada, pero no me lo creo. Otra mujer era más o menos de mi edad, cerca de los treinta, con fisionomía pelirroja y pronunciación extranjera, *lady* Eire. Esta me ha caído fenomenal, es callada, pero su mirada desprende sinceridad y no podía ocultar que estaba

sobrepasada. No me he despegado de ella desde entonces. Opositora.

Los dos hombres eran: uno de más de cuarenta, calvo y regordete, con un tono de voz muy alto y de estos que te dan golpes en la espalda tan fuertes que te hacen escupir la comida de anoche; un invasor de espacio vital cien por cien origen extra. Actor, por cierto, demasiado extrovertido, y se llama lord Trujillo, no puede negar que es extremeño. Y el otro era lo contrario: espigado, alto y constreñido. Apenas ha dicho tres palabras, solo miraba de un lado a otro. Este, que se llama Lord Thin, es opositor, me juego una mano y no la pierdo.

Juntas, *lady* Eire y yo acabamos de entrar en el comedor mientras hablábamos de lo incómodo que es el corsé y el llevar tanta ropa.

El comedor dispone de una mesa alargada, como para treinta comensales, perfectamente dispuesta, candelabros en las paredes y un tropel de sirvientes. Tomamos asiento juntas, según nos indica el mayordomo, y frente a nosotras se sientan dos hombres. Uno es lord Tall, el mulato que se peleó con la corbata antes de entrar y que me ha guiñado un ojo en señal de confianza, y el otro es alto, rubio, con muy buena dicción y divertido, de ahí su nombre, lord Funny, así de primeras parece actor.

A mi lado se acaba de sentar *lady* Curly y, frente a ella, lord Trujillo, estos dos han hecho buenas migas y ya conversan como conocidos de toda la vida. Al lado de mi amiga, *lady* Eire, se ha sentado otro hombre, lord Young, a quien también le conocía del minibús, uno que tenía pinta de friki de ordenadores, le vistas como le vistas, y que apenas habla. Este es opositor, seguro. Frente a él, está ubicada la más guapa del lugar, desde mi punto de vista, una mujer a lo Charlize Theron, pero con acento catalán, *lady* Blonde.

Mientras nos sirven la cena, una generosa ensalada y pollo asado con verduras, la conversación la monopoliza lord Trujillo, hablando de sus hijos pequeños que le quitan la vida y que son unos trastos, y *lady* Curly le secunda, contándonos anécdotas de sus sobrinos. Por poco que me interese, en el fondo lo agradezco, porque yo es que no sé de qué hablar y sospecho que los de mi alrededor tampoco.

Lord Trujillo nos pregunta si tenemos hijos y todos lo negamos excepto *lady* Blonde que afirma tener tres niños: dos chicas y un varón. También, ni corto ni perezoso, nos pregunta si tenemos pareja, y nadie, excepto él y *lady* Blonde, lo confirmamos.

En uno de esos silencios incómodos, miro al resto de la mesa y unos ojos azules se me clavan, y juro que se descuelga algo en mi interior. El gallego me examina con la mandíbula apretada, tan serio que no me extraña que le hayan bautizado como Darcy. Parece no prestar atención a los de su alrededor y yo, que vuelvo en mí, le hago una mini reverencia simpática, a lo que me responde con un resoplido y aparta sus ojos de los míos. ¿Pero este de qué va? ¿Parece que le debo algo yo? ¡Venga, hombre!

—¿Está bien, *lady* Honey? —escucho preguntarme a *lady* Eire.

—Sí, sí, bueno, en la medida de lo posible, creo que o como o respiro, y la

pena es que me muero de hambre.

—Me temo que nos encontramos todas en la misma tesitura. Mire los platos de las mujeres, llenos.

En efecto, así es y no puedo evitar sonreír y constatar lo observadora que es *lady* Eire…

—Esta experiencia va a ser la mejor «operación bikini», en agosto podremos posar maravillosas —le respondo.

—Sí, eso es verdad. Aunque yo prefiero comer… —hace un puchero—, ¿no será posible esconder comida entre tantas capas? —bromea—. ¿Se imagina?

—Ojalá, tendremos que inventar algo porque yo en ayunas no puedo dormir.

—Mañana le digo a mi doncella que me prepare un bolso enorme, quedamos a media noche y asaltamos la cocina.

Las dos nos reímos.

Hacía tiempo que no me caía alguien tan bien desde el principio, también es verdad que apenas he salido y cuando lo hacía, antes de que mi vida diese un vuelco, me solía limitar a mi novio y a Rocío, que era bastante acaparadora e impedía que intimase con más gente.

Lo sabía. Mi relación con Rocío era altamente tóxica. Debía de verse desde fuera como un contenedor de esos con la calavera y los huesos cruzados rezumando un líquido verde de lo repleto que estaba. Y explotó. Y, efectivamente, lo sabía. ¿Y qué? Me sentía cómoda, ella me agasajaba, decía que era su persona favorita del mundo, aunque a veces me tratase no mejor que a un despojo. Pero era mi cotidianidad, mi rutina, y nunca he sido persona de cambios. Sabes de esas veces que abres el micro, te calientas un yakisoba y te lo comes reconociendo que esa comida precocinada te va a matar, pero es efectiva. Pues eso éramos Rocío y yo: yakisoba.

Recordar nunca me hace bien. Recordar con el corsé es peligroso. No consigo respirar para empujar el nudo de la garganta hacia los confines de mi ser, dondequiera que destierre a mis «nudos» y, o lo logro, o pierdo y el ahogo se convierte en su finalidad: lágrimas a granel.

Cambio el foco de atención para resetearme y observo a los comensales que se hallan más alejados y que no me han presentado. Delante de nosotros, han puesto un distintivo con nuestro nuevo apodo, aprovecho y los memorizo.

Al lado de Sebas, hay una mujer joven, con un rostro angelical y unos ojos azules increíbles, *lady* Sky. Aunque su talla debe de ser la XL, es muy bonita y risueña. Me apetece conocerla. Por una razón meramente técnica, la juzgo actriz, no es sencillo aprobar todas las pruebas siendo tan joven.

Y al otro lado, se sienta un hombre indio, de mi quinta, con el pelo más negro que sus ojos y una dentadura tan blanca que llama la atención. No sé, hay algo en él que no me inspira confianza, desprende petulancia…,lord Jaipur. Este es candidato, me juego mi melena.

Ya ha mejorado mi mal cuerpo y no me alcanzan los ojos para ver más.

—¿Está bien, *lady* Honey? —me pregunta lord Funny.

—Sí, gracias.

—¿Seguro? La encuentro algo acalorada —pronuncia en voz baja y, aun así, advierto esa voz que solemos llamar amanerada o «con pluma», pero que no siempre acierta con la orientación sexual del portador.

—La verdad es que el corsé no me deja espacio para respirar y, siendo sincera, tampoco para comer, y me muero de hambre.

—¡No puede ser!

—Y, sin embargo, lo es. Mataría por estar en uno de esos restaurantes del… futuro donde te sirven para llevar la comida que dejas.

—¡Muy buena idea! —lord Funny levanta una mano para requerir al mayordomo y cuando llega le habla al oído señalando mi plato. El mayordomo asiente con una sonrisa—. Asunto arreglado, *lady* Honey. Cuando se decida a retirarse a su aposento, encontrará una bandeja con su cena para que no fallezca de inanición.

—¡Oh, qué atento! —le respondo pensando que es muy buen actor y, por lo tanto, lo es—. Le debo una, lord Funny.

—No se preocupe, no ha sido nada. Yo mataría por llevar un corsé —susurra guiñándome un ojo—. ¿De dónde es usted? No le identifico acento.

—De la capital. ¿Y usted?

—De Valladolid, tierra de viñedos. Mi familia se dedica a la industria del vino. ¿Le gusta?

—Sí, reconozco que más los blancos, pero no sé nada de vinos.

—No es necesario —resopla animado—, ¡ya hay millones de entendidos! Lo importante es saber si un vino le gusta o no.

—En eso estoy aprobada —sonrío.

—A mí también me gusta mucho el vino —enuncia *lady* Eire—, ¡oh, perdonen que me haya inmiscuido en su conversación! —se disculpa.

Le toco un brazo para relajarla.

—No pasa nada, *lady* Eire —dice lord Funny—, tampoco estábamos confiándonos nuestros secretos más íntimos. Solo de dónde somos y si nos gusta el vino. Una respuesta la tengo ¿y la otra?

—Soy de Irlanda, pero desde hace años vivo en Toledo capital.

—¡Me encanta Toledo! —manifiesto.

—¡Y a mí! —se suma lord Tall, el mulato de ojos verdes que te quita el hipo solo con mirarle.

—Pues invitados quedan… pase lo que pase —esto último lo pronuncia más bajo.

—¡Bueno, mujer! Seguro que de esta salimos, no son *Los juegos del hambre* —bromea lord Funny—. Yo estoy seguro de que de esta experiencia me voy a llevar amigos y muchas anécdotas, ya se verá o no si un puesto de trabajo, pero les prometo, señoritas, que eso ahora no me importa.

—La verdad es que a mí tampoco mucho —concedo—, quiero vivir la experiencia, aunque les confieso que no puedo parar de dudar de todos. Actor,

opositor, actor… De hecho, con lo que acaba de decir del puesto de trabajo, ya le he catalogado, pero luego he pensado, claro que, si es actor, querrá que pensemos que es participante, total, que es imposible, pero no puedo parar.

—¡Ni yo! —se ríe *lady* Eire—. Llevo toda la velada así.

—Me imagino que a todos nos ocurrirá igual —añado mirando a lord Funny que no se ha pronunciado.

—Bueno, yo un poco al principio, pero es que me gustan mucho más los vestidos y la decoración… Es maravilloso todo. Ya pensaré cuando tenga que puntuar.

—Pues yo estoy igual —opina lord Tall—, mi cabeza es ahora mismo como un puchero de sospechas.

—Entiendo que nos acostumbraremos… —digo—, como en los *escape rooms*, que al final te crees de verdad que estás encerrado.

—Yo también lo espero —emite *lady* Eire—, porque dudo de todo, hasta de qué decir para no meter la pata.

—Señores, háganme caso, ¿cuándo les han regalado unas vacaciones en un sitio tan espectacular? ¿Nunca? Pues a disfrutar de la ocasión y ya juzgaremos cuando toque. *¿Enjoy?* —Lord Funny levanta la copa y nosotras también brindamos.

—*¡Enjoy!*

Pero el recreo de nuestras pesquisas nos dura poco, porque justo después, Goldfinch, una chica joven con voz cantarina, que se sitúa al lado de la más guapa, *lady* Blonde, se atraganta a lo grande. Roja como un pimiento se levanta de la mesa haciendo aspavientos. Gracias a que el señor Randall es rápido y ha de tener conocimientos de primeros auxilios, puesto que la abraza por detrás y con sus puños en el estómago le hace una potente compresión digna del jefe del SAMUR, se salva. Eso sí, no puede evitar que el cacho de pan salga disparado de la tráquea de la joven, vuele por el aire y caiga en la cara del tímido lord Young. ¡Arjjj!

Me ha parecido todo orquestado, menos lo del pobre friki, lord Young. Goldfinch es actriz. Te diré.

Capítulo 7

Me despido del mayordomo que me ha acercado a la habitación y cierro la puerta. Corro al baño a quitarme la ropa en el espejo y cuando solo me queda la camisa, con la que Susi me dijo que podría dormir, hago pis.

No he sido capaz de atreverme a orinar con los pololos puestos. Imposible. Y a mi vejiga le quedaban dos minutos para revocar la tregua. Tenía que esperar a que el mayordomo viniese para acompañarme y casi me lo hago encima.

Ya recompuesta, me lavo las manos y la cara, para retirarme el maquillaje. Estoy agotada y necesito descansar, pero dudo de que pueda tras tanta adrenalina que he acumulado.

Todavía me dura el susto. Si ya me pareció cuestionable el atragantamiento de *lady* Goldfinch, más tarde, la falda de *lady* Curly casi se quema y, si no es por lo rápido que ha sido Sebas, o Lord Darcy, echándole agua de un jarrón, el trasero de *lady* Curly hubiese quedado chamuscado. Por lo visto, se ha acercado de más a una chimenea y los polisones que llevamos se han delatado como altamente inflamables.

Nota mental: no acercarme a ningún fuego, porque no controlo mis dimensiones con esta ropa.

Nota mental dos: Curly es opositora y Darcy actor, porque ha actuado demasiado rápido. Mátame Dios. He perdido antes de comenzar. A no ser que se lo guarde, pero, con las miraditas que me ha echado durante la noche, no creo.

No eran esas miraditas propias de dos que han tenido un *affaire* en varios baños, no. Eran más bien de crítica extrema. Llamémosle desdén. No lo entiendo. Por eso le he ignorado y huido de él.

Hoy era un concierto de cámara. No se podía bailar, claro que tampoco sabemos. Cada varios temas dejaban un espacio para que nos moviésemos por la sala y entablásemos conversación con los invitados.

Funny, Eire, Tall y yo hemos hecho equipo y nos hemos acercado a varios grupitos, siempre huyendo de lord Trujillo, que estaba cada vez más borracho y excesivo. La pobre *lady* Blonde le ha soportado estoica. Cuidando de él. Es actriz, estoy segura, no se puede ser tan guapa y no serlo. Esto es un cliché en toda regla, lo sé, no voy a negarlo, pero aquí he venido a demostrar mis cualidades como investigadora, no las de moderna mental.

Me acuerdo de que me han debido dejar la cena y la veo en el tocador. Ingiero como los de *Supervivientes*, con tanta ansia que puede que no concilie

el sueño del dolor de tripa por tener que triturar con ácido todo lo que no he masticado de puro hambre.

Nada que ver con la realidad. Es tumbarme en la cama y el sueño me embarga.



Susi, mi doncella, me acompaña a la explanada donde nos esperan para montar a caballo. Me va explicando que ella ya ha practicado este deporte y que me van a enseñar a montar a la amazona, lo que de toda la vida se ha considerado de lado. Uno, por mi atuendo, que llevo más faldas que un obispo, y dos, porque así se montaba en la época y, si ellas podían, nosotras también.

Me han dado a escoger entre este plan, lectura conjunta o aprender a hacer bordados, y no tengo yo los nervios para concentrarme o para filigranas, me cosería los dedos. He pensado que pasar un rato al aire libre me vendrá bien y, además, Susi, que se nota que me va conociendo, me ha puesto en bandeja la elección; detallándome que en el traje de amazona el corsé no es tan excesivo, así que ni me lo he pensado más. ¡A montar a caballo se ha dicho!

Me ha vestido con una chaquetilla con manga abullonada en los hombros, que es muy estilo militar actual, bastante *cool*, y el tejido es cómodo. Lo único que la falda es más larga de lo habitual, para no enseñar ni una pizca de piel. Estoy alucinada con el nivel de detalle que profesan en Curtos, no hay nada al azar, todo se hace según la época, no se permiten ninguna irregularidad. Excepto en lo de la luz eléctrica y el aseo, el resto es tal cual se vivía en la época. Y las mujeres montaban a caballo de esta guisa. Con sombrerito incluido, que me resulta incómodo, porque como yo no soy famosa nunca he llevado gorras (es un chiste).

«¡Ay, mi madre!»

Nada más llegar, me arrepiento de mi decisión, si es que nunca escojo bien, soy lo peor en los tipo test… ¿Qué esperaba?

Pues esto no.

Lord Tall y Lord Darcy están charlando amigablemente, como si se conocieran de toda la vida, y no hay nadie más. Solo nosotros tres. Ves, aquí es donde me habría hecho falta el WhatsApp para concretar con *lady* Eire o lord Funny qué iban a hacer y no encontrarme casi a solas con el engreído del gallego. Menos mal que también se ha animado lord Tall. Este, al verme, me saluda enérgico y sonriente, y, aunque quiero, no puedo retrasar acercarme a ellos.

—Es una mujer con suerte —me dice Susi al oído con cierta guasa—, disfrute del día, mi señora.

—Calla, calla, si yo te contara…

—Soy toda oídos, pero luego.

Le sonrío.

—Susi, yo te cuento, pero si dejas de llamarme «mi señora», por favor. Cada vez que lo dices llora un gatito.

Mientras me acerco, y entiendo el tono de Susi porque los dos hombres parecen salidos del *ranking* de los más irresistibles del planeta, intento respirar por cada paso y solo mirar a lord Tall.

—¡Buenos días, bella Honey! —me saluda con cercanía mi amigo desde anoche—. Me alegra que haya escogido esta actividad, así me da el placer de poder compartir más tiempo con usted.

—Gracias, lord Tall, pero no sé si arrepentirme, no se ve a ninguna mujer más…

—Es cierto —responde mi amigo.

—Me temo que es porque el resto han sido mucho más cautas que yo. —Le sonrío.

—¿Sabe montar?

Oigo esa voz profunda al preguntarme y no me queda otra que girarme para responderle. Nuestras miradas se cruzan y siento cómo mi médula espinal se revuelve y centellean miles de agujitas por mi espalda. ¿Me está llegando su aroma? ¡Aysss, sí! Por favor, ¡cómo huele este tío! No puedo disimular lo que me impone este santo varón, su hipnótica mirada y su olor a madera, algodón… A mi mente, así, sin invitarlas, vienen las imágenes del baño del avión y el sonido que provocamos juntos. No consigo abrir la boca y las respuestas se quedan a medio cocinar cuando oigo:

—¡Ohhh! No sé si se conocían —interrumpe lord Tall y yo escucho la sinfonía de *Salvados por la campana*—. Lord Darcy, tiene ante usted a mi amiga, *lady* Honey. Entiendo que no le hará falta que le explique el porqué de su nombre, tiene el rostro más dulce del encuentro.

—Sin duda —responde él—, aunque sus ojos son los más angelicales y a la vez ardientes que he visto nunca.

¿Hola? ¡Estoy aquí! ¿Ardientes? ¡Ah! Eso es lo que me dijo en nuestro encontronazo en el primer asalto… Este lo ha hecho adrede, fijo.

—Ja, ja, ja… —se ríe en alto lord Tall—, no se guarda usted nada para

dentro, ¿no? Me gusta, Lord Darcy, aunque haya sacado los colores a mi amiga.

—No me ha sacado los colores —resuello—. Estoy acostumbrada a escuchar de todo sobre el color de mis ojos. Ayer mismo alguien me dijo algo similar… —contesto para devolverle el guante al gallego—. Ya nos conocíamos, lord Tall, no se preocupe, y, con respecto a su pregunta, Lord Darcy, desde pequeña, monto, pero nunca lo he hecho a la amazona, ni vestida así.

—No sé si creerla —espeta, de nuevo, con esa arrogancia que emana.

—¿Por qué dice eso? ¿Cuál es la razón que le hace dudar de *lady* Honey? —le cuestiona animado lord Tall.

—No me malinterpreten, por favor —y, aunque lo que dice es amable, suena a todo lo contrario, áspero como un cactus—, dudo de la señorita Honey y de todos, debido a la situación en la que nos encontramos.

—¡Ah, bueno! Pero eso es mejor no pensarlo, a mí la señorita Honey me resulta bastante sincera.

—Lo soy —ratifico— y, si digo que nunca he montado a la amazona, es que nunca lo he hecho, tampoco creo que sea tan difícil de creer.

—No se ofenda, *lady* Honey, aquí todos sospechamos de todos —sale en su defensa lord Tall que ha debido percibir algo en mi tono similar a la hostilidad—. Recuerde que anoche mismo lo hablamos.

—Sí, pero no lo exponemos en alto. Puede llevar a sacar conclusiones precipitadas a los demás y esto se trata de decidir por uno mismo.

—Es cierto —reconoce por fin el gallego—, le pido disculpas, *lady* Honey, espero que disfrute de la actividad —dice y se marcha con un asentimiento de cabeza y muy malas pulgas.

Aprieto los puños con fuerza para intentar serenar al impulso que me nace desde lo más hondo de ir a por él, darle la vuelta y llamarle ridículo.

—¡Madre mía, qué cambio! Le juro, señorita Honey, que me había parecido un hombre simpático, pero ha sido llegar usted y comerse un orco.

No puedo evitar levantar la cabeza, mirar a lord Tall y carcajearme por todo lo alto. Entre el acento andaluz y lo que ha dicho, tengo risa para rato. Ambos nos reímos, y, aunque no lo corroboro, sé que alguien me está clavando su mirada azul; lo sé porque noto cientos de hormiguitas en mi espalda.



Me despido del profesor Pablo Álvarez, que no es otro que uno de los maestros en montar a la amazona más reconocidos de España, con la promesa de asistir a más clinícs con él, y me encamino hacia mi doncella que me espera al final de la explanada.

Todavía me arden las manos de coger las riendas con tensión. Ha sido muy distinto a montar a caballo a horcajadas. Nada que ver, no me he sentido segura en ningún momento y eso que monto desde que fui a un campamento de hípica y me picó el gusanillo. Pero es muy distinto. La pierna derecha la tienes fijada sobre el lomo del animal, totalmente inservible, las dos riendas las tomas con la mano izquierda y en la derecha posees la fusta. El punto de equilibrio me ha costado cogerlo, como casi la primera vez que monté a caballo. Solo he ido al trote, pero sé que mañana voy a tener unas agujetas de no poder moverme, aun así, me lo he pasado genial. Hacía tiempo que no me sentía tan concentrada en algo.

Antes de salir de la explanada, lord Tall viene a mi encuentro, porque él ya había terminado.

—Ha estado genial, *lady* Honey, ¡qué difícil debe de ser!

—Mucho, lord Tall, estoy agotada.

—No me extraña… ¿Nos vemos ahora en el comedor? —me pregunta, sonriente, y no puedo evitar constatar que le sienta de escándalo. Creo que es el hombre más guapo que he tenido delante.

—Sí, creo que ahora toca comer. Me cambio de atuendo y voy para allá.

—Perfecto… ¿Quiere que le guarde un sitio a mi lado?

—Claro —contesto feliz. Ambos nos miramos más tiempo del debido y, justo cuando mis jugos gástricos comienzan a bullir, escucho un carraspeo molesto. Sé que es él, mis fosas nasales han captado su aroma. Me giro hacia el gallego y, sin dejar espacio a las dudas, les digo:

—Lord Darcy, lord Tall, voy a mis aposentos a recuperarme del ejercicio, ahora nos vemos.

Marcho decidida hacia Susi, que me sonríe con picardía.

Capítulo 8

Ya estamos en la sobremesa. El comedor hoy ha sido distinto, estaba distribuido en mesas separadas de ocho comensales y así era más sencillo entablar conversación.

Además de lord Funny, Tall y Eire, me he sentado con lord Young, el friki jovencito imberbe, y tres personas nuevas que no conocía ni anoche presté atención. *Lady* Slowly, una mujer de más de cuarenta años, castaña, con pelo corto, bajita y con cuerpo tonificado, con ojos de ardilla y una sonrisa que transmite tanta guasa como sapiencia. Me ha caído fenomenal. Al contrario que *lady* Sparkle, una chica más o menos de mi edad, con el blanco de los ojos más brillantes que he visto jamás, a juego con su dentadura. ¿Por qué me ha caído mal? Mal mal, tampoco, pero me ha parecido un puntito arrogante, de esas personas acostumbradas a no esperar filas, que te miran con superioridad y, aunque tú no sepas el porqué, te hacen sentir pequeñita.

También he conocido a lord Peace, haciendo honor a su nombre, un hombre bastante sereno, poco hablador y muy correcto, que debe rondar los cuarenta y cinco, y se da un aire al Profesor de *La casa de papel*, este también vino en el autobús.

Ha sido una comida entretenida y, sobre todo, cómoda. Susi me ha permitido vestirme con el corsé de la mañana y, como no aprieta tanto, he podido saborear cada bocado del pastel de carne y la menestra de verduras.

Esta vez, me ha escogido un traje más sencillo, de color azulón, escote cuadrado y sin polisón.

Confirmo mis sensaciones con Eire y Funny, son divertidos, afectuosos y hemos conectado, sin más. Aunque no me he prodigado en las listas de las más populares del instituto o de la universidad, sé apreciar cuando conectas con alguien. También con Tall, pero adjunto que él me pone un poco nerviosa, porque cada vez que me mira me quedo un poco cortada, es que es apabullante, aunque él intente ser natural y amable; será culpa mía por estar desacostumbrada. Me he encerrado más de un año y ahora salir al mercado me cuesta más que decidir cuántas bolsas necesito para guardar la compra. Igual, a medida que le vaya viendo no me impondrá tanto y se me acostumbrará el cuello, porque es tan alto que me voy a tener que pagar un fisio de tanto estirar mis cervicales para atenderle y contraer la mandíbula para no babear.

Un grupo ha decidido salir a dar un paseo nada más terminar de comer, pero nosotros hemos optado por hacer una pequeña sobremesa y luego ir a descansar antes de la cena. Por lo visto, hoy hay una especie de baile y, según

nos han contado mientras comíamos, vendrán unos profesores a enseñarnos.

—¿Le puedo hacer una pregunta, *lady* Honey? —me dice acercándose Tall, que está sentado a mi lado.

—Por supuesto, lord Tall.

—Soy Javi, por cierto, creo que no está prohibido decir nuestro nombre, ¿no?, es que me gustaría que me tuteara.

—Yo Alana —le digo al oído—, pero creo que no es lo propio y menos con tanta gente.

—Lo pillo, pero en la intimidad me encantaría que me llamases Javi.

—¿En la intimidad? —se me escapa, y al segundo me arrepiento, pero ya es tarde.

Javi me mira confuso, pero sin quitarme los ojos de encima, asunto que me provoca un tsunami de sensaciones.

—¿Alguna vez ha estado con alguien racial? —dice muy bajito.

—Eh, eh… —madre mía, ¿qué digo?—, no, la verdad es que no. ¿Por?

—Curiosidad…

Sonrío. No puedo hacer más. Tragar saliva no. Se me va acumulando en el gaznate y, o la escupo a lo machirulo, o me sale por la nariz.

—Si se refiere a relaciones, no he tenido muchas parejas, lord Tall, solo una, pero, claro, durante mucho tiempo —digo y me congratulo a mí misma de haber encontrado mi voz y, después, de poder tragar el acúmulo de babas.

—¡Ah, entiendo!…, pero no tiene ningún tipo de prejuicio, ¿no?

—¿Prejuicio? ¿A estas alturas? ¿Y con alguien como usted?

—¿Alguien como yo? ¿Qué quiere decir?

—¡Venga ya! Por favor, lord Tall, usted debe de tener cientos de mujeres a sus pies.

—Al igual que usted hombres.

—No, no es mi caso.

—Ni el mío.

—No le creo, lord Tall, tiene un físico espectacular.

—Y usted, *lady* Honey.

—Yo soy de lo más normal, y, además, no le he dedicado mucho tiempo al tema.

—Ni yo. He estado centrado en mis estudios. Mis padres me educaron para eso… Primero la formación y ya tendrás tiempo para el resto. Y era muy tímido, aunque, poco a poco, con los años, he ido mejorando.

—¿En serio? No lo parece.

—Sí, soy tímido, pero aquí es diferente. Soy un personaje. No me estoy delatando como actor, me refiero a que la ropa, el entorno, nada es verdad, puedo dejarme llevar y fingir alguien que no soy. No sé, me lo estoy pasando genial, es catártico. Gracias, en parte, a usted, desde el principio, cuando me ayudó ayer, sentí una química especial. No sé, sentí que quiero conocerla mejor. ¿Piensa lo mismo?

—Sí —respondo clara y concisa—, lo único es que igual somos

contrincantes y nosotros aquí, tan tranquilos.

—Eso es secundario, Alana, yo hablo de nosotros. Hay algo en usted que me imanta, deseo estar a su lado, me hace sentir más cómodo aquí. De verdad, confíe en mí, no le estoy mintiendo.

—Confío. Y usted en mí, Javi.

Los dos giramos un poco la cabeza para permitir a nuestros ojos mirarse de frente, la sonrisa cómplice nos engancha. Algo en mi cuerpo baila por dentro, siento como un escozor en mi estómago. Javi me gusta. Bastante.

Él lleva una mano a la mía y me acaricia el dorso. Siento miles de cosquillitas por el resto del cuerpo.

—Gracias, Alana…, eres, eres… magia.

Una bandeja con tés se cae y nos separa del hechizo. Le retiro la mano rápido y miro a mi alrededor. Eire me pone cara interesante y yo le sonrío. Al instante, siento una necesidad imperiosa de hacer pis. Me levanto rápido y les digo que he de ausentarme un momento, pero que me guarden el sitio.

Al salir de la sala, tomo aire hondo. ¿Qué ha sido eso? ¿Javi me ha tirado los trastos y yo se los he recogido?, ¿el segundo día?, pero ¿estoy preparada para algo así? No, ni de coña…, tengo que hablar con él. A ver, yo a ese hombre no le puedo rechazar y más en la sequía en la que me he sumergido, pero no necesito nada más. Máximo, sexo, hasta ahí puedo dar. Pero de pensarlo me pongo mala. Yo solo me he acostado con Ethan, soy así de simple.

¿Dónde está el baño, por Dios?

Pensaba que lo iba a encontrar nada más salir del comedor, pero ahora me he adentrado por un pasillo largo con varias puertas y ninguna especifica lo que es. Las voy abriendo todas y cada una de ellas, viendo que al final me lo hago encima, hasta la última que, por fin, es un urinario.

Me hace gracia que sea tan bajito, pero entiendo que es para favorecernos la práctica con tanta tela. Levanto todas mis faldas y abro un poco la abertura de los pololos para no mojarlos. Que sea lo que Dios quiera.

¡Voila!

¡He hecho pis! ¡Sííí! ¡Y tengo la ropa seca! Me siento tan feliz que es hasta ridículo. Salgo del baño con una sonrisa enorme y me dispongo a regresar al salón cuando escucho una voz que me resulta del todo familiar, detrás de una de las puertas.

«Ten paciencia, mi vida, son solo unas semanas».

«Lo hago por nosotros, no lo dudes».

«Estate tranquila».

«Yo también te quiero, pequeña».

Me llevo una mano al pecho. Es él, Sebas, no me cabe duda, hablando con alguien por teléfono. El teléfono que yo no tengo… Es actor, ¡joder!, ¡y encima tiene novia!

Me embarga como un sofoco en el pecho que me impide coger aire, como si mi corazón fuese una portería y Cristiano Ronaldo hubiese tirado a puerta

con todas sus ganas. Vamos, que me ahogo. Literal.

«Es un actor, es un actor», zumba mi mente.

«Tiene pareja, ¡joder!, tiene novia», resuello antes de correr por el pasillo para buscar una salida. En el camino creo que tiro algo de decoración que había en el suelo, pero no me detengo, necesito salir y desfilo hasta toparme con una puerta de emergencia, empujarla con fuerza y salir a la calle para ver si consigo respirar y serenarme; me estoy mareando, pero mucho. Es como si mi caja torácica se hubiese inflamado y el corsé, que hace un rato me parecía cómodo, ahora me impide inhalar. Me apoyo en una pared y llevo mis manos al escote para intentar abrir espacio.

No entiendo por qué me afecta tanto. Eso me provoca más ansia aún, soy una tonta, me prometí forjarme hermética y en unas horas ya me han metido un zarpazo.

—¡Alana! ¿Qué te ocurre? —escucho esa voz…, esa puta voz.

Se coloca junto a mí en dos zancadas. Le miro a los ojos con toda la preocupación que puedo expresar, de verdad, creo que de esta no salgo.

Sebas se ve que entiende lo que me pasa, porque sin avisarme me da la vuelta, enfrentándome a la pared, y comienza a desabotonar mi vestido por la espalda, para llegar al corsé y abrirlo.

—Coge aire, Alana, ya puedes, tranquila… —susurra en mi oído con todo su cuerpo apoyado en el mío y sus manos en mi abdomen—. Eso es, respira, respira… Muy bien.

¡Dios mío! Ahora que estoy liberada tampoco puedo, siento su barba en mi mejilla, su aliento cálido en mi oído y su aroma lo invade todo.

Vuelvo a caer en picado. Es inexplicable. Todo el resquemor que me ha sacudido hace unos minutos ahora se transforma en necesidad. Necesidad de que este hombre no se vaya.

—¡Joder, qué bien hueles, niña! —esgrime y pega su cuerpo más al mío. No solo eso, también tira de mi pelo para poder acceder a mi cuello y después de olerlo, sin previo aviso, comienza a besarlo con fiereza, como si yo fuese lo último que llevarse a la boca.

No puedo. No puedo. No pienso. Está todo tan sobredimensionado con este hombre que me veo a mí misma recostándome sobre él y entregándome a lo que me hace sentir. Es que juro que no hay fuerza en el universo para que yo pudiera frenarle.

—Respira, respira… —continúa diciéndome mientras sus labios recorren mi cuello y sus manos avanzan por todo mi cuerpo.

—No puedo, si no paras no puedo… —enuncio con un ápice de fuerza que encuentro.

—¡Joder! —resuella e inmediatamente me da la vuelta para apoyar mi cuerpo en la pared, mientras agacha su cabeza para posar su frente en la mía —. Venga, respira, Alana…

Ahora sí cojo aire hondo y casi es peor, porque todo su aroma me envuelve y me enloquece, es como oxígeno a hemoglobina…, irresistible.

—Darcy —digo mientras vuelvo a coger aire y me atrevo a inclinar la cabeza para mirarle y llevar una mano a su mentón—, ¿qué nos pasa a ti y a mí? —pregunto en alto al sentir su tacto y cruzar las miradas.

Él gesticula una pequeña mueca similar a una sonrisa, pero interpretada con generosidad, porque ya sabemos que este hombre sonreír a boca llena no lo habrá practicado nunca.

—No lo sé… —responde—, te tengo cerca y todo se va al carajo.

—Eres actor, Darcy, lo sé…—le interrumpo.

—¿Qué dices? —me pregunta con la voz más tierna que le he escuchado desde que le conozco y lleva sus manos a mi cara para acariciarme—, ¿por qué dices eso?, ¿y qué más da?

—He luchado mucho por esto…

—Y yo, Alana.

—No puedo estropearlo.

—Ni yo, ¡joder! Solo es que, cuando estás a menos de un metro, me vuelvo loco, pero no tiene que ver con Curtos, a Curtos que le den, esto es entre tú y yo. Solo entre tú y yo.

—Darcy, tienes pareja. Lo sé —lo enuncio desde la sinceridad, no se lo digo a malas. Nos acabamos de conocer, él verá.

—No es así. No quiero tener pareja…, no es que no quiera, no puedo —me dice mirándome a los ojos con mucha verdad. Joder, ¡qué artista se está perdiendo España!

—Yo tampoco, ni quiero ni creo que pueda, pero yo no te miento cuando digo que estoy libre y tú a mí sí —ahora sí que ha sonado a reproche, lo admito.

Sebas da un pequeño paso para atrás, me estudia con su mirada clavada en la mía, porque me dice:

—¿Me has oído, verdad? No es lo que crees, Alana. No te estoy mintiendo, seré de todo, pero no un mentiroso. Puedes confiar en mí. No estoy con nadie, ni lo voy a estar.

Le miro y no digo nada. Sigo con mis manos en su mejilla y le acaricio. No quiero malos rollos y algo me dice que este hombre es sincero y que está muy dolido. Como yo. Quizás es eso lo que nos une, que los dos estamos rotos por dentro.

—Vale… Da igual, con que no me jodas y me echen, me vale —le digo—. ¿Y por qué tienes móvil?

—Me lo ha dejado la organización, pero solo unos minutos al día y sin datos, solo para llamar… Te lo juro.

—Vale, vale, no quiero saber más —digo para frenarle.

No sé qué más hacer, estoy eclipsada por su mirada penetrante y su corporeidad.

—Honey… —vocaliza despacio—, no podemos…—Chasca la lengua—. No es por ti, soy yo, de verdad. Voy a intentar separarme de ti, pero no es personal, no te lo tomes a mal. Haz tu vida, tu grupo, y yo haré el mío lejos

del tuyo.

—Eh…, vale. ¿Está sonando un poco como si yo te hubiese pedido algo o solo me lo parece a mí? Porque yo tampoco quiero nada, Sebas.

—No te enfades, no soy muy hábil con las palabras. Es que, si estás cerca, pasa esto y no puedo —dice volviendo a acercarse a mí para volver a apoyar su frente en la mía—, no me lo merezco.

¿Cómo? Justo cuando le voy a preguntar a qué viene eso, escuchamos unas voces cerca de nosotros. Darcy se recompone rápido y tira de mí hasta un arbusto donde nos escondemos.

—¿Qué te crees que estás haciendo? Lo que me jode es que te pienses que soy tan idiota —distingo claramente la voz de un hombre.

—¡Me tienes hasta los huevos con el tema! ¡Déjame en paz! —le responde otro.

Miro a Darcy y él a mí, se lleva los dedos a la boca para gesticular que guardemos silencio. Ya lo hablaré con él, pero vamos, que no he ido a la NASA, pero, a que es mejor quedarse calladita, llego.

Son dos hombres, y por fin alcanzo a verlos. Me sorprendo al avistar al señor Randall, el perfecto mayordomo, él otro no sé muy bien quién es, creo que un monitor de algo, pero no he coincidido con él, las pocas veces que me he cruzado, me ha parecido un poco altivo, de estos que no apetece tenerlos como jefes.

—¡Quieres que todo el mundo piense que es actriz! —le recrimina Randall.

—Eso es mentira, solo estoy haciendo mi trabajo —se defiende con tono arisco el otro.

—¡Con tu amante! ¡No me vengas con chorradas! Así le aseguras el puesto y la discreción, y no te lo voy a consentir.

—¡Pero a ti que más te da, gilipollas!

—¡No me insultes! —le grita Randall—. ¡Aquí el gilipollas eres tú, que solo piensas con eso! ¿Y si se entera…?

—¡Métete en tus asuntos, pesado! Que hasta donde yo sé, no son los de ir de espía. Tú no sabes el tipo de relación que tengo…

—¡Y ni me importa! ¡Pero no voy a permitir que hagas trampas y que ensucies el nombre de Curtos, esto es una empresa respetable!

El otro hombre agarra de las solapas a Randall y yo en mi escondite pego un respingo, esto puede pasar a mayores. Miro a Darcy, que está en la misma tesitura, le sujeto para que no haga ni el amago de salir.

—Más te vale callarte o…

—¿O qué? —le responde Randall, que, para ser bastante mayor, no se amedrenta ni una gota.

—Lo pagarás caro —le amenaza antes de soltarle y lanzarle al suelo. Después se va.

Darcy y yo nos quedamos congelados viendo cómo Randall bufa más de un improperio y se incorpora lentamente, se coloca la ropa y, poco después,

entra de nuevo en la carpa.

—¡Madre mía! —expreso—, ¿qué intenso todo, no?

—Lo he pasado francamente mal, no sabía si salir para separarlos —dice él.

—Ya, y yo, pero, bueno, no ha sido para tanto, un empujón y una discusión de la que he entendido más bien poco.

—¿A qué crees que ha venido esto? —me pregunta Sebas.

—Es que ni idea —admito.

—Pues habrá que estar muy atentos, tendremos que aprovecharlo —reflexiona rascándose el mentón—. Tengo que irme, *lady* Alana.

—Antes de emigrar, ayúdame a vestirme, que yo no llego —le digo.

—¡Cierto! —dice y atisbo otra minisonrisa. Darcy resopla varias veces mientras me abrocha el vestido y yo me contengo—. Ya está.

—Gracias —le digo girándome.

—Me voy. Lo dicho, Alana, de verdad que deseo que te vaya muy bien, pero desde la distancia.



—Y yo a ti.

Permanezco un rato más en el jardín, para conectar con el aquí y el ahora, porque hay días en los que no sucede nada y, al contrario, minutos que lo cambian todo. Quizás por mi año de encierro, o por todas las inseguridades que me he ganado con ello, me siento descolocada, pero a la vez feliz. Sí, feliz.

Porque me había olvidado de lo maravilloso que es sentir placer, sentirse atraída por alguien y atraer tú. Porque, aunque ha quedado claro que entre el gallego y yo no va a haber nada, me he sentido más deseada que en los últimos tiempos con Ethan.

Practicábamos sexo, no nos faltaba, pero cada vez más monótono, sin preámbulos ni novedades. Yo me decía que era normal, que llevábamos

mucho, no iba a ser una fiesta, pero he de reconocer que a veces no me gustaba y me quedaba en la casilla de salida, peor, porque en la casilla de salida tienes expectativas, cuando se acaba el juego y te ves de nuevo allí, solo hay frustración. ¿Se lo decía? No. La verdad es que no, prefería dejarlo correr. No sé por qué, por no herirle, por no continuar o porque me daba miedo que se lo tomase a mal y enturbiara nuestra perfecta relación.

Si recapacito, no recuerdo haberme sentido tan sumamente excitada con Ethan como hace unos minutos con Sebas. Éramos muy jóvenes cuando empezamos, él, sin apenas experiencia, yo, con ninguna, y, aunque aprendimos juntos, quizás probar y comparar antes de hacer la compra definitiva nos hubiese venido bien.

Posiblemente, por eso me engañó con Rocío… Quizás estaba falto de calentones, de esa atracción inexplicable que hace que te olvides de todo. Lo imperdonable es que lo hiciera con mi amiga, eso, lo mires como lo mires, es detestable.

No voy a tener nada con el gallego, pero solo saber que él tiene que hacer un ejercicio de contención para no liarnos me llena de orgullo y satisfacción. Me hace sentir sexi, poderosa, y, sobre todo, viva. Al igual que Javi, lord Tall, cuando nos hemos mirado antes en el salón, he sentido que entre ese hombre y yo había química, diferente que con Sebas, no tan avasalladora, pero inquietante, también.

En fin, que yo he venido a concursar para una plaza como ejecutivo en Curtos y más parece que estoy en una web de citas. He de centrarme, pero me siento tan liviana que voy a permitirme jugar y que pase lo que tenga que pasar. Tengo treinta y un años y solo me he acostado con un hombre, ya va siendo hora de aumentar esa cifra.

No recuerdo haber experimentado tanto éxito en otros momentos de mi vida. A ver, siempre he tenido relativa facilidad para gustar, por lo de mis ojos, pero, como estaba fuera del mercado, no prestaba atención a ese tipo de señales. No soy fea, me parezco a mi madre, tengo cara de niña, así como dulce, la piel suave y no hay ningún desequilibrio en mis rasgos, me suelen decir que soy muy guapa, pero, como he dicho, no hacía ni caso al resto de hombres y, si me hacían ojitos, yo me apartaba. He mejorado con la edad; de adolescente, cuando comencé con Ethan, no estaba en mi mejor momento. Tenía un problema en la mordida, porque no tenía espacio, y tuve que llevar aparato durante años. Tenía la cara triangular, pero, al terminar, a los dieciocho, mi rostro cambió a mejor.

Un pensamiento fugaz me sobreviene: «¡Ojalá Ethan me viese ahora ligando a tope!»…Lo desapruebo inmediatamente, «frená, Alana,frená»; a ver si es que me voy a sentir feliz por revancha, lo que conllevaría que no me he olvidado de él todavía y sigo siendo una marioneta colgada de esa relación.

Un montón de gente aparece desde la salida principal con cara preocupada y al grito de «¡*lady* Sky!». Veo a Eire, Funny y Tall que salen también y corro hacia ellos.

—¿Qué sucede? —les pregunto cuando llego.

—¿Dónde estaba? —me pregunta divertido lord Funny—. Lord Mason ha entrado diciendo que no encuentran a *lady* Sky, que ella salió con el grupo a pasear, pero que hace un rato que no la localizan.

—¿Quién es lord Mason? —pregunto intrigada.

—Ese —me señala Eire—, el que tiene cara de pocos amigos.

Acabo de ponerle nombre al enemigo del señor Randall.

—Uno de los profesores —añade lord Tall.

—Sí, a mí esta mañana me enseñó juegos de cartas de la época. Es un trabajador de aquí, un poco estirado, y cuando lo conoces, también.

Los tres nos reímos con Funny, pero, al instante, nos damos cuenta de que los demás nos miran con cierto reproche porque en teoría ha desaparecido una mujer. En teoría, claro. Sé sumar dos más dos. Y, aunque no les voy a decir nada, sé que *lady* Sky está escondida y, es más, sé que es la novia de Mason. Fíjate. Busco entre la gente a la otra persona que sabe lo mismo y pronto me cruzo con sus ojos azules que me hacen un guiño y vuelve a llevarse el dedo a los labios pidiéndome silencio. Le sonrío y, con esfuerzo, retiro mi atención de él y vuelvo a mi grupo.

—¿Y qué han propuesto? —les digo—. ¿Salimos a buscarla por grupos, todos juntos, una batida?

—Yo, sinceramente, no me creo nada y no me apetece andar —nos confía Funny—, me quedaba aquí y aprovechaba que todos están buscándola para ir a la cocina y comerme todo el pastel de manzana que ha sobrado.

—O nos metemos en las habitaciones y cotilleamos —sonríe *lady* Eire.

—Quita, quita, que nos pillan y nos echan, y yo no pienso perderme un día de estas vacaciones a todo trapo…Hemos venido a emborracharnos, el resultado nos da igual —canturrea Funny y *lady* Eire le secunda.

Tall y yo nos reímos y no decimos nada. *Lady* Eire y lord Funny forman un tándem muy chisposo, la una con su acentillo irlandés y el otro con su gracia innata. Sé que es producto de la adrenalina de los primeros días, pero me encantan mis nuevos amigos.

Lord Mason habla en alto para todos y nos indica que nos separemos en grupos de tres o cuatro para ir a buscarla. Como hay que aparentar, nosotros hacemos caso y nos alejamos un poco del tumulto para buscar a *lady* Sky.

Caminamos por detrás de las casas, hacia un mirador maravilloso donde se ve el río que hay a los pies de esta cumbre donde nos alojamos. Transitamos por una explanada y de vez en cuando uno de nosotros grita:

—¡*Lady* Sky!

Pero ha quedado claro que dudamos de la veracidad de la desaparición. ¿Cómo va a perderse una mujer en un paseíto por la tarde? Yo no les aporto lo que sé, pero no les hace falta.

Nos acercamos a un bosque y entre los cuatro dudamos de si meternos o no, pero, al final, decidimos que un poco de aventura no nos vendrá mal. Lo malo es que cuando me veo subiendo por el pinar, me doy cuenta de lo

importante que es ir con ropa adecuada y lo que echo de menos la comodidad de una bota de montaña. Es imposible seguir el ritmo a Funny, este hombre sube la montaña como un pastor.

—Amigos —se me adelanta *lady* Eire—, yo así vestida como que no puedo seguir, estoy pisándome todo el rato la falda.

—A mí me sucede igual —afirmo—, lo que daría por un Decathlon.

Lord Funny nos mira y asiente.

—Cierto es que deben estar muy incómodas, ¿por qué no nos esperan en la explanada, allí pueden tomar asiento y nosotros buscamos un poco más?

—Por mí, perfecto. Tengan cuidado —les digo.

Lady Eire y yo bajamos como dos pingüinos con tacones, entre risas, porque de verdad parecemos dos damiselas en apuros de la época victoriana. Cuando llegamos al inicio del bosque, justo en un claro, nos sentamos apoyadas en un árbol, totalmente exhaustas.

—¡Qué bien me lo estoy pasando, *lady* Honey! Estoy supercontenta, tengo un subidón de alegría desde ayer…

—A mí me sucede igual, ha sido un año muy largo.

—¡Ni que lo diga! Yo apenas he salido de casa —me confía.

—¡Ni yo! —le soy sincera—, y ahora tantas situaciones, actividades, gente…No sé, estoy como una niña pequeña la tarde de Reyes.

—A mí me sucede igual. Normalmente, soy más tímida, pero aquí, con estos vestidos, con un nombre diferente, tanta estrategia… Me siento como en una fiesta de carnaval constante, ansiosa por hacer cosas. Y, encima, los he conocido a ustedes y estoy encantada.

—Y yo… —admito.

—No quiero ser indiscreta, *lady* Honey, pero antes he presenciado una conversación entre lord Tall y usted con bastantes grados de más, ¿no?

Me río. Pues si me llega a ver con Darcy, alucina.

—No sé muy bien qué decirle, solo sé que estoy desentrenada en esto del amor.

—¿De verdad?

—Sí, rompí con mi pareja hace poco más de un año y no he estado con nadie desde entonces. ¿Y usted, tiene pareja?

—Tampoco. No hay forma de encontrar al amor de mi vida…

—¿Cree que existe algo así?

Eire reflexiona antes de responder.

—No, realmente, no, pero sí que habrá almas afines, y yo todavía no he dado con la mía. Pero lo del amor para toda la vida…

—Ya, eso es otro asunto.

—*Lady* Honey… ¿Si le surge la oportunidad, tendría relaciones aquí? Yo es que me quedé de cuadros cuando Carlos Umbrales dijo eso de que estaba prohibido el sexo.

—No sé…, entiendo que puede esperar, pero si no, pues me esconderé.

—Pues a mí me molesta que me prohíban algo así… Es mi vida, nada que

ver con lo laboral.

—Bueno, quizás se referiría a que no tenemos protección…, pero que hagamos lo que queramos. ¿No cree?

Lady Eire me mira con suspicacia, mi respuesta, contradiciendo lo que se nos ha dicho, puede que le esté haciendo pensar que soy actriz. No sé qué pensar en referencia a eso, por la parte del concurso que me toca, está bien, pero por la parte íntima, me cae tan bien que quiero ser sincera con ella.

—Sí, pero es que… no sé, me sentó un poco mal —prosigue ella.

—¿Le gusta alguien, *lady* Eire?

—No, de momento, no, bueno…, da igual, le prometo que, si alguien me hace tilín, se lo diré. Usted no hace falta que me diga que se debate entre dos caballeros, porque a observadora no me gana nadie.

La miro con la boca abierta.

—¡Vaya, vaya! —respondo.

—Y desde ya le digo que yo no perdía la oportunidad, me acostaba con los dos. En secreto, claro está.

Me hace reír.

—Ni confirmo ni desmiento —le digo—, pero puestas a soltar conjeturas yo diría que cierto camarero no le es indiferente.

Este mediodía, observé cómo *lady* Eire coqueteaba con el camarero que nos sirvió la mesa. Un hombre de unos treinta y cinco años, muy apuesto y simpático.

—Ah, sí, me pareció muy atractivo, a ver si está hoy también en la cena.

—Lo malo de todo esto es que no sabemos a quién tenemos delante, igual es una estrategia.

—¿Qué quiere decir, *lady* Honey?

—Pues que igual es una farsa, ellos son actores y, si caes en la tentación, te eliminan, por saltarte las normas.

—¿Me está queriendo decir algo, *lady* Honey? —me pregunta con tanta sospecha en la voz que me hace hasta gracia.

—No, *lady* Eire, son conjeturas. —Se me escapa una risa de esas desafortunadas que te acusan de lo que sea que te estén juzgando.

—Si sabe algo, por favor, dígamelo, soy una tumba —ruega con angustia.

No puedo evitar carcajearme porque sé lo que está pensando, pero no puedo negárselo sin delatarme como opositora, y de tanta confusión, pues me da la risa. Cuando consigo calmarme, le explico:

—No lo sé, de verdad, es una hipótesis. Igual Carlos Umbrales hablaba en serio y, si te pillan, te mandan para casa, pero creo que sé lo mismo que usted; que te puedan echar o no es una suposición.

—No creo, ¿no?

—Mejor no arriesgarse, ¿no?

—Ya, ¿pero es que a qué se refería? —continúa mi amiga que parece haber entrado en bucle—, ¿a cualquier tipo de intimidad o a relaciones sexuales plenas?

—¡Aysss, yo qué sé! —Me llevo las manos a la cabeza—. Mi doncella me dijo algo como que no me lo tomara tan en serio…

De pronto, unos pasos acelerados llaman nuestra atención y las dos giramos la cabeza para ver venir hacia nosotras a una chica con traje de doncella que corre asustada.

—¡Ayuda, ayuda! —nos reclama nada más llegar. Ignoro por completo de dónde ha salido esta chica, pero su aspecto es de todo menos protocolario. Su chaleco se ve desabrochado y la camisa está por fuera de la falda. Además de que va muy mal peinada.

—¿Dorothy, qué le pasa? —Se levanta Eire.

—¡Aysss, menos mal que es usted! —le dice ella—, necesito ayuda, creo que a Carlos le ha dado un infarto.

—¿Qué Carlos? —le preguntamos las dos a la vez.

—Al jefe, ¡joder!, ¡ayúdenme!

Las dos nos levantamos como si tuviésemos muelles en el trasero y salimos corriendo detrás de ella.

Llegamos en seguida, no estábamos lejos. En otro claro del bosque vemos a Carlos Umbrales, con muy mal color, sudoroso y respirando con esfuerzo aparente, y con pinta de haberse saltado todas las normas, porque tiene el pantalón bajado y está totalmente descamisado.

Me hago una composición de lugar tan rápido que me gustaría ser una tortuga y meter la cabeza en mi caparazón para hacerme la de que no me entero de nada. Estos dos se lo estaban montando aquí, en el prado, y a él le ha dado algo al pecho. Blanco y en vasija, leche fija.

—¿Puede levantarse? —Me agacho para hablar con él.

—No, me duele mucho…Creo que podría desmayarme —me responde—. Dorothy, ve en busca de mis pastillas —le pide a la doncella en apuros.

—¿Cómo voy a dejarte solo, estás loco?

—¿Acaso lo estoy? —responde alterado mientras nos mira—, necesito o un médico o mis pastillas. Están en mi baño, en un neceser. Es una cajita pequeña, blanca, se llama Verniex.

—Vale, voy. —Se agacha en un amago de darle un beso, pero él le hace una cobra de muy señor mío y con una mirada iracunda le da la llave de su habitación.

Cuando Dorothy está a punto de echar a correr, se frena y le dice:

—¡El código, Carlos!

—¿Cómo sabes…? —gruñe, pero no puede terminar la frase.

—¡Todo el mundo sabe que tienes alarma, por Dios! ¿Quieres que me detengan?

Él se toma un tiempo para respirar y yo creo que dilucidar si quiere decir el número en alto, pero un segundo después dice:

—Dos, cuatro, dos, cuatro. ¡Ve!

Allí que nos quedamos los tres, en una de las situaciones más abochornantes en las que me he visto inmersa. Miro a Eire y ella a mí, y juro

por Dios que las dos escondemos una risita porque parece que las dudas a nuestras preguntas de la conversación que manteníamos se han hecho escena, y de qué manera.

—¿Me ayudan a incorporarme un poco para que pueda vestirme? —nos pregunta Carlos con un semblante tipo: «lo siento mucho, me he equivocado. No volverá a ocurrir».

—Por supuesto —dice Eire

—¡Claro! —la secundo yo.

Las dos nos colocamos a ambos lados y tiramos de sus axilas para darle espacio a subirse los pantalones. Clama de dolor y vuelve a llevarse las manos al pecho.

—No puedo… —resuella.

—No se preocupe, nosotras le ayudamos —le digo mientras tiro del pantalón para arriba y consigo dejarlo más o menos en la cintura. Mientras Eire le abrocha la camisa.

—Gracias, señoritas, de verdad… Estoy abochornado —dice con un hilo de voz—, pero me duele tanto que como no tome el tratamiento pronto no sé…

—Tranquilo, coja aire despacio y no gaste energías —le dice Eire.

—Por favor, que esto no salga de aquí… Hacía mucho que no me pasaba, me habían dado el alta después del cateterismo, ¡joder! Ha sido el champán, desde que lo he bebido, me ha sentado mal.

—Con su permiso —le interrumpe mi amiga—, dudo mucho que un champán le provoque este dolor.

Carlos la mira con los ojos muy abiertos y yo, de verdad, no sé si la va a reprender o aplaudir, por mi parte estoy tan alucinada de que Eire haya contestado eso, que de verdad exijo que aparezca mi hada madrina, me convierta en abeja y pueda salir volando de aquí para nunca volver.

—Tiene razón…¿A quién quiero engañar? Por favor, les ruego discreción.

—Claro, claro —respondemos las dos a la vez.

—Siento ponerlas en tal aprieto —susurra.

—No pasa nada, usted respire despacio —le digo yo ahora porque cada vez le veo peor color y, entre todas las emociones que me recorren, la preocupación comienza a subir al pódium.

—A veces me desmayo. Pónganme la pastilla debajo de la lengua.

—No se va a desmayar, respire —le insta mi amiga mientras yo le abanico haciendo aspavientos con mis manos.

Los minutos se hacen interminables, hasta que, por fin, Dorothy llega con las pastillas. Carlos está demasiado débil y a Dorothy le tiemblan hasta las uñas, así que Eire toma el bote, saca la medicación y se la pone debajo de la lengua como nos ha indicado antes.

Poco a poco, la respiración del hombre se relaja y abre los ojos para mirarnos a las tres, que debemos parecer tres lechoncitos viendo a su mamá camino del matadero.

—Ya estoy mejor.

—¡Ufff, menos mal! —exclama Dorothy aliviada—, se me sale el corazón —afirma mientras se sienta a su lado y apoya la cabeza en su hombro.

Yo no sé dónde mirar, es muy incómodo, se supone que este hombre está felizmente casado con Milena Lagos y verle con una actitud tan cómplice con esta chica, pues como que me descoloca.

—Tranquila, pequeña, estoy mejor… —le susurra mientras le da un beso en la frente.

Yo me incorporo del todo y busco a Eire. Percibo la misma incomodidad, pero no quiero mirarla detenidamente, porque hay algo en los gestos de mi amiga que siempre me hace reír y creo que no es lo más apropiado.

—¿Necesitan ayuda o nos vamos? —les interrumpo. Me ha nacido y lo he soltado. Sin más.

—Ayúdenme a incorporarme, por favor.

Entre las tres le levantamos y él nos dice que puede caminar, que irá despacio, pero que ya está mejor, por lo que no hace falta que los acompañemos.

—Como vea, señor Umbrales —le dice mi amiga—. A nosotras no nos cuesta nada.

—Tranquilas, señoritas, ya han hecho suficiente. —No sonríe amable—. Ahora, solo les ruego la discreción que antes les pedí.

Las dos nos atropellamos diciéndole que no se preocupe y partimos hacia el complejo rectas como velas. Hasta que fuera de su campo de visión, ya cerca de una de las carpas, nos detenemos y, sin más palabras que un «¡*oh, myGod*!», nos ahogamos en risas.

Capítulo 9

Estoy agotada física y mentalmente. No me da la cabeza ya para más bailes, ni los pies, sobre todo, porque me los han pisado como si fuesen los pedales de un coche, creo que cuando me quite los zapatos, me voy a encontrar los dedos unidos.

No podía imaginar que los bailes de la época victoriana fuesen tan complicados. Hemos empezado por el minueto, que de primeras me ha parecido sencillo y, al haberlo reconocido en varias películas, me ha hecho ilusión. Es ese en que se ponen en dos filas enfrentadas, comienzan con una muestra de respeto entre los bailarines y, al sonar la música, los de los extremos rodean a los que tienen al lado como a pequeños saltitos. Realmente es como si dibujásemos una zeta en el suelo.

Después nos han enseñado una cuadrilla, que era muy popular y consta de cinco partes, muy de la época de Jane Austen, y me ha parecido más animada, pero imposible de recordar. Y, por último, nos han mostrado el vals, que olvídate si te crees que es el fácil y menos cuando tienes que subir el brazo por encima de la cabeza para enlazarte con tu pareja de baile. Que justo te toque con el más guapo del lugar y no sepas dónde mirar no ha ayudado mucho a mi aprendizaje. Cada vez, Tall me impresiona más, es tan diferente a lo que conozco o conocía…

Antes de bajar al salón, nos han facilitado un dosier sobre las normas en los bailes de época:

• «Las damas no deben abandonar el salón sin vigilancia». Aquí no existía todavía la ley del sí es sí… ¿o el no es no?, o como venga a quedarse después de tanta pelea en el Congreso.

• «Un caballero jamás insistirá en bailar con una dama si ella ha expresado su deseo de no hacerlo». Perfecto, a la hoguera los cansinos.

• «Una dama no bailará con un caballero inmediatamente después de haberle denegado el baile a otro». Me parece muy bien, apoquinando.

• «Durante el baile nadie puede hacer ruidos, chasquidos, palmadas molestas que desconcentren a los bailarines». Esto no lo he entendido muy bien, ¿qué hacían en esa época, había *hooligans*?

• «En un vals ningún caballero tocará la cintura de su pareja sin guantes y si no lleva, habrá de coger un pañuelo». Muy bien, también, nada de sobones.

• «Ninguna dama debe pasar la noche sin el privilegio de bailar. Los caballeros deben estar atentos para que todas bailen al menos una vez». *Stop bullying*.

• «Un caballero no debe invitar a una dama a bailar si no está familiarizado con la pieza de baile, porque es molesto y vergonzoso para la dama tener un compañero torpe». Es que me encantan estas normas, llámame chapada a la antigua.

• «Del baile se va uno sin decir adiós, para que no haya efecto estampida». A la francesa.

Estas son las que recuerdo, pero prometo que con alguna me he reído hasta llorar. ¿Cómo ha podido cambiar tanto todo? Es que un victoriano de pro levanta la cabeza ahora, se mete en una sala de baile de bachata y los ve arrimándose a unos y a otros sin lealtad alguna y, como mínimo, se cree que están todos drogados.

Como hoy se trataba solo de aprender, casi todo lo he bailado con Javi, Tall. ¿Qué decir? Pues de primeras que mi pareja no tenía ni idea, evidentemente normal, pero, si vamos al asunto que me ocupa, deduzco que también es opositor y, ya puestos a hacer afirmaciones, diría que cada vez me gusta más estar con él. Entre nosotros va creciendo una confianza natural, hasta el punto de que ya no hay apenas silencios incómodos.

La sonrisa de Tall destaca entre sus atributos, que son muchos, pero es de lo que más me atrae de él. Es amplia, sincera y contagiosa. Tan amplia que permite ver gran parte de su dentadura, y deberían proponerle para anuncios de ortodoncia invisible o Invisalign, si es que no los ha hecho ya. Otra virtud es su afabilidad. Es simpático con todo el mundo, pero sin ser pegajoso o un payaso. La línea entre ser gracioso lo justo, o llegar a ser cansino, es muy frágil y él la maneja como un funambulista. Trujillo se te repite como un ajo crudo picado y con Tall, todo lo contrario, quieres coincidir con él. Pero, sobre todo, lo que más me cautiva de él es cómo me trata, tengo su total atención siempre, tan amable y correcto, pero con esa picardía del que te la está tirando cada vez que ve una oportunidad y eso consigue que me sienta importante, por lo menos para él. Me escucha con curiosidad y se ríe con mis comentarios; eso me encanta, porque, estando fuera de mi entorno, poder contar con alguien así, te hace necesitarle irremediablemente.

Con él me he apañado bastante bien, pero a la que el baile pedía cambiar de pareja, mis pies se preparaban para lo peor: lord Trujillo, que de esta me ha dejado coja. Si se centrara en bailar y no en hablar por los codos, igual hasta daba un paso bien.

En resumen: es difícil, pero he estado tan concentrada que durante estas horas no he pensado en nada más, ni en mis dramas personales ni en el concurso.

Tomo asiento junto a Tall en una mesa que estaba vacía y él se va a una barra para pedir unas copas.

Miro a *lady* Sky, se la ve bastante entera para haberse perdido en el bosque durante varias horas. No se lo cree nadie, vamos. La encontraron Darcy y Pablo Álvarez, el profesor de equitación que ayudó en la búsqueda y le prestó un caballo al gallego.

Ella alegó que se sintió mal de repente, se desmayó y cuando abrió los ojos ya no estaba nadie del grupo. Podría ser, con estos corsés lo más fácil es marearse, pero como escuché lo que escuché, pues tengo ventaja.

Cuando lord Tall llega me sirve un coctel riquísimo que lleva alcohol y no he probado nunca, pero me lo bebería de un trago de lo rico que está. Me apoyo en el respaldo de la silla para intentar cambiar mi postura y que el corsé permita más entrada de aire. Mientras bebo, observo toda la escena, la orquesta subida al escenario que continúa tocando para los incansables como Eire y Funny que siguen en la pista aprendiendo. Casi todos los demás estamos sentados en las mesas que rodean a la pista, por grupos o parejas.

Siento unos ojos clavados en mí, me vuelvo y veo a Javi mirándome sonriente. Le insto para que me explique en un gesto.

—En esa postura no puedo hacer otra cosa que observarla.

Me doy cuenta de que llevo sacando pecho todo este rato y sonrío.

—Es para respirar, no por mera seducción —aclaro—, y no crea todo lo que ve, estos corsés son altamente favorecedores.

—Ya me imagino… —se ríe—. Tiene una piel tan blanca, *lady* Honey, parece nieve. ¿Cómo hace en verano?, tiene aspecto de quemarse con facilidad.

—No, porque me unto crema varias veces al día y huyo del sol, y mira que me gustaría tumbarme muchas veces, pero mi piel es muy sensible —contesto de seguido porque he repetido tanto esta explicación en mi vida que igual tatuármela me salía a cuenta.

—¡Qué lástima! Es una de las cosas que más me gustan en la vida, tumbarme en la playa.

—Yo prefiero andar cerca de la orilla, porque me quemo menos. ¿Va mucho a la playa?

—Sí, cuando puedo voy a Cádiz. Mis padres tienen una casa allí.

—¡Yo también! Me encanta Cádiz. Veraneo desde pequeña, aunque hace ya más de dos años que no voy.

—Pues eso hay que remediarlo, en cuanto podamos se viene a mi casa. Se lo podemos decir a nuestros amigos bailarines y organizamos algo.

—Estaría genial… Aunque igual tenemos mucho trabajo —digo y le guiño un ojo.

—¡Ojalá! —suspira.

Que es opositor y punto, como yo, cada vez lo tengo más claro. Continuamos hablando de viajes y sitios que conocemos, nuestros destinos favoritos y a dónde nos gustaría ir. Me cuenta, en un momento de sinceridad, que es adoptado y que hace años, tras una crisis de identidad, buscó a sus padres biológicos. Solo pudo conocer a su padre y descubrió secretos familiares que ha tardado en superar, lo que la convirtió en la peor experiencia de su vida, ya que no encontró lo que buscaba.

De pronto, el ambiente en el salón cambia, Javi y yo lo notamos y miramos hasta encontrar el foco de todas las atenciones. Acaban de entrar dos hombres

vestidos con traje negro actual y Carlos Umbrales va hacia ellos. Por un instante, pienso que esto tiene que ver con la escena que hemos presenciado Eire y yo, y la busco entre la gente. Se ve que ella piensa lo mismo porque me mira a la vez con cara de susto.

Pronto, doy por errónea mi hipótesis cuando los tres hombres, encabezados por Carlos Umbrales, se dirigen hacia lord Trujillo. La música se detiene y se escucha directamente al director de Curtos:

—Lord Trujillo, lamentablemente, he de comunicarle que ha sido descalificado de esta fase por haber incumplido las normas.

—¿Yo? ¿Qué normas? —pregunta boqueando como un pez que acaban de pescar e intenta robarle oxígeno al aire.

—La única que es inapelable, ha comentado quién es en realidad y a qué se dedica.

—¡Eso no es verdad, yo solo dije que…!

—Le pido, por favor, que asuma su error y no revele con quién mantuvo dicha conversación —le interrumpe—, porque si lo hace, ya nunca podrá optar a una plaza en Curtos.

Desde el primer momento me pareció una persona sin filtros y ahora lo puedo corroborar. Cualquiera con un poco de empatía puede advertir su desolación.

—Lo lamento, pero hemos de acompañarle a recoger sus cosas y evitar posibles filtraciones. Ha de abandonar ahora mismo el recinto —le insta Carlos Umbrales.

—No es justo —dice—. Yo no estoy conforme…

—Permítame informarle de que aquí los jueces somos nosotros y hemos dado por finiquitada su participación. No hay nada que pueda decir o hacer en su beneficio más que abandonar y esperar a que se le llame para otro proceso —emite el señor Umbrales en un tono firme y autoritario.

—No me van a llamar nunca, sé que cuando te descalifican quedas eliminado para siempre y quiero poder explicarme… —dice enfadado.

—Lord Trujillo, acompáñenos —enuncia uno de los hombres trajeados después de una señal que le hace su jefe.

—¡Joder! ¡Qué exigencias! ¡Parezco un criminal! —se queja el extremeño.

Sin más diálogo, los dos hombres trajeados amarran al descalificado de los brazos y le arrastran a la salida, mientras él vocea que le suelten y que no son formas. Y, por primera vez, coincido con ese señor: efectivamente, no son formas.

Un incómodo silencio se apodera de la sala y ni los músicos volviendo a tocar lo resuelven. Las caras de todos los que estamos allí reflejan el sinsabor de este incidente. A mí, por lo menos, se me acaba de precipitar el buen rollo al núcleo de la Tierra (tipo «el borrador de Hacienda te sale a pagar»). Esto no son unas vacaciones todo incluido, lo han dejado claro, pero igual no era necesaria tanta hostilidad para demostrarlo.

Javi me toma una mano y me aprieta para que le mire.

—Me acabo de quedar en *shock* —me dice cuando le atiendo.

—Y yo…, me ha dado pena. No entiendo por qué han sido tan desagradables. Se lo podían haber dicho a él solo.

—Bueno, quizás querían dar ejemplo…

—No, eso sí —refunfuño—, nos ha quedado claro. ¡Ufff! Me han quitado el buen rollo, voy a pedir que me venga a buscar mi doncella, necesito aclararme y descansar.

Lord Tall dice que me entiende y es él el que va en busca del señor Randall para que avisen a mi doncella.

Minutos después, aparece Susi y me despido de Tall, Eire y Funny. Caminamos en silencio hasta llegar a la puerta de mi apartamento.

—¿Cómo estás? —me dice Susi tuteándome—. ¿Te ha impactado lo de Trujillo? Estás muy seria.

—Sí, me ha confundido un poco…, es que ha sido brusco. No sé cómo los demás han podido continuar como si nada —me explayo. Minutos después de la salida se formó otro grupo para aprender a bailar y las risas y comentarios revocaron a la incomodidad.

—Bueno, hay de todo…, piensa que os jugáis mucho y no le conocíais de nada.

—Ya, lo sé, pero es que me ha dado lástima. Era acaparador, pero no se le veía mal hombre.

—Y no tiene por qué serlo, pero si ha incumplido las normas… No sé, yo te pido que lo mires con perspectiva y que lo integres. No le cuentes a nadie quién eres, solo desahógate conmigo si lo necesitas. Es obvio que yo no participo en el *casting*. No te fíes de nadie, Alana. Y todo lo que vivas experiméntalo con matices, puede ser mentira. Esto no es la vida real. Aquí nada es real, grábatelo a fuego.

—¿Lo de Trujillo puede ser mentira?

Susi me mira con condescendencia.

—No, lo lamento, pero eso no. Yo no sé qué prepara la organización, pero esto no es la primera vez que lo presencio.

—Claro. Gracias, Susi —me sincero—. Esto va a ser mucho más difícil de lo que pensé…

—¡Ays, cariño, es que es una plaza de ejecutiva en Curtos, qué esperabas! ¡Ojalá pudiera yo!

Susi me ayuda a desvestirme y, esta vez, sí me pongo uno de los camisones que me ofrece. Antes de meterme en la cama, mi doncella desliza un cuadro, abre una caja fuerte, mete un código y saca una pequeña *tablet*. Me quedo mirándola como si fuese una espía rusa. Ella sonríe.

—Te toca valorar. Primero te voy a decir gente y después escenas. Antes de nada, no pasa nada si te equivocas, esto no te da la plaza, creo que ellos juzgan muchas más cosas. En referencia a los participantes, te preguntaré más veces sobre ellos, por lo que puedes ir cambiando de opinión; en cuanto a las escenas, solo te preguntaré una vez. Pero, como te digo, no pasa nada. ¿Estás

preparada?

—Pues hombre, no es el mejor momento, ¿tiene que ser ahora? —me justifico porque dudo de todo.

Susi asiente con la cabeza.

—Lo siento, pero sí.

—Vale, dispara —asumo.

—¿Lord Thin, actor o concursante? —me pregunta.

Con este creo que no he hablado nada, es demasiado espigado.

—Actor, pero no le conozco —le digo.

—¿*Lady* Eire?

—Concursante —respondo rápido.

—¿*Lady* Sky?

La que desapareció…

—Concursante.

—¿Lord Young?

Hago memoria, este es el chico que vi en el minibús, el joven que parece un friki. Apenas he hablado con él, solo la primera noche…

—Concursante.

—¿*Lady* Curly?

Por lo que ha pasado esta noche, a sabiendas de que solía estar con Trujillo y ha podido ser la chivata, me pronuncio:

—Actriz.

—¿Lord Funny?

—Concursante.

—¿*Lady* Blonde?

Por lo mismo que a Curly, era la otra amiga de Trujillo.

—Actriz.

—¿*Lady* Sparkle?

No he hablado con ella, es la chica que no me genera simpatía, que te mira con altivez.

—Concursante.

—Y, por último, ¿Lord Darcy?

Susi me ha dicho que no me crea nada…

—Actor —digo en el último segundo sin estar nada convencida.

—Muy bien, Alana. Como ves no te pregunto por todos, cada vez te mencionaré a gente distinta o la misma, es indiferente, por lo que te resultaría favorecedor que te relacionases con todos para hacerte una opinión más fidedigna. Y ahora, voy con las escenas:

—¿Atragantamiento de *lady* Goldfinch?

—Uff, no sé…, pero me lo creo, se puso demasiado roja. Verdad.

Susi sonríe. No puedo evitar estudiar sus gestos, es la única forma que tengo de valorar por dónde van mis pesquisas. Aunque ignoro si Susi sabe más que yo, en tal mar de desconcierto, necesito sentirme arropada.

—¿El fuego en el vestido de *lady* Curly?

—Ooh, eso me pareció más orquestado. Mentira —digo.

—¿La pérdida en el paseo de *lady* Sky?

—A ver —no sé cómo explicarlo—, voy a decirte la verdad, escuché a lord Mason discutir con Randall, él le reprochaba que la hubiese escondido porque era su novia y pretendía que la juzgásemos como actriz, por lo que sé que está orquestado por él, ahora bien, no sé cómo consta.

—Te entiendo… Muy bien pillado. Escribiré una nota.

—Pero a ver si le van a echar o algo, me da cosa.

—Tranquila, lord Mason es intocable, hazme caso. ¿Algo más que quieras contarme?

No, ni se me ocurre contar lo de Carlos Umbrales.

—No, por mi parte no.

—Pues perfecto, Alana. Lo guardo y lo envío. Ya vas viendo cómo funciona todo. Descansa.

—Gracias —le digo mientras la observo guardar la *tablet* detrás del cuadro.

—Mañana sobre las nueve pasaré a despertarte.

—Perfecto.

Susi sale de mi habitación y yo, acto seguido, salto de la cama para destapar el cuadro y tocar las teclas de la caja fuerte, necesito oírlas. Después apunto la clave en mis notas. Tengo un oído y una memoria excelente para estas cosas. Ya sé cómo se abre, igual algún día me sirve para algo.

Soy una caja de sorpresas, creo que después de esto me fichan para el CNI.

Capítulo 10

Miro a *lady* Eire y ella a mí. Se me acaba de subir el desayuno a zona arrojadiza y creo que a ella también. Y mira que estaba rico, hoy nos han puesto pasteles y podíamos hacernos tostadas con tomate. Había huevos, judías pintas, beicon, fruta natural… Tenía mucha hambre y, sin pensar en las consecuencias, lo he probado todo.

Esto no puede estar pasando… Me explico.

Susi me ha despertado esta mañana y ha vuelto a vestirme de amazona. Me gustó mucho ayer y creo que necesito actividades al aire libre para despejar mi mente. Aunque puede que me encuentre con el gallego, pero es solo el rato del saludo, yo pienso ir a lo mío con mi caballo.

Después, he bajado a desayunar y me he sentado junto a mis nuevos amigos, lord Funny, lord Tall y *lady* Eire, aunque se nos han unido a la mesa lord Young y *lady* Goldfinch, la jovencita que se atragantó, que tiene voz cantarina y un desparpajo totalmente contrario al de lord Young, que más parece un cono.

Lady Eire y yo estábamos sentadas al lado y eso le ha permitido cuchichearme sobre una conversación que ha mantenido esta mañana con su doncella, Dorothy. Por lo visto, le ha dicho que ya conocía a Carlos de otros veranos, que lo suyo solo sucede aquí y que, según él, su relación con Milena Lagos es abierta, pero que era mejor no andar aireándolo por ahí.

Las dos discutíamos que no terminábamos de creérnoslo porque él nos insistió varias veces en que mantuviéramos la boca cerrada, cuando ha entrado el susodicho, seguido por los dos hombres trajeados de anoche, y el silencio se ha esparcido como humo de discoteca. Esto es lo que ha dicho con el semblante más serio que te puedas imaginar:

«Buenos días a todos. Lamento volver a interrumpir su calma, pero ha sucedido algo que me veo en la obligación de contarles.

»Alguien ha entrado en mi habitación y ha robado el reloj más importante de mi colección. ¿Por qué se lo cuento a todos? Porque ha de ser uno de nosotros. Aquí ni entra ni sale nadie, por lo que el ladrón debe de estar entre nosotros. Y les aseguro que le vamos a encontrar.

»Si no tienen nada que ver, sigan con sus actividades, pero si han visto o ven algo sospechoso, no duden en hacérmelo saber. Esta es la primera vez que ocurre algo así y espero que sea la última.

»Por si les puede ayudar, les informo de que suelo viajar con varios relojes y los guardo en una caja fuerte. Esta pieza, que está valorada en cien mil

euros, la tenía protegida en la misma. Quien accedió a mi habitación o sabía la clave o es un experto.

»Que tengan buena mañana».

Y se ha marchado. Es por eso que Eire y yo estamos anonadadas mirándonos. Nadie en nuestra mesa abre la boca, nada más que para tomar el desayuno. Siento los ojos de Javi sobre mí y, cuando le atiendo, él aprieta los labios y ladea el cuello hacia donde estaba Carlos y a mí me entran ganas de reír, pero un pisotón de mi amiga fulmina mi risa.

—Acompáñeme al baño —me susurra *lady* Eire.

Asiento y las dos nos incorporamos e informamos a los demás de que vamos al aseo.

Cuando entramos y nos aseguramos de que no hay nadie, Eire se atropella hablando en voz baja:

—¡No me lo puedo creer!

—Ya, ni yo…

—¿Tú crees que pueden pensar que fuimos nosotras?

—¿Nosotras? —le pregunto confundida.

—¡Pues claro, Honey! Ayer escuchamos la clave de su alarma.

Un jarro de agua congelada me cae encima provocando un escalofrío generalizado en mi cuerpo. ¿Cómo puedo ser tan ingenua?

—¡Madre de Dios! Ni se me había ocurrido…, pero ¿cómo van a creer que somos nosotras?

—¿No le has oído? Ha dejado claro que es la primera vez que ocurría.

—Ya, pero nosotras…, no tiene sentido.

—Pues llámame desconfiada, pero estoy segura de que él piensa en nosotras, porque nos fuimos antes que él y el resto de gente estaba buscando a *lady* Sky.

—¡Joder, es verdad!… ¿Y si fue Dorothy? Pero tardó poco en llegar—se me ocurre a la desesperada.

—Hombre, Honey, para coger un reloj tampoco hacen falta horas.

—Acuérdate que ha dicho que lo tenía en una caja fuerte, so pava.

—¡Ahhh! —exclama Eire llevándose las manos a la cabeza—. ¡Madre mía, que van a pensar que soy yo, Honey!

—¿Por qué?

—Porque, porque… No puedo decírtelo.

—Ah, vale, tranquila, te entiendo. Bueno, no, pero sí.

—Yo no he sido, te lo juro —se sincera.

—Te creo, ni yo tampoco.

—Ha debido de ser Dorothy. Ella conocería la clave.

—Si se acostaba con él en su habitación y él abrió la caja fuerte, ya te digo yo que sí, porque yo, que soy una pringada, sé hacer eso.

—¿El qué?

—Me quedo con los sonidos de las teclas.

—¡Anda!… ¿Es o no es difícil?

—No para mí y yo no soy especial. Voy a hacer pis, ya que estamos.

—Y yo.

Entro en uno de los baños y, como llevo braguitas con el traje de amazona, hago pis normal, o por lo menos con la normalidad de mi siglo. Mi siglo… Un pensamiento cruza mi cabeza y, cuando salgo del aseo, lo digo en alto:

—*Lady* Eire, ¿y si es mentira?

—¿Mentira? ¿Cómo va a ser mentira?

—A mí mi doncella me dice que no me fíe de nada.

—Ya… —Eire me mira confundida y busca asiento en una pequeña butaca que hay en la pared.

—Puede ser, y lo de ayer, ¿el infarto?

—No, eso no…Bueno, no sé. ¿Te hicieron encuesta anoche? —le pregunto y *lady* Eire asiente—, ¿y te preguntaron por eso?

—No, claro.

—A mí tampoco. Pero no tendría sentido que lo hicieran.

Lady Eire se levanta decidida.

—No puede ser mentira y, si lo es, lo mejor es descubrirlo, ¿no crees? Hay que ir a la habitación de Dorothy.

—¿Cómo?

—Pues que hay que ir, ella dijo ayer en el club de lectura que apunta todo en un diario. Hay que buscar ese diario.

—¿Y tú crees que va a apuntar que ha robado el reloj de su jefe vs. amante? Sería del género bobo.

—Igual sí lo apuntó o en su teléfono…Si encontramos el diario, seguro que alguna pista encontramos.

—No lo veo claro, Eire.

—No tenemos nada que perder.

—Que nos pillen.

—Pues decimos que la estamos buscando y listo.



Como cuando estás en una fiesta, habías pensado no beber esa noche, pero el aliento alcohólico de la muchedumbre se te contagia y te ves con varias copas de más, pues así estoy yo, dejándome llevar por el entusiasmo investigador de mi amiga.

En esas estamos. Uno de los planes que se nos ocurren es que yo vaya a su habitación mientras ella ocupa a Dorothy con algo. Pero no quiero ir sola, las habitaciones de los trabajadores no son como las nuestras, que son casitas independientes. Ellos duermen en lo que debe de ser el hotel y puede verme alguien.

Eire conoce la habitación de su doncella porque se la enseñó el primer día, está en la planta baja y tiene un acceso desde el jardín. El caso es que ahora no podemos ir porque tengo que presentarme en mi actividad de hípica y Eire en la de lectura, a la que, casualmente, también se quedó ayer Dorothy, donde contó lo del diario. Sería el plan perfecto, pero yo me niego a ir sola, cuando de las dos soy la menos convencida de la coherencia de la usurpación de la intimidad de un diario ajeno, en una habitación ajena.

Nos despedimos y yo parto rauda, en la medida en la que mis circunstancias textiles me lo permiten (ritmo «tacones de aguja en césped blandito»), hacia la explanada donde me espera el profesor Pablo Álvarez. La mañana invita al ejercicio, está nublada, pero hace calor. Llevo días aquí y todavía me sorprende lo bien que huele, a veces, si el corsé me lo permite, me detengo a respirar hondo, porque tengo la firme convicción de que este aire es sanador.

Pido disculpas por llegar tarde y el profesor me responde que no me preocupe. Hoy ha venido más gente y ha estado liado. Me gusta este hombre, parece normal y transmite confianza. Se nota que no forma parte del circo en el que me hallo y eso me relaja y me ubica. Normal que se hayan venido más alumnos, por lo visto las actividades del interior son aburridas.

En concreto, se han sumado Lord Thin, el que parece estreñido, y *lady* Slowly, la mujer con más de cuarenta, con pelo corto y ojos de ser más lista que todos nosotros juntos. Como somos más, Pablo cuenta hoy con ayuda: Dulce. La conductora del minibús a la que no había vuelto a ver. Hoy va vestida de época y sigue desprendiendo ese halo pacificador, como si en vez de exhalar dióxido de carbono, expulsara roiboos.

Ella está coordinando a los hombres, Tall, Darcy y Thin, y Pablo a *lady* Slowly y a mí, puesto que nuestra postura es mucho más complicada.

A medida que avanza la mañana, el sol se va haciendo un hueco, pero corre un fresquito apaciguante, de esos que a lomos del caballo se agradecen. El aroma a monte encumbra la experiencia a cinco estrellas en TripAdvisor.

La clase se me pasa volando, mucho más rápido que ayer, tanto que me da pena que se acabe. Hoy me he reído muchísimo. *Lady* Slowly es muy ingeniosa y no ha cesado de hacer comentarios y chascarrillos sobre lo cómodos que van ellos y lo artificiales que montamos nosotras, muy rollo

monologuista, pero sin ser faltona. Hasta el profesor se ha reído en varios momentos.

Nos hemos esperado la una a la otra para ir hacia la carpa. Lord Tall se nos ha unido y los tres hemos ido charlando sobre los últimos acontecimientos. Ninguno ha conocido mucho a lord Trujillo y desconocemos qué es lo que ha podido pasarle, pero coincidimos en que las formas fueron muy bruscas.

Cuando estamos llegando, vemos una ambulancia en la puerta. Lord Tall, Javi, me agarra la mano, y yo no le suelto, es más, lo agradezco. No hay ningún compañero fuera. El resto de la gente debe de estar en las actividades.

—¡Bueno…!, ¡otra escenita! Aquí los de sucesos no duermen —susurra *lady* Slowly mientras caminamos mucho más despacio hasta detenernos a unos cinco metros.

Me contengo para no reírme. Al frenarnos, mi amigo el gallego y Lord Thin nos alcanzan.

—¿Saben qué ha pasado? —nos pregunta Lord Darcy y yo hago todo un esfuerzo para no mirarle. Se me hace muy incómodo estar confraternizando con Javi delante de Sebas (y sí, cuando se trata de asuntos de esta índole, uso sus nombres reales para sobornar con algo de realidad a mi entendimiento).

Un ambulanciero sale de la carpa y, al reparar en nosotros, nos dice:

—No se acerquen, por favor, aguarden ahí.

Los cinco asentimos, pero escucho a Slowly murmurar:

—Ahora es cuando se llevan a una sirena en una incubadora, como en *Splash*.

Lo dice lo suficientemente alto como para que Tall, Darcy y yo la oigamos y no podamos evitar reírnos. Sí, Sebas se está riendo. Momento memorable. Y como a todo hay quien gane, si prejuzgué a Darcy de serio, ya existe Lord Thin para vencerle. Ese hombre es un agujero negro, absorbe cualquier ápice de alegría en su perímetro vital.

Pero vamos, que la risa se me va de golpe cuando veo salir a *lady* Eire con la cara descompuesta, acompañando a la camilla y en ella yace tumbada Dorothy, llena de cables y de tubos.

—¡*Lady* Eire! ¿Qué ha pasado? —Corro hacia ella sin pensármelo. Ella acude a mí y me abraza llorando.

—¡Ay, Honey! ¡La he encontrado así en mi habitación, tirada en el suelo, casi muerta!

—Pero ¿cómo?…

Los otros cuatro jinetes se acercan y escucho a Lord Thin preguntar:

—¿Y se sabe qué le ha pasado?

—Había un montón de blísteres vacíos… —dice a la vez que llora.

—Apártense, por favor —nos ordena con aire importante uno de los sanitarios mientras la suben entre varios a la ambulancia.

En ese momento, sale de la carpa Carlos Umbrales con rostro afectado, nos saluda y antes de montar en la parte de atrás del vehículo, nos dice:

—Por favor, les pido que no comenten nada, es un asunto muy serio.

Respeten la privacidad de Dorothy.

La puerta de la ambulancia se cierra y todos nos quedamos en silencio viendo cómo se marchan, tanto el vehículo como nuestras ganas de guasa.



Comemos nuestro grupito de cuatro más *lady* Slowly y Lord Darcy. Sí, Sebas, que se ha debido de entretener, ha llegado el último y solo quedaba hueco en nuestra mesa. Perfecto, ¡ja!, es lo idóneo para lo que me dijo de que cada uno fuésemos a lo nuestro.

Yo me encuentro sentada entre *lady* Eire y Javi, y estoy haciendo un esfuerzo titánico para no sacar el tema a colación, porque de esta mesa lo sabemos todos, menos Funny, y se nos ha pedido discreción, asunto que parece que no va con Slowly y Darcy que no paran de cuchichearse al oído como jóvenes en discoteca. De hecho, Funny, nos está haciendo gestos todo el rato por tanta complicidad entre nuestros nuevos compañeros de mesa.

Nos traen el primer plato, una ensalada de espinacas con queso fresco y arándanos. La verdad es que debería de tener hambre, como ayer, tras la equitación, pero el episodio de Dorothy parece que me lo ha quitado. Aunque hago de tripas corazón y cojo el tenedor para intentar comer algo y que se me olvide este malestar.

Siento la mano de Javi en mi pierna, acariciándome bajo la mesa. Le miro y él se me acerca un poco más para susurrarme:

—¿Estás bien, chiquilla?

Le sonrío. Su acento andaluz me resulta divertido. Él me acaricia la nariz porque sabe que su «chiquilla» me ha hecho gracia y a mí me entra un «no sé qué, qué sé yo» de que esté tan cerca, que me dificulta responderle. Nos miramos. Es tan guapo y dulce que parece de mentira, un avatar.

—Es mejor que comamos un poco…, luego, si quieres, damos un paseo, tú y yo —dice enfatizando esto último.

En mi pecho efervesce una desazón que obliga a mi cuello a asentir.

Él vuelve a sonreírme.

—No te he dicho que estás muy guapa de amazona. Y ahora, come —vuelve a susurrarme y después, por primera vez, siento sus labios posarse en mi mejilla, dejándome un beso aparentemente casto, pero que a mí me ha hechizado entera, reduciéndome a un mero moflete chispeante.

Al separarse, para más inri, vuelve a clavar sus preciosos ojos verdes con muescas azules en mí, esta vez con un poco menos de preocupación y sí algo más de calor.

—Gracias —silabeo.

—Venga, vamos a comer.

Me giro para mirar mi ensalada y clavar mi tenedor en ella y vuelvo a esforzarme, pero esta vez para no levantar la cabeza y descubrir si el gallego nos ha visto. Prefiero no saberlo.

Al mismo ritmo que mi apetito aumenta, la conversación crece entre todos. Se lo debemos a lord Funny, que no ha cesado de sacar temas sin éxito hasta que ha mencionado que se ha enterado de que esta noche tendremos una actividad diferente. Un karaoke a lo época victoriana.

Al principio, pensaba que era broma, pero por lo visto es verdad, porque a *lady* Slowly también se lo ha dicho su doncella.

Yo no canto mal, de pequeña fui al coro de mi colegio, pero de ahí a exponerme delante de todo el mundo hay un universo.

—Se podrá salir por parejas —expone Funny—, digo yo, porque si no nadie se va a atrever.

—Yo también lo creo —le secunda *lady* Slowly—, pobre del que me acompañe al escenario, puedo ser más molesta que el vecino de arriba arrastrando muebles de madrugada.

—Pues o se vende mejor o sale sola. Usted mienta y diga que canta como Blanca Paloma y ya luego que se apañen —le aconseja lord Tall y yo abro una nota mental en mi memoria para constatar que Javi sabe quién es la exrepresentante de Eurovisión y da por sentado que todos la conocemos, lo que significa que es un… ¿eurofán?

—¿Pero tendremos que salir todos? —cuestiono en alto—. ¿No será obligatorio, no?

—Pues eso le pregunté yo a mi doncella, pero ella me dijo que esperase a la noche cuando se nos explicasen las reglas, pero que solo me podía decir que compensaba.

—Tendremos que esperar —dice Darcy y yo me atrevo a mirarle, él a mí, no—. Pero me surge la curiosidad del repertorio, ¿nos pondrán canciones actuales?, ¿no?

Los camareros nos traen el segundo plato, una lubina al horno con patatas panadera y pimientos asados que desprenden un aroma exquisito.

Lady Eire, por fin, se atreve a hablar y dice:

—¡Qué buena pinta!

—¡Claro que sí, *lady* Eire! Coma un poco —celebra Darcy y yo me quedo

pasmada de lo afable que ha sonado el gallego con mi amiga. Ella le sonríe.

Yo me acerco a su oído para decirle:

—Eire, seguro que está bien, y no olvides que si no es por ti estaríamos hablando de otra manera. Has salvado a esa chica.

—Gracias, amiga.

—Y otra cosa…, no olvides que puede ser mentira.

Lady Eire abre los ojos hasta el máximo de su capacidad y me contesta:

—No creo…Era verdad, segurísimo.

—Vale, vale…

—No se me va de la cabeza.

—Normal, date un tiempo, acaba de pasar… Come un poco, venga.

Mi amiga me sonríe y las dos a la vez hacemos por comer algo y así matar esta ansiedad que se nos ha posado en el estómago. Entre tanto susto previo o poscomidas, me voy con cinco kilos menos.

Las conversaciones siguen surgiendo y me sorprendo hasta riéndome a veces. *Lady* Slowly es muy ingeniosa y de ella nacen las bromas, pero después Funny las hace suyas y las payasea hasta hacernos reír a todos. He de decir que es el mejor grupo de comida que he tenido hasta el momento. Quizás sea porque lo que hemos vivido hace un rato nos ha unido.

Cuando estamos tomando el postre, un tartín de manzana un tanto seco para mi gusto, Carlos Umbrales entra en el comedor con el rostro serio, aunque algo más relajado que la última vez que le vi.

—Os juro que cada vez que le veo me entran picores, con lo bien que me caía este hombre cuando le veía en la tele —nos confiesa Funny—, pero es que mirad que cara trae…

—Pobre hombre, ¿qué quieres? Solo le han robado uno de sus relojes valorados en cien mil euros —sugiere *lady* Slowly con tono sarcástico.

—A mí desde lo de lord Trujillo, cuando entró con los hombres de negro, se me ha caído un mito —bromeo—, en la tele parecía adorable, nunca se enfadaba.

—¿Os he dicho que le han robado uno de sus relojillos, el de cien mil euros? —repite *lady* Slowly—. Porque vamos, bastante poco, yo habría montado aquí *La casa de papel*, ya os digo yo que aparecía el reloj.

Todos nos reímos.

—De todas formas, quillo, qué necesidad hay de traerse los relojes aquí —habla Tall—, los dejas en tu casita, que seguro que tiene mucha más seguridad que este sitio, y asunto arreglado. ¡Vamos, digo yo! Ni que tuviera que darle de comer a los relojes como si fueran Tamagotchi.

—¡Cuidado, cuidado, que viene! —nos avisa Funny.

—¡No jodas! —espeta Tall, que está totalmente de espaldas.

—Que levante la mano quien no esté apretando el culo —susurra *lady* Slowly en un tono suficiente para que la oigamos y ahoguemos una carcajada.

Todos, y digo todos, bajamos la cabeza al plato para disimular, evento que nos delata, aunque el que llegue sea menos agudo que un obtuso.

—Buenas tardes, señoras, señores…Espero que la comida esté siendo de su agrado —manifiesta y se le oye en todo el salón, el silencio se ha esparcido como el olor a tierra mojada que precede a la tormenta.

No soy capaz de hablar, para disimular me he metido un trozo de pescado a la boca sin mirar y mi lengua ha detectado varias espinas. No es cuestión de ponerme a hurgar ahora delante del jefe, así que asiento mirando al plato, como si estuviera hablando con mi lubina.

—*Lady* Eire… —se dirige con cierta duda a mi amiga y ahora sí que levanto la cabeza para ver qué quiere, como la eche a ella también, le escupo con toda mi boca llena—, quería acercarme a decirle que su doncella está mejor.

—Ah…, perfecto, me alegro mucho —manifiesta ella con un asombro más que palpable.

—Pero, de momento, no podrá regresar, le pondremos a otra doncella. No está recuperada del todo… —dice y aquí cada uno calla sus conclusiones.

—Normal, pero… bien, gracias por decírmelo.

—No hay de qué, *lady* Eire. Continúen disfrutando de la comida.

Cuando vamos a asentir, la puerta vuelve a abrirse y aparece la persona que nos vuelve a dejar a todos sin habla. Milena Lagos, la dueña y señora de todo esto, y a efectos, de Carlos Umbrales, porque es su marido y su empleado.

Como si nos rociaran con un espray de asombro, nuestras caras deben lucir tal cual los asistentes al Premio Planeta 2021 cuando, en vez de una mujer, salieron tres hombres afirmando ser Carmen Mola. Incluido Carlos Umbrales, o es muy buen actor o él tampoco se lo esperaba.

A mí no me da la vida entre admirar lo impresionante que es esta mujer y la cara que tiene su marido. Milena es más joven que Carlos, creo que tiene cuarenta años. Es alta, con una melena rubia natural envidiable y un rostro en el que destacan unos ojos verdes rasgados y unos labios carnosos. Es una belleza, pero todavía me impresiona más su aura de triunfadora, de mujer inteligente, sensata y con criterio. Concede muy pocas entrevistas, pero las pocas veces que la he visto me ha encandilado.

Sin embargo, ahora mismo no desprende esa energía. Está algo sería y viene hacia aquí.

—¡Por Dios, vaya comidita! Así no hay manera… —espeta por lo bajini Javi.

Le piso el pie para que se calle y no me haga reír, pero, como tiene toda la razón, decido escupir, de la manera más disimulada posible, el trozo de lubina secuestrada en mi boca.

Milena tarda poco en llegar a Carlos, circunspecta, le da un beso en la mejilla y le dice algo al oído, que nadie oye, excepto Sebas, lo sé porque se ha atragantado con el vino y ha emitido ese ruidito entre tos y carraspeo del que se añusga en secreto. Él asiente y dice en alto:

—Señoras, señores, la dueña de Curtos, Milena Lagos.

Todos aplaudimos, al principio un poco tímidos por la escena, pero después más fuerte, queriendo diluir la incomodidad que se ha generado. Porque, aunque no sepas nada de nada, es obvio que aquí se cuece un potaje y no falta bacalao.

Milena sonríe mientras es ovacionada y, cual girasol, gira su cuerpo para saludar.

—Muchas gracias a todos. Estoy deseando conocerlos, de verdad. Esto es una experiencia única y espero que lo estén viviendo así… Nuestra intención es que no lo olviden nunca. Curtos es una familia y en nuestra casa solo queremos a gente vital, apasionada, a la vez que respetuosa y resolutiva. Si están aquí, tengan muy claro que es porque poseen estas características, ahora solo falta que las apliquen con el porcentaje apropiado. Pero eso ya lo veremos, de momento, disfruten de la comida.

Volvemos a aplaudir, pero esta vez algo menos generoso, y según nos ha indicado, cada uno vuelve la atención a su plato o por lo menos disimula que lo hace.

—*¿Lady* Eire, puedo hablar un momento con usted? —pregunta Milena a mi amiga.

El cuerpo de mi amiga se sacude del colapso, pero con una solemnidad digna de una faraona egipcia le responde:

—Por supuesto, M*ilady*.

—Perfecto, acompáñeme al jardín. Tenemos asuntos que tratar.

Mi amiga se levanta *ipso facto* y, mientras se acerca a Milena, veo a esta mirar con mal gesto a su marido, y yo entiendo que le está ordenando que él no vaya.

Efectivamente, las dos salen solas, acompañadas de decenas de pares de ojos curiosos.

¿Qué querrá Milena Lagos de mi amiga? Me va a dar algo de tanta curiosidad.

Capítulo 11

—Le habrá preguntado por lo de Dorothy, estoy seguro.

—Ya, si yo también —respondo a lord Tall—, pero había un mal ambiente entre Milena y Carlos… Se mascaba la tensión.

—Bueno, es que ella le ha dicho, y espero que no cuente nada, *lady* Honey, algo un poco agresivo cuando ha entrado.

—¿Lo ha oído? ¿Podemos tutearnos, Javi?

—Pues claro, Alana, lo estaba deseando —me dice guiñándome un ojo. Hay que ver lo sexi que es este chico, cada vez que me mira, aunque sea en plan cíclope, me entra un calorcito… que, si llevara dos copas, le saltaba a la yugular—. Yo no lo he oído, ha sido Darcy, pero me lo ha contado.

—¡Anda, que discreto!

—No, es que le he preguntado porque me di cuenta de que lo escuchó, solo me lo ha dicho a mí. Nos llevamos bastante bien, digamos que es mi confidente…

—Ah, pensaba que era Funny.

—También lo es, pero, entre tú y yo, creo que Funny es actor, y Darcy me juego el pescuezo a que no.

—¿Funny actor? No sé, no sé… ¿Y Lord Darcy no?

—No, él no. Se le nota, mira a todos lados, Darcy está continuamente evaluando. Además, que se ha establecido una especie de camaradería entre los dos y confío en él.

¡Vaya por Dios! No había otro para hacerse amigo.

Doy unos pasos para alejarme un tanto y llegar a un mirador a respirar con calma, puesto que esta afirmación me ha dejado más colapsada que a los propietarios de los Twingo cuando escucharon la cancioncita de Shakira. Intento abstraerme en el paisaje y en las chorradas que me da por pensar para que no se me note la impresión que me ha supuesto esta novedad. La verdad es que el paraje ayuda, una laguna con un color esmeralda que circunda estas montañas es la reina de la imagen.

Siento que Javi se sitúa a mi lado.

—Al final, no te he dicho lo que ha escuchado Lord Darcy.

—Es verdad —respondo sin mirarle.

—Milena le ha dicho de muy malas formas: «Más te vale que me lo expliques».

—¿En serio? —Ahora sí que me giro para mirarle.

—Eso dice Darcy, pero me pega por la cara que ha puesto él…Oye, Alana

— presiento en su duda un cambio brusco en el tema de conversación—, con sinceridad: ¿te pasa algo con Darcy? Porque es que es mencionarlo y te cambia el ánimo. Ayer cuando le viste en equitación, te separaste en seguida de nosotros.

No sé qué decirle, si admitir la verdad o contarle una milonga. Si no estuviera donde estoy, sería sincera, después de lo que me ha tocado vivir, soy enemiga absoluta de la mentira, pero nos encontramos en esta pintoresca tesitura y puede que le confiese que me enrollé con él en el avión, Javi sea actor o se enfade, desvele nuestro secreto y me echen. No, pasando, definitivamente me va a tocar mentir o por lo menos a medias.

—Digamos que yo no me fío tanto como tú…, hemos tenido varios encontronazos.

Javi da un paso para acercarse.

—No me cuentes más…, solo quiero saber si hay algo más entre él y tú.

—No, ¿qué va a haber? Si apenas acabamos de llegar —respondo y yo diría que me está quedando bastante creíble.

—Ya, pero a él también le sucede algo contigo, intenta alejarse, pero le he pillado varias veces mirándote.

—Es muy observador, lord Tall —vuelvo a tratarle de usted en tono de broma para destensar el ambiente—, actualmente, no hay nada entre nosotros y te aseguro que no lo va a haber en el futuro, pero ¿por qué lo quieres saber?

—Por esto…

Lord Tall, con un paso enérgico, borra la distancia que nos separaba y cuando me quiero dar cuenta ha llevado una mano a mi nuca para acercarme a él y a sus carnosos labios.

¡Dios mío! Besar a este hombre es tocar el cielo y, aunque ha empezado un poco dudoso y parecía suave, al advertirme receptiva está mejorando por segundos… Javi y yo enredamos nuestras lenguas con sed, sentirme tan cerca de él, del calor que emite, de la humedad de su boca y cómo juega con la mía me está provocando un aceleramiento que no sé si voy a poder sostener. Me falta el aire, en parte por el corsé, también he de decirlo, ¡que no es la primera vez que me besan, vamos a ver!

—¡Dios, Honey! ¡Qué bien sabes! Tus labios son, son…—Se separa para susurrarme al oído y luego descender por mi cuello con una cadencia de besos jugosos hasta mi escote que provocan que le atraiga más a mí mientras lucho porque me entre algo de aire y ser consciente de lo que estoy haciendo.

Siento las manos de Javi elevándome los pechos por encima del vestido para poder besármelos y, si eso de por sí es excitante, con este vestido que me estruja de base, cada roce se multiplica por cien. Yo ya dejo de pensar, se me va la sangre a cierta zona que se erige directora del momento, la gata salvaje que habita en mí lleva las manos a su trasero para testarlo y apresarlo con una necesidad imperiosa de pegarlo más a mí. ¡Madre mía! Es todo fibra.

Javi me agarra el mío para levantarme, anclarme a su cintura con mis piernas y, después, en un ejercicio de abdominal digno de un monitor de

pilates, se sienta en el suelo conmigo encima. Sus manos ahora viajan a mis piernas mientras volvemos a besarnos con ansia. Estaba tan necesitada de esto, de dejarme llevar, de sentir que a alguien le gusto como para que no le importe dónde estamos que, que… ¿Nos pueden ver? ¡¡Nos pueden ver!!

Freno, con mucho pesar, la incursión de Javi por mi pierna y me separo lo justo para no bizquear.

—Javi, pueden vernos…

Él resopla echando la cabeza para atrás y dice:

—Puto Curtos… ¡Joder! —espeta antes de volver su atención a mí con una sonrisa pícara que se me contagia.

—Puto Curtos, sí, efectivamente —repito yo—. No lo has podido expresar mejor.

—Llevo un año encerrado en mi casa, Alana, no tengo contención, perdóname —se disculpa a la vez que se acerca para darme un beso casto en los labios.

—Sé de lo que hablas. A mí me sucede igual. Estoy un poco desatada y eres tan guapísimo y todo.

—¿Qué es «todo»? —Sonríe divertido.

Antes de contestarle, me bajo de sus piernas y me siento a su lado. No puedo evitar constatar con mi mirada que nuestro encuentro le ha dejado secuelas, y menudas secuelas, en su entrepierna. La humedad de la mía no se percibe con el vestido, pero es posible que me moje al levantarme.

—Por favor, que no venga nadie todavía y me pille así, aunque no sé si voy a ser capaz de… Todavía estoy a mil, es que te miro y solo se me ocurren cosas sucias.

—¿Sucias?

—Sí, muy sucias, todo lo sucias que me permitas —sonríe—, ¿a qué te referías con ese «todo»? No me cambies de tema.

—Pues lo de siempre, que estás cañón, que eres gracioso, amable, educado…Bueno, hasta que has dicho lo de las cosas sucias —bromeo.

—¿Justo ahí he perdido todo el encanto?

Le miro provocativa.

—Has perdido el decoro, pero el encanto lo has multiplicado por mil y las expectativas también.

—¡Joder, Alana! —Se lleva las manos a la cara, mientras se pliega sobre sí mismo y mete la cabeza entre sus piernas—. Me pones a mil, chiquilla. No voy a poder contenerme.

—Bueno, bueno, ya se nos ocurrirá algo, no te fatigues. —Le doy un golpecito con el hombro en el suyo—. Oye, te sale la vena sevillana cuando te sulfuras.

—Ya, suelen decírmelo. He estudiado tiempo fuera y perdí el acento, pero cuando estoy intenso La Giralda vuelve a mí.

Me río.

—A mí me gusta mucho Sevilla, que lo sepas. Me parece la ciudad más

encantadora de España.

—Y a mí me encantas tú. Tienes que decirme, exactamente, dónde está tu habitación para que me cuele por la ventana.

—No es mal plan, pero es un poco alta… Mejor entra por la puerta, ¿no crees?

—¿Me invitarías? —Me mira con los ojos sorprendidos.

—Siempre y cuando no me la juegues y quede entre nosotros, por supuesto.

—Nunca te la jugaría, te lo juro, ¿y tú?

—Tampoco, tienes mi palabra. Pero… también quiero decirte que, si luego vamos a ser compañeros, esto se queda aquí.

—Ya… ¿Y si estamos concursando por el mismo hueco, Alana?

—Por eso, separemos una cosa de la otra. Ambos nos gustamos, decimos que llevamos un año encerrados y tenemos ganas de fiestecilla, ¿no? —le pregunto seria.

—Muchas, muchas ganas, pero, sobre todo, porque eres tú, es que eres preciosa, chiquilla, hasta tu voz me vuelve loco.

—Pues ya está, Javi…, vivamos esto, pero desde una perspectiva sana, sin etiquetas. ¿Amigos con derecho?

—¿Lo que pasa en Las Vegas se queda en Las Vegas? Me parece genial. Cuando lleguemos al campamento me dices cuál es tu habitación.

Nos reímos hasta que escuchamos una voz detrás de unos arbustos que nos dice:

—¿Puedo salir ya, parejita?

Los dos damos un brinco del susto, pero al ver aparecer la melena pelirroja de *lady* Eire, con cara sonrojada y tímida, respiro profundo para serenarme.

—¡Anda que, si no llego a ser yo, os pillan en todo el asunto! —nos riñe con guasa—. Con un poquito más de cuidado serviría.

—No sé qué has visto, pero es que me ha picado una avispa y el señor Tall estaba absorbiendo el veneno —miento descabelladamente.

Lady Eire se ríe a carcajadas y yo la verdad es que no creo que nos vaya a poner en una situación incómoda, confío en ella, así que me río a la par.

—Quiero esa avispa yo para mí con cierto camarero…, cuando le veas cerca de mí, dile que me pique, a ver si me salva la vida.

Javi resuella y le miro con tranquilidad para que entienda que Eire no nos va a descubrir.

Él, un poco avergonzado, se incorpora y me ofrece las manos para levantarme.

—Le ruego, *lady* Eire, que este suceso con la avispa quede entre nosotros.

—Obvio, lord Tall, no se preocupe, a mí me encanta que estén juntos, hacen una pareja tremenda. Yo venía a tratar ciertos asuntos con mi amiga, si no le importa dejarnos solas…

—Sí, será mejor. Me iré al lago a darme una ducha fría. —Nos guiña un ojo—. *Lady* Eire, *lady* Honey. —Nos hace una reverencia para despedirse.

—Hasta luego, lord Tall —le digo.

—Por el camino tenga cuidado con las avispas, hay muchos escotes por aquí y puede que las damas necesiten de sus sabios cuidados. —Nada más decirlo le doy un codazo a mi desvergonzada colega, pero me río a la vez.

—Solo hay un escote que me preocupa y lo acabo de salvar, no me importan un chelín los demás. —Sonríe ladino y gira para marcharse—. Adiós, señoritas.

Las dos le observamos caminar mientras se aleja.

—¿Ha dicho chelín?—le pregunto a mi amiga

—Sí, ha dicho chelín —dice Eire sin parar de mirarle.

—¿A que me acabo de enrollar con un actor?

—Pues para tu cuerpo, él no te va a traicionar, ¡qué más da! A ese hombre le gustas de verdad.

—¡Anda ya!

—¡Vaya, vaya, Alana! No has perdido el tiempo… —me dice en tono jocoso.

—La verdad es que no era la idea, pero no he podido resistirme.

—Ni lo hagas, hemos venido a jugar.

—Ya, pero ¿y si compito contra él?

—Pues ya cruzarás ese río cuando llegues, ya sería casualidad, también. De momento, tú eres Honey, él, Tall, y os gustáis, mañana ya se verá. Anda, ven aquí, que estás hecha un desastre.

Reflexiono en silencio mientras mi amiga me recompone el vestido y el pelo.

—No sé qué me está pasando… —hablo en alto—, en unos días me he enrollado con dos hombres, lo que no he hecho en dos años.

—Ya, bueno, pero es que esto es muy intenso. Es como otra vida, yo siento que llevo aquí semanas y que os conozco de toda la vida. No te pongas trabas, Honey, hay que pensar en lo que hay que pensar, pero, si te apetece acostarte con Darcy o con Tall, es independiente a la oposición. ¿Te has enrollado con Darcy?

Ignorando la última pregunta, respondo:

—Sí, claro, y luego resulta que somos compañeros y me he acostado con media plantilla.

—¿Y qué? No pasa nada. El sexo es mucho más natural de lo que nos han hecho pensar. Has pasado un buen rato con ellos en otro momento de tu vida y chimpún.

—Ya…, pero no me voy a acostar con Darcy. Tall ha ganado el duelo, me quedo con él.

—Hasta que Darcy ataque…, es imposible resistirse a ese hombre, tiene un algo…

—No va a atacar. Bueno, vayamos a lo importante, cuéntame, ¿qué tal con Milena Lagos? Por tu actitud diría que ha ido bien.

—Sí, es muy maja, cuando me fui con ella estaba asustada porque se la

veía muy seria, pero fue salir del comedor y, muy amable. Solo quería saber cómo me sentía después de encontrarme a Dorothy en mi habitación.

—Ah, eso pensábamos Javi y yo.

—Me ha dicho que lamentaba que lo hubiera presenciado y que no entendía cómo Dorothy podía haber hecho algo así, que llevaba varios años con ellos…, el caso es que es muy aguda, pero en momentos me parecía que me quería sonsacar.

—¿El qué?

—Pues si había dejado una nota, si me había contado algo a mí, si yo sabía algo…

—Bueno, normal.

—Sí, efectivamente, normal, una empleada tuya se ha intentado suicidar y tú preguntas, pero de otra manera, han sido las formas, Honey, como muy sibilina.

—Te entiendo.

—Total, que nos vamos ahora mismo a su habitación. Sin disimular. Milena nos ha dado la excusa perfecta, si alguien nos pregunta venimos de su parte.

—¿En serio? ¿Nos colamos?

—A lo loco, sí. Tú ya te has saltado varias normas hoy, por una más… —bromea.

—¡Pues venga!

—¡Andando! Ten cuidado con las avispas…

—Tú estás tonta.



Me late el corazón a mil de pura tensión. Nunca he valido yo para incumplir las reglas. De pequeña robé una gominola porque Rocío me convenció de que no pasaba nada y me dolió la tripa toda la noche por la culpabilidad. Ella, sin embargo, se hizo mayor y siguió sisando cosas en tiendas o estafando, tipo dar el cambiazo, cuando devolvía productos en el

Corte Inglés. No me hacían gracia sus aventuras, pero no era capaz de criticarlas porque estaba hechizada por su embrujo. Ahora, desde la distancia, puedo juzgarla y no entiendo cómo estuve tan ciega.

Llevamos un ratito en la habitación de Dorothy. Nos hemos colado por la puerta de la terraza, que, efectivamente, daba al jardín y no estaba cerrada. Una vez dentro, he de reconocer que a las dos nos cuesta mirar entre sus cosas, estamos invadiendo su intimidad de manera flagrante y ahora que estamos en plena faena somos más conscientes. En mi defensa solo añadiré que, como todo lo que sucede aquí es cuestionable, he perdido la perspectiva. Como los turistas que van a los todo incluido y, a medida que pasan los días, sus platos de comida se van llenando de manera proporcional a como olvidan sus restricciones calóricas, pues a mí me sucede igual, pero con la integridad.

—¡Ostras! ¡Madre mía! Tiene un arsenal —exclama mi amiga mientras rebusca en un neceser.

—¿De qué? —pregunto con bastante miedo.

—De preservativos.

—¿En serio? —Pero no hace falta que me conteste, me enseña como veinte.

—Toma, amiga, te van a hacer falta, y yo me llevo unos pocos también.

—¿Nos los llevamos? ¿Y si nos pillan?

—Pues mira, viendo con la intensidad que se vive aquí todo, tú y yo no salimos de aquí célibes y prefiero que me pillen a coger una ETS.

—Bien explicado…

Las dos nos reímos por lo bajini, y nos escondemos los preservativos, yo en las botas y Eire en el pecho, como dos cortesanas si lo hubieran tenido al alcance.

Abrimos el armario y una oleada del perfume de Dorothy nos asalta. Mi amiga también lo nota porque se echa mano a la tripa de la conmoción. No me queda otra que rebuscar yo misma entre sus trajes, a pesar del mal rollo que me da, que, realmente, no sé si quiero encontrar algo o no. De primeras, lo único que distingo es que hay ropa actual, aunque, sobre todo, de las perchas cuelgan trajes de doncella y algún vestido de fiesta de época. No hay bolsos, no hay mochilas, ni una maleta.

Me estoy poniendo nerviosa, llevamos más de cinco minutos y tengo el agorero presentimiento de que en cualquier momento se va a abrir la puerta y nos van a coger.

—¡Mira, su móvil! —enuncio con entusiasmo a mi amiga al recogerlo del suelo—. Estaba debajo de una silla

—¿Y qué hacía ahí? —me pregunta.

—Se le habrá caído, no sé…

—Espera…, aquí hay algo —anuncia Eire que está totalmente echada en el suelo. Estira la mano para meterla debajo de la cama y saca una cajita negra, parecida a la de un reloj.

Me acerco a ella para ayudarla a levantarse y las dos en pie nos miramos

intrigadas, pensando en que hemos podido encontrar el famoso reloj de Carlos Umbrales. Cuál es nuestra sorpresa al abrirla, la cajita escondía un botecito hermético con un líquido claro en su interior y una pequeña pegatina que reza:«Dipiridamol: solo dos gotas».

—¿Y esto qué es? —me pregunta Eire.

—Ni idea, chica, pero cógelo.

Cuando se lo está terminando de esconder en la espalda, escuchamos un ruido en el pasillo y las dos nos quedamos quietas del susto.

—Vámonos de aquí antes de que nos pillen —le digo.

—Sí, vamos —contesta Eire mientras palpa la cama por si hubiera algo debajo.

Echamos un último vistazo y salimos por la puerta de la terraza aceleradas porque hemos vuelto a escuchar ruido en el pasillo y esta vez sí que parece que se dirigen a esta habitación, puesto que suenan a llaves en la cerradura de la puerta.

Nos quedamos apoyadas en la fachada, al lado de la ventana y comprobamos que, efectivamente, alguien ha entrado. Estoy paralizada del miedo y, cuando me siento así, cierro los ojos como si aquello me fuese a convertir en invisible o en estatua. Ojos que no ven, corazón que no siente.

Una mano fuerte tira de mi hombro y abro los ojos arrugándolos porque me extraña que *lady* Eire sea tan brusca. A quien veo sí que no me lo esperaba. Es Lord Darcy, todo él, con su cara de mala uva, y, como contraprestación, sus preciosos ojos turquesas, que de cerca son aún más bonitos. Como suele ser ya común, me está pidiendo con un dedo en la boca que guarde silencio y recuerdo que siempre que me ha hecho este gesto me dan ganas de ahogarle con las dos manos, porque solo el hecho de que me pida que me calle en una situación como esta, cuando acabo de escaparme de una casa ajena, es tan obvio que o me considera tonta del bote o el tonto es él. Respiro para no dejarme llevar y lo empeoro porque su aroma invade mis fosas nasales, llega a la pituitaria y de ahí, por un mecanismo que desconozco totalmente, a mi centro, que se contrae de pura excitación sexual… (¿serán todos los preservativos que llevo guardados entre mis botas que hacen efecto llamada?, ¿acabaré teniendo agujetas de excitarme tantas veces?).

Miro a mi amiga que está igual de colapsada que yo.

—Salid pitando, ya —nos dice en voz baja —, por allí —susurra mientras nos indica hacia el *resort*.

Eire le obedece sin más, pero yo no puedo, no entiendo nada y no puedo evitar mirarle confundida.

—¿Qué haces aquí?

—¿Tú qué crees?

Ahora sí que pongo cara de haba.

—Alana, vete, joder…, yo te cubro.

—Pero ¿por qué? ¿Quién eres?

—¡Vete, antes de que te pillen! —se enfada.

—Vale, pero esto me lo explicas.

—¡Vete!

Ya no me lo pienso más y sigo los pasos de mi amiga, corriendo como si un tsunami viniese hacia mí, con el corazón desbocado y la respiración entrecortada.

Capítulo 12

Hay momentos en la vida en los que todo se alinea, probablemente, organizado por un destino de lo más confabulador y te sientes como protagonista de una película de Almodóvar.

Lo desarrollo.

Después de la huida desde la habitación de Dorothy, cuando nos vimos con suficiente arrojo para poder disimular, nos avisaron de que habían estado buscando a *lady* Honey. Nos asustamos un poco y se nos tuvo que notar, porque lord Funny nos dijo que era para presentarle a su nueva doncella.

De ahí, ya nos fuimos cada una a nuestra habitación, yo escondí rápido los preservativos en una cestita que encontré en el baño y el teléfono en mi mesilla porque Susi llamó a mi puerta para ayudarme a vestirme para la cena karaoke.

Eligió un vestido mostaza, con adornos blancos, que jamás yo habría escogido, pero, cuando me vi con él, se lo agradecí, porque aprecié que resaltaba mis ojos y además era de una tela más elástica que los anteriores, por lo tanto, algo más cómoda. Eso sí, de escote iba sobrada. Llamaba a la imaginación a visualizar mis pezones, como cuando de pequeño aprendes a escribir y sigues los puntos para trazar las letras, mi escote era de ese estilo. La verdad es que tenía tantas cosas en la cabeza que me dejé llevar y bajé a cenar al gusto de mi doncella.

Nos volvimos a sentar como en la comida. El grupo ya estaba formado, cuando algo funciona, se nota, y a pesar de que Lord Darcy me había dicho que huiría de mí, no lo estaba cumpliendo al hacerse camarada de lord Tall. Pero es que es verdad que entre todos fluye el buen rollo y somos relativamente parecidos.

La cena estuvo cargada de miradas de todo tipo:

—Joviales: *lady* Slowly.

—Cómplices: *lady* Eire.

—Seductoras: lord Tall.

—Divertidas: lord Funny.

—Vete a saber qué y a cada rato: Lord Darcy.

No, no pude cenar mucho. Cuando una se encuentra sentada en el banco de la inquisición, lo que se le abre no es el apetito y sí las ganas de levantarse, mandar al inquisidor de ojos turquesas a cualquier plaza de Córdoba a mediodía en agosto y resguardarse en la tranquilidad de su habitación.

Pero sí, beber, y sirvieron vino, de ahí que hiciera manitas por debajo de la

mesa con Tall y que ahora me encuentre en la situación que me hallo con menos recursos que un recién nacido.

Empezó el karaoke, se desveló el misterio, eran versiones de canciones actuales, como en *Los Bridgerton*. Españolas y extranjeras. Como estaba achispada y nos contaron que, si salíamos a cantar, nos darían pistas sobre nuestros compañeros y los sucesos, me vi en el escenario junto a *lady* Slowly cantando «Amores de barra».

¿Qué pasó?

Que, de la desinhibición, lo di todo, no me guardé nada para mí, y mis compañeros se dieron cuenta de que canto bastante decente y obligaron a Lord Darcy, que se negaba a salir, a cantar conmigo para que yo le ayudase. No escogimos ni la canción, Funny la eligió por nosotros.

Y ahora estoy aquí, subida al escenario, junto al gallego, cantando, en una versión más lenta, «Besos en guerra» de Morat…

«¿Quién te dijo esa mentira, que eras fácil de olvidar?… Dos besos son demasiado y uno no bastará… Para mí nunca fue un juego, para ti fue un beso más, y si vuelves a mi vida, no es que estés perdida, no es casualidad… Sabiendo que tus besos matan, moriré de amor, woah, oh, oh».

¿Por qué me pone este hombre tan nerviosa si ya estoy con otro que es hasta más guapo que él? ¿Por qué? ¡Eh! ¿Por qué?

A ver, su frasecita de cuando íbamos yendo hacia al escenario ya me ha descompuesto: «Muchas gracias, Alana, por ayudarme, ya sé que no soy tu favorito para un dueto». No le contesté. Ni cuando me subí al escenario y me dijo al oído: «No lo hago tan mal, es solo que no me veía con ánimo, hace mucho que no canto, pero estate tranquila». Y es verdad, canta de escándalo. Tiene una voz melosa y a la vez algo ronca, y entona perfecto.

Ya que nos quedan las últimas estrofas me atrevo a mirarle. He de admitir que, en parte, estoy disfrutando de cantar con él, de ver cómo nuestras voces se empastan según avanza la canción y de relajarme sabiendo que no estamos haciendo un ridículo épico frente a nuestros posibles futuros jefes. Descubro que él también se gira y fija su atención en mis ojos, yo en los suyos, nos sonreímos cómplices…, algo se descuelga en mi interior. Sebas se acaba de quitar como diez años de encima, se está divirtiendo y se nota que no suele hacerlo.

«Y tú, nunca juraste que saldría ileso
Ya no te atrevas a pedir perdón,
Yo te confieso que no me arrepiento
y aunque estoy sufriendo podría estar peor
Sabiendo que tus besos matan moriré de amor,
Woah, oh, oh
Sabiendo que tus besos matan…».

Estoy totalmente enganchada a sus ojos, a su expresión, a su sonrisa, no me puedo descolgar, no hay fuerzas para retirarme porque lo que siento ahora mismo es inaudito. Y sé que lo voy a recordar para siempre, no me digas por

qué, pero lo sé. Quizás porque hay una complicidad y una atracción descomunal, quizás porque siento que le conozco, pero a la vez mataría por conocerle mucho más si se dejara, quizás porque creo que él se encuentra en la misma tesitura que yo, quizás porque se me ha olvidado el resto del mundo mientras cantaba y me he divertido como hacía tiempo, quizás porque de verdad, sus besos matan.

Sebas se acerca a mí y vuelvo al aquí y ahora al escuchar los aplausos.

—Eres una puta maravilla —me susurra con esa voz tan suya, tan ardiente y a la vez melancólica, porque me está halagando y a la vez me está dando largas.

No le respondo. Solo le sonrío agradecida y me giro para bajarme del escenario, pero, antes de salir, vuelve a decirme:

—Si pudiera…, pero haces bien al escogerle a él. Es un buen tío.

Me quedo pasmada, pero espero a bajar del pequeño escenario donde hay un biombo para darme la vuelta y enfrentarle.

—Yo no he escogido a nadie, no sé de qué hablas.

Sebas no se inmuta y con la misma cara de adoración que cuando estábamos cantando, me responde:

—No tienes que disimular, sé que estás con Tall.

—Sé que no tengo que disimular, pero desde luego lo que tenga o no con Tall no es asunto tuyo.

—Por descontado.

—Pues entonces deja de decir que le he escogido a él.

—¿Acaso no le has besado? —me recrimina con una sonrisa pedante.

—¿Acaso te importa?

—¿Tú qué crees, *carallo*? —dice mientras regresa su habitual gesto de superioridad.

—Respóndeme.

—He preguntado yo antes. ¿Me vas a negar que os habéis besado?

—Pues mira, no, no te lo voy a negar, ni pedirte perdón. Ahora contesta tú, ¿acaso te importa? —le devuelvo cargada de rabia porque si algo odio en la vida es a la gente «confundista». Lo de una de cal y otra de arena, conmigo no funciona, es más, no debería funcionar con nadie.

—Puestos a ser sinceros, no debería importarme y con eso te basta —resuella, levantando la cabeza, apartándome la mirada como si yo fuera una puta pesada.

—Vete a la mierda.

—¿A la mierda? —se enfada y vuelve a mirarme—.¡Joder! ¿No te das cuenta de que lo hago por ti?, ¿que donde yo quiero irme es a cualquier baño contigo? —dice muy bajito, ronroneante, pero lo he oído porque me ha acercado a él con una mano en mi espalda.

—¿En serio? Mira, Sebas, ¡vete a la mierda y dos veces! —disparo como una niña pequeña, en lo que me convierte este hombre con su vaivén—. Yo no estoy aquí para que te desfogues.

—¿Segura? Porque empiezo a creer que sí… —encaja hablándome tan cerca que casi noto sus labios.

—Tú estás fatal, no me hables, no me mires, déjame en paz —le reprocho apartándole de mí con un empujón.

—Alana, no… no te lo tomes así, solo es que entre tú y yo no hay espacio al gris, ¿no lo ves? Si estoy muy cerca necesito…

—¡No! —le freno—. Me da absolutamente igual lo que necesites. No te acerques a mí y punto.



Nada más salir me topo con Javi, lord Tall, que como no es tonto se figuraría que algo sucedía tras el biombo y venía a corroborarlo. No viene solo, *lady* Sparkle, la que es de mi edad que siempre te mira con una arrogancia que parece que lo hace desde su trono, le acompaña.

—¡Qué bien lo habéis hecho!—me felicitan los dos a la vez.

—Gracias —les respondo.

Justo Lord Darcy pasa por nuestro lado y Tall le frena.

—Amigo, menos mal que cantabas fatal…

—¿Fatal? —espeta *lady* Sparkle—. Ya sabemos quién es un mentiroso de tomo y lomo. Ahora me tocaba cantar a mí y voy a anularlo, me niego a hacer el ridículo.

—Bueno, es que ella me lo ha puesto muy fácil —se defiende Sebas ante la acritud de la dama, pero yo resoplo en alto por su falsa humildad y, como me doy cuenta de que Javi me mira interrogante, digo:

—Vamos a por una copa, creo que hoy no he bebido suficiente.

—Lord Darcy, no le va a quedar otra que acompañarme en el escenario, después de mostrarnos su enorme talento, no puede abandonarme a mi suerte —escucho a *lady* Sparkle.

—Como desee, será un placer —le responde en tono cordial, el que no suele usar conmigo.

Mientras Tall y yo nos alejamos, yo ardiendo de enfado contenido, porque

no entiendo por qué Sebas me afecta tanto, me propongo ignorarle el resto de la noche. Voy a beber, cantar y no mirar ni una sola vez a cierto personaje.



La cama me da mil vueltas. Estaba desentrenada. Hacía tiempo que no me emborrachaba a este nivel. Sé que lo que tengo que hacer es vomitar si quiero poder pegar ojo y levantarme mañana medio bien.

Me encamino entre trompicones y arcadas al baño y, apenas llego, echo todo el alcohol ingerido durante la noche, que la verdad es que ha sido muy divertida. Robamos varias botellas, nos salimos al jardín todo el grupito y jugamos a «yo nunca he…», pero en versión época, desde nuestros personajes. No me he podido reír más, claro que, ahora agarrada a la taza del váter, me arrepiento de haberme creído inmune.

Poco a poco, se me pasa el mal cuerpo y cuando me siento más despejada, voy a la pila y me lavo la cara y los dientes. Nada más llegar a la cama caigo en un profundo sueño.

Hasta que…

Unas manos recorren mis piernas y las acarician.

Unos labios las siguen desde los tobillos hasta el interior de mis muslos.

Arqueo mi espalda por inercia y siento cómo unos dedos llegan a mi sexo.

¿Seré yo misma? En la nebulosa en la que me encuentro me doy cuenta de que mis manos, las dos, están por encima de mi cabeza…

—¿Que, qué…? —balbuceo cuando esa mano que está en mi centro presiona mi clítoris.

—Shsss, dime que siga… —oigo por debajo de las sábanas al propietario de la voz con la que estaba soñando. Se ve que el sueño ha tomado otra dimensión.

Entre gemidos digo que sí.

—¿Quieres que siga?

Respondo igual.

—Sigue —respondo extasiada.

Ahora siento el calor de una boca lamiéndome con maestría, mientras varios dedos de esas manos se hunden en mi interior y mis paredes se contraen para acogerlo. No quiero que pare, pero no voy a aguantar mucho…

—Eso es, córrete para mí, solo quiero que tú disfrutes…

Y eso hago, inmediatamente. Estallo en mil pedazos. Me quedo exhausta y Morfeo vuelve a acogerme en sus brazos, si es que alguna vez me soltó.

Capítulo 13

Hoy decido no montar a caballo, me siento resacosa y prefiero ir al taller de lectura, por eso Susi escoge un vestido azul de manga abullonada corta, elaborado en un tejido fino y delicado que se ajusta a mi cuerpo perfectamente.

Es una preciosidad, todo hay que decirlo. El corpiño está adornado con cuencas de cristal y detalles de encaje que le confieren un brillo elegante y sutil. La falda del vestido es amplia y voluminosa, con varias capas de tela que se despliegan como un abanico en el suelo. Según me muevo suenan las telas al rozarse y me hace sentir que llevo una prenda única, por muy incómoda que esté.

—Me encanta, Susi, pero ¿no será demasiado para ser de día?

—No, tranquila, está todo pensado. Después de la actividad de por la mañana, tendréis una comida diferente y se nos ha pedido que vayáis elegantes.

—¿En serio? Y yo que me moría por una siesta…

—Ya te veo la cara, ya… ¿Te bebiste la noche?

—O el agua de los floreros, como lo quieras llamar, sí —admito, no sin antes llevarme la mano al vientre que todavía me lanza pullas por no haberle tenido en consideración cuando me lie a beber chupitos.

Susi se ríe.

—Me alegro de que lo estés pasando bien. De eso se trata, no te olvides.

—Creí que se trataba de conseguir un trabajo, Susi…, pero es que al final es complicado no dejarse llevar e intentar hacer piña y pasarlo bien.

—¿Y quién te ha dicho a ti que sea incompatible?

—Mi sentido común, pero se ve que lo he perdido. Si supieras…

Susi me mira con una amplia sonrisa.

—Estoy aquí para ayudarte, Alana. Vive la experiencia a tope, esa es la única manera de pasar la prueba.

—¿Aunque me salte algunas normas?

—Mientras que no digas quién eres, el resto están dictadas para que os las saltéis. Es un juego, cariño, no te olvides —me apunta guiñándome un ojo.

La miro. Creo que he tenido la mejor de las suertes coincidiendo con ella, es muy natural y normal. Desborda sentido común y no es tan sencillo encontrar personas así, aunque *a priori* las premisas parezcan básicas.

—Muchas gracias, Susi…, espero que cuando salgamos de aquí podamos quedar de vez en cuando, voy a seguir necesitando tus consejos.

—Por supuesto, preciosa. Ya hablaremos cuando todo acabe y volvamos al mundo real. Por cierto, esta noche no bebas mucho que tendrás que evaluar, pero antes creo que te daré algunas pistas, por lo bien que lo hiciste en el karaoke, sobre todo, con cierto varón…

—¿Me viste?

—Te vi y a él…, tenéis una química, chica, que no se puede ocultar.

—¿Darcy y yo?

—Sí y no te esfuerces en negármelo porque no te voy a creer.

Las escenas de la canción vienen a mi mente y un escalofrío me recorre la espalda, pero después evoco la conversación posterior y el escalofrío se choca contra mi mala leche y se neutraliza.

—Ese hombre es muy complicado.

—A mí me cae bien —dice mirando hacia la ventana.

—¿Le conoces?

—De observarle únicamente, pero, no sé, entre lo atractivo que es y que parece muy educado, me gusta. Es serio, y siempre me llaman la atención los serios. Por algo lo habrán llamado Darcy.

—Sí, acertaron de pleno, pero yo soy Honey, no Elizabeth Bennet. Y sí es muy serio, demasiado, yo dudo entre que se haya pinchado bótox y no pueda inclinar la boca o que piense que tener cara de estatua le sume puntos.

—Es seriote, sí, excepto cuando te mira, ayer no paraba de sonreír mientras cantaba contigo, amiga…

Me callo. A mí también me lo pareció, pero está feo reconocerlo.

—Pues luego la cagó con todo el equipo. Es un tío muy enrevesado, de verdad, paso de él. He decidido apostar por lord Tall.

—¡Uhhh, qué arriesgada! —la percibo sarcástica.

—¿Cómo?

—Era broma —se ríe—, ¡nos ha jorobado!, es que ese tampoco está nada mal, amiga. Tienes buen gusto.

—Gracias, esa soy yo. —Le hago una reverencia—. No me he liado con nadie en año y medio y salgo tres días y me ves en esta tesitura.

—Estabas desaprovechada. Pero, si me permites mi opinión…, me quedo con Darcy.

—Pues luego te lo presento, besa muy bien —se me escapa y al instante me llevo la mano a la boca y Susi se ríe y me mira con curiosidad.

—Ahora me lo cuentas, sí o sí.

Y como es la única persona en la que puedo confiar cien por cien y hoy me siento un poco aturdida porque no recuerdo muy bien qué hice ayer y un presentimiento nefasto me sobrevuela constantemente, le detallo todo desde el principio. Y también que por la tarde me enrollé con lord Tall. Susi me escucha con atención y, cuando concluyo, me dice:

—Te faltan datos.

—Con eso parto.

—Me refiero a Darcy…, pero por lo que parece es sincero contigo, Alana,

le atraes, aunque, por propia experiencia, huye de las personas que te dan una de cal y otra de arena, porque al final te quedas sin nada.

—Entonces…, ¿crees que hago bien apostando por una relación más liviana con Tall?

—Haces perfecto. No te compliques. Cuando salgas de aquí, ya se verá.

—No quiero nada más, eso lo tengo claro. No estoy preparada para una relación, mi ex, Ethan, me dejó tocada.

—¿Fue hace mucho? —me pregunta.

—Año y medio…Le encontré con mi mejor amiga.

Susi se lleva las manos a la boca del asombro.

—No todo el mundo te va a fallar, Alana.

—Lo sé, pero esa herida todavía sangra, no puedo volver a sufrir lo mismo y, además, apenas he estado sola, necesito tiempo para mí, conocerme y disfrutarme, no quiero una relación, ni en broma.

—Te entiendo…, entonces, disfruta, consigue el trabajo y poco a poco irás sanando, por el camino diviértete, y creo que lord Tall se prestará a ello.

—Gracias por escucharme, Susi.

—Para eso estoy aquí, recuerda que soy tu doncella.

Juntas salimos del apartamento y, en ese mismo momento, nos cruzamos con Carlos Umbrales que camina con aire despistado.

—Buenos días, señoritas. ¿Todo bien?

—Buenos días, lord Umbrales —le saluda mi doncella mientras yo inclino mi cabeza—. ¿Qué le trae por aquí? Esta casa está muy alejada. ¿Necesita algo?

—No, gracias, Susi, solo deambulaba, me resulta refrescante caminar por estas casitas.

—Normal, ¿*lady* Curtos está bien?

—Sí, perfectamente, Susi, muchas gracias. ¿Y usted, *lady* Honey, cómo se encuentra?

Levanto la cabeza e intento sonar firme cuando le respondo que bien, gracias. Él me sonríe y, sin más, se despide de nosotras y se marcha.

—¡Qué raro! —emite Susi.

—¿El qué?

—Jamás había visto a lord Umbrales por aquí…Esta casa está muy lejos de la suya…



En la clase de literatura, nos hablan de Thomas Hardy, el escritor de *Tess of the d'Urbervilles*. Hardy fue conocido por su compromiso social y por su lucha sobre el papel de las mujeres en la sociedad. Hemos trabajado sobre un párrafo de su afamada novela en la que compara las experiencias vitales con un arcoíris, ya que nuestra existencia puede ser ilusoria y transitoria, tal cual es el arcoíris que desaparece constantemente cuando se le intenta alcanzar.

Demasiado profundo para mi estado, pero me han regalado un ejemplar y creo que me lo voy a leer. La sesión la ha impartido un profesor que solo ha venido hoy, José María, un catedrático de la Universidad de Galicia, experto en Thomas Hardy que nos ha impartido una clase magistral y se le veía ilusionado por tener un público del siglo pasado.

Cuando terminamos, *lady* Eire y yo decidimos dar un paseo hasta la hora de comer, puesto que necesitamos hablar y durante la clase no se nos ha prestado la oportunidad. La mañana acompaña, aunque no hay ni una nube, corre un airecito por el que estoy segura de que pagaba millonadas cualquier político del centro de la península o de Andalucía para poder prometerlo en sus mítines.

Lady Eire está hoy más callada de lo habitual y se lo hago saber.

—No es nada, estoy resacosa y agotada. Ayer el camarero y yo tuvimos más que palabras por la noche.

—¿En serio? ¿Y cómo fue?

—Pues una de las veces que entré al baño me lo encontré y, como iba en modo fiesta lunar, creo que le dije que le esperaba en mi habitación y se presentó.

—¡Madre mía, *lady* Eire! ¿Y qué tal?

—Pues bien, de lo que recuerdo…, tampoco memorable, he de decirte. Un poco lo de siempre, negociando para que se pusiese preservativo.

—¡¿En serio?!

—Sí, hija, seré yo, pero de diez hombres con los que me acuesto, siete

pasan de la capucha y me toca pelearlo.

—No te creo…

—A mis amigas también les pasa, tú es que has estado mucho tiempo con el mismo, pero verás cuando vuelvas al mercado. Me corta un poco el rollo el tema…

—Normal.

—Bueno, ¿y tú?

—¿Yo qué?

—¿Javi y tú continuasteis con la fiesta?

—No…

Una especie de ese temblor que me lleva todo el día sacudiendo me vuelve a estrujar el estómago porque tengo la sensación de que no recuerdo algo importante.

—Vaya…, al final, he roto yo antes las reglas. ¿Has intentado desbloquear el teléfono de Dorothy?

—No, no he tenido tiempo, pero tendrá pin y contraseña para desbloquear —le digo.

—¿Y tú sabes hacer algo de eso? —me pregunta—, porque yo no.

—Ni yo.

—Pues yo tampoco, y tenemos un serio problema: le queda poca batería, podemos devolverlo, quizás, dejarlo de nuevo en la habitación, si no nos va a servir para nada… —expresa.

—Ni en broma —le digo—. Yo no entro de nuevo en casa ajena.

—Pues como no nos encontremos en este paseo a un enanito mágico que desbloquee móviles, no vamos a tener nada que hacer y nuestra incursión a su habitación solo nos va a servir para contárselo a nuestros nietos —expresa.

—Ya… —refunfuño—, y tampoco sé que es lo que lleva el frasco ese, si pudiéramos encender el teléfono, lo buscaríamos en Google, por eso necesitamos tenerlo, pero así…

—¡Qué frustrante, *lady* Honey! Estábamos tan cerca…, aunque también es cierto que nadie parece sospechar de nosotras. Aunque a veces sí que siento que estoy en el centro de la diana, Carlos me mira fatal y la conversación con Milena…, no sé, es raro.

—Ahora que lo dices, esta mañana al salir de mi apartamento nos cruzamos con Carlos y Susi me dijo que nunca le había visto paseando por allí.

—¿Y lo de Lord Darcy? ¿Has hablado con él? ¿Qué hacía allí?

—No, no he tenido oportunidad, preferí marcarme una canción de amor delante de todos.

Eire se ríe a carcajadas y yo pongo los ojos en blanco.

—Perdón —escuchamos a nuestra derecha y las dos miramos hacia allí—. Buenos días, que tengan buena mañana.

Lord Young, el que tiene pinta de friki de ordenadores, ha pasado a nuestro lado y continúa con su paseo distanciándose de nosotras.

Las dos nos miramos.

—Esto es lo más parecido a «un enanito que sepa desbloquear móviles» que nos vamos a encontrar por estos lares… y lo sabes —le digo con tono de broma a *lady* Eire—. Tiene una pinta de informático que alucinas.

—Toda la razón, yo siempre lo he pensado…Oye, ¿será el destino?

—Yo me la jugaba —apuesto beligerante—. ¿Y tú?

Nos miramos a los ojos, en ella veo esa misma chispa traviesa que vislumbré ayer cuando decidimos entrar en la habitación de su doncella y en mí ella debe de encontrar lo mismo, porque salimos corriendo a su alcance.



—¿Y cómo quieren que desbloquee yo eso? ¿Por telepatía?—nos responde después de pedirle «un favorcito».

—¿Qué necesitaría? ¿Usted sabe de esto, verdad? —le pregunto.

—Me echan del concurso si les respondo —nos dice con voz neutra y no le falta razón.

—No, no, no le estamos preguntando a qué se dedica ni quién es. Tampoco nos estamos desvelando nosotras, puesto que esto puede ser mentira, solo que si sabe desbloquear este teléfono —le reta mi amiga.

Young nos mira con incertidumbre y suspicacia, se le ve pensar las mil opciones, como si su mente navegara por el multiverso sopesando todas las combinaciones posibles de lo que podría suceder. Cuando yo voy, este chico ha vuelto hace horas, ha sacado el lavavajillas, echado abrillantador que se había acabado hace semanas, ha puesto la lavadora, planchado y ha cocinado dos tortillas de patata con y sin cebolla, y lo ha dejado todo fregado.

—¿Y qué gano yo?

—A dos confidentes. Lo que nosotras descubramos, usted también, y, si es opositor, sabe que le puede encaminar hacia la victoria.

—No me importaría ayudarlas, de verdad…, pero necesitaría un ordenador, así, sin más, es imposible.

Una idea chisporrotea en mi mente

—¿Y una *tablet*?

—También, podría servirme.

—Pues vamos a mi apartamento —les digo.



Una tontería como tener buen oído puede cambiar la imagen que alguien guarda de ti. Acabo de ganarme el respeto de lord Young al verme desbloquear la caja fuerte de mi apartamento explicándole que me quedé con los sonidos cuando mi doncella la abrió. Antes me miraba con superioridad digital, así como los *millennial* a los *boomer*.

En cuanto se enciende, rogamos porque no haya una clave también para desbloquearla porque entonces sería imposible y nuestras súplicas se cumplen. La cara de lord Young se transforma en la misma que pondrían los tiranosaurios si entraran en una carnicería. Este chico echaba de menos tanto las tecnologías que yo creo que ahora nos va a costar despegarle de aquí.

Nuestro recién bautizado como compinche tarda menos de cinco minutos en liberarnos el teléfono y tendérnoslo sin aires de grandeza, como si tal cosa. Mientras mi amiga bucea en la intimidad de su doncella, yo le pido a lord Young que busque en la *tablet* para ver para qué sirve el dipiridamol.

—Para prevención de tromboembolismos.

—Eso no me dice nada… ¿No sirve para nada más?

—A sus órdenes…, sigo leyendo: está contraindicado su uso en enfermedades hereditarias que puedan ser incompatibles con algunos de los excipientes. Advertencias en enfermedades cardiovasculares: el dipiridamol puede producir un secuestro de sangre de áreas isquémicas cardiacas que pudiera agravar una angina de pecho preexistente o desencadenarla por primera vez en pacientes con coronarias ateroscleróticas, bla, bla, bla… Prueba de esfuerzo: la experiencia clínica sugiere que los pacientes tratados con dipiridamol oral que también requieren una prueba de esfuerzo

farmacológica…, bla, bla, bla… Esto es muy específico, ¿sigo?

—Sí.

—En la miastenia gravis, que no sé lo que es, hay que ajustar la dosis, porque interacciona con otros medicamentos aumentado el riesgo cardiovascular…

—¡Espere! —le pido en voz alta—. ¿Riesgo cardiovascular es un infarto?

—Creo que sí.

—Y antes ha leído que podía provocar una angina, ¿no?

—Lo vuelvo a leer: puede producir un secuestro de sangre de áreas isquémicas cardiacas que pudiera agravar una angina de pecho.

—¿Lo está oyendo, *lady* Eire? —le pregunto entusiasmada

—No, no, ¿el qué? —responde porque estaba abstraída en el móvil de su doncella.

—Pues que lo que hay en el bote puede provocar anginas de pecho e infartos. Y estaba en la habitación de Dorothy…

Entiendo por el cambio de semblante en el rostro de mi amiga que está pensando lo que yo.

—¿Entonces tú crees que le envenenó? —me pregunta hablándome de tú, saltándose el protocolo delante de Young.

—Podría ser…

—Eh… ¿Hola? ¿De qué estamos hablando?

—No podemos decírselo —le respondo.

—¡Ah, no! —dice alterado—, van a decírmelo, era la condición que me han prometido antes para que les ayudase.

—Es verdad—me dice *lady* Eire poniéndome morritos.

Lo pienso y, como en el fondo ya estamos metidas hasta el cuello, sin flotador ni chaleco salvavidas, le respondo:

—El otro día cuando todos buscábamos a *lady* Sky, Dorothy, su doncella, y lord Umbrales acudieron a nosotras con la ropa a medio poner…

—O a medio quitar, según se mire —me interrumpe *lady* Eire con su guasa particular.

—Se ve que habían estado haciendo algún tipo de ejercicio físico, usted me entiende, y a él le dolía el pecho. Le mandó ir a su habitación a por unas pastillas para la angina de pecho y le dio la clave para entrar, delante de nosotras. Al día siguiente fue cuando lord Umbrales nos contó que le habían robado el reloj y, poco después, Dorothy apareció en la habitación de *lady* Eire inconsciente, tras un aparente intento de suicidio, del que sabemos que está algo mejor, pero sigue en el hospital. Sobra decir que esto es absoluto secreto y que no puede salir de aquí.

—Ah…, ya entiendo y entonces el dipiridamol podría haberle provocado la angina adrede para que le diera la clave de la habitación.

—Efectivamente —respondo—, pero algo no me cuadra…, no le pudo dar tiempo a abrir la caja fuerte de los relojes. Él solo le proporcionó la de la puerta y el día que nos informó del robo, dijo que los relojes estaban en una

caja fuerte.

—Puede que aquí esté la clave —nos interrumpe *lady* Eire elevando el móvil.

—¿Cómo? —le digo.

—En WhatsApp tiene un chat abierto con un tal «L».

—¿«L»?

—Sí, el teléfono es 623225612 y solo pone «L». Tú, cerebrito, memorízalo por si nos hace falta —me ordena *lady* Eire.

—Lo tengo. —Le guiño un ojo.

—¡Qué fuerte! —se asombra nuestro compinche—, ¿en serio?

—Sí —resoplo—,623225612, no es tan difícil.

—Espero no estar compitiendo contigo… —refunfuña.

—Tranquilo, a mí me da que tu rama es la informática y la suya no… Bueno, os cuento, Dorothy le escribe la mañana que la encontramos con lord Umbrales y cito textual: «Voy ahora mismo con él, estate pendiente» y «L» le responde que «OK» y, dos horas más tarde, «L» le vuelve a conectar y dice que lo tiene. Ya no vuelven a escribirse hasta ayer, que ella le reprocha que es un mentiroso y espera que todo el mundo lo sepa. De esto podemos deducir que «L» es un hombre porque le llama mentiroso.

—Oh, oh… Esos dos tramaron algo juntos, pero ¿quién es él? —pregunto.

—¡Fácil! Le llamamos —responde Eire con el móvil en la mano.

—¡Espera! —se adelanta lord Young—, no le puede llamar desde el teléfono de su doncella. Me ha dicho que está ingresada. Él no se lo va a coger y, si lo hace, va a esperar a escuchar su voz. Le estaríamos avisando de que andamos detrás de él y creo que en estos casos es mejor ir de incógnito.

—Ya…, tiene razón. ¿Y qué hacemos? —pregunta Eire.

—¿Nada? —dice mi yo cobarde ganándose dos perfectas miradas de reprobación —, es decir, pues ya está, ya sabemos que un tal «L» robó el reloj, si nos vienen a culpar a nosotras, les mostramos las pruebas y listo.

Miro a mi amiga, está reflexionando decepcionada porque, por lo poco que la voy conociendo, creo que la apasiona el misterio y no es de dejar las cosas a la mitad, pero ella y yo sabemos que es lo mejor.

—De cualquier forma, vamos tarde a comer, tenemos que irnos, hace tiempo que sonó la sirena —les digo.

—¡Oh, no! —se lamenta *lady* Eire—. Se acaba de quedar sin batería el móvil.

—No pasa nada, me acuerdo del número —afirmo—. Salga usted primero, lord Young, luego iremos nosotras.

Sin mediar palabra, nuestro cómplice se marcha y nosotras poco después le seguimos.

Capítulo 14

Acaba de terminar el segundo acto y necesito un ibuprofeno con la misma urgencia que hacer pis.

Estamos en la ópera. Pues sí. Curtos se guardaba un as en la manga y en la casa que*, a priori,* parecía una capilla hay montado un teatro maravilloso y ya llevamos dos actos de *La Traviata* de Verdi. Nos queda el tercero y nos han solicitado que, aunque el descanso es de veinte minutos, intentemos darnos prisa al salir, pero es que me estalla la cabeza, por lo que voy a la puerta y le pido al señor Randall que me deje escapar un momento a mi habitación, y el buen hombre lo entiende. No he sido la única, he originado una estampida y casi todas las mujeres me han seguido saliendo escopetadas, puesto que no hay baños y llevamos dos horas en el teatro; aguanta tú el pis con el corsé puesto.

Mi amiga *lady* Eire, «en principio», me iba a acompañar, pero, al verla conversando con el camarero, he optado por no esperarla. Apuesto que va a aprovechar mejor el descanso que yo.

Camino rápido para no defraudar al señor Randall, ya que le he prometido que me daba tiempo. Además, me está encantando. No había asistido a la ópera anteriormente, son de estas cosas que piensas que vas a hacer alguna vez, pero nunca terminas de ir, como la de visitar el museo de cera de la ciudad en la que vives, que lo vas dejando y te conviertes en arbolito y no has ido. He de decir que gracias a que nos han dado un folleto explicativo a la entrada me estoy enterando, porque si no igual me costaba más. Trata sobre una cortesana parisina, Violeta, que conoce en una fiesta en su casa a Alfredo, un joven que se declara profundamente enamorado de ella y, a pesar de las primeras reticencias, ella le acepta. En el segundo acto, están en el campo, felizmente enamorados, hasta que llega el padre de él y le suplica a ella que deje a su hijo por la mala reputación que ha adquirido Alfredo y, por ende, la familia, al estar con ella, una cortesana. Ella le acaba de abandonar en este acto y, por lo que he leído, en el tercero ella muere enferma acompañada de Alfredo que descubre que le dejó por su bien.

Me espera drama, por eso necesitaba un ibuprofeno. Ya me dolía un poco esta mañana, pero con la ópera me ha crecido y no es porque no me esté gustando, todo lo contrario, es tan intensa, tan conmovedora y tan triste que le ha dado alicientes a mi cefalea para avivarse.

Saco la llave de mi casa que tengo guardada en mi *clutch* y entro corriendo porque, como siempre, una vez que presientes el baño cerca, las ganas se

multiplican, para otorgarle drama al asunto. Después, me dirijo a mi mesilla de noche, donde sé que Susi me guardó los ibuprofenos y me tomo uno con un poco de agua. Cuando me voy a marchar, me sorprende encontrar la ventana abierta de par en par. Susi nunca la deja abierta, las moscas y mosquitos pueden apoderarse de la casa y montar una comuna ocupa. Al ir a cerrar, me llama la atención un movimiento en la casa de enfrente, la de mi amiga *lady* Eire. Me resulta extraño porque me consta que ella se ha quedado en la capilla y es imposible que le haya dado tiempo a llegar, así que con disimulo vuelvo a mirar y me quedo pasmada al descubrir quién está dentro de la casa de mi amiga. El señor Mason se mueve por la sala con aire preocupado o más bien parece que busca algo. Me escondo detrás de la cortina para que no me vea porque quiero asegurarme de qué narices está haciendo allí. Asunto complicado porque solo le alcanzo a ver cuando se cruza por la ventana. Lo que sí interpreto es que está solo. Mi amiga no le acompaña.

Salgo de mi casa sin hacer mucho ruido para no llamar su atención y, a la carrera, llego justo a tiempo de que empiece el tercer acto.

Taquicárdica perdida por la carrera y por lo que he visto, tomo asiento. Aunque lo hago al lado de mi amiga, prefiero detallarle lo que he visto por mi ventana después. Por su sonrisa interpreto que ha aprovechado este rato mucho mejor que yo y no le quiero aguar la fiesta con preocupaciones. Una de mis hipótesis es que lord Mason puede ser un esbirro de Carlos Umbrales y ha ido a averiguar si ella tiene el reloj. Solo espero que no les haya dado por rebuscar en mi habitación, porque acabo de caer en que el teléfono de Dorothy lo he dejado allí, en mi neceser, a vista de todos.

La música empieza y me calma, esto es un juego, un juego…, relájate, Alana, y disfruta. O igual no, y nos acusan de ladronas y, además de perder la oportunidad de trabajar en Curtos, nos meten en la cárcel. Me remuevo inquieta en la butaca. ¿En la cárcel por tampoco?, no, ¿no? Desde que sé que por no presentarte a mesa electoral si sales escogido, puedes ir preso, dudo de la ecuanimidad de la justicia.

—¿Estás bien, Alana? Creí que ibas al baño…

—Sí, he ido a mi habitación, ¿por qué lo dices?

—Ah, no, porque como te mueves tanto, pensaba que te hacías pis —susurra.

—Estoy incómoda, pero luego te cuento. ¿Tú qué tal?

—Bien —sonríe—, bastante bien…

—Shsss —nos manda callar alguien atrás

—Luego hablamos, amiga, que esto se pone interesante —le digo, refiriéndome a la ópera.

Y tan interesante. De repente, *lady* Blonde se ha levantado en mitad del tercer acto y se ha dirigido a su compañero de butaca, lord Jaipur, con muy malas formas, exigiéndole que la dejara en paz. Hasta los cantantes se han callado por el momentazo. Cuando lord Jaipur la iba a replicar, el señor

Randall ha estado más rápido y en seguida les ha separado, llevándose a *lady* Blonde a otra fila.

Me ha extrañado mucho, es una mujer muy serena y elegante, ¿qué le habrá hecho lord Jaipur? La verdad es que con él no he cruzado ni media palabra, pero también me parecía alguien discreto. No sé…

La función acaba y, por fin, *lady* Eire y yo podemos entregarnos al cuchicheo con lord Funny y lord Tall, en una recepción que nos han preparado al salir. Esto es un lujazo, la verdad es que no se puede negar que son unas vacaciones a todo trapo.

—Yo les tenía cerca —dice Funny—, y lord Jaipur no dejaba de hablarle al oído a *lady* Blonde. Mi sensación es que se ha hartado de oírle.

—No sé, yo creo que te levantas y te vas, pero ¿montas tal pollo? —pregunto.

—Debe de haber pasado algo más… —me secunda mi amiga.

Justo en ese momento pasa por nuestro grupo la aludida acompañada de *lady* Slowly y se la ve bastante aturdida y con los ojos empañados de haber llorado. Los cuatro nos callamos y observamos cómo nuestra amiga la acompaña hasta una doncella y vemos cómo *lady* Blonde se marcha.

Lady Eire levanta el brazo para que *lady* Slowly la vea y se acerque a nosotros. Ella nos sonríe y viene. Un camarero se acerca con una bandeja de champán y nos servimos.

—Ya empezamos… —bromea *lady* Slowly—, nos están emborrachando a todas horas. Espero no acabar como ayer.

—Ni yo —ruego en alto.

—Parecemos los de *La isla de las tentaciones* —dice lord Funny—, nos emborrachan para que pasen cosas…—enuncia enfatizando «cosas». Los cinco nos reímos—. Y hablando de cosas, ¿qué le ha sucedido a *lady* Blonde, *lady* Slowly?

—Al grano, ¿no?

—Sí, por favor, o le pido al camarero que no se mueva de aquí hasta que nos hayamos bebido todas las copas —le responde Funny.

Yo, mientras, miro a Javi, le noto un poco tenso y le tomo una mano.

—¿Está bien? —le pregunto al oído.

—Sí —parece que vuelve en sí—, es solo que…, bueno, que tengo varios asuntos y no estoy muy centrado hoy.

—Así estamos todos… —le confieso.

Él me mira, pero esta vez de verdad, reparando en mí, lo sé, porque respira más hondo y me sonríe.

—Está muy guapa, *lady* Honey, lleva la resaca fenomenal.

—¡Qué tonto! Me he tenido que tomar un ibuprofeno hace un rato, me estallaba la cabeza.

—Pues le ha sentado de maravilla. —Me guiña un ojo.

Los dos nos callamos para escuchar a *lady* Slowly contarnos, justo cuando también se nos une Lord Darcy.

—Parece ser que lord Jaipur se estaba acercando demasiado, todo el rato hablándole al oído, pero no por lo que creéis, cuando se ha querido dar cuenta le ha pillado metiendo la mano en su ¿cómo se dice el bolsito, que no soy capaz?

—*Clutch* —le respondo.

—Pues ahí, en su *clutch*.

—¿Le estaba robando? ¿En serio? —espeta lord Funny—, pero si aquí no llevamos nada de valor, vamos, o por lo menos yo, que nada más entrar me despellejaron como a un pollo.

—Pues algo debe llevar *lady* Blonde para levantarse así, háganse cargo.

—Un móvil…, por ejemplo —dice Lord Darcy—, un móvil aquí es oro.

Y yo le miro con los ojos muy abiertos, pensando en el semejante rostro que tiene este varón, cuando yo ya le he pillado con un teléfono.

—Puede ser, me gusta esa teoría —dice *lady* Slowly.

—Y a mí —repito yo.

Mientras los demás opinan, veo cómo lord Tall le cuchichea algo a Darcy, el rostro de este cambia y se hacen un gesto de complicidad.

—Tenemos que irnos —alega lord Tall—, guárdennos un hueco en la cena y nos cuentan luego las suposiciones.

Los dos se marchan hacia las casas con paso rápido. ¿Y estos dos en qué andan? ¡Por favor, me puede el ansía!



Susi termina de vestirme para la cena y baile de esta noche en homenaje a nuestra musa, Milena Lagos. El vestido de hoy es más impresionante todavía, le acabo de preguntar si me lo podría llevar a casa y la pena es que no. Es de satén blanco y rosa, más ajustado de lo habitual realzando mis curvas, apoyándose en un corsé que aprieta más, si cabe, pero hoy merece la pena. El suave satén se desliza por mi piel brindándome una sensación de lujo y sofisticación que jamás había sentido.

Al mirarme de frente, me percato de cómo realza mi pecho de manera

elegante, pero yo diría que poco sutil para el recato que se supone que primaba en la época. Descubro mi mirada más iluminada, me brilla, por la mezcla de sorpresa y admiración al contemplar mi reflejo. Jamás habría escogido un vestido en este color, siendo tan blanquita habría apostado porque no me iba a favorecer, cuán lejos de la realidad.

—Estás preciosa, *lady* Honey.

—Todo gracias a ti…, yo nunca me arreglo tanto, soy muy *casual*, verme así, me descoloca un poco, porque apenas me reconozco, aunque me gusta.

—Es una de las ideas, que os desdobléis, que viváis algo tan distinto que os lleve a encontrar vuestra verdadera esencia, qué es lo que siempre mantenéis, qué es lo que necesitáis y qué no.

—Pues en ello andamos —le sonrío. —La verdad es que está siendo muy intenso…

Susi asiente.

—No te creas, para nosotros también lo es. Es como un campamento, alejados de todos… Oye, hoy no bebas mucho que tienes que evaluar.

—Vale. Ni me acerco al vino.

—¿Estás mejor del dolor de cabeza?

—Sí, me tomé un ibuprofeno en el descanso de la ópera —le digo y se me ocurre tantearla—. ¿Te puedo hacer una pregunta sobre alguien?

—Sí, claro, otra es lo que yo te pueda responder o lo que sepa…, soy una mera contratada.

—Ya… ¿Conoces a lord Mason?

Hasta para mí, que no es que sea la más ducha analizando a la gente, resulta evidente que su rostro ha gesticulado una mueca de desconfianza.

—Un poco, sí…, es como un jefecillo.

—¿Él sí trabaja en Curtos?

—No lo sé, pero si lo supiera, no te lo podría decir tampoco. Él forma parte del juego y no se puede desvelar quién es cada uno. Lo siento.

—Pero… ¿me puedes decir algo de él?

Susi piensa durante unos segundos.

—No es la amabilidad en persona, pero es una de las personas de confianza de Carlos Umbrales y, entre nosotras, es un poco intocable y él lo sabe, por lo que actúa como tal. No es mi persona favorita, como verás. He tenido algún que otro rifirrafe con él.

—¿Por qué?

—Pues, sobre todo, porque no me gusta cómo trata a la gente, pero no te puedo concretar, lo siento.

—Ya, ya…, no te preocupes, lo entiendo.

—¿Por qué me preguntas por él?

—Uff, es una larga historia…, creo que tampoco puedo contarla, por lo menos de momento.

—¡Vaya dos! —nos reímos a la vez—. Yo solo te digo que intentes evitarle, donde pisa hay problemas.

—Gracias, Susi, te tomo la palabra.



La cena, además de riquísima, ha sido muy entretenida. No podíamos para de hablar de la escenita entre lord Jaipur y *lady* Blonde, y más al percatarnos de que estaban en puntas opuestas en el salón. Las conjeturas son de lo más variopintas, hasta bromeábamos con que deberíamos abrir un televoto con un jurado demoscópico como en el Benidorm Fest para resolver el misterio. Cosas de lord Funny, que se va encumbrando como la marujita del grupo.

Yo me he sentado al lado de Javi, lord Tall, y he de decir que hemos recuperado nuestro particular clima jugón. La verdad es que nada más verle entrar con una levita verde y un pañuelo anudado al cuello del mismo color, resaltando sus ojos, casi implosiono de la conmoción y cuando le he tenido al lado y me ha sonreído con esa naturalidad que le caracteriza, solo a mí, haciéndome una reverencia, he añorado nuestro revolcón de ayer en la explanada y no me importaría repetirlo. Mis hormonas están más reguetoneras que nunca.

Nos piden silencio y poco después se levanta Milena Lagos de la mesa presidencial que compartía con su marido y dos parejas desconocidas. En persona es mucho más llamativa aún. Su elegancia natural es envidiable, tiene esa aura de persona importante que, no solo te la da el dinero y la belleza, es genética pura. Además de que es tremendamente guapa y el vestido de época que viste hoy la favorece más que a cualquiera de las que estamos aquí, por muy monas que vayamos. Milena Lagos es una mujer escultural, ni *lady* Blonde le hace sombra.

—Buenas noches a todos. Espero que estén disfrutando de la velada. Yo desde luego sí, he tardado unos días por motivos profesionales y personales en poder unirme, pero ya estoy aquí y espero irles conociendo poco a poco. Les quería decir que en esta empresa nos tratamos como a una familia, por muy grande que sea, siempre esperamos que vean a sus compañeros como aliados

y se ayuden unos a otros. Por eso es tan importante trabar amistades y confiar en el equipo con el que van a trabajar.

La escucho con atención y con una sonrisa boba. Me declaro fan de esta mujer desde siempre y tenerla tan cerca hace que sea uno de los momentos más mágicos de mi vida.

—Les quería presentar a parte de mi verdadera familia, mis dos hermanos, Tirso y Gonzalo, y sus parejas, Luna y María. Ellos no participan en el concurso, pero les he invitado a venir para que vivieran la experiencia de cambiar de siglo, esa que ustedes llevan experimentado varios días… y, además, y aquí viene la sorpresa de la noche, porque quiero comunicarles algo… —dice y se ruboriza, después mira a su marido y vuelve a hablar—, puesto que les he dicho que son como mi familia, quiero que todos sepan y sobre todo tú, cariño, Carlos—enuncia contemplándole con emoción—, que estoy embarazada y que vamos a ser papás dentro de muy poco.

La pierdo de vista porque entre Carlos y su familia que se ha lanzado a abrazarla no hay espacio para ojos curiosos. Todos nos levantamos y aplaudimos, pero yo no puedo evitar mirar a *lady* Eire y ella tampoco a mí. Me da rabia que Carlos la engañe, a saber con cuántas más… Que quiero pensar que no sé cómo es su relación y que igual es abierta, pero algo me dice que no y también que esta mujer ayer vino enfadada porque sabía algo. Y no soy yo de cruzar puertas ajenas, ni andar levantando los felpudos, pero es que lo que presenciamos *lady* Eire y yo pintaba muy feo. Y ahora va a ser papá, el muy cobarde.

Javi tira de mí entre la confusión del momento y me veo muy cerca de él, tanto que puedo percibir lo fibroso de su cuerpo y su aroma a Loewe.

—Alana…, está espectacular, no la había visto entera —susurra en mi oído —, con este vestido no me voy a poder resistir a secuestrarla en algún momento de la noche.

Levanto la cabeza para mirarle y mi corazón multiplica sus latidos. Se me seca la boca.

—Usted también, lord Tall. No pondré impedimento alguno a su secuestro. Podemos fugarnos, que era muy de la época.

Javi se ríe a carcajadas y yo me congratulo de hacerle reír porque su risa es tan bonita que se me contagia. Es lo que tiene este hombre, que me impregna su buen humor.

—¿Cómo he podido tener tanta suerte?

—¿De qué? ¿De estar en el concurso?

—No. De conocerla, usted es el motivo principal, usted estaba escrita en mi destino y, solo con estos pocos días, lo sé, pero no se me asuste, chiquilla, iremos poco a poco.

—No me asusto tan fácil, Javi. Si usted es capaz de quitarme el corsé, que me deja sin alma, tendrá mi amor eterno.

—¿Es una metáfora? Mire que no soy yo muy poeta.

—No, es que no puedo respirar, tal cual.

Nuestras risas se difuminan en el aplauso que pocos segundos después culmina. Todo el mundo vuelve a sentarse, por lo que Javi y yo nos vemos obligados a hacer lo mismo y separarnos. Él busca mi mano por debajo de la mesa y me acaricia. Le miro.

—Espero que esta noche sea solo mía.

—Y yo… —le respondo sincera.

Así como una brizna de recuerdos me pellizca en el estómago… ¿Pasó algo anoche en mi habitación con este hombre?



Anoche, no sé, pero de esta no pasa. Nos traemos un juego de lo más peligroso y excitante.

Nos han sacado al jardín, donde hay montado un baile con orquesta en directo, dando fe del poderío de esta empresa, y de lenta en lenta, nos escondemos detrás de los árboles para entregarnos al ardiente y adictivo deporte de besarnos. La música acompaña, continúan con la copia burda de *Los Bridgerton*, ya que versionan canciones contemporáneas dándoles un toque clásico y bailable.

Con Javi todo fluye tan natural… Me encanta su acento, y su forma de mirarme, como si fuese su croqueta favorita. ¿Qué le sucede a alguien como yo, que llevaba más de un año encerrada en casa por un desengaño amoroso trágico, cuando alguien le mira así? Pues me ocurre que me hace sentir importante, divertida y, sobre todo, deseada. Ahora mismo, soy un ser efervescente que chisporrotea vida y ganas acumuladas en el encierro. Y no puedo recordar cuándo fue la última vez que me sentí así, tan ansiosa de vivir.

Javi tira de mí en mitad de una canción, esta la he reconocido, es «Clavaito» de Chanel en modo Michael Bublé. Volvemos a escondernos, un poco más lejos que antes, y no tardamos ni un «sí» en volvernos a saborear con ansía, cada vez con más seguridad y ganas. Parecemos dos adolescentes salidos de *Sex education*. Javi me muerde el labio de abajo y yo gimo en su

oído de la impresión.

—Necesito tenerte, esto es una tortura… —susurra en mi oído.

—¿Lo dices por los cientos de capas que llevo puestas? —le pregunto.

Javi se ríe y me pone morritos de pena.

—Ven luego a mi habitación —le invito.

Mi mulatito se separa unos centímetros de mí.

—Ojalá pueda ir…

—Lo único es que hoy evaluamos, hay que esperar a que se vaya mi doncella.

—Esperaré lo que haga falta, nunca había sentido tanta necesidad por alguien…

—Yo creo que es por el morbo de que está un poco prohibido.

—No, no creo, por lo menos en mi caso es por ti, porque mírate, eres preciosa, tan blanquita y con esos ojos… Además, normalmente no tengo que andar escondiéndome como un chaval, la paciencia no es lo mío, ni los cortejos…

—¿Eres de «lo quiero y lo quiero ya»?

—Más bien —dice con algo de timidez, acariciándose la barbilla —, ¿y tú?

—¿Yo? Yo no soy la más experimentada, he tenido una relación tan larga que solo sé cómo era con él.

—¿Y cómo eras?

—Cómoda, era cómoda…, los dos. Cada vez nos esforzábamos menos en mantener la pasión. Era como que tocaba, él me besaba en la boca y significaba que quería tema y yo accedía —me sincero y me escondo en su pecho porque decir esto a mi edad es bastante triste.

—¡Ey…, no te avergüences! ¿Ese chico está desterrado en tu pasado totalmente?

—Sí —levanto la cabeza para mirarle y que me crea—, Ethan está totalmente sepultado.

—De los errores se aprende, Alana…, y yo no creo que pueda nunca pensar en ti en mi cama desde la comodidad, pero ahora soy yo el poco experimentado —hace una pausa como si le diera vergüenza lo que va a decir —, porque yo no he tenido ninguna relación larga.

—Yo, blanca como la nieve, y tú, con esta piel, yo, de relación larga, y tú, de aquí te pillo aquí te mato, mejor no hablamos de política…

—¿Lo de que los polos opuestos se atraen, te lo sabes, no?

—Creo que lo he escuchado alguna vez, igual que lo de que los bombones al sol se derriten… —bromeo.

Javi me mira unos segundos y después me abraza.

—Contigo algo me dice que podría intentarlo, por muy pronto que sea, no me da miedo la rutina.

—Pues que sepas que la rutina extingue el fuego, esta pasión del principio… nunca es como los primeros meses.

—Entonces habrá que extinguir a la rutina, ¿no crees, chiquilla? —dice

antes de besarme con todo: con su boca y su lengua saboreándome, y sus manos acariciándome la cara.

—¡Qué bonito eres, lord Tall! —le digo antes de colgarme de su cuello para volverle a besar.

—O paramos o te tiro ahora mismo al césped y nos echan a los dos. Estoy tan empalmado que necesito que te alejes un poco para pensar en cucarachas o insectos varios.

Cuando acabamos de recolocarnos y a lord Tall le desciende su incidente, nos encaminamos al baile, pero justo se aparece ante nosotros Milena Lagos, la mismísima.

—Bueno, bueno, bueno, ¿qué tenemos aquí?

Yo me quedo tan patidifusa que no me sale ni una palabra y solo puedo apretar fuerte la mano de Javi como si este gesto nos fuera a teletransportar a un lugar seguro.

—Buenas noches, *lady* Lagos —le escucho.

—Tranquilos, chicos, pueden respirar…, nada me gusta a mí más que un amor de verano. Si no me equivoco son *lady* Honey y lord Tall, ¿verdad?

Los dos afirmamos y yo me relajo una gota al ver que nos sonríe.

—Todos los años sucede esto, por mucho que se lo recomendemos, es imposible frenarse ante las pasiones… Lo mejor que pueden hacer es hacerlo oficial, como si fuesen prometidos, o algo así, por darle un toque —dice y nos guiña un ojo—. Lo que suceda después es cosa suya, eso sí, no se salten la norma principal. No digan quiénes son y no pasará nada.

—Gracias —le digo.

—De nada…*Lady* Honey, me gustaría hablar con usted a solas, si puede ser.

—Por supuesto —le digo muriéndome por dentro del susto.

Javi asiente y se marcha despidiéndose de nosotras a la voz de ¡ar! Las dos le observamos irse, ella más atenta que yo. Yo estoy profundamente convencida de que el sevillano con el que me acabo de pegar el lote se ha llevado toda mi saliva y estoy concentradísima en intentar salivar porque tengo la boca más seca que si comiera mazapanes en pleno Sáhara.

—La felicito, *lady* Honey, es muy apuesto.

Sonrío.

—No le diga quién es, por favor… —me suplica—. No puede saber que usted es experta en *marketing*, con eso no quiero decir que él sea concursante.

—Ya, ya, no diré nada, de verdad. Me han quedado claras las normas después de la expulsión de lord Trujillo. Y siento esto…, yo no soy así… —Me noto abochornada. Es mi primera conversación con Milena, una profesional a laque admiro desde siempre, y va y hablamos de mi *affaire* con un concursante.

—¿Así cómo? —me pregunta.

—Tan desinhibida, pero es que no sé, desde que he llegado lo vivo todo como muy intenso —respondo y noto cómo me tiembla la voz.

—Es normal, *lady* Honey, no se lamente. Viva esta experiencia con todo, es una vez en la vida. Carlos es mucho más estricto que yo en esto de las relaciones entre compañeros, a mí, sinceramente, me da igual, hasta me parece un poco hipócrita, puesto que los jefes de la empresa están casados… En fin, ¡hombres! Lo que le quería decir es que solo tiene que replantearse de vez en cuando dónde se encuentra y que esto no es la vida real, por lo que algunos compañeros suyos tampoco lo son.

—Pero ¿aunque sean actores…, el flirteo…?

—¿Quiere preguntarme si en su hoja de ruta se incluye el cautivarlos? No se lo puedo contestar porque le estaría dando más datos que a los demás. Pero use la lógica, somos una empresa seria, no le vamos a pedir a nadie que se acueste con alguien.

—¿Pero sí que nos seduzcan?

Milena hace el típico gesto de cremallera en boca.

—Confíe en su instinto, *lady* Honey.

—Gracias y… enhorabuena, por cierto, ¿cómo se encuentra?

—Gracias, la verdad es que me he convertido en una funambulista que camina en esa delgada línea entre estar aterrada y feliz.

—La entiendo.

—Pero hablemos de usted, *lady* Honey, ¿le está gustando esto?

—Sí. Sí, mucho —contesto rápida llevándome una mano al corazón para expresarle mi total gratitud.

—Me alegro, empleamos mucho trabajo y esfuerzo en que esto salga bien. Le quería preguntar por unos asuntos un tanto… dudosos.

—Dígame —le respondo con más miedo que si me obligaran a montarme en un churrisubmarino para ver el Titanic.

—¿Se lleva usted bien con Lord Darcy?

¡Ala, colega, qué giro! Pensaba que me iba a preguntar por Dorothy, ¿a qué viene esto? Intento simular la cara de póker de los políticos cuando les preguntan por qué nos mienten todo el rato y respondo:

—Bueno, digamos que le conozco, pero no mucho, ¿por?

—¿Le ha visto usted en alguna situación comprometida?

Me asalta una de esas alucinaciones extracorpóreas en las que me visualizo diciendo: «Pues mira, sí, nos morreamos en el avión, y en un baño, después le pillé hablando por el móvil y también entrando en la habitación de Dorothy, ¿te refieres a eso?».

Pero, en vez de eso, respondo:

—No, bueno, no sé a qué se refiere…

Milena inclina la cabeza ligeramente, sacudiendo el cabello con su elegancia característica, mientras me dirige una mirada intensa y cautivadora, fijando sus ojos en los míos con atención:

—Pues a entrar en alguna habitación que no es la suya, por ejemplo.

Yo me bajo la cintura del vestido para darme tiempo a decidir qué cuento. Lo que está claro es que no puedo decir que sí, porque entonces me desvelaría

yo.

—No, no sé… —respondo y sé que con tanta duda me estoy delatando. Creo que me voy a poner de perfil ya para que me hagan las típicas fotos antes de entrar en la cárcel.

—Vamos a ver, me consta que *lady* Eire y usted entraron en la habitación de Dorothy, me consta porque ella misma me lo contó. Ahora bien, alguien más estuvo en esa habitación y se llevó algo que no era suyo y sé que no fueron ustedes.

—¿El qué? —pregunto con el corazón latiendo a ritmo de mascletá.

—No se lo puedo decir, pero creo que ustedes no lo tienen porque sé lo que se llevaron…

—Nosotras no vimos nada, solo cogimos preservativos —respondo y, al segundo, el bochorno se apodera de mí y una petarda voz me bromea en la cabeza «no lo he robado, se me ha debido caer al bolso sin querer».

—Lo sé, me lo contó *lady* Eire, tranquila, le van a hacer falta, visto lo visto.

Le sonrío por no llorar a moco tendido, mientras discurro en que no entiendo por qué mi supuesta amiga no me dijo la verdad…

—Ah…

—Y también me dijo que no les dio tiempo a ver nada más porque alguien entró en la habitación y todo apunta a que fue Lord Darcy.

—¿*Lady* Eire no le dijo quién era?

—No, alegó que no le vio, que salió corriendo, que, en todo caso, le vio usted.

—Pues yo tampoco vi nada, de verdad —¿por qué estoy mintiendo por ese idiota?—, pero si me dice qué busca, le podría decir si lo recuerdo en la habitación.

Milena vuelve a sacudir su melena con poderío, dejando que los mechones caigan sobre sus hombros y cita:

—Busco su diario y su móvil, ella me los ha pedido y no los encuentro.

¡No puedo decir que el móvil lo tenemos nosotras! Tendría que ponerme de perfil de nuevo para las fotos de la cárcel.

—¿El móvil? Jo, no recuerdo haberlo visto, lo siento mucho, y el diario tampoco.

—Ya…, lo mismo me dijo su amiga. En confianza: ¿por qué entraron en la habitación de Dorothy?

¡Mátame Tierra, ya, ya mismo! ¿No se iba a apagar el sol en algún momento?, ¿por qué no lo hace ahora? Pienso la mejor opción y la suelto a lo loco:

—Pues porque vimos lo que le pasó, *lady* Eire estaba muy angustiada, yo le dije que igual era mentira y me pidió que fuésemos a su habitación para ver si descubríamos algo. Cuando estábamos allí, sonó la puerta y salimos pitando.

—Sí, más o menos concuerda con lo que me desveló su amiga.

—¿Qué tal está Dorothy?

—Mejor, está mejor, gracias por preguntar.

—Pues solo era eso, *lady* Honey. Muchas gracias por su sinceridad —me dice y yo no sé si ha sonado con retintín—. Continúe disfrutando de la experiencia y estoy aquí para lo que necesite. Por cierto, esta conversación la tuve con su amiga, le pedí encarecidamente que no le dijera nada, no se enfade con ella.

—Ah, vale, muchas gracias por la aclaración.

Milena Lagos se va y yo me agacho para apoyarme en mis rodillas porque estoy al borde del mareo, pero, ¡error!, el corsé no me deja doblarme.

Cuando consigo serenarme, decido volver a la fiesta. Tengo que hablar con *lady* Eire y con Darcy. Y mira que no he llegado todavía cuando me le encuentro de frente conversando con *lady* Goldfinch.

—*Lady* Honey… —inclina la cabeza.

—Buenas noches, *lady* Goldfinch, ¿podría prestarme a su amigo unos instantes? He de hablar con él.

—Por supuesto, *lady* Honey —afirma la joven con esa voz tan cantarina que tiene, me recuerda a Aitana.

Cuando se marcha, cojo a Sebas del codo y le arrastro para distanciarnos del baile.

—¡Por favor, qué entusiasmo, *lady* Honey! —le escucho con voz sarcástica.

—¡Cállate, idiota!

Cuando creo que estamos lo suficientemente lejos de todos, me encaro.

—¿Qué hacías en la habitación de Dorothy?

—¡Mmm! Error, pregunta equivocada.

—¿Por?

—Porque no te la voy a responder, al igual que tú.

—Yo sí te respondo, yo buscaba pistas de si era verdad o no lo del intento de suicido.

—Pues yo también.

—No te creo, ni de lejos.

—Yo a ti tampoco.

—¡Arjjj! —gruño—, ¿por qué eres tan exasperante?

—Cuestión de genética. Hay a quien le gusta.

—Deja de fanfarronear, no es el momento, de verdad.

—Pues me quedan pocas opciones, si quieres te beso, porque a tu pregunta no te voy a responder.

—¡Ni se te ocurra! —espeto echándome para atrás.

—Tranquila, tranquila, no eres tan irresistible.

—¡Vete a la mierda! No sé para qué me molesto en hablar contigo—le reprocho a la vez que paso por su lado y le empujo con el hombro para marcharme toda digna, pero… ¿para qué le habré tocado?

Lord Darcy tira de mí hacia su cuerpo y me sitúa frente a él.

—Es la tercera vez que me mandas a cierto sitio…No te enfades, Alana, no te lo puedo contar, al igual que tú. Solo tienes que saber que te protegí. Era mejor que no os vieran ahí.

—¿Quién? ¿Con quién ibas?

—Alana…, no puedo, pero con alguien de la organización.

—¿Con Carlos Umbrales?

La cara de Sebas habla por sí misma.

—¿Buscabais el móvil, verdad?

—Puede ser y no lo vimos porque antes estuvieron dos damas, pero no le dije nada a él.

—Vale, gracias…, pero ¿os llevasteis el diario?

—Puede ser —susurra.

—Gracias.

—De nada.

¡Madre mía! ¡Qué ojos! ¿Por qué? ¿Por qué mi cuerpo actúa solo como hipnotizado y le está acariciando la cara mientras él me aprisiona contra él con sus manos en mi cintura? ¿En qué momento ha sucedido esto?

—Alana, vete —masculla en mi oído.

—Sí. —Y un poco llevada por la rabia y la frustración, digo—: estoy con lord Tall.

—Lo sé y es… mi amigo.

—Vale —respondo sin dar ni un paso atrás ni él tampoco. Nuestras pupilas se han enganchado en la oscuridad de la noche, entrelazando deseo e indecisión y tienen mucho más poder que las piernas. Creo que se puede sentir la electricidad en el aire mientras nuestras miradas se buscan una y otra vez.

—Vete, por favor —pronuncia para romper el magnetismo que nos atrapa.

Poco a poco retiro mis manos de su cara, doy un paso atrás, otro y otro, sin dejar de mirarle, pero protegida ya por la distancia.

—Gracias, Sebas.

—A ti, pequeña.

Me doy la vuelta y comienzo a andar, pero le oigo llamarme:

—¡Alana!

—¿Qué? —Me doy la vuelta.

—Confía en mí, ¿vale?

Afirmo con la cabeza porque no me salen las palabras, me lo ha dicho con una voz tan dulce que me ha costado reconocerle. Sebas tiene mucho que mostrar y cada cosa nueva que descubro podría engancharme más y más.

—Y tú en mí.

—Lo hago, amiga… —esto último lo expresa con una sonrisa amarga—. Ya hablaremos tú y yo cuando salgamos de esta.

—¿Cuando seamos compañeros en Curtos?

—Exacto. —Sonríe de medio lado—. Disfruta de la noche.



Con paso apresurado regreso a la fiesta sintiendo la mirada de Lord Darcy ardiendo en mi espalda, pero cuando estoy llegando a las primeras mesas percibo el ambiente tenso y me freno. Algo sucede y el corazón se me encoge al ver a Carlos Umbrales y a sus dos acólitos vestidos de negro enfrentándose a mi amiga.

El rostro pálido y la mirada temblorosa de *lady* Eire revelan su profunda aflicción. Quiero caminar hasta su lado, pero Sebas me detiene.

—Espera.

—¿Qué está pasando? —le pregunto sin girarme para no perderme nada de lo que está sucediendo. Mis dudas se resuelven al fijar la atención en las manos de Carlos Umbrales. Tiene un reloj.

—Si es verdad lo que usted dice, se investigará, *lady* Eire, pero de momento debemos exponerlo porque hemos encontrado mi reloj en su habitación y no hay prueba más irrefutable que esa.

—¡Es imposible! —grito y sin permitir que Lord Darcy me sujete más corro hacia el centro de atención y mi amiga. Ella está tan consternada que agacha la cabeza—. Usted sabe que ella no ha podido ser, usted lo sabe.

Lord Darcy tira de mí porque me estoy enfrentando al jefe del lugar delante de todos. Siento también las manos de Javi.

—Señorita, cálmese, solo nos remitimos a las pruebas.

—Yo no he sido —aduce ella con voz tímida pero segura—, yo no he robado nada, ni siquiera sabía que tuviera relojes.

—¿Y qué hacía en su habitación? Me es muy difícil creerla, *lady* Eire, lo siento. Queda expulsada.

Un silencio atronador se alza en el jardín. Solo las lágrimas de *lady* Eire y las mías lo rompen. Mi amiga se tambalea por la tensión y si no es por lord Darcy se cae al suelo. Él la sostiene y le escucho decirle frases de aliento.

Uno de los hombres de negro, a la señal de Carlos, se acerca a mi amiga y la separa de Darcy para tomarla del brazo y llevársela.

—¡*Lady* Eire, no! —lloro.

Ella me mira desconsolada.

—¡Voy a demostrar tu inocencia!

Ella no puede articular palabra. Solo me mira apesadumbrada.

Javi me sujeta de la cintura para que no corra tras ella, mientras me ruega que me relaje y cuando Lord Darcy llega me dice al oído:

—Mira a tu alrededor, quédate con todo. Descubriremos la verdad.

Y eso hago, intento grabar en mi memoria maltrecha la actitud de mis contrincantes.

Capítulo 15

«Descubriremos la verdad, descubriremos la verdad…».

Me despierto despacio, de esas veces que sabes que es mejor permanecer dormida y te niegas a la vigilia saltando de sueño en sueño corto, como si tu mente estuviese griposa y solo pidiese descanso.

Pero ya sí…, ya no hay más tregua. Estoy despierta y la realidad me golpea en la cara como un guantazo. ¿Qué coño pasó ayer? Ayer echaron a mi amiga como a una ladrona delante de todos y ella…, su cara de estupefacción, sus lágrimas cohibidas me revolvieron entera, tanto que, si no es por Sebas, hubiese cogido el petate y me hubiese ido con ella.

Darcy me tomó del brazo y me alejó del foco del conflicto, donde todas las miradas curiosas estaban clavadas en nosotros. De allí, me acompañó a mi casa, insistiéndome en que tenía que calmarme y verlo todo con otra perspectiva porque esto no era más que una fase del concurso.

Ya en mi habitación, hablamos, corrijo, habló él, yo estaba sumida en el duelo de haber perdido a mi confidente y a mi amiga de esa manera tan dictatorial. Darcy me repitió varias veces que confiara en él y en que íbamos a descubrir la verdad. Hablamos de los comportamientos de nuestros compañeros, yo apenas recordaba nada, pero sí a *lady* Sparkle mirándome con una sonrisa mezquina, y Sebas me lo confirmó, él también lo interpretó así. Él me dijo que vio a Young y a Blonde conmocionados y a Funny sujetando a *lady* Slowly porque quería venir también a defender a Eire.

En algún momento, llamó Susi, mi doncella, pero él le dijo que se quedaba conmigo y yo asentí. Me estaba ayudando como un amigo, sin más, sin ninguna pretensión sexual, y la verdad es que nadie me había reconfortado tanto como él en mi vida. En algún momento de la conversación se lo hice saber y eso llevó a que le contara que me hubiese venido fenomenal tenerle cuando me encontré a mi novio con mi mejor amiga.

—Eso sí es la vida real, Alana…, pero ten por seguro que, aunque nunca lo olvides, lo digerirás y de ti depende que sea una digestión interminable o solo larga y pesada.

Nos encontrábamos acostados juntos en la cama, recostados de lado y vestidos con nuestra ropa de la fiesta, apoyándonos en nuestros antebrazos, mientras una suave luz de una lamparita de noche nos alumbraba.

—De momento lo he masticado —continué con la metáfora—, creo que me está dando vueltas en el estómago.

—Tienes que bajarlo al intestino pronto o de tanta vuelta se cronificará en

una úlcera espantosa.

—Ya, eso intento…, quiero convertirlos en caca.

Sebas sonrió, lo recuerdo perfectamente porque sus sonrisas son como arcoíris: perfectos y esquivos.

—Por eso tienes la mirada triste…

—Sí —asentí—, ¿y tú?

—¿Yo?

—Sí, tú, ¿por qué tienes la mirada triste?

—Lo mío todavía ni lo he masticado, Alana, es tan jodido que no tengo fuerzas para contarlo…

—Lo siento mucho —le dije, no quería insistir.

Sebas suspiró y me miró con media sonrisa.

—Esto no es la vida real, Alana, la vida real es mucho más cruel…, tanto que, aunque sigas viviendo, sabes que estás muerto por dentro —se calló y creí reconocer un atisbo de emoción, lo que me hizo tocarle una mano.

—Siento mucho que te sientas así.

—Gracias, pequeña…, ahora descansa, ¿vale?

Le dije que sí y cerré los ojos, sabiendo que él me miraba, que él me cuidaba y que había encontrado otro nuevo confidente en esta aventura tan distópica. Por eso abrí los ojos y le dije en susurros:

—Me gusta que seamos amigos.

—Y a mí. —Me guiñó un ojo—. Confía en mí, pequeña.

Permito que entre la luz en mis ojos con miedo, pero no logro identificar por qué, si porque se haya ido sin decirme nada o porque esté aquí a mi lado durmiendo y hayamos pasado la noche juntos. Me giro; no está. Siento alivio (que conste en acta).

Al incorporarme, busco alguna señal que me aclare si ha pasado toda la noche o aguardó solo a que me durmiera. No hay nada. ¿Y qué esperaba? ¿Una bandeja con un desayuno continental y una rosa sobre un papelito que dijese que ha sido la mejor noche de su vida? Sacudo la cabeza. ¿En qué estoy pensando? Es Sebas, el gallego, el borde, lo de anoche fue la excepción que confirma la norma. Pero fue tan majo… Si no llega a ser por él, no sé qué hubiese hecho, quizás largarme, y ahora, a berrinche pasado, sé que me hubiese arrepentido por varias razones. Entre otras que con esto me estoy jugando el puesto de trabajo de mi vida y que igual está todo orquestado.

Llaman a la puerta y segundos después accede Susi.

—¡Bueno días, *lady* Honey! —me saluda enérgica—, ¿cómo hemos amanecido?, ¿mejor?

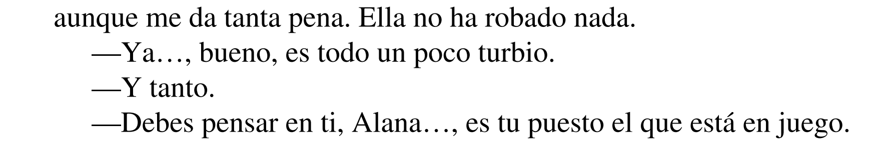
—Sí, aturdida y con millones de cosas en la cabeza, pero sí, algo mejor.

—Cuánto lamento lo que sucedió anoche…, me caía muy bien tu amiga.

Inmediatamente después de escucharla se me forma un nudo en la garganta asfixiante.

—Perdón por sacar el tema. —Se arrepiente en el acto.

—No pasa nada, Susi, es lo que hay, aquí estamos a lo que estamos,


aunque me da tanta pena. Ella no ha robado nada.

—Ya…, bueno, es todo un poco turbio.

—Y tanto.

—Debes pensar en ti, Alana…, es tu puesto el que está en juego.

—Lo sé.

—Pues concéntrate y pasa página. Aunque aquí se magnifique todo, al fin y al cabo, os acababais de conocer.

—Ya, si no es eso, es que no soporto que no se le haya dado opción a explicarse, no se la juzgó, directamente se la sentenció, y yo odio las injusticias. Así no se hacen las cosas y si en Curtos se hacen así, entonces igual debería pensármelo.

—Haces bien en planteártelo, puede que tengas razón, pero yo creo que una cosa es esto y otra la empresa…, aunque poco más te puedo decir. Yo no trabajo en Curtos.

—Ojalá…

—Alana, te toca valorar. Debías haberlo hecho anoche, pero me dieron permiso para retrasarlo a esta mañana.

—Ah, es verdad… —Ignoro cómo decir esto—. ¿Y a Darcy?

—Sí, a él también, se lo comenté a su ayudante. Por cierto, ¡qué amable!

—Ya… —suspiro.

—¡Uy, uy, uy! ¿Qué te pasa?

—No, es que la verdad es que vi a un Darcy que nunca había visto, amable, cariñoso y atento, y eso complica un poco todo. Se portó tan bien conmigo, Susi…, y eso me hace pensar dónde estaba Tall. En teoría, tendría que haber sido él el que me ayudara, pero ni apareció por aquí.

Susi me mira sonriente, resulta obvio que a ella esta situación le parece más que divertida.

—Amiga, era demasiado perfecto el chico y no existe nadie así.

—No me debe nada, no es eso, pero no entiendo cómo Darcy dejó todo por acompañarme, cuando ese hombre y yo no hacemos otra cosa que discutir, y Javi no.

—Quizás Tall estaba ocupado en otra cosa, pregúntale hoy.

—¿El qué? «Oye, ¿por qué me consoló tu amigo y tú pasando?».

Susi se ríe.

—Quizás un poco menos hostil serviría…, no saques conclusiones precipitadas, quizás hizo algo importante.

—Me da que pensar, pero ya está. No quiero tampoco hacerlo yo muy grande esto, hoy cuando le vea pensaré si le digo algo o no. ¿Evaluamos?

—Sí, sí, pero antes te voy a dar unas pistas por participar y hacerlo tan bien en el karaoke.

—¡Ah, qué bien! ¿Son las mismas pistas para todos?

—No, no, son personalizadas.

—¡Qué bien!

Susi abre la caja fuerte y saca la *tablet*. Tarda poco en encenderla y

enunciarme:

—Tienes dos pistas. La primera cita así: «Lord Trujillo era concursante, competía contra otra persona y esta sigue aquí, pero ya no es concursante».

—¿Cómo?

—Pues eso…, que quien competía con lord Trujillo ya tiene la plaza y sigue aquí, pero ya no en calidad de concursante. Si has visto algún cambio de actitud en alguien, pues lo tienes.

—¡Puff! ¡Qué difícil! ¿Y la otra pista?

—La otra dice que en el grupo que formáis *lady* Eire, lord Tall, lord Funny, lord Darcy, *lady* Slowly y tú, hay actores.

—¿Actores? ¿No dice un actor? ¿Lo escribe en plural?

Susi asiente.

—¡Aysss, por Dios! —exclamo y tomo asiento. No sé de quién fiarme, entre los seis que somos hay mínimo dos actores. No sé por qué me viene el juego del Mastermind ese que tienes que adivinar la clave secreta y las pistas te las dan con colores dependiendo de si has adivinado el sitio o solo el número.

—Estas son las pistas, poco más te puedo decir. Ahora, la evaluación, es un poco diferente, te aviso, solo te piden que seas sincera.

—Vale.

—A ver, primera pregunta: de todos los concursantes de quién estás más segura que es un actor.

¡Ufff! Pues no lo sé, pero usando la pista que me acaban de proporcionar, diría que Funny, eso espero porque como sea Tall el chasco es de «total, que la he liado parda». Funny siempre está correcto y llevo un tiempo constatando que no observa tanto como otros, que parecemos lechuzas, él está más a la risa. De los demás grupos, no los conozco tanto, pero *lady* Goldfinch creo que también y Blonde podría ser.

—Venga, voy a decir, lord Funny.

—Muy bien, anotado queda.

—¿De quién te fías cien por cien?

Pues nunca pensaría que diría esto, pero ayer hubiese escogido a Eire y si no a Javi. Después de que anoche pasara de mí como un campeón, hoy, que admito que puedo estar sensible, elijo:

—De lord Darcy, no digo que no creo que sea actor, no lo sé, pero me fío de él como persona, aunque a veces me caiga fatal y me saque de mis casillas, pero me parece que siempre intenta ayudar, aunque vaya de pasota. Es una persona que suma.

—Muy bien. ¿De los sucesos que has vivido estos días, cuál te ha parecido orquestado?

—Puede que lo de *lady* Blonde y lord Jaipur en el teatro…

—Muy bien, lo anoto. Y la última: ¿si tuvieras que echar a alguien, a quién escogerías?, y me tienes que dar motivos.

—¿Pero no lo van a echar, no? —bromeo.

—No lo sé —me responde más seria de lo que creía.

—¡¿Cómo?!

—A ver, que a veces sí pasa, si un opositor se lleva muchos puntos negativos, digo yo que entenderán que en su empresa no es bien recibido. Pero no dispongo de más datos.

—¡Ayss, por favor, qué presión!

Me viene una sonrisa maligna a la mente, y creo que la puedo escoger. Total, no la conozco de nada y las pocas veces que he interactuado con ella, me ha parecido una pedante.

—Pues *lady* Sparkle, por dos razones, porque apenas la conozco y no creo que lo haga, y porque ayer cuando echaron a *lady* Eire se reía, y eso demuestra que tiene menos empatía que una sanguijuela ante un anémico.

—Pues ya está, Alana. Lo acabo de enviar. Vete vistiendo y voy a por algo de desayuno porque se nos ha pasado la hora. ¿Vas a ir a montar o prefieres otra actividad?

—Sí, iré a montar, necesito airearme y el profesor me cae muy bien. Gracias, Susi, por todo.

—De nada, mi chica.



Llego vestida con mi traje de amazona elástico y me encuentro en la explanada a los de la última vez, Lord Thin, Darcy, Tall y a *lady* Slowly, que viene hacia mí como una exhalación y al llegar me toma de las manos. Ella no puede ni imaginar cuánto se lo agradezco.

—Estaba deseando verla, *lady* Honey, ¿cómo se encuentra?

Yo bajo la cabeza, no me siento preparada para enfrentarme a Javi y tampoco sé cómo actuar con Sebas.

—Gracias, *lady* Slowly.

—Llámeme Ana, por favor…

—Pues algo mejor, Ana. Lo que no quita que me siga pareciendo injusto…

En ese momento, los caballeros se nos acercan y Javi, ni corto ni perezoso, posa un brazo sobre mis hombros delante de todos.

—¿Cómo estás, *lady* Honey? —me tutea y se inclina para besarme en la mejilla.

Y de lo más adentro de mí me sale apartarme y hacerle una cobra monumental delante de todos y si hubiera estado el papa, pues también.

—Como les digo —sin querer me sale voz de pito—, estoy mejor. Asimilando que ya no voy a poder estar con *lady* Eire, habíamos conectado.

De forma instintiva, mis ojos viajan a Sebas y veo que se muerde los labios, ignoro si aplacando una carcajada o un comentario. Él, al saberse observado por mí, inclina un poco la cabeza; y eso es todo, amigos. El hombre que ayer fue la persona más amable y encantadora del universo hoy solo mueve el cuello. Fin.

—Fue muy injusto, *lady* Honey —repite *lady* Slowly.

—Al igual que usted, llámeme Alana.

Lady Slowly, o Ana, sonríe.

—Tiene aquí a una amiga, de verdad, si yo me entero de algo que pueda demostrar la inocencia de *lady* Eire, se lo haré saber.

—Muchas gracias, Ana.

—A mí me parece que fue muy desagradable e innecesario, si sirve de algo. Ella estaba destrozada y lo peor de todo, no se le concedió la presunción de inocencia —habla Lord Thin y por primera vez no me cae mal.

—Ya, eso mismo pienso yo. Aquí te sentencian y vas al hoyo sin alegatos posibles —afirma Javi, que se ha debido recomponer de mi desplante.

—Por cierto… —vuelve a hablar Lord Thin, que hoy parece estar más comunicativo que nunca—, ¿les han hecho valorar diferente?

Todos afirmamos.

—¿Y les han hecho escoger a quién echarían? —vuelve a cuestionar—. Porque a mí, sí, y mi ayudante me ha contado que si un concursante se lleva muchos puntos es probable que lo despidan.

—A mí también… —confieso.

—¡Ah, pues yo voté sin más! Mi ayudante no me dijo nada —acepta lord Tall.

—Y yo… —dice Darcy—, la verdad es que no pregunté.

—Yo sí, me lo olía, y mi doncella me lo confirmó.

—Pues con lo áspero que soy, me voy a ir despidiendo de ustedes, ha sido un placer —admite Lord Thin.

No me lo esperaba y no puedo evitar reírme. Es que me ha pillado tan desprevenida que la carcajada sale sola, pero no soy la única, mis compañeros también lo hacen, hasta Darcy.

—Si le sirve de algo, yo no le he votado, Lord Thin —le dice Ana.

—Yo tampoco —añado yo.

—Ni yo —niegan Darcy y Tall a la vez.

—Ni yo a ustedes, pero somos muchos…, estoy nominado, cuento con

ello. ¿Qué le voy a hacer? Tengo esta cara y no hablo a no ser que vaya a aportar algo importante, por lo que apenas lo hago.

Vuelvo a sonreír.

En ese momento aparecen nuestros profesores, Pablo Álvarez y Dulce, y damos por finiquitado nuestro ratito de confidencias.



Javi se pasa el día intentando hablar conmigo, pero yo no tengo ganas de enfrentarme a él, entre otras cosas porque estoy tan embarullada que no soy capaz de discernir el porqué de sentirme así con él, digamos defraudada.

En el comedor se me acercaron *lady* Goldfinch y *lady* Sky para interesarse por mí y más tarde durante una actividad de tiro con arco en la que formé pareja con lord Peace, el hombre de unos cuarenta y cinco que se parece al profesor de *La casa de papel,* también hablamos sobre el tema. Apenas había coincidido con este señor, pero desde hoy constato que le necesito cerca. Es sabiduría y calma a partes iguales. Él suele juntarse con lord Jaipur y *lady* Blonde, pero si pudiera, le ficharía para mi equipo, creo que yo también le he caído bien. Entre otras perlas de sabiduría, me ha regalado que no me precipitara, que viviera del presente, desechara el pasado y me olvidara del futuro. Él me ha confesado que hace unos diez años le diagnosticaron un cáncer terminal y solo le daban unos meses de vida, pero entró en un estudio experimental y la enfermedad remitió al completo. Eso le hizo cambiar la lente con la que observa el mundo, dice no dar nada por sentado y disfruta de cada día como si fuera el último. Eso no quiere decir que no haya desgracias, pero no las niega, las acepta y continúa trabajando para que cada uno de sus días sea inolvidable.

Después del tiro con arco hui como un roedor, sin que nadie me viera, a mi habitación a intentar descansar algo antes de la cena y, aunque no he podido dormir, al menos he escapado de las miradas compasivas que agotan más que el insomnio.

Ya estoy preparada para la noche. Susi ha vuelto a escoger un vestido muy favorecedor. Esta vez es blanco, de tul, con un escote en forma de corazón y sin polisón, pero sí con corsé, lo que me estruja de cintura para arriba de forma inquisitiva, pero ya me voy acostumbrando, ¡ja! Aunque soy la palidez hecha carne, tampoco me veo mal con el estilo ibicenco victoriano. De todas formas, hoy tampoco es que sea mi día, luzco menos que una piedra en una cueva.

Tomo asiento en mi mesa. Soy de las primeras en llegar. De hecho, soy la segunda. ¿Quién más ha llegado? Pues el gallego que me saluda con una media sonrisa desde el otro lado de la mesa.

—Buenas noches, lord Darcy —le digo.

—Buenas noches, *lady* Honey, si me permite decirle, su vestido es muy bonito.

—Gracias, pero ningún mérito corre de mi parte, todo lo que sea vestimenta se encarga mi doncella, Susi.

Darcy se queda serio mirándome. Sus ojos azules se ven hoy algo más apagados que otros días y diría que se le ven ojeras.

—¿Se encuentra bien, lord Darcy? Le veo cansado.

—Lo estoy, *lady* Honey. Anoche no pude descansar y hoy entre unas cosas y otras no he podido echar una cabezada.

—Me hago cargo, lo siento mucho…

—No lo sienta, suelo dormir mal, no fue por usted, la vida que he dejado fuera no ayuda. Por cierto, tengo a un amigo desesperado por habar con usted.

—Pues igual llega un poco tarde, ¿no cree? —me sube la bilis y es imposible refrenarla.

—*Lady* Honey, déjele que se explique, es muy buen chaval y está preocupado por usted, se lo aseguro.

¿Y este ahora? ¿Qué hace? ¿Lanzarme a los brazos de lord Tall? ¡Arjjj! ¿Cómo puede ser todo tan loco? ¿En tan difícil ser normal? ¡No me jodas!

—¿Por qué pone esa cara?

—Porque preferiría no hablar de esto precisamente con usted, lord Darcy, por lo que sea…

—Vale, vale, creí que éramos amigos…

Levanto una mano para interrumpirle.

—De verdad, después de lo de anoche, se ha ganado mi confianza, y puede que le considere mi amigo, pero de ahí a ejercer de casamentero, va un mundo.

Sebas sonríe.

—¿Casamentero? Dios me libre y menos con… Solo le quería informar de que igual debería darle una oportunidad a lord Tall para explicarse, pero es asunto suyo, como debe suponer. No me voy a inmiscuir más. Él también es mi amigo y no me quiero meter yo dentro de su relación.

—Hace rato que lo está… —murmullo.

—¿Qué ha dicho?

Le miro fijamente, sé que lo ha oído y solo me ha preguntado para ganar tiempo para responder. Elevo las cejas mientras le miro con furia y él a mí muy serio. Desde fuera más bien podríamos parecer dos jugadores de póker en una apuesta con todo.

—¡Buenas noches, amigos! —nos interrumpe el pulso lord Funny, tomando asiento a mi lado—. ¿Está mejor, *lady* Honey? Yo no levanto cabeza, echo tanto de menos a *lady* Eire…

—Y yo —le admito.

—Espero que después de esto podamos vernos fuera —ensueña él.

—Yo me aseguraré de hacerlo, espero que me faciliten un teléfono o algo —dudo.

—Hoy en día es muy sencillo dar con alguien, no se preocupen —habla lord Darcy—, pero quizás Curtos no les dé nada por la ley de protección de datos.

—Ya, yo lo he pensado… —añade lord Funny.

—¡Buenas noches, amigos! —nos saluda *lady* Slowly tomando asiento—. A ver qué nos tienen preparado para esta noche, les confieso que empiezo a venir aterrorizada.

Lord Darcy le sonríe y ella le acaricia la mano. Ellos dos se llevan muy bien. Veo que ella le pregunta por su cara de cansado y él le hace alguna broma. Justo en ese momento aparece Javi, lord Tall, con su semblante amable y sonriente.

Saluda a todos y después se sienta a mi lado. Hoy estoy entre Funny y él, la organización ha quitado la silla de *lady* Eire.

—Buenas noches, *lady* Honey —me dice Javi y discierno en su voz la preocupación—. ¿Cómo está?

—Bien, gracias —le respondo sin mirarle.

—Alana, mírame —me dice suave y por debajo de la mesa me intenta acariciar una rodilla, movimiento que intercepto y además se lleva un manotazo—, ¿qué le pasa conmigo? ¿Le he ofendido en algo?

Miro al resto de compañeros de mesa, aunque lo intentan disimular, sé que nos están mirando y yo soy de poco numerito, por lo que me giro y me enfrento:

—No es el sitio ni el momento.

—¿Y cuándo lo es? Llevo todo el día intentando hablar con usted y es más escurridiza que una trucha.

—¿Me acaba de comparar con una trucha? Pues mal empieza…

Lord Tall me sonríe y escucho cómo lord Funny se ríe por lo bajini.

—Es que a mí me hubiese interesado hablar anoche, no hoy —le explico.

La cara de Javi es de total arrepentimiento, pero, sin embargo, dice:

—Chiquilla, no se lo puedo explicar…, tenía cosas muy importantes que hacer. Sabía que lord Darcy estaba con usted y que la acompañaría.

—¿Sabía que Sebas…?

—Sí, claro. Él me dijo que se ocuparía de usted y que yo fuese a resolver

mis asuntos, si no ¿cómo cree que la iba a dejar sola?

—¿En serio? Creí que tenía algunas dudas de nosotros.

—Sí, no se lo niego, pero ambos me han negado la mayor y no me queda nada más que confiar en ustedes. ¿Pasó algo?

—¿Se lo ha preguntado a su amigo? —le respondo con una pregunta por no hacerlo con un sopapo.

—Sí —asiente.

—¿Y qué le ha dicho?

—Que no.

—¿Y, entonces, por qué me pregunta a mí? —Es que encima que me pida explicaciones es de órdago a la grande.

—Porque no lo tengo claro.

—Pues si no lo tiene claro a pesar de que le digamos que no, igual no debería haberme dejado a solas con él.

—Lo sé —se rasca la cabeza—, pero era ineludible.

—Lo entiendo, no se crea que no.

—¿Me perdona, entonces?

—¿Perdonar? ¿Por irse a resolver sus asuntos? No tiene que pedirme perdón, Javi. Dejémoslo estar.

—Ya, pero es que se la ve de lejos que está ofuscadilla, por ser suave.

—Mire, Javi, esto es de estas veces que tiene poco arreglo y por mucho que lo hablemos no vamos a llegar a buen puerto. A mí me da vergüenza admitir por qué me sentó mal y usted no puede echar atrás en el tiempo. No siempre hablar es el remedio, a veces dejarlas posar y que escurran los malentendidos es mejor para ver las cosas con otra perspectiva.

—Ya, pero parta de la base del secretismo al que nos vemos sometidos aquí, sino yo le contaría a las mil maravillas qué anduve haciendo e igual me entendía.

—Vale, vale… —le digo mientras llevo una mano a la suya y le doy unos toquecitos.

Los camareros comienzan a servir la cena. Parrillada de verduras y dorada salvaje a la brasa. Tiene un aspecto increíble y mis tripas rugen emocionadas. Apenas comí este mediodía y he llegado a la cena en números rojos. Cuando yo tenga que regresar a mi casa y hacerme la comida voy a sufrir lo indecible, por no hablar de recoger los platos. Acomodarse a lo bueno es tan sencillo… Espero poder conseguir una plaza en Curtos y que me dé para pedir comida a domicilio.

Durante la comida sale a relucir varias veces que echamos de menos a *lady* Eire, que sus bromas, con las de lord Funny, eran épicas y que esperamos que no hayan presentado cargos, porque no sabemos hasta dónde puede alcanzar esta historia…, lo que me hace recordar que yo tengo en mi habitación el móvil y que nunca llegué a averiguar quién es «L».

Un escalofrío de miedo me recorre por la espada y anida en mi estómago. ¿Cómo se me ha podido olvidar que tengo yo el teléfono y que me pueden

pillar con él? He estado tan ocupada lamentándome que no he invertido mi tiempo en lo que realmente importa, saber quién es el cómplice de Dorothy y esconder las pruebas, porque mentí a Milena y le dije que yo no sabía nada.

Está claro que tengo un posible culpable, porque le vi dentro de la habitación de Eire, aunque no lo puedo demostrar: lord Mason. Estoy casi segura de que es él el que era el cómplice de Dorothy y que si llamo a la famosa «L» va a responder él. Cuando le vi en su habitación parecía buscar algo, pero lo que probablemente estaba haciendo era colocar el reloj. Pero, ¡ays, amigos!, ¿cómo explico que, si ya lo tenía, porqué se deshizo de él? A no ser…

—¿En qué piensa, *lady* Honey? La veo muy concentrada —me pregunta *lady* Slowly cuando nos levantan de las mesas al finalizar y estamos esperando a que nos indiquen cuál es el plan para esta noche.

—¿Concentrada? No…, bueno, o sí, llevo todo el día confabulando. Tengo la cabeza que me va a explotar.

—¿Así como *Oppenheimer*?

—¡Uy, no me traiga ideas de bombas atómicas que lo peto todo! —bromeo.

—Si la puedo ayudar en algo…

—No, tranquila, pero muchas gracias. Solo me puede ayudar una persona y ahora mismo no me apetece pedírselo.

—¿Lord Tall o…lord Darcy? —duda.

—¡Uy! ¿Por qué ellos dos?

—Porque tienen la misma cara de Oppenheimer que usted y porque ambos beben los vientos por…, ya me entiende.

—¡*Lady* Slowly, no la había estimado como una alcahueta del romance!

Ella se ríe.

—Pues lo soy, una alcahueta de libro, pero solo en la vida real, y más cuando está tan claro como esto de lo que hablamos.

—Para apaciguar su sed «alcahuetil» le confirmo que entre lord Tall y yo ha habido cositas… No sé en qué depararán, pero de momento se han terminado.

—Bueno, mujer, esto son unas vacaciones trampantójicas, no se tome las cosas muy a pecho, relativice, es más, si yo tuviera a ese maromo detrás de mí con cara de gatito apaleado, no tardaba en curarle las heridas a golpe de arrumacos prohibidos en Curtos.

Me río por la ocurrencia.

—Hoy por hoy, va a ser que no…, ¿y por qué dice que lord Darcy bebe los vientos por mí? Eso no es ni en lo más remoto cierto.

—¡Aysss, amiga, le llevo unos añitos! Déjeme a mí con mis certezas, pero lord Darcy es otro asunto…, es más complejo. Él no anhela nada, otra cosa es que se haya chocado de frente con su piedra roseta, pero como yo siempre digo:«Quien no busca no halla», aunque lo tenga delante con luces fluorescentes.

—¿Y usted? No recuerdo si dijo que estuviese casada.

—Lo estuve… y me divorcié. Es una historia larga y compleja que va adherida a una infancia muy rural. ¿Se la cuento? —Me guiña un ojo, mientras me coge el brazo por el codo como dos viejas amigas.

—Si quiere…

—Me casé a lo loco, con apenas veinte años, más por salir de mi casa que por amor. Vengo de una familia muy tradicional, con un arraigo por lo convencional enfermizo y si no me casaba era imposible que me dejaran vivir con libertad. Mi marido, Manu, no se confunda, era muy buena persona y nos tratábamos muy bien. Nos vinimos a Madrid a vivir y a él le debo todos mis estudios, porque se empeñó en que una mujer como yo no podía tener solo el BUP o bachillerato. Éramos muy jóvenes, en Madrid a nadie le decíamos que estábamos casados, nos daba vergüenza, nadie a nuestra edad lo estaba.

—¿Y él trabajaba?

—Sí y trabaja, es un poco mayor que yo, ha hecho la carrera militar. Vivíamos de su sueldo, por eso le digo que es muy buena persona.

—¿Y qué pasó? Si me lo quiere contar, claro…

—Pues que si a alguien que han mantenido encerrado en una jaula de prejuicios, autoridad y patriarcado se le da la llave para escapar, vuela como un gorrioncillo enfebrecido por la libertad. Hágase una idea, tenía veintipocos años, mi marido viajaba mucho, en ocasiones durante meses, y yo estaba en la universidad… Manu y yo éramos más amigos que otra cosa, él me quería mucho y yo a él, pero no de la forma que una mujer ha de querer a un hombre y me di cuenta.

—¿Y entonces?

—Entonces me encontré y no pude dar marcha atrás. Tenía veintiséis años. Fui muy sincera con Manu, él sospechaba que más tarde o más temprano yo me iba a marchar, pero…

—¿Qué?

—Me pidió un hijo.

—¡¿Cómo?!

—Sí, alegaba que él lo había hecho todo por mí y que su mayor deseo en la vida era ser padre de un hijo de los dos.

—¡Pero no hay mayor enganche que ese!

—Él me juró y perjuró que si teníamos un hijo tendríamos custodia compartida, que no me ataría a él.

—Sí, claro… ¿Y lo tuvo?

—Accedí, se lo debía, en parte a mí también me hacía ilusión tener algo de los dos y nació mi hijo Adrián.

—¿Tiene un hijo? —le digo asombrada.

—No, tengo dos, después de Adrián nació Carlota.

—¡Madre mía! ¿Y no se separó? ¡Qué fuerte!

—No, *lady* Honey, sí me separé, nos divorciamos al poco de nacer Carlota. A nosotros Adrián nos unió y quisimos darle un hermanito, pero ambos

sabíamos que no éramos una pareja funcional. Nos divorciamos para firmarlo todo bien y tener la custodia compartida, pero vivimos juntos hasta que Carlota tuvo unos catorce años…Nuestro hogar era muy grande, también le digo, Manu dormía en una casa de invitados que construimos en el jardín, cada uno hacíamos nuestra vida y nuestros hijos lo sabían. Quisimos hacerlo así, que ellos crecieran en el seno de una familia abierta, con sus padres cerca y que aceptaran que hay muchos tipos de relaciones.

—¿Y qué pasó?

—Pasó que todo cansa y los niños ya no nos necesitaban tanto, no tenía sentido. Manu se quería casar con su actual mujer y yo convivir del todo con el que era mi pareja hasta hace poco, Ricardo.

—¡Ahhh! ¿Un hombre? Pensé que…

—¿Que era lesbiana? Sí, lo soy, pero también me gustan los hombres, aunque Ricardo es trans. Todo un poco lioso, pero fue el amor de mi vida, sea del sexo que sea.

—¿Y qué ha pasado, por qué lo han dejado?

—Muy triste, murió hace dos años…, eso se lo cuento otro día

—¡Aysss, por favor, *lady* Slowly, qué pena! ¿Y Manu?

—Manu es mi mejor amigo, como podrá entender, es el padre de mis hijos y la mejor persona que conozco. Le quiero cerca de mí siempre.

—Al principio, pensé que me iba a contar otra cosa.

—Ya, me imagino, suele pasar, al decirle que era militar le vistió con el traje completo, pero no, la mayor suerte que he tenido en mi vida ha sido conocerle. Por la clase política tan mediocre que tenemos en España cada vez colgamos más etiquetas y nos dividimos más, pero las personas no somos tan clasificables como nos quieren hacer ver. Ni todos los militares son homófobos, ni todos los gais son progresistas, somos personas y punto.

—De verdad, Ana, estoy alucinada con usted, espero que trabajemos juntas en Curtos y tomemos muchos desayunos juntas.

—Ja, ja, ja…, y yo, Alana, y yo. Así podré saciar mi sed alcahueta y conocer de primera mano sus andanzas con ambos caballeros.

—Si son opositores, claro está.

—¿Lord Darcy y lord Tall? ¿Lo duda? Si están siempre investigando…, no me cabe duda alguna, al igual que usted.

—Ni confirmo ni desmiento —le guiño un ojo.

En ese momento, Milena Lagos coge un micrófono y se dirige a todos:

—Buenas noches, aspirantes, espero que hayan cenado bien y que no estén muy cansados. Hoy tenemos un nuevo plan para ahora, puesto que no sé si lo saben, pero esta noche es la noche de las perseidas, cuando más estrellas fugaces pueden avistarse. Hemos traído a un astrónomo para que nos ayude a divisarlas y nos explique a que se debe este fenómeno también llamado lágrimas de San Lorenzo.

Se escucha un murmullo de beneplácito general. Parece que el plan convence. Yo hago un esfuerzo por volver en mí y contagiarme del ambiente.

No queda tanto para que acabe esto y se supone que tengo que mostrar mi mejor cara, mi resiliencia y mi capacidad de superación, además, que, para descubrir la verdad, he de relacionarme con el resto de los invitados y encontrar a «L».



Y entonces vino el astrónomo y las estrellas nos importaron un carajote a todos; a todos los que nos apasionen las nueces prominentes y la barba de tres días, y nos guste menos estirar el cuello como un avestruz para estar mirando, siempre, en la dirección contraria a donde aparece el polvo estelar mágico.

Por esos efectos que cualquier sociólogo sabría explicar, las mujeres nos agrupamos e hicimos piña, yo creo que un poco por averiguar si a todas nos parecía que el hombre de nuestras vidas acabase de entrar por la puerta o era cosa propia y comentar la jugada.

Rodrigo. Un hombre entre treinta o cuarenta, moreno, con ropa de montaña, pero de marca, no a lo desarrapado, y con una mirada profunda acorde a su voz. Hasta diría que me suena que ha sido protagonista de alguna novela turca, pero entiendo que no. Es como Rodrigo Sancho, no solo por el nombre, pero más alto y sin un hijo que…, bueno, quién sabe. Yo, por lo menos, no puedo dejar pasar lo sexi que está un hombre con ropa actual, me estoy empezando a cansar de tanto abalorio y la novedad, como siempre, gusta. Nuestros compañeros de aventura, hasta el más *pintao*, están hoy en clara desventaja.

Como digo, las mujeres nos hemos agrupado y hemos escuchado atentas las explicaciones entusiastas de Rodrigo o, al menos, lo hemos simulado. Los hombres, por otro lado, creo que nos miraban más a nosotras que al cielo, intentando entender la disociación grupal.

He entendido que no son estrellas como tal, sino el polvo cósmico que deja a su paso el cometa Swift-Tuttle, fragmentos de polvo y roca que se desintegran en nuestra atmósfera. Un chasco. Lo que tú crees que es una

preciosa y mágica estrella voladora no es más que polvo, como las relaciones humanas, tal cual. Ya ni del cielo te puedes fiar.

Entre todas comentamos el símil y nos tronchamos de la risa. Por supuesto, es *lady* Slowly la que más jugo le saca.

—Es que dense cuenta, el cometa va perdiendo semillitas por su cola, te promete una noche en la que vas a ver las estrellas y no es más que un polvo.

—Cósmico, eso sí —le rebate *lady* Curly.

—Es usted una romántica, *lady* Curly.

Todas nos reímos.

—Pues yo me he llevado un chasco —afirma *lady* Blonde—, siempre he pensado que eran estrellas fugaces de verdad que venían a morir a la Tierra. Esto me pasa por no estar informada.

—Acaba de dar con la clave de lo romántico que es vivir en la ignorancia —le dice *lady* Goldfinch—, yo pensaba igual y ahora me he quedado chafada, si no fuera porque el culpable de mi desilusión es un adonis, yo me retiraba ahora mismo.

Me río. Esta chica tiene una voz tan dulce que escucharla decir «adonis» me ha resultado graciosísimo.

—La verdad es que es muy atractivo el hombre —la secunda *lady* Sky—, he de confesar que no he mirado ni una vez al cielo.

Todas nos reímos cómplices.

—¿De qué se ríen señoritas?

Nadie contesta. Yo miro a *lady* Slowly porque mi intuición me dice que va a ser ella la que conteste.

—Es inútil, no lo entendería un hombre del siglo xxi, nuestro humor difiere tanto del suyo… —sale por la tangente mi amiga.

—Si yo le contara —dice él—, en la actualidad ya no se puede contar un chiste sin ofender a nadie. Es más peligroso gastar una broma que estafar a Hacienda.

Lady Sky, que está a mi lado, me propina un codazo y susurra al aire:

—Y encima gracioso…

Yo la miro un segundo y sonrío disimulada, no vaya a ser que me pille Rodrigo y me pregunte, que yo no soy tan rápida como *lady* Slowly ni de cerca.

—¡No me diga! ¡Qué lástima! —le responde mi amiga—. Pues aquí nosotros, los victorianos, somos como feriantes, una feria de Sevilla continua, un no parar de reír.

La broma consigue que Rodrigo se carcajee y las demás suspiremos hechizadas.



Tras el avistamiento de estrellas fugaces, lord Randall nos ha venido a buscar para citarnos a todos en la carpa que hace los usos de salón comedor y salón de baile. Caminamos en grupitos, hace una noche fantástica, con el cielo totalmente despejado y fresca pero no demasiado, de esas que no te hace falta chaqueta, pero si la llevas, tampoco pasas calor. Me estoy aficionando al clima del norte, Madrid es tan extremo que en comparación siempre pierde: o te asas o te congelas, la escala de grises ya no es una opción, excepto para la boina de contaminación que nos envuelve.

Al entrar, veo que nos aguarda en pie el vértice de la pirámide: Milena, Carlos, lord Mason y Dulce. No son la viva imagen de la felicidad, desde lejos huele a problemas.

Estoy junto a lord Tall, hemos venido hablando de la noche tan bonita que hace y de que él había visto tres estrellas fugaces, conversaciones neutras de antiguo ascensor (antes de la era móvil), pero se nos ha cortado la voz al encontrarnos con los cuatro jinetes del apocalipsis.

—Esto no pinta bien… —me dice al oído y me agarra la mano. No me aparto, necesito apoyo emocional porque tengo como un pálpito de que esto puede estar relacionado conmigo, igual han encontrado el móvil de Dorothy en mi habitación.

En cuánto llegamos todos, Carlos Umbrales comienza a hablar en tono desanimado.

—Lamento ser portador de malas noticias de nuevo, pero no podemos obviar esto. Hemos estado valorando sus respuestas de la última encuesta y a la pregunta de a quién echarían hay alguien que tiene un porcentaje muy alto comparado con el resto de sus compañeros.

»Esta pregunta no era en balde, podría serlo, pero en este caso no, porque la cantidad de votos negativos era alta, por lo tanto, es muy ilustrativo. Les hemos dicho en varias ocasiones que en Curtos nos tratamos como en una gran familia bien avenida, y no podemos contar en nuestras filas con alguien

que genere tanto rechazo. También preguntamos las razones y casi todos coinciden en ellas, por lo que toma más peso nuestra decisión y nos creemos con la suficiente razón para expulsar a…

Me late el corazón a ritmo de música de *spinning*, se me sale. Javi me aprieta la mano fuerte y me dice al oído:

—Tranquila, tú no eres, es imposible.

Pero no le hago mucho caso y espero con ansia que Milena diga a quién se va a cargar ahora, y mis súplicas tardan poco porque la veo mirar al lado contrario de donde estamos nosotros y pronunciar:

—Lo siento, pero, *lady* Sparkle, es usted.

Es justo en ese momento, cuando suspiro aliviada, que tomo conciencia de la magnitud de este suceso. Nos acaban de cargar con la culpa de una expulsión, ellos no son los responsables directos, nosotros sí. Que las esperanzas de esa mujer de tener una plaza fija en Curtos nos las hemos liquidado nosotros, es más cierto que los precios no van a bajar, nos digan lo que nos digan.

Y es por eso que apenas me atrevo a mirar, bajo la cabeza y atiendo al suelo, porque me sabe tan mal que no tengo agallas para dar la cara. Yo la voté.

—¿Alguien quiere decir algo? —nos pregunta Milena, pero el silencio es la única respuesta.

—Igual quieren explicarle a su excompañera el porqué de sus votos.

—Pues en concreto es que no sabíamos que votábamos para eso —escucho alzarse la voz enfadada de Sebas y se me descuajaringa el cuerpo—, la verdad sea dicha. Lo lamento, *lady* Sparkle, pero esto es una encerrona tanto para usted como para nosotros.

Ahora sí que le miro porque temo por su permanencia en el concurso. Veo a *lady* Slowly apretarle un hombro para calmarle y después habla.

—Yo también lo siento, *lady* Sparkle, y coincido con lord Darcy en que nos están culpabilizando de una expulsión cuando nosotros solo hemos cumplido las reglas, y una de ellas era responder a la pregunta que se nos hizo desde la organización.

—¿Tan mal lo he hecho para que me voten todos? —nos pregunta con rabia.

—Todos no —responde alto Sebas, por lo que asumo que él no.

—Mujer, usted no se ha prodigado como la alegría y la simpatía andante, y lo sabe —le responde Ana con su habitual soltura.

—Es que yo desconocía que para obtener una plaza en Curtos había que hacer el payaso.

—Tanto como el payaso… —la interrumpe Carlos—, pero ser amable, relacionarse…

—¿Y no he sido yo amable? —nos pregunta con el mismo tono de voz de antes.

Nadie responde. No ha sido amable, era una sueltazascas profesional,

como un aspersor de borderías, pero no seré yo quien se lo diga, bastante daño la hemos hecho ya.

—Todos callan, ¡qué valientes! Bonita empresa que vais a formar con esta panda de cobardes—vomita sus palabras «amables».

—*Lady* Sparkle, cálmese —habla *lady* Curly, que hasta donde yo sé, eran amigas—, usted también votó, ¿o no? Esto no lo hemos decidido nosotros.

—¡Que me calme! ¿He estudiado durante meses para esto y me expulsan porque mis contrincantes piensan que no soy simpática y quiere que me calme? Es que es tan ridículo que hasta me da risa.

—Tiene razón, *lady* Sparkle, trate de calmarse; sepa que ese año no es en balde, y que el hecho de haberse presentado a esta oposición y haber llegado hasta aquí se le remunerará, y, además, puede abrirle hueco en otras empresas —explica Milena.

—Fenomenal… ¿Me puedo ir ya?

—Si no quiere decir nada más… —le vuelve a responder la jefa.

—No. Paso.

Los hombres de traje negro aparecen por nuestras espaldas y veo como *lady* Sparkle pega un respingo.

—No hacen falta gorilas, sé salir sola.

—Mis hombres la acompañaran y la llevaran a su casa —explica Carlos.

Lady Sparkle, muy digna, hace un aspaviento con los hombros, echa un vistazo general a todos con desdén a kilos y se marcha con más pena que gloria.

Y el cuerpo se nos queda a todos como cuando nos enteramos de que sí que había que usar mascarillas y nos habían dicho que no: descompuesto.

Capítulo 16

Hoy sí que he descansado bien. Susi me trajo un roiboos y caí desfallecida en la cama.

Me siento con energía, estoy a un paso de llegar al final de esta aventura y quiero vivirla. He escondido el teléfono de Dorothy mucho mejor, lo tenía en un cajón de mi mesilla, tampoco es que estuviera a vista de todos, pero he decidido guardarlo detrás de un cuadro, pegado con tiritas que tenía en mi neceser, y, si nadie lo toca, no tiene por qué caerse. Me he visualizado a mí misma como la protagonista de una novela de espías o una película, hasta me parecía oír la banda sonora de intriga.

Susi me ha traído el desayuno a la habitación, porque según me ha contado esta noche ha llovido a raudales y la carpa ha sufrido daños, eso explica que no se pudiera bajar al comedor. Un rato después, vino a ayudarme a vestirme de amazona de época y ya voy camino de la explanada donde practicamos equitación con una firme determinación: tengo que hablar con Darcy.

Hoy el tiempo se presenta al contrario que mi estado de ánimo: anubarrado. Huele todavía a lluvia. Hay que andar con cuidado porque el suelo está embarrado y con charcos, y con estas faldas largas se va superincómodo. Como para documentarme, solo por eso, me vi la serie auténtica de la BBC de *Orgullo y prejuicio*, no puedo evitar acordarme del paseo que se da Elizabeth Bennet a Netherfield Park para ver cómo se encuentra su hermana, llega con la falda toda llena de barro y Darcy y las hermanas de Bingley la miran como si viesen una procesión de orugas (con mucho asco).

Pensando en tonterías me da por discernir que no es del todo incomprensible que pudiera interpretar las nubes de manera negativa, como una señal del destino que intentase devolverle a mi estado apático de ayer. Pero opto por la lucidez y pensar que será casualidad y que el clima no se comporta dependiendo de cómo se encuentren mis emociones… No habría sequía, porque lo que he llorado en el último año y medio se habría traducido en lluvias torrenciales.

Llego pronto, antes que ningún compañero, solo me encuentro con mi profesor, Pablo, que viene hacia mí sonriendo y me saluda con una pequeña reverencia. Pablo es de estas personas que suenan creíbles digan lo que digan, quizás por su tono de voz grave y su formalidad. No es un dechado de la comedia, ni contagia alegría, pero a mí me cae bien. Creo que es alguien que tiene algo que decir. El problema es que ahora no, y los dos estamos callados

provocando una situación algo incómoda.

—Ha debido de llover mucho —rompo el silencio.

—Sí, lo de anoche fue terrible… —responde para mi alivio—. ¿No lo vio?

—No, estaba tan cansada que me dormí antes de la gran tormenta.

—Pues sí estaba cansada, sí… —Sonríe—. Fue tremenda, pero como últimamente, que todo es extremo, como la sociedad.

—Es verdad, si no nos matamos entre nosotros, ya se encargará el planeta —bromeo.

—Mi padre, que era frío como un témpano, siempre me decía cuando ocurrían catástrofes: «Somos muchos para este pequeño planeta, no hay recursos para tantos y nos lo hace saber».

—Y no le faltaba razón.

—No, razón, no, empatía, toda.

—Bueno, era otra época…—sonrío—, cuando los hombres no podíais llorar.

Pablo asiente mientras me mira con amabilidad.

—Ya le va quedando menos para acabar —me informa—. Si quiere retomar las clases cuando salga de aquí, doy varios seminarios y puedo hacerle llegar contactos y descuentos en escuelas.

—Muchas gracias.

—De nada, pero lo digo en serio, no pierda el contacto con el caballo, se nota que le gusta y se le da bien…

—De nuevo, gracias. La verdad es que lo he pensado mientras venía, este es de los mejores momentos del día, mi ratito montando, donde no pienso si el caballo es actor u opositor —bromeo.

—Pues en la vida real, suele suceder lo mismo. Los caballos nos ayudan a despejar, siempre digo que cuando monto dejo el peso de mis hombros en el suelo.

—Buenos días —nos interrumpe Dulce—, ¿solo ha llegado usted, *lady* Honey?

—Sí, eso parece —le respondo mirando a ambos lados.

—Es un poco pronto y el camino está embarrado, ahora llegarán —plantea Pablo—. Voy un momento al establo.

Pues muy bien, ahora me toca silencio incómodo con Dulce.

—Bueno, *lady* Honey, ¿cómo lo lleva? Ya nos va quedando menos.

—Bien, hoy mejor. Lo de *lady* Eire me dejó tocada, pero bueno…

—Tranquila, ya nos queda poco. Aunque hasta que no acabe del todo «la fase» no pueden contactar entre ustedes.

—¿A qué se refiere con «del todo»?

—Ah, ¿no lo sabe? Bueno, creo que sí que puedo contar esto… Las resoluciones tardan un poco, mientras, ustedes, al salir de aquí van unos días a un lugar alejado de todo y de todos, hasta la entrevista final. Después, viajan a ciudades con delegaciones de Curtos en las que se les programan visitas para que conozcan cómo se funciona desde dentro. Hay veces que a algunos

concursantes no se les confirma el puesto hasta que no aprueban estas prácticas.

—¿Y otros no?

—Otros acceden solo con la entrevista y van a las prácticas sabiéndose en Curtos.

—Pero hay algo que no entiendo… ¿Si finalmente no nos cogen, para qué queremos saber cómo funciona Curtos?

—Todo ese tiempo es remunerado, al igual que este, y sean escogidos o no, la experiencia ya es curricular —me responde benevolente.

—¿Y en cuánto tiempo se suele resolver? —le pregunto entre intrigada y preocupada. No sé yo cómo llevaré tanta incógnita sobre mi futuro.

—En poco, en poco…, ya no queda nada, *lady* Honey.

—Cruzaremos los dedos.

—Usted esté atenta, no se distraiga y resuelva según le vaya viniendo. Aquí se valora la capacidad de resolución

—Muchas gracias, Dulce.

—De nada, casi tocaya…

—¡Es verdad! —me río—, las dos somos hipercalóricas.

—Sí, nada instagrameables.

—¿Instagram?, ¿qué era eso de Instagram? —pregunto aparentando que lo he olvidado por completo.

—Un saco de envidias y de crear necesidades, no se esfuerce en recordarlo.

Pablo llama a Dulce para que vaya a ayudarle y me quedo sola, pero ya veo venir a mis compañeros. Así, de lejos, me permito mirarlos sin apuros y pienso que parece que los conozco de toda la vida, y cuán lejos de la realidad, pero es que con cada uno de ellos ya tengo bastantes anécdotas y…un regusto. ¿Me explico? Cuando conoces a alguien y piensas en esa persona te evoca una sensación, como un sabor, pero eso solo te ocurre con gente cercana o personajes muy extremos. Pues tres de los cuatro que se acercan me provocan regustillo. *Lady* Slowly, seguridad, lord Tall, ardor y conexión, y lord Darcy, fuego y a la vez confianza.

En cuanto se acercan lo suficiente como para poder oírlos, sé que están hablando de la lluvia de anoche. *Lady* Slowly va exagerando y hasta Lord Thin sonríe. A lord Tall, sin embargo, le encuentro más serio de lo normal, algo que advertí en la última clase. Pensé que quizás se concentre mucho en no caerse, pero me extraña porque es un perfecto jinete, o la otra opción es que tiene un furúnculo en el trasero del tamaño de una naranja, porque hoy también se le ve más serio que a Lord Thin.

Cuando llegan a mi altura, me veo abrazada por Ana, mientras que los caballeros solo inclinan el cuello. Empiezo a aficionarme a este tipo de saludo, ya el coronavirus me abrió el camino, pero después de esta experiencia no pienso saludar con besos a nadie, prefiero hasta abrazos, fíjate, pero juntar mi mejilla a otra, nunca más. Poco después comienza la clase y me olvido de

todo para concentrarme en no caerme.

Al acabar, ayudamos a recoger a Pablo y Dulce, y en una de esas que me cruzo con Sebas a solas, le digo a escondidas que quiero hablar con él. Darcy me sorprende con un gesto de curiosidad bastante gracioso, para ser él, y le especifico que es para pedirle un favor, pero que solo lo puede saber él. Acordamos vernos, antes de comer, en la salida de la carpa donde vimos pelearse a Randall y a Mason (sí, donde él y yo «nos pegamos el filete», como se decía en mi barrio cuando yo era pequeña).

Los cinco volvemos a las instalaciones a paso rápido porque el cielo vuelve a encapotarse. Se ve tan negro que, si tuviera el móvil, estoy casi segura de que me saltaría la alarma de protección civil, esta vez no me daría casi un infarto, como cuando la Dana.

Vamos comentando la expulsión de anoche y lo feo que estuvo que indirectamente nos culpabilizaran. Yo añado que, por un momento, pensé que iban a echar a Darcy también por cómo se puso y *lady* Slowly pensó lo mismo.

—No creo que en Curtos no se pueda opinar… —expresa Sebas con su habitual determinación—, y si es así, es buen momento para saberlo.

—Lo mismo digo —añade Tall—, lo que pasa es que yo no soy tan valiente…

—Soy directo, no valiente —le corrige lord Darcy—, la valentía es otra cosa. Ayer hablé porque nos estaban comprometiendo en algo de lo que no éramos conocedores, y ya estoy mayor para estas tonterías, además, cuando me siento vilipendiado, salto, herencia familiar.

Mientras habla me atrevo a mirarle, Sebas es especial o por lo menos para mí lo es. No es solo que parezca un *highlander*, ni sus ojos turquesas, ni sus rasgos tan masculinos, ni su voz, es algo más o quizás el conjunto…, es su pose, su caminar, desprende algo que impacta de lleno en mí, que me hace sentir que no tendría fuerza suficiente para negarme a nada si él quisiera.

—A mí sí me pareció valiente —le digo intentando salir de mis románticos pensamientos—, al igual que arriesgado, también le digo. Pero si de algo le sirve, me sentí orgullosa.

—¿Orgullosa? —Darcy se ha detenido y me mira con esos ojazos azules impresionantes, que me recuerdan a la primera vez que lo tuve tan cerca (un baño de un avión y cocacola por todas partes, y con una sonrisa de medio lado más sexi que Henry Cavill vestidito de Superman). Ya me he perdido, ahora no sé qué voy a decir.

—Sí, orgullosa, de lo bien que lo hizo y de… que, pues eso, sea mi amigo —respondo azorada porque esto a solas se lo digo de otra manera, pero aquí delante de todos, y, en concreto, de Tall, pues me sale así como quinceañero, «seas mi amigo», ¡seré idiota!

—¡Oh, pero qué bonita eres! —me tutea lord Tall y me abraza por los hombros sin que me apetezca mucho—, con razón te llamas Honey. Y, si sirve de algo, yo también me sentí orgulloso de usted, lord Darcy. En realidad,

fue una mezcla de orgullo y de envidia sana, porque deseaba decir lo mismo, pero no encontré mi voz.

—La envidia nunca es sana, amigo —añade Lord Thin propinándole un golpecito en el hombro a Javi—, pero entiendo lo que dice.

—Hay envidias que sí… —le debate el sevillano.

Sebas no deja de sostenerme la mirada, mientras Javi y Thin discuten, y yo no sé si me siento idiota por haber dicho eso o feliz por haber logrado que me mire como lo hace ahora, con esa fuerza que parece que conecta directamente con el chacra estomacal (debe de haber uno) y lo centrifuga. Hay que ver lo que puede conseguir ese hombre solo con mirarme…, es de novela. ¿Será cosa de las feromonas? Soy una afortunada, sea verdad o mentira, tengo, o he tenido, opciones con dos hombres que ni en mis mejores sueños. ¿Afortunada? Uy, uy, uy…, cuando me pongo en plan moñas es que me va a bajar el periodo. Hago cálculos rápidamente y no creo, aunque tampoco es que sea yo *miss* Regular, lo que está claro es que mis hormonas me están envolviendo en energía bacana (la de Yatra en su videoclip, no la de Georgina, esa mujer a mí me roba el *flow*. Ahora te lo ves).

—¿En qué piensas, te has quedado parada? —me pregunta Javi cuando se ve que ha dejado de discurrir con Thin sobre la envidia, Sebas ha dejado de mirarme, pero yo estaba a lo mío y no me había dado cuenta de que han vuelto a caminar.

—¿La verdad? —le digo.

—Sí, claro.

Tengo la atención de todos y decido ser lo más sincera que puedo.

—Pues me ha venido a la cabeza un videoclip de Sebastián Yatra con Georgina en el que nunca he entendido que pinta ella ahí. Se mueve como los cactus esos de mentira que se contonean si das palmas…

—¿Estaba arreglando el mundo? —se ríe Lord Thin por primera vez.

—Así soy yo —bromeo.

Lady Slowly dice que ella sabe de qué cactus hablo y comienza a moverse parecido. Las risas con esta mujer es que son obligadas.



Durante el almuerzo, bromeamos a costa de Darcy intentando averiguar su edad, porque como antes dijo que ya era muy mayor, *lady* Slowly no lo ha dejado pasar. Él, no sé si por seguir el juego o por vanidad, no suelta prenda y las hipótesis de lord Funny y *lady* Slowly son tan cómicas que resulta imposible no reírse.

En una de esas carcajadas, lord Funny, que está a mi lado, se acerca a mi oído y me dice:

—¡Qué bueno tenerla de vuelta, Honey!

Yo no le respondo verbalmente, pero le miro agradecida.

—No se lo he dicho, pero cuente conmigo para lo que necesite —me dice y en sus ojos veo una amabilidad sincera.

—Igualmente —le respondo.

—Sé que de esta experiencia lo mejor que me voy a llevar es a ustedes, estoy deseando que podamos hablar sin censuras y conocerla de verdad.

—Y yo… Tenemos que quedar para hacer una ruta de vinos.

—Por Toledo, con *lady* Eire… —Me guiña un ojo.

—Es verdad. ¿Y usted, cómo está? Nunca le pregunto, siempre se le ve tan alegre…

—Yo estoy bien, es mi carácter, intento encontrarle la parte divertida a todo lo que acontece, y, si le soy sincero, en ningún momento me he sentido parte total de esto.

—¿Cómo? —le pregunto porque no sé si me está queriendo decir que es actor.

—Es que no sé cómo explicarlo…, es más bien que me veo como un espectador que no se cree en ningún momento que está en este siglo, ni nada de lo que sucede me afecta porque no termino de entrar del todo en el juego.

—Le entiendo, yo creí que me iba a pasar algo así cuando me enteré de cómo era la vaina, pero todo lo contrario, estoy metida en el charco y empapada perdida de barro desde casi el primer baile.

—Eso es lo normal…, quizás sea un poco problema mío, ¿usted ha ido alguna vez a un pasaje del terror? —me pregunta y asiento—. Estoy seguro de que se ha asustado muchísimo y ha experimentado terror, bueno, pues yo no, no soy capaz, sé que son actores, que es todo mentira y me da risa.

—Pero eso no está mal, para mí es síntoma de inteligencia, usted puede separar las emociones del contexto, analizarlas y ponerlas en su lugar, yo soy más simple, mis emociones priman y no hay espacio para contextualizar. Vamos, que yo me dejo llevar sin poder hacer otra cosa y usted es más analítico.

—Puede ser…, de adolescente lo pasé un poco mal, muchas veces fingía que sentía lo mismo que los demás ante el evento que fuese para que no me señalasen y me llamasen frío o rarito. Por eso, quizás, comencé a gastar bromas y a esconderme detrás de mi sentido del humor para que no se me viese mi falta total de empatía ante sucesos que juzgaba como insustanciales, pero «la masa» no.

—Muy inteligente de nuevo… Cada uno somos como somos. Usted tiene un umbral para impresionarse más crítico que la media. Twitter no le afecta, ¿no?

—Ni lo más mínimo.

—Y a mí, sin embargo, cuando leo cómo critican al personaje que toque ese día, me llevan los demonios.

—Es usted sensible, *lady* Honey, eso es bueno. Creo que nada tiene que ver con la inteligencia. Una actitud empática como la suya le hace vivir muchas más experiencias y una actitud como la mía es práctica, pero solo me lleva a saborear lo que trago y estaremos de acuerdo en que solo dispongo de un paladar, usted no, usted experimenta un mundo de sabores, los que cata por sí misma y los que le cuentan.

—Pero ser sensible a veces también te arrastra a decir o a hacer cosas que no debes e incluso a avergonzarse de uno mismo por no haberse sabido controlar. Ya quisiera yo ser como usted…

—Sí, los sensibles son más temperamentales, por norma general. ¿Qué le voy a contar, *lady* Honey? Esto es como con el pelo: quien lo tiene rizado, lo quiere liso y, al contrario; yo quisiera ser más como usted y usted como yo. Podemos concluir que nos hace bien estar juntos.

Le sonrío y me acerco para darle un beso en la mejilla.

—Me gusta este Funny, quiero seguir conociéndole.

—¡Por supuesto! A mí me gusta el Funny que soy con usted. ¡Lo dicho!, estoy deseando salir de aquí y poder hablar con usted, sin tratarla de usted.

Funny gesticula una cara muy graciosa y no me queda otra que reírme. En momentos así, cuando me siento tan bien, rodeada de gente que me hace reír y que me apoya y yo a ellos, me lamento de haber estado encerrada más de un año por un mal de amores. Ahora, sé que he malgastado un año de mi vida por no afrontar la adversidad de cara, por esconderme en mí misma y odiar al género humano al completo. Era mucho más sencillo eso que desafiar al

dramón sin llorar por las esquinas. Nunca más. Repito, nunca más. Me suceda lo que me suceda, no me voy a esconder, voy a salir a la calle y respirar todo lo bueno que te puede ofrecer el día.

Ya hemos terminado de comer, ahora dicen que nos van a enseñar los juegos de cartas de la época, puesto que salir a pasear se está planteando más arriesgado que contar tus secretos íntimos a Kiko el del *Gran hermano*.

Aprovecho para decir en alto que voy al aseo y echo una miradita a Sebas para ver si me ha oído. Está hablando con Tall, pero algo en su talante me dice que sí que lo ha pillado y que va a venir detrás de mí en breves momentos. Es que antes llegamos justo cuando estaban sirviendo la comida y tuvimos que aplazar nuestra cita a escondidas.

Tal cual he dicho, voy al baño, hago mis necesidades, ya sin tantos remilgos, y me miro en el espejo para practicar en segundos lo que le voy a decir a Darcy. Cuando me parece escuchar el ruido de una puerta, salgo y camino hacia la salida de emergencia de la otra vez y compruebo que mi posible cómplice ha acudido a la llamada. Abro la puerta y ahí le veo, a él y a su gesto de intriga, provocándole unas arruguitas en el entrecejo de lo más seductoras, quizás porque alargan sus ojos y ya he explicado que el azul de ese mirar es apabullante.

Mi estudio a su persona se ve interrumpido por un rayo seguido de un trueno de magnitud y cercanía a destacar.

—Honey…, tú dirás, pero di pronto que no está la tarde… —expresa en tono amigable con bastante acento gallego.

Me acerco a él y miro a todos lados para asegurarme de que no hay nadie.

—No busques, debemos de ser los únicos incautos. Lo que me induce a pensar que debemos darnos prisa o todos se darán cuenta de que no estamos.

—A ver, Sebas…

—Uy, uy, me llamas por mi nombre, esto es serio.

—Bueno, vale, lord Darcy…

—Prefiero Sebas —me interrumpe.

—O te callas o no avanzo, idiota.

—Vale, vale, pero prefiero Sebas a esto último.

Le miro y resoplo fingiendo hartazgo, él me sonríe en plan «él», o sea, poco, pero yo sé que eso es una sonrisa.

—Sebas, voy al grano, necesito tu móvil.

—¿Mi qué?

—Tu teléfono.

—Yo no tengo…

—No seas tonto, sabes que te vi…

—Vale, pero ¿para qué?

—Para llamar a un número —le digo intentando sonar resuelta.

—¡No jodas! —expresa con un aspaviento.

—Bueno, ya, es que cuanto menos sepas, mejor.

—Uhmm, error. A estas alturas cuanto más sepa, mejor… ¿A quién

quieres llamar?

—A un número, ¡pesado!

—Te vas olvidando —dice serio y hace un amago de irse. Le sujeto de una mano y tiro de él para que se dé la vuelta y vuelva, lo que provoca que ahora esté más cerca de mí, con lo que ello conlleva—. O eres más explícita o lo siento. No me voy a jugar mi permanencia aquí por nada.

—A ver, es que es muy largo.

—Pues resume.

—Tengo el teléfono de Dorothy.

—Lo sabía…

—Un día antes de que se nos informara de que habían robado el reloj de Carlos, Eire y yo le pillamos en una situación comprometida con Dorothy, la doncella de Eire. A Carlos le estaba dando una angina o un infarto, y Dorothy fue corriendo a la habitación de él para traerle sus pastillas y Carlos le dio sus claves de acceso. Al día siguiente fue cuando Dorothy se intentó suicidar. Entonces nosotras fuimos a su habitación, que fue cuando nos pillaste, y encontramos su teléfono.

El cielo se enciende al completo y un trueno, milisegundos después, nos alerta de la cercanía de la tormenta. He pegado un salto del susto y no sé cómo he acabado en brazos de Sebas. Él me mira atento.

—Continúa —dice mientras sigue con sus brazos rodeándome. Subo la cabeza para mirarle.

—Con ayuda lo desbloqueamos y allí leímos unos mensajes que Dorothy envió a un número al que avisa de que va para la habitación y de que esté preparado, justo coinciden en hora y fecha con ese momento que te cuento.

—Y pensáis que estaba orquestado, pero… ¿Carlos lo sabía? ¿Fingió el infarto?

—No, encontramos una medicación en la habitación de Dorothy que te puede provocar dolor torácico. Creemos que le envenenó y que avisó a su cómplice de que iba a la habitación para que ella entrase a por las pastillas y le dejase la puerta abierta, ella vino después y su cómplice se quedó robando el reloj.

—¡Ahhh! Bien pensado… Y ahora quieres llamar a ese número para saber quién es.

—Creo saber quién es, solo quiero corroborarlo.

Otro trueno nos asusta.

—Vale, pero yo no puedo sacar el móvil así como así…, de hecho, es que no puedo. Ellos me lo prestan siempre a la misma hora y solo me dejan diez minutos. Déjame que piense y te digo.

—¿Me vas a ayudar? —le pregunto sin evitar mostrarme emocionada.

—¿Ehh? ¿Por qué te extrañas? Ya te dije que confiaras en mí, pequeña… —me dice con un tono íntimo que, involuntariamente, provoca que mis neuronas que se ocupan de temas del quererse entusiasmen y se recarguen de ilusiones románticas.

—¿Por qué me llamas siempre así, «pequeña»?

—Lo siento —se disculpa avergonzado—, no lo sé. Creo que nunca antes había llamado a alguien así…, perdóname.

—No, no es eso, no me sienta mal, pero ¿por qué lo haces? No soy tan pequeña, tengo treinta y un años ya.

—Te saco dos cabezas, Alana…, quizás es por eso.

—¿Vas de alto ahora? —le reto dándole golpecitos con mis dedos en su pecho y así aprovecho y advierto lo fuerte que es.

Sebas se ríe y me sube por los codos a la altura de su cabeza. En un segundo, me veo levitada con nuestros ojos a la misma altura y un millón de flamenconas moscas revoloteando dentro de mi cuerpo.

—¿Entiendes ahora por qué te llamo pequeña? ¿Puedo hacer esto con cualquiera? Eres como una muñeca en mis brazos.

No le respondo porque me remuevo para bajarme y, como intuía, esto provoca a Darcy a sujetarme con más fuerza. Los dos prorrumpimos en risas y en quejidos por el forcejeo de la pelea improvisada hasta que otro trueno nos devuelve a la realidad. Sebas me baja al suelo más cercano a él que exista. Estamos aún más próximos que antes. Lentamente, lleva una mano a mi frente y, sin dejar de mirarme, me acaricia el pelo.

—Si yo pudiera sentir…, tú… —susurra.

—No sigas —le interrumpo porque ya sé qué va a decir y no quiero que estropee este momento. Me alzo para darle un beso amistoso en la mejilla y después tomo distancia—. Muchas gracias, amigo, espero que des con la solución en breve. Tenemos poco tiempo.

—Esta tarde a las ocho tendré el teléfono, espero que se me ocurra algo antes. Estate pendiente a una señal por si se me ocurre algo.

—¿A qué señal?

—No sé, puedo decir algo… Me encanta el olor que deja la tormenta. Si digo eso, diez minutos después nos vemos aquí. ¿Vale?

—Vale.

—Venga, vete, tú llevas más tiempo.

—Espera, ¿te digo el teléfono? —le pregunto

—Sí, dímelo y ahora me lo anoto.

—Gracias, Sebas.

—De nada, pequeña —dice y, aunque no le miro, sé que está bromeando.



Pasamos la tarde jugando a las cartas. Nos han explicado varios juegos: el *bridge whist*, el *snap*, el *vingt-et-un* (veintiuno), pero el que más me ha gustado a mí es el póker victoriano. Aunque nunca antes había jugado al póker, he visto varios programas de esos de madrugada de campeonatos en Las Vegas, que solo echan para los tristes, y, la verdad sea dicha, que, al llevarlo a la práctica, me lo he pasado en grande. He formado paraje con *lady* Slowly y hemos jugado contra *lady* Blonde y lord Jaipur, que han vuelto a llevarse bien, por extraño que parezca.

Por cuestiones de azar no estoy sentada cerca de Darcy, pero me la he pasado mirando al reloj, porque se acercan las ocho y no veo que tenga ningún plan ni le escucho que diga nada de la tierra mojada… ¿Me va a dejar tirada? Encima hubo un rato que desapareció y casi le di por perdido.

No ha llovido tanto como se auguraba, ha sido más tormenta eléctrica, pero nos ha amenizado la tarde de cartas. Hay quien odia las tormentas, yo no, a mí me gustan, son emocionantes, siempre y cuando te pillen a cubierto, claro.

Veo cómo Tall y Darcy, que han formado pareja de cartas, se acercan a nuestra mesa.

—¿Cómo va la partida? —pregunta Tall.

—Ya hemos terminado —le responde *lady* Blonde—, pero ha estado muy reñida. Somos grandes mentirosos los cuatro, ¿verdad, lord Jaipur?

—En el juego parece que sí…, en la vida real, ya lo veremos.

—Nunca he sido una gran mentirosa —añado—, esta experiencia me está transformando.

—Y a todos —afirma lord Jaipur—, y a todos.

—Pues a Darcy se le da fatal mentir, ha estado toda la tarde disperso, es el peor compañero de póker de mi vida. No esperaba yo tal fraude, amigo.

—Es que me dan miedo las tormentas —dice en tono de broma—, pero al final no ha llovido mucho, con lo que me gusta a mí el olor a tierra mojada.

Estoy por reírme a carcajadas. Esta debe de ser la señal y solo pensar cómo

lo ha hilado es delirante. Darcy es un *highlander*, además de atractivo a rabiar, muy inteligente. ¡Por Dios! Solo me falta acariciarle la cabeza, darle una galletita como a un perrito y decirle: chico listo.

Me levanto y les anuncio que voy al baño, pero tanto *lady* Blonde, como *lady* Slowly se incorporan a la par y comentan que ellas también. Miro a Darcy de refilón y me parece atisbar una mueca de estorbo. ¿Y ahora qué hago?

—Mejor me voy a ir a mis aposentos aprovechando que no llueve —improviso—, estoy un poco cansada.

—Ah, perfecto —comentan mis compañeras que ya se han levantado y parten hacia el aseo.

Me despido y salgo del salón hacia la puerta. Eso está lejos de donde he quedado con Darcy, pero justo cuando me está preguntando el señor Randall hacia dónde me dirijo, escucho la voz de Sebas a mi espalda:

—*Lady* Honey, la acompaño. Está la tarde fea y yo también necesito descansar un ratito.

—Muy bien, descansen, pues. Los veré esta noche.

Darcy se sitúa a mi lado y caminamos en silencio hasta que nos sabemos lo suficientemente lejos de oídos ajenos. Es entonces cuando me río.

—¿Podemos reírnos los dos? —me pregunta.

—No, es solo que me ha hecho mucha gracia cómo has dicho la frase para avisarme.

—¡No me hables! Ha sido mucho más difícil soltar la frase que dar con la clave para resolver nuestro reto. No llovía nada, no olía a tierra mojada, la naturaleza nos ha lanzado un boicot más que evidente, quizás es una señal del destino que nos quiere decir que lo dejemos estar.

—¡Ni en broma! No te creo yo creedor del destino.

—Había que intentarlo… —Hace una mueca de hartazgo.

Me río porque tiene razón, el pobre habrá sudado sangre para meter la cuña de la «tierra mojada».

Miro a mi alrededor para asegurarme de que estamos solos. Si no supiera que no es verdad, pensaría que esto es un recinto fantasma. No hay nadie por las calles, ni luz en las casas. Todos se hallan en la carpa, menos los jefes que andarán orquestando la siguiente tortura.

—Bueno, ¿y cuál es el plan? —pregunto decidida.

—Fácil. Busca a la persona que crees que es y pégate a su sombra. Yo le llamo a las ocho en punto y si coge el teléfono, pues le tienes… o la tienes, que no sé en quién estás pensando.

—En Mason —le confío sin miramientos—. Pero son cerca de las ocho, yo no sé dónde está ese hombre.

—¿Mason? Bueno es que Mason puede ser sospechoso de todo, tiene una cara el amigo… No sé, yo le vi pasar por la carpa y salió hacia la capilla, allí es donde se reúnen los jefes, estará allí.

—¿Y tú por qué lo sabes?

—Porque soy observador.

—Vale, ¿pero y cómo me presento yo ahora allí, o entro a rezar directamente?

—No sé, digo yo que, si le llaman, saldrá afuera. Escóndete y mira a ver si sale.

—Vale, voy para allá, pero ¿y si te lo coge?, ¿qué dices?

—Pues que llamo del ayuntamiento…, qué sé yo, ya me inventaré algo. Venga, rápido que yo tengo que regresar para llamar, solo me dan diez minutos. ¿No has visto cómo me ha mirado Randall? Él es quien me deja el teléfono.

—Vale, vale. Dame dos o tres minutos, lo que tarde en llegar.

Ambos salimos pitando hacia nuestros cometidos sin despedirnos. La capilla está relativamente próxima a la carpa y no me demoro. La puerta está cerrada, pero se ve la luz encendida. Me asomo a hurtadillas y, efectivamente, veo a Mason, a Carlos, Milena y a varios sirvientes, entre ellos Susi. Deben de estar en una reunión.

Un rayo ilumina el cielo al completo y me resguardo todo lo rápido que puedo, pero no sé si han llegado a mirar por la ventana y verme.

No sale nadie. Parece que no.

Me asomo de nuevo y veo al protagonista de mis pesquisas sentado tan tranquilo concentrado en unos documentos mientras Milena habla. Ya han debido de pasar las ocho. De pronto, se levanta y me llevo un pequeño susto porque parece que mira hacia la ventana. Se lleva la mano al bolsillo y saca un… pañuelo, después se vuelve a sentar.

Darcy ya ha debido de llamar.

No es él…

No lo entiendo.

¡Qué bajón más grande!

Capítulo 17

No hay dos sin tres.

Cuando accedo a mi habitación desolada porque el plan no ha funcionado descubro que alguien ha estado aquí. Más que nada porque todo se ve un poco desordenado. El cuadro donde guardé el teléfono descansa sobre la cama y el móvil ya no está ahí. Me lo han quitado y me lo han querido hacer saber. ¡Toma ya!

Me siento en la silla que está frente a la coqueta con espejo y me miro. Siempre me ha venido bien buscar un espejo para pensar, concentrarme en mi reflejo y hablar con la imagen que proyecto. Es muy prototipo televisivo, pero ¿cuántas cosas no hacemos por copiar clichés? Yo empiezo a sospechar que los de Hollywood tienen todos bodegas, y que se inventan las series para colarnos, a cualquier momento, la imagen de una mujer recuperando su esencia con una copa de tinto.

Yendo al tema que me ocupa: no lo entiendo. ¿Quién ha sido? ¿Cómo sabían que yo tenía el móvil? ¿Será casualidad que me lo quiten justo cuando se lo confieso a Sebas?

¿Y por qué no me han echado?

Debería estar nerviosa, pero esta vez mi mente no me lo permite. Tengo que pensar en todas las opciones, y, sobre todo, no debo perder la perspectiva, esto es un juego, que yo tenga el móvil de Dorothy no me incrimina en nada, solo en entrar en su habitación con Eire para averiguar qué le había sucedido y ellos lo saben, se lo conté a Milena. Eso es lo que pasó. Esa es la verdad.

El cómplice de Dorothy lo necesitará para borrar los mensajes que le inculpan, en la teoría, porque esto me está llevando a dilucidar, con la mente más fría que alcanzo, que todo el caso del reloj, de Carlos y Dorothy es demasiado turbio para ser verdad. Y que si me han pillado con un teléfono que no es mío y pertenece a una mujer que ha intentado suicidarse, deberían haber llamado a la policía. Y si esto es falso…, Eire también. Podría ser.

Pero como todo es cuestionable, excepto David Beckham, puede que no, que sea verdad y que me hayan sustraído el móvil para borrar los mensajes. Porque supuestamente estamos hablando de un reloj carísimo, alguien lo pudo robar porque conocía su existencia…, pero por eso mismo, si la acusada es Eire, la policía ya habría venido a interrogarme, ya que tendrían que comprobar la coartada de mi amiga. Entonces es mentira.

Pero… ¿y si no han puesto denuncia formal porque recuperaron el reloj, la policía no sabe nada y lo único que pasó es que echaron a Eire? Entonces

sería verdad.

Por muy mente fría que finja, esto es muy farragoso, pero algo, no sé el qué, ha decantado la balanza a que todo, o casi todo es, mentira. Como un pálpito. También puede ser que me esté agarrando al último cartucho y quiera convencerme de que el asunto es falso para salvarme de la expulsión. Va a ser eso…, como madero al náufrago.

Llaman a mi puerta con golpecitos suaves, suficiente para asustarme. «Tranquila, Alana, si vienen a echarte no lo harán como gatitos melosos, son más de elefantes en cacharrería».

—¿Sí?

—Soy yo, abre —oigo a Sebas.

Obedezco y cuando abro entra rápido y cierra la puerta suave. Me vuelvo a sentar en la cómoda y él se queda cerca de la puerta. No quiero distraerme en su atractivo, pero me es imposible no hacerlo cuando viene un poco mojado porque ahora está chispeando y el pelo se le ha rizado más, vamos que falta que suene una seductora voz en francés de fondo en plan «eau de guapé, bla, bla, bla…» y en la ventana aparezca iluminada la torre Eiffel. Como va remangado, sus antebrazos se ven mojados y eso, no sé por qué, me parece tremendamente sexi. Unos míseros antebrazos a los que mi cobardía había acudido para esquivar su atractivo rostro y resulta que la estrategia ha pinchado en hueso; Sebas es todo él un cañón, hasta la piel arrugada de los codos debe de tener su puntito. Respiro y hago un esfuerzo por visualizarle con bermudas y calcetines de ejecutivo subidos por las rodillas para que se me pase el calentón…, no está funcionando (mi entrepierna se está contrayendo y juro que no estoy ejercitando los Kegel voluntariamente).

—No lo ha cogido.

—¿Cómo? —digo porque me ha pillado despistadilla.

—Que no ha descolgado. Piensa que aquí nadie lleva el móvil.

Vuelvo en mí y en lo que le ha debido de traer aquí, él no es un modelo, ni yo una directora de anuncios de perfumes caros. Y ya está bien de babear por él, cada vez que le veo estoy con lo mismo, «Sebas es un cañón, sí, pero intégralo de una vez y avanza, boluda», me regaña mi conciencia.

—¡Ahhh, es verdad! —exclamo demasiado vigorosa—. ¿Cómo no hemos caído en eso?

Rememoro esa reunión que vi a través de la ventana y advierto que efectivamente no había ningún móvil sobre la mesa.

—He dejado la puerta trucada para que pueda intentar abrirla esta noche y volver a llamar. Pero vamos a necesitar a otra persona, alguien tiene que vigilar que no me pillen —dice con esa seguridad que transmite Sebas. Con los días voy constatando que Sebas es muy creíble, te convence solo con hablar. Un don; a la contra, diré que tiene gracia la justa.

—Han entrado en mi habitación, Darcy. Me han robado el teléfono —me derrumbo.

—*¡Carallo!* —exclama y se pasea por la habitación sin acercarse a mí.

Quizás piense que soy contagiosa.

—Ya…, igual soy la siguiente en salir.

—No, no creo —duda—, ya te habrían echado, ¿no crees?

—A Eire la expulsaron por la noche. Hoy organizarán el numerito. Quizás esta tarde cuando los he visto reunidos lo que estaban planeando era mi expulsión. ¡Qué *creepy*!

Sebas se sienta en el borde de la cama, se apoya en sus rodillas y se lleva las manos al pelo (la postura de pensar de toda la vida). Se toma un tiempo antes de hablar. Yo le espero como si fuese el juez más listo del planeta (partiendo de la base de que ninguno debe de ser tonto), para escuchar su dictamen. De paso, le hago un repaso porque puede que sea el último rato que tenga con él a solas.

—No creo, Alana…, el verdadero ladrón se acusaría, lo único malo de esto es que tú ya no puedes demostrar los mensajes que leíste.

—No estaba sola, Eire y Young los vieron también.

—¿Young? —me pregunta con cierto asombro.

—Sí, necesitábamos un friki de los ordenadores para desbloquear el móvil de Dorothy. Pero, Sebas, ¿y si todo es mentira?

—¿Puede ser, entonces, la expulsión de Eire? ¿Es actriz?

—No me lo parecía, pero yo ya dudo de todo. No tiene sentido que crea que ella ha venido aquí a robar, que se ha tirado un año opositando y era mentira.

—O sí, el reloj lo valía, también te digo…A ver, no te enredes. Lo peor que puede pasar es que te echen.

—Ya claro…

—Es verdad, a *lady* Eire puede que la hayan denunciado por el robo del reloj, pero lo tuyo no es lo mismo. Tienes el móvil de Dorothy, sí, ¿y qué? Entraste en su habitación, yo lo vi. ¿Que por eso te puedan echar? No creo, no —dice cargado de razón y se levanta—. Se supone que tenemos que averiguar qué sucede aquí y para eso tenemos que investigar. O no ves a todo el mundo de un lado para otro como ido, cada uno a su historia. ¿O qué te crees que le pasaba a Javi la otra noche? Aquí cada uno andamos con algo…

—Entonces sería todo orquestado.

—Es un decir…, no lo sé. Quizás solo seamos los tres los que andamos en algo extra.

—Yo a Ana, a *lady* Slowly, no la veo sofocada, ni a Funny, ni a Thin.

—*Lady* Slowly es más lista que todos nosotros juntos. ¿Funny?, ¿estresado?, ¿tú te lo imaginas? ¿Y Thin?, Thin no expresa ni aunque le pilles los dedos con la puerta, es un ninja emocional.

—Sí que eres observador, sí…

—Aquí, Alana. En mi vida normal no voy estudiando a todo el mundo, pero una de mis características es que soy muy conciso, no me gusta que hagan las cosas por mí. Además, por… —hace una pausa para reflexionar lo que va a decir—, por lo que me ha tocado vivir en esta vida, estoy

acostumbrado a analizar cualquier gesto, por pequeño que sea, y eso me ha otorgado facilidad para leer los rostros…

—¿Nunca me vas a contar nada de ti? —le interrumpo intentando aprovechar ese resquicio de sinceridad.

Sebas se frena y me mira dudoso.

—Sabes más de mí que nadie de aquí.

—Puede…, por eso sé que cargas con algo que te pesa más que tu propia felicidad.

—No es momento de confidencias, Alana…, este no es el sitio, ni el tiempo… —Sus ojos buscan a los míos vacilantes—. Ya se verá. Aquí nos toca investigar y por mi forma de ser me pongo a ello sin descanso.

—Tú no eres actor —se me escapa y su incertidumbre transita a autenticidad en un segundo.

—No, no soy actor. Ni tú —niega contundente.

—Yo tampoco —intento sonar lo más sincera posible.

—Lo sé, lo sabemos, pero y ya…, dejémoslo ahí.

—Tranquilo, no te voy a contar a qué me dedico, aunque sé que, si lo hiciera, tú no me descubrirías.

—No, no lo haría. Pero…, Alana, para.

—¿Qué pasa? —digo y me levanto, le noto algo inseguro. Me acerco lentamente a él mientras me atiende sin pestañear.

—Pasa que aquí no todo es sólido o líquido, se nos suele olvidar que también hay gaseoso.

—Una lección de química básica, gracias, pero ¿qué quieres decir con eso?

—Da igual…, tú fíate de mí y de nadie más.

—¿Ni de Tall?

—Para decirle que no eres actriz, solo a mí. Por lo demás, juega a lo que quieras con Javi, es muy buen tío.

—Te copio —intento sonar neutra para que no se me note el coraje que me da que me eche siempre a los brazos de Tall con aparente irrelevancia—. Entonces, ¿qué hacemos? —vuelvo al hilo principal.

—Necesitamos a un tercero para ejecutar el plan, ¿Javi o Young?

—¿Por qué un tercero?

—Porque yo llamo, tú vigilas que nadie me pille y alguien sigue a Mason.

—Vale… —acepto—, pues Young, él ya está en el ajo y le prometí que le contaría lo que averiguase.

—Perfecto…¿Te fías de él?

—Sí, ya nos ayudó antes y todo bien.

—Bueno, echaron a Eire…

—Sí, pero eso fue Mason, le vi trasteando en su habitación.

—¿Cómo? Eso no me lo has contado.

—Porque no me lo has preguntado. El día de la ópera, vi desde la ventana de mi habitación a Mason curioseando en la de Eire, estaría dejando el reloj.

—¿Y si el aviso se lo dio Young?

Puede tener razón. Siento cómo un pequeño escalofrío recorre mi nuca porque no se me ha ocurrido en ningún momento esto, que el chico se chivase, pero llego a la conclusión de que no puedo dudar de todo el mundo, que esto no es una novela de Agatha Christie (¿o sí?) y mi instinto me dice que Young me parece más que fiable.

—Hazme caso, es de fiar. —Intento aparentar la seguridad que no siento por dentro ni de cerca, en plan «sí, sí, vacío siempre los tarros antes de tirarlos al reciclado».

—Vale, vale —acepta a regañadientes porque después de advertir cómo nos tiene a todos calados, concluyo que de perspicaz él es al Mentalista lo que yo a Santiago Segura actuando, ¡no me cree ni de coña!—, pues pensemos cómo lo hacemos.

—Hay que avisar a Young…

—Lo haré yo ahora, su casa y la mía están cerca. Espero que acepte.

—Lo hará…, es majete y ya está implicado.



Hoy no había baile y, mira tú, lo he echado de menos. Nos han castigado con un recital de poesía de la época y para más dificultad en inglés, aunque teníamos la traducción en un folleto; por muy buen nivel que tengas («aquí todos casi nativos, faltaría más») es difícil enterarse de todo.

No me gusta la poesía, no estoy para poemas. Nunca estoy para poemas. Tampoco para el queso fuerte maloliente, por mucho que insistan.

Lo ha presentado una experta en filología inglesa de la Universidad de Córdoba llamada María Jesús, que es cierto que lo ha expuesto de una manera muy atractiva para el susto que me llevé al principio, gustándome cero la temática, y lo ha salvado. Nos ha ido descubriendo a los poetas más reconocidos de la época, con detalles curiosos y después nos leía un poema y dialogábamos sobre él. Por ejemplo, nos ha hablado de Elizabeth Barret, que era una destacada poetisa conocida porque trataba temas emotivos. Además,

ella era una apasionada de los animales y escribió un libro poniéndole voz a su perro Flush.

De esta poetisa hemos leído su poema más famoso, el «Soneto 43» (no he podido evitar compararlo con Bizarrap y sus sesiones), que empieza así:

«¿Cómo te amo? Permíteme contar las formas.
Te amo hasta la profundidad, el ancho y la altura
que mi alma puede alcanzar cuando siento
mi falta de fe y mi propósito perdido».

He de reconocer que he participado poco. Entre mi negación a los versos y que tengo el corazón en un puño, ya que pensaba que nada más acabar esto me vendrían los hombres de negro a expulsar, mi concentración ha sido la misma que la de un nini en selectividad, perdón, EBAU.

Pero no. Aquí sigo. Incluso he cruzado varias frases con Milena Lagos y me ha tratado de lo más cordial y amable. Ya sería cínico por su parte, pero cosas peores he visto con estos ojitos, para chascos con la humanidad pasen por ventanilla…

Abandonamos la capilla, donde se ha llevado a cabo el recital de poesía, y, como continúa el clima tormentoso, nos indican que podemos alargar la noche en la carpa, pero que nos podemos retirar también; por lo que puedo respirar tranquila. Hoy no me echan. Empezaba a alucinar con que esto fuese una señal y al salir de la capilla hubiese un entierro (el mío en Curtos).

Busco a Darcy entre la gente y él, que me estaba mirando, me hace una mueca para que sigamos a Mason. Ya me gustaría a mí que se retirase y acabásemos ya con esta angustia, pero nada más cerca de la realidad, Mason se dirige a la carpa. Mi fastidio se proyecta en forma de suspiro resignado.

Es que el maligno ayudante de Carlos escomo un chico para todo. Tan pronto da una clase de pintura, como te sirve una copa o… se cuela en la habitación de tu amiga y le encaloma un reloj robado. Es por esto que no me sorprende descubrirle detrás de la barra cuando entramos en el salón de la carpa.

Estiro un poco mi cuello porque puede que esta noche se haga muy larga. Hasta que Mason no termine, no irá a su habitación y no podremos seguir con el plan. No es que esté especialmente cansada físicamente, es más bien mental. Soy una impaciente de manual y no resisto ni un segundo más sin poder demostrar que fue él.



Aunque no hay baile como tal, sí nos amenizan con música de fondo y por primera vez desde que llevo aquí veo un ambiente distendido. No se espera que hagamos nada, solo que hablemos y como ya es raro que no hayas coincidido con todos en alguna actividad, el clima de confianza del grupo fluye.

Por mi parte he estado casi todo el rato acompañada de Ana, o *lady* Slowly, y nos hemos juntado con *lady* Blonde, *lady* Curly y *lady* Goldfinch. Hacía tiempo que no me reía tanto. Goldfinch es tremenda, es de esas personas ingenuamente espontáneas, con unas salidas que no te esperas; a esto le llaman en psicología pensamiento lateral desarrollado. Me recordaba a la amiga de Maeve en *Sex education*, Aimee, que de tonta es lista. Contrasta con *lady* Curly, que no puede ser más directa y arrojadiza, la típica amiga dura de pelar, que rechaza con malas formas cualquier roneo. Y para añadirle sal a la mezcla, *lady* Blonde, que es el saber estar y la dulzura hechas persona, esta es la que baila con el más feo (al que Curly desdeñó y dejo tiritando) por no saber decir que no.

Las conversaciones han fluido por varios derroteros: la experiencia vital, los miedos al resultado, el embarazo de Milena, lo agradables que son los sirvientes y lo guapos que eran algunos de nuestros compañeros.

Y he bebido.

Sí.

No me he podido resistir a tres Puertos de Indias y a dos, tres o cuatro chupitos de crema de fresas con tequila de la marca Mex, que es que tan bonita la botella que no hay quien se pueda negar. No estoy borracha. Para nada… Solo tengo ganas de abrazar a todo bicho viviente y me río porque estoy feliz (es que no me han echado), pero todo bien, controlo.

Poco a poco, los compis han ido abandonando y quedamos unos cuantos, por lo que sea, no puedo contarlos. Se nos acaba la fiesta a las cuatro de la mañana porque se va la luz unos instantes. Parece ser que afuera llueve a lo

Dana (para mí siempre será un nombre de temporal) y un rayo ha querido constatarlo.

Mason nos informa con voz cansada y menos serio que en otras ocasiones, que se acaba la fiesta y que debemos partir a nuestras habitaciones. Me consta que él se ha bebido varios chupitos Mex porque le he visto sirviéndole varios a *lady* Sky y brindando con ella. Yo es que lo sé, pero me resulta tan obvio que entre esos dos hay algo… Y no me pegan nada. Ella es vivaracha, accesible y con un hablar un poco pijo; él es un cardo borriquero que seguro que presume de ser un hombre hecho a sí mismo y con eso excusa su carácter.

Alguien toca mi hombro y me giro un poco torpe para ver quién me reclama. Es Young. Le sonrío y él con delicadeza me aparta un poco de mis amigas que andan quejándose porque se acaba la barra libre.

—Sigo a Mason, ¿no?

—¿Eh? ¡Sí! ¡Claro! ¡Upsss!

—Vale, vale…, bebe un poco de agua, anda. Como te vea Lord Darcy así…—dice con más razón que un santo.

—Tú no te preocupes, le tengo controlado —digo intentando guiñarle un ojo, pero siento que el alcohol ingerido, que hasta hace unos segundos no me afectaba, se ha incrementado a melopea histórica nada más escuchar el apodo del gallego.

—Vale, vale, ve con él. Yo luego os busco con lo que sea.

Y no hace falta que vaya yo, cuando me giro me topo de frente con Tall y Darcy.

—Amiga, ¡cómo vamos! —bromea Tall.

—Estoy perfecta —miento, y mal, porque me he trabado.

—Javi —habla Darcy—, necesito que nos dejes a solas y que te lleves a todos del salón ya.

—Vale, vale, ya me lo has dicho —asiente—, ¿qué os traeréis entre manos?

—Pues ya sabes… —digo, borracha total. Lo admito. Desde mi pedal constato que en lo único que se parecen estos dos es en su condición de mamíferos, el uno se ríe por mi borrachera y al otro le falta llevarme ante un juez y que me obliguen a hacer labores comunitarias como en las pelis americanas. A estas alturas entiendo que no hará falta desvelar quién es quién.

Javi se marcha haciendo ruido y pidiendo a todos que le acompañen, y Darcy aprovecha para escondernos detrás de una cortina, abrazándome a su cuerpo para que me esté quieta (por lo menos por fuera, en mi interior no hay nada de quietud).

Cuando no se escucha nada y estoy tan tan cómoda en su pecho que me dormiría, ¿o me he dormido?, escucho:

—¡Manda *carallo* contigo, guapa! ¿Tú crees que así me vas a ayudar en algo?

No hablo porque no me sale nada cuerdo.

Darcy tira de mi mano, me lleva a la barra, me sienta encima de ella como

a una niña pequeña de percentil bajo (me ha cogido como si fuera un peso pluma) y me obliga a beber de una botella de agua. No solo eso, después me baja al suelo y moja mi cara y mi pelo con sus manos para que vuelva en mí.

—¿Algo mejor?

—¿Puedo vomitar? —le pregunto.

—No, no tenemos tiempo.

—Pues estoy jodida, pero cuerda.

—¿Puedo confiar en ti?

—Siempre.

Me ha salido así como muy intenso y eso que me he frenado, porque a puntito he estado de decir: hasta el infinito y más allá.

Darcy me estudia y yo hago un esfuerzo por parecer serena, como si estuviera delante de mi madre y me hubiera pillado con tal melopea. Parece que funciona porque acaba de suavizar su expresión.

—¡Vaya castaña que te has cogido, pequeña, en el mejor día! Pero es sencillo, podrás hacerlo, solo tienes que vigilar que nadie entre y si alguien viene me avisas.

—Sí, sí, vamos… —respondo.

Darcy toma mi mano y juntos nos dirigimos al cuarto perchero donde se ve que tiene el teléfono. Allí forcejea con la puerta hasta que logra abrirla y se mete dentro. Le sigo.

Esperaba una habitación más grande, el sitio es claustrofóbico y está muy poco iluminado. Darcy coge una pequeña bandeja y de ahí toma el teléfono.

—Ahora sal afuera y vigila.

Le hago caso. No se escucha nada, excepto treinta segundos después su voz. Poco después retorna el silencio. No me aguanto y entro en el armario.

—¿Te lo ha cogido? —pregunto esperanzada.

Darcy afirma.

—Era un hombre, eso está claro…, le he intentado sonsacar el nombre, pero me ha dicho que no eran horas.

—¿Crees que era él?

—Puede ser…

Las piernas se me doblan, no sé si de la ilusión o de la borrachera, pero me escurro de la pared al suelo.

—¿Estás bien? —me pregunta poniéndose en cuclillas.

—Mareada, bastante…

—Quédate aquí, voy a por un café o algo.

—No me dejes sola…

—No tardo.

Antes de irse saca de su bolsillo un pañuelo de tela y lo moja con la botella de agua que robó de la barra. ¿Quién lleva pañuelos de tela en la actualidad?

—Vete refrescando, no tardo.

Sale rápido y yo respiro lento y profundo mientras mojo mi nuca y mi frente para que se me pase el mareo. Veo en el suelo un pequeño papel que

me ha parecido verle caerse del bolsillo de Sebas cuando se ha sacado el pañuelo. Lo leo.

Está escrito con dos bolis distintos e incluso la grafía se lee totalmente diferente. En el centro del papel hay un texto y arriba está escrito el teléfono que le di. Eso no llama mi atención, entiendo que Sebas se lo apuntó para marcar, pero lo que no es explicable es lo que pone en el papel:

«Entra en la habitación de Alana y busca el teléfono. Tienes media hora».

No entiendo nada…

Justo Sebas entra en el armario y me tiende un café para que lo beba. Según la cafeína va accediendo a mi cuerpo, el entendimiento me viene de golpe y provoca que empuje a mi supuesto salvador, desde una rabia efervescente.

—¡Fuiste tú! —le arrojo.

Darcy no se lo esperaba y cae de culo contra el suelo.

—¿De qué hablas?

Le enseño el papel y le leo en voz alta lo que pone.

—Tú me robaste el teléfono —le acuso.

Sebas por primera vez se queda callado. En su rostro solo veo consternación.

—¡Di algo, maldita sea!

Darcy me tapa la boca porque se me ha ido un poco el tono, lo admito.

—Sí, fui yo…, pero no es lo que crees, Alana, de verdad.

—¿Cómo que no? ¡Me has estado engañando todo el tiempo! —le reprocho queriendo sonar dura y que no se me noten las ganas de echarme a llorar.

—No, Alana, de verdad, te estoy ayudando, créeme.

—¡Eres un puto mentiroso! —digo y se abre la veda al llanto. ¿Por qué será que cuando suelto una palabrota, en estos casos, ya no pudo contener las emociones?

—¡Que no, pequeña, de verdad! Te llevo ayudando todo el tiempo, créeme.

—Y una mierda —espeto intentando levantarme, pero no soy nada capaz. Estoy hecha un mar de lágrimas y las ganas de vomitar cada vez son más insistentes. Sebas me agarra y me sienta en sus piernas inmovilizándome mientras que acerca su boca a mi mejilla.

—Te prometo que yo te he ayudado en todo, Alana, yo no puedo hacer otra cosa desde que te vi.

—¡Y por eso me robas el móvil!

—¿Y qué más da? Ya sabes que es Mason, yo solo cumplía órdenes.

Cuando dice eso una cascada de desolación me engulle.

—Eres actor…, te has montado una obra de teatro conmigo, pedazo cabrón —digo entre lágrimas.

Sebas me abraza más fuerte y me acuna. Yo querría irme, pero me siento tan colapsada y necesitada de una explicación que lo condone, que me dejo

llevar.

—Te prometo que no, pequeña. No soy actor. Créeme.

—¿Cómo esperas que te crea después de esto? —lloro.

Darcy me coge la cara con dos manos y me obliga a mirarle.

—Grábate esto a fuego, Alana, todo lo que ha pasado entre nosotros ha sido verdad… desde el avión, hasta ahora. Todo. Yo no soy actor.

—Sebas…, mientes.

—¡No, joder! Yo empecé siendo concursante, pero al echar a Trujillo me dijeron que el puesto era mío.

—¿Cómo? —pregunto, aunque me viene a la memoria la pista que me dio Susi cuando los premios por salir a cantar en el karaoke y coincide.

—Que yo competía contra Trujillo. Soy director comercial, Alana. Al expulsarle me informaron de que ya había conseguido mi plaza en Curtos, pero me pidieron que me quedara y les ayudara con algunas cosas. Ellos no me informan, solo me piden cosas. Lo del teléfono me lo dio Carlos en esta nota, donde esta noche me apunté el teléfono porque veía que se me iba a olvidar y tú estabas emborrachándote.

—Pero ¿cómo sabían que yo tenía el móvil? ¿Se lo dijiste tú?

—No, pero Milena y Carlos llevan detrás del teléfono desde el día que te vi en la habitación de Dorothy, se habrán enterado de alguna manera, pero no fui yo. A mí solo me dio la nota esta tarde. Fui a tu habitación y lo encontré, ¿por qué te crees que te dejé señas de que te lo habían quitado? Quería que lo supieras.

—¡Te lo acababa de contar y justo me lo roban, Sebas! ¿Cómo quieres que te crea?

—Quizás nos escucharon o ya lo sabían… o Eire, ella se lo ha podido contar, no sé, pero a mí me lo han pedido esta tarde.

—¿Quién?

—Ha sido Carlos, él me dio la nota…, pensé en decir que no lo encontraba, pero entonces pensé que era mejor que lo hiciera yo.

—¿Entonces, Eire? —le pregunto sin mirarle a los ojos, pero algo más calmada porque se acaba de abrir en canal y me ha regalado información que le podría hacer perder su plaza.

—No lo sé… De verdad, que yo no sé lo que es verdad y lo que no, o quién es actor. Yo solo sé que estoy dentro y que de vez en cuando Carlos me pide ayuda, pero no me da explicaciones. Yo le llevé el teléfono y lo único que me dijo es que muchas gracias y que siguiera con lo que estuviera haciendo.

—¿Me estás diciendo la verdad? —Consigo mirarle y encuentro en él un rostro muy preocupado y muy sincero.

—Me acabo de jugar el puesto, Alana, ¿tú qué crees? Si me denuncias, ahora mismo podría perderlo todo.

—No te voy a denunciar, tranquilo.

Sebas suspira. Sus manos dejan de sujetarme y me acarician. No debería

perderme, no debería, pero su tacto, estar tan cerca, sentir su respiración, me transportan a algún lugar lejos de este último año donde odiaba a los hombres y juraba que moriría cocinando magdalenas rodeada de gatos. Aterrador, lo de ahora, y, sin embargo, no puedo moverme de viva que me siento.

—Te he estado ayudando, lo prometo.

—Vale —acepto algo más calmada.

—Y creo que vas bien, Alana…, estás averiguando cosas; seguro que más que muchos.

—Enhorabuena —le felicito.

—¿Por qué? —me pregunta.

—Por la plaza en Curtos, idiota.

—Ah…, bueno, sí…, está bien, pero estoy deseando que acabe esto ya. Necesito volver y centrarme.

—¿Te espera alguien, verdad? —le pregunto acercándome peligrosamente a su boca, acto que ha sido provocado por mirarle a los ojos.

Sebas se acerca aún más y me roba el aliento con una pequeña caricia en los labios.

—Aléjate, no puedo resistirme a ti… —susurra tan serio que, si no le conociese, saldría pitando.

—Si te espera alguien, dímelo —le insto mientras cambio de postura y me siento a horcajadas sobre él. Sebas se lo piensa unos segundos, para después secundarme apretándome contra él.

—No es lo que crees.

—Deja de decir eso, te oí, ¿recuerdas? ¿Quién te espera? —le provoco meciéndome sobre él y dándole un pequeño mordisco en el labio inferior.

—Tiene cinco años, se llama Iria…Tengo una hija, Alana.

¿Una hija? ¡Tiene una hija! ¡Eso era! ¡A la mierda!

Ahora sí, me dejo de juegos y busco sus labios con desesperación. Nos besamos con ansía, reconociéndonos, pero con una necesidad imperiosa, como si fuera absolutamente imposible no hacerlo. Esto es lo que llevo deseando desde que le conocí, he podido mentirme cien veces, pero es la verdad. Me encanta sentir su lengua peleándose con la mía, entrando y saliendo de mí. Le beso, por fin, sin reparos, sin tiempo, sin esconderme, saboreando sus labios con adoración y él a mí.

Le toco, no sé ni dónde, necesito tocarle, estrujarle, olerle. Me he convertido en una caníbal tras un largo ayuno.

Sebas me baja el escote e intenta abrirlo para llegar a mi pecho. No tardo en sentir las corrientes de placer cuando su lengua y sus dientes juegan con mis pezones. Pierdo las fuerzas y el gallego me tumba en el suelo.

—Eres tan bonita… —dice mientras me da lametazos y mordisquitos con presión considerable en los pechos y en el cuello. Estoy a su merced. Solo consigo gemir.

Sebas me sube el vestido y sin preámbulos, gracias a que no llevo bragas con este atuendo, busca mi centro y me acaricia el clítoris a toquecitos.

—No sabes cómo me pone saber que no llevas ropa interior…

Me muero, creo que no he sentido tanto placer jamás. Será por la tensión sexual que teníamos él y yo, o por la desinhibición de ir un poco bebida, o por tener su cuerpo aprisionando el mío, pero me contoneo para que siga, para que no pare, para que vaya a más.

—Te comería entera, pequeña —me dice al oído con voz sucia, provocando contracciones de placer en todo mi sexo.

—Hazlo…, Sebas, por favor.

Consigo que se levante un poco y me mire con las pupilas totalmente dilatadas y, acto seguido, dos dedos entren en mí sin compasión. Me arqueo mientras él presiona mi punto G en las paredes de mi vagina y me lleva cada vez más cerca del éxtasis.

—Hazlo, hazlo —gimo sin sentido, dejándome llevar por sus acometidas mientras me besa apasionado.

El calor se concentra en mi sexo y una corriente de placer estalla dentro de mí.

—Eso es, córrete para mí, solo quiero que tú disfrutes.

Un orgasmo increíblemente fuerte me parte en dos. Grito. Y confieso que yo nunca había gritado, pero es que esto ha sido de otro planeta.

Poco a poco, me sereno y soy capaz de abrir los ojos para mirarle. Me encuentro a un Sebas sudoroso que me mira con adoración. Le sonrío.

—¿Y qué hay de ti, caballero?

Sebas sonríe, pero niega con la cabeza, mientras me acaricia el rostro.

—Hoy no, solo tú…, yo no…, solo tú, ¿vale? —se lía.

—Ni en broma.

—Alana…, con tenerte así, me sobra y me basta. No necesito más que verte disfrutar.

Descubro que lo que me ha dicho antes de estallar ha despertado en mi memoria un recuerdo que tenía totalmente escondido. Pillándole despistado cambio la posición y me subo encima de él, ahora es Sebas el que yace en el suelo.

—Esto no es la primera vez que lo haces… No lo soñé, ¿verdad?

Sebas sonríe de medio lado.

—Me diste tu permiso, te lo pedí varias veces.

—Lo sé…, pero lo olvidé, pensé que había sido un sueño húmedo fruto de la borrachera… ¿Qué pasó? No te pega nada perder el control.

—Esa noche me volví loco, hacía años que no cantaba con nadie y tú…, no sé…, haces que pierda el sentido común. Fui a tu habitación para hablar contigo, habíamos discutido y no podía pegar ojo. Y entonces estabas totalmente deshecha en la cama. Con la ropa a medio quitar, un pecho por fuera, la falda remangada. Mi intención era cubrirte y acostarte bien en la cama, pero no pude, decías mi nombre en sueños… Te juro que te pedí varias veces permiso. Por eso solo te di placer, no hice nada más. No quiero que pienses…

—Tranquilo, me acuerdo. Fuiste muy delicado, por eso pensé que había sido un sueño.

—No sé muy bien qué sentir ante eso…

—No seas tonto —me rio—, me refiero a que parecía muy de novela y lo que sentí muy exagerado, no podía ser real.

—Nunca haría nada sin tu consentimiento —me dice serio y también algo abochornado.

—Sebas, lo recuerdo, confío en ti. De verdad.

—Esto es lo más bonito que me has podido decir, Alana. Yo solo quiero que confíes en mí —dice abrazándome.



Antes de salir de la carpa entramos en la cocina porque estamos muertos de hambre. Sebas vuelve a tomarme en brazos y me sienta en una encimera mientras prepara unos sándwiches de Nocilla.

Verle tan relajado, hablando conmigo y besándome a cada dos frases creo que lo desplaza al momento más feliz de mi existencia. Es absurdo. Es un total desconocido, lo único que me exculpa es que siento una indescriptible conexión con este hombre y que ha sido tan tortuoso el camino hasta llegar hasta aquí, que el premio me sabe a gloria.

—Me encanta verte así —me sincero.

—¿Así, cómo?

—Al auténtico Sebas…, al que no se esconde bajo capas de formalismos.

—Me lo puedo permitir, solo una noche.

—¿Y mañana?

—Mañana volverá el que no te gusta.

Llevo una mano a sus labios y le silencio.

—Me gusta, pero menos…

—Tú a mí me gustas toda y cuando te me enfadas, más. Eres tan dulce que enfadada me provocas un contraste irresistible.

—Pues me he enfadado un montón de veces contigo, debo de gustarte

mucho.

—Mucho —dice metiéndome un pedazo de sándwich en la boca para luego besarme.

—Lo que no entiendo es que, si tanto te gusto, porque no me dejas tocarte… ¿Tienes algún problema ahí abajo?

Sebas se ríe…

—El problema no lo tengo abajo…, lo tengo aquí. —Se señala en el corazón.

—¿Eres un enfermo del corazón?

—Sí, pero no se puede operar…, es en sentido figurado. Te lo dije, estoy roto, Alana.

—¿No quieres dejarte llevar?

—No es que no quiera, es que siento que no debo. No soy capaz de explicártelo, aquí no, hoy no. Pero te prometo que lo de antes me ha gustado tanto o más que a ti.

—No lo creo.

—Qué más me gustaría a mí que ser un tío normal… como Javi, por eso quiero que estés con él, él es un chico sencillo, sin tantos problemas como yo, él sí se puede entregar a ti.

—Pero no es tú.

Sebas vuelve a meterme un trozo de sándwich en la boca y me mira serio.

—Alana, esto de hoy ha sido una locura…, pero no puedo, ¿lo sabes, no?

Afirmo haciéndome la fuerte.

—Yo no soy el hombre que buscas.

—Yo no busco ningún hombre.

—De cualquier forma. Yo no puedo darte lo que mereces… y, por mucho que me joda, él sí. Tú y yo somos fuego, está claro, pero no es el momento.

—Vale, vale —le digo pegando su frente en la mía—. ¿Me voy a quedar con las ganas de sentirte estallar dentro de mí, verdad?

—Por el momento, sí, quién sabe en otra vida.

—Pues cállate ya y dame sándwich, pesado…, o casi prefiero que tus dedos…

—Tus deseos son órdenes para mí —me responde con voz sexi.



Entro en mi habitación y todo ese arrojo que le he demostrado a Sebas se evapora.

No voy a volver a estar con él.

Es tan injusto.

¿Por qué me he tenido que pillar de un hombre imposible?

Pero es que me toca, me mira o me habla y el mundo de alrededor desaparece. Sebas provoca algo en mí que no he sentido con nadie. Con él podría pasar las horas muertas mirándole o en silencio. Yo solo lo que quiero es verle, que esté a mi lado, y con eso el sol brilla y los pájaros cantan y las nubes se levantan, él me alegra el día o me lo jode, porque no hay medias tintas si se trata de Sebas…, pero ¿por qué?, ¿por qué él? ¿No había uno más complicado?

Me tumbo en la cama y recuerdo todo lo vivido con él. Esta noche me permito sentir en todos los sentidos y no tardan en saltar las lágrimas. Ha sido muy intenso, desde el encontronazo en el avión, en el baño, cuando se subió al minibús o cuando cantamos juntos… Parecía fruto del destino. Se coló en mi habitación y yo no lo recordaba, pero, en cuanto la cortina de amnesia se ha descorrido, he rememorado todo lo que pasó y fue tan bueno como lo de esta noche. Porque, aunque no he tenido sexo completo con él, su entrega y su forma de tocarme me han hecho sentir más que con casi todos los polvos con Ethan. Con Sebas es que todo se multiplica.

Pero tengo que dejarle ir, no me lo ha podido manifestar más claro, yo no quiero ser un lastre para nadie y menos para él. Lo tengo que minimizar, recalcularlo y reducirlo a un sexo increíble porque hay mucha atracción, sin más. No estoy enamorada, eso no, porque no le conozco de nada…, pero podría estarlo y no lo quiero. Bastante tengo yo con mis traumas.

Por eso, esta noche me admito llorarle; mañana pasaré página.

Lo prometo.



Me despiertan un peso en el colchón y un brazo rodeándome. No me da tiempo a gritar porque mis neuronas del olfato han estado más ávidas y han reconocido su aroma inconfundible y su abatida voz al oído me lo confirma:

—Solo esta noche, Alana, solo hoy. Te necesito.

Me giro y la luz que entra por la ventana me confirma que Sebas ha vuelto a mí. Le acaricio la cara.

—¿Has venido? —susurro—, estaba soñando contigo.

—Yo no podía dormir… Te necesito —me repite.

—¿Cómo?

Ahora es él quien me acaricia las mejillas y puedo dedicar unos segundos a contemplarle. Se ha debido de quitar la camisa porque va desnudo de cintura para arriba, puedo entrever su torso en la oscuridad. No está depilado, tiene algo de vello, y sus pectorales, aunque es ancho de brazos, son fuertes, pero no excesivos. Sé que es el hombre más atractivamente natural con el que voy a compartir colchón y también que va a ser solo una vez. Su arrepentimiento también se ha colado en mi habitación. Pero así es él y puede que por eso me atraiga tanto, porque Sebas es él con toda su complejidad.

Ya se sabe que a las mujeres nos atraen este tipo de hombres: Dylan en vez de Brandon (reconozco que vi *Sensación de vivir* con mi madre porque ella se empeñó); o Conrad el afligido en vez del espontáneo Jeremiah; o el indeciso Víctor en vez del complaciente Bruno en la saga *Valeria*. Tenemos, digan lo que digan, un gen cuidador más desarrollado que nuestros opuestos, y eso nos arrastra a fijarnos en las almas descarriadas y afligidas para intentar salvarlas de la oscuridad en la que están sumidas sus dramáticas existencias. Apostamos (hasta nuestras vidas) porque se van a enamorar perdidamente de nosotras, no como les sucedió a las anteriores, y vamos a conseguir el reto de ser las redentoras del hombre imperfecto más codiciado. ¿Es genética o a lo que la sociedad y los dibujos animados nos han empujado? Pues será un mixto, pero que es, es, y que hay que hacérnoslo mirar, también.

Pero Sebas me atrajo hasta antes de abrir la boca, le admiré y le detesté con la misma fuerza en el primer minuto. Con él no puedo esconderme en mi cueva, me circula un litro más de sangre cuando le tengo delante. Él me provoca tantas emociones que cuando de repente confluyen y se alían para que nos amemos, es del todo imposible ignorarlas. Mejor pensar mañana en la torta que me voy a pegar cuando acabe.

—Eres tan bonita que me dueles.

No contesto, querría decirle que él ya venía dolido de casa, pero opto por no estropear el momento y cierro los ojos para sentir sus caricias, que me interesan mucho más que una discusión. Soy una suertuda por gustarle, eso es lo que me viene ahora mismo a la mente. Al instante, sus labios vuelven a besar a los míos. Muy suave, con calma, sin arañarme con su barba, pero da igual, yo ya estoy a mil. No quiero que vuelva a arrepentirse, por lo que me despego de él, me subo a horcajadas y, cargada de una seguridad que nunca imaginé, me quitó el camisón quedándome totalmente desnuda sobre él.

Sebas se incorpora para apoyarse en el cabecero mientras me aprieta contra él y lleva su boca a mis pechos provocándome un placer enloquecedor, tanto que elevo un poco mis caderas para amarrar sus pantalones y de un tirón desnudar lo necesario.

Cuando su sexo y el mío entran en contacto, pierdo la poca sensatez que me quedaba y la impaciencia se hace la dueña del lugar. Le quiero dentro ya, no necesito preliminares, ya hemos tenido suficientes. Me balanceo sobre él presa de una excitación descomunal.

Va a pasar, va a pasar…

Sebas separa su cabeza de mi pecho y volvemos a mirarnos, no hay toda la luz que me gustaría para perderme en el color de su iris y en su mirada.

—Dios mío, Alana, si sigues así, termino antes de empezar—dice muy bajito y despacio como si con cada palabra perdiese vida.

—Pues empieza de una vez.

—Solo esta noche… —Esconde la cabeza en mi cuello para besarlo mientras me eleva para colocarme y ajustar su cadera en la mía—. No tengo preservativos, pero hace años que no hago esto.

—Y yo. —Estoy tan perdida por sentirle que omito decirle que tengo en el baño—. Estoy sana.

Sin demorarlo más me deslizo sobre él, despacio, sintiendo cada centímetro de su ser dentro de mí, abriéndole paso hasta llegar al límite de mi capacidad.

Permanecemos quietos, respirándonos, volviéndonos a comer con los ojos en la penumbra… Son tantas las ganas que le tenía que estando dentro de mí ya le echo de menos y quiero más.

—¡Joder, pequeña…, esto es… eres increíble! —dice como si fuese la primera vez que se viese en tal situación.

Llevo una mano a su boca para silenciarle.

—Si sigues hablando me corro… —le digo

—¿Y qué hay de malo en eso? —Sonríe.

—Que, si solo va a ser esta noche, necesito que sea tan bueno que no se me olvide nunca —dice la Alana más descarada de toda mi existencia hasta ahora.

—¡Joder, pequeña! —masculla y sin salir ni un centímetro de mí me vuelca sobre la cama—, acabas de despertar a la bestia —me avisa antes de empujarme al cielo con su primera acometida.

Capítulo 18

Termino mi clase de equitación (hoy doy gracias a Dios por montar a la amazona, ya que tenía cierta zona algo dolorida) y voy junto a *lady* Slowly, lord Tall y Lord Thin hacia la carpa para ir al comedor. Sebas no ha venido.

Esta mañana no me ha dado tiempo a desayunar. Susi me vio tan profundamente dormida que me dejó descansando y me trajo un desayuno rápido a la habitación, llegué un poco tarde a la clase y por eso no he podido conversar con mis amigos.

Susi, que no tiene un pelo de tonta, supuso que alguien había pasado la noche conmigo y solo me preguntó si me había divertido, al ver el gesto que le puse, se echó a reír.

Y al llegar a la actividad me dijeron que a Darcy y a mí se nos habían pegado las sábanas porque él tampoco había bajado a desayunar. Más bien, las sábanas nos sobraron y nos pegamos piel con piel.

No sé qué decirles, pero, desde luego, la verdad de anoche, no: que tuve el sexo más intenso, auténtico y sincero de mi vida, y que me quedé tan exhausta que no le sentí marchar. Lo he omitido por pudor, aunque no pueda parar de pensar en ello, y me gustaría tener aquí a Eire para contárselo y que fuese más real. Al despertarme y no verle, por unos instantes, he dudado de la veracidad de mis recuerdos.

Entramos en la carpa, en la primera sala, donde están sirviendo limonada y agua con algunos aperitivos. Hoy, al contrario que en días anteriores, hace mucho calor y yo vengo sedienta, por lo que lo agradezco. Estoy nerviosa, no sé cómo voy a actuar cuando le vea, ayer no hablamos de eso…, ayer apenas hablamos, nos dedicamos a otra cosa.

En un repaso rápido que hago al salón, continúo sin verle. Al que sí veo es a Young que me mira expectante, esperando a que repare en él. Camino hacia su persona y él hacia mí.

—¿Qué tal, *lady* Honey? —pregunta en alto.

—Bien, gracias, ¿y usted…?

—Les estuve esperando anoche, ¿por qué tardaron tanto? —baja ahora el tono.

—Estaba muy mareada y no daba dos pasos seguidos —miento, en parte—. ¿Y? ¿Le escuchó?

Young se marca una pausa para aumentar el suspense y después afirma:

—Sin duda, le sonó el teléfono anoche. Es él.

¡Toma! ¡Le tenemos!

Sonrío a Young y él a mí.

—¿Y ahora? ¿Qué va a hacer?

—Pues lo que debería haber hecho hace tiempo…, contárselo a Carlos. ¿Quiere acompañarme?

—No, no, prefiero mantenerme al margen, si no le importa.

—Como quiera… ¿Lleva mucho tiempo aquí?

—Sí, bastante.

—¿Ha visto a Darcy? Quiero decírselo.

—No, no ha estado aquí.

—Vale…

Es raro. Quizás se ha quedado dormido y nadie le ha despertado, aunque me extraña porque para eso está su mayordomo. O quizás se encuentre mal, puede ser eso, y solo espero que no tenga que ver conmigo y que todas sus neuras ahora le estén martirizando por lo de esta noche. Otro escalofrío me recorre la espalda y anida en mi estómago, es que es pensar en anoche y se me emociona el cuerpo. Fue… ¡Ufff! Nos teníamos tantas ganas que no habíamos terminado uno cuando ya estábamos en otro. Encadené orgasmos, lo que jamás me había sucedido.

Me encamino a la sala de comedor intentando reprimir mis recuerdos y llego a nuestra mesa. Saludo a Funny y me siento a su lado, pronto se une *lady* Slowly. Los escucho hablar de fondo, ya que yo solo puedo concentrarme en la silla vacía de Sebas. Alguien pregunta por él y todos confirman que no le han visto en todo la mañana.

Sirven la comida y por mi estado resacoso o nervioso apenas puedo probar bocado, solo la sopa, que me asienta un poco el estómago. Me viene al recuerdo mi madre, que es muy de sopas, todo lo arregla con caldos. Cuando se enteró de lo que su hijastro Ethan me había hecho, me estuvo trayendo calditos de todos los tipos hasta el punto que abrías la nevera y sonaba: glu, glu, glu…Mi madre, aunque no es muy mayor, es ese tipo de personas que no te demuestran su amor hablando, lo hace cocinando. Que te ve mala cara: un caldo; que te ve tristona: un bizcocho. Es más fácil para ella echarse la tarde pelando cebollas que mantener una conversación íntima con su hija.

Miro cada dos por tres a la puerta, no solo por Darcy, el miedo de que me vayan a echar sigue ahí y, si aparecen los hombres de negro, ya sé a por quién van a venir. Pero todo transcurre con una agradable normalidad.

La única novedad es que Carlos y Milena, cogidos de la mano, se van acercando a las mesas para charlar. Cuando llegan a la nuestra, sonrientes, hasta diría que un poco de más, todos estiramos la columna, como cuando entra tu jefe en la salita de café.

—¿Les ha gustado la comida?

Asentimos.

—¿Cómo se encuentra, *lady* Milena? —le pregunta *lady* Slowly.

—Muy bien, gracias por preguntar. Menos cansada que los primeros días. Queremos decirles que esta tarde tendrán de nuevo clases de bailes de época y

que, como saben, se acerca el final de esta experiencia —explica con esa sonrisa tan tranquilizadora que proyecta esta mujer—. También queríamos explicarles, porque nos consta que ha corrido el rumor, que cuando salgan de aquí no podrán comunicarse con nadie hasta la reunión final, a la que se les citará unos días después. A partir de ahí, ya serán libres unos días, hasta que se les ofrezcan las prácticas.

—¿De qué plazo estamos hablando? —pregunta Lord Thin.

—Es difícil precisarlo, no son los mismos para todos —le responde Carlos.

—Pero háganse idea de que en dos semanas, aproximadamente, desde que nos vayamos sabrán si van a las prácticas como elegidos o en puntos suspensivos.

¡Dos semanas! ¿Queda tan poco para saber algo más? ¡Por favor!

—Una vez que sean admitidos tendrán que viajar a nuestras diferentes sedes, normalmente no en España. Si hay algún problema con ello, necesitamos saberlo cuanto antes, para organizarnos —explica mi posible jefa en poco más de dos semanas.

A mí viajar, si no es por el avión, no me genera problema, pero es de esas cosas que me limitan cuando se acerca el momento. No tengo nada que me una aquí, pero espero, por el bien de mi madre, que me toque cerca, porque yo no voy a estar yendo y viniendo de Japón.

—¿Alguna duda? ¿Quieren comentarnos alguna cosita? —pregunta Carlos —, lo que sea, de verdad, búsquennos y, o Milena o yo, les resolveremos las dudas.

—Ehhh, ¿sabemos algo de lord Darcy? —pregunta *lady* Slowly—. Nadie le ha visto.

Milena mueve la cabeza asintiendo para dejar que conteste Carlos, pero solo por eso ya me asusto.

—Pues no les puedo decir…

—Bueno, sí —le corrige Milena—, está bien, pero no aquí.

¡PUM!

Me han disparado.

—¿Va a volver? —pregunta lord Tall con la voz asustada.

Miro a Milena, que es más tranquilizadora, porque se me va a parar el corazón del susto.

—No sabría decirles. Pero no es por asuntos nuestros, en lo que a nosotros respecta, su paso por aquí es valorable, no es como en los otros casos.

—¡Oh, qué lástima! —exclama Ana—. Voy a echarle de menos, mucho.

«¡Pues te diré yo!».

—Es un gran tipo —dice Lord Thin.

—Me alegro de que lo piense, a mí también me lo parece, un hombre muy comprometido, entre otras cosas —expresa Carlos.

—Bueno, no hablemos de temas tristes, en unas semanas volverán a verse si así lo desean —le interrumpe Milena, y juro que me mira a mí cuando dice eso como con un gesto especial, una sonrisa cómplice. ¿Sabrá algo? No me lo

ha parecido a mí sola porque siento los interrogantes ojos de Javi clavados en mí. Yo no puedo ni abrir la boca, estoy tan hecha polvo y pasmada que solo puedo mover el cuello para arriba y para abajo, así como el gato chino, el brazo.



Doy gracias a Dios de que los pasos son repetitivos como el «Saturday night» y no tengo que pensar mucho. Mi capacidad de atención es más justa que la de un «pijo pro» en el Primark.

¿Sebas se ha ido? ¿En serio? Tiene que ser por lo que pasó anoche, no puede ser casualidad. Ha debido de sentirse tan culpable que no es que se haya marchado sin despertarme, es que ha hecho la maleta y se ha pirado. Soy una mantis religiosa en toda regla, me cargo a mis amantes.

No ceso de revivir todos los momentos de anoche, en el cuartucho, en la habitación, fue todo tan intenso, tan de verdad, que después de cuatrocientos días sin haber practicado sexo me esperaba, por mi carrera profesional, algo más normalito, y, de repente, sentí como la conexión más grande de mi vida. Ahora bien, ¿de qué me extraño? Estoy chafada, esto no podía salir bien…

Me llama la atención una melena rubia rizada en la entrada del salón y reconozco a mi doncella, Susi, que está haciéndome gestos para que vaya. En cuanto termina el ensayo, voy hacia ella.

—Se te ve cansada —me dice.

—Cansada y dispersa, sí… ¿Sabes qué?

—Darcy se ha ido, sí, por eso vengo —me interrumpe.

—Pues eso. Ayer fue con él…, Susi, y hoy sale escopetado.

No puedo rendirme al abrazo que me tiende Susi. Cuando esto acabe, la voy a echar de menos de todas las maneras posibles, aunque es poco mayor que yo, la siento como la madre-amiga de este lugar.

—Tranquila, por eso vengo.

—¿Cómo?

—Su mayordomo me ha dado una nota para ti, me ha dicho que se ha ido

esta mañana, pero quería hacerte llegar esto.

Me separo de Susi y veo una nota en sus manos. La miro. Ella me sonríe. Tomo la hoja y agradeciéndoselo me esfumo del salón para poder leer en privado.

—Alana… —me llama—, sea lo que sea lo que ponga, que no te desconcentre de tu objetivo, no pierdas la perspectiva.

—Gracias —silabeo antes de dejarme llevar por mis pies que caminan libres y decididos hacia la salida de emergencia.

No hay nadie a la vista, algo me dice que necesito soledad porque lo que voy a leer no me va a gustar nada. Despliego la hoja doblada en cuatro y, de primeras, descubro que está escrito a mano. Después, me llevo un chasco de moderada consideración porque es muy concreta, apenas seis o siete renglones. «¿Qué esperabas? ¿Una explicación del tamaño de unas escrituras?». Pues puede ser, eso implicaría esfuerzo y no un «te ventilo en media cara». Creo que es la primera vez que me sucede algo así, que me escriban una carta, pero, encontrándome donde me encuentro, no puedo evitar evocar la que le ofreció el señor Darcy a Lizzy la primera vez que le pide matrimonio y no tiene menos de tres folios… Se ve que el nuevo señor Darcy es más escueto, claro que ni yo soy Elizabeth Bennet ni esto es una novela, y sí que Twitter y su pasión por la concreción han hecho mucho daño.

Alana, tengo que irme. No tiene que ver contigo. Ni se te ocurra pensar que es por lo de esta noche, porque has sido lo más emocionante que me ha pasado en años (a excepción de Iria). No te puedo explicar ahora qué ha pasado ni porque me voy, quizás algún día.

Tú continúa con tu vida, haz tu concurso y arriésgate con Javi si lo ves oportuno o con quien quieras, porque lo nuestro acabó anoche, por mucho que me gustase. No me debes nada, no me eches de menos, disfruta, te lo mereces.

Una cosa más, sé valiente y habla con Carlos.

Adiós, pequeña

No se me cae ninguna lágrima. Solo leo la nota varias veces para digerirla. Sebas es buen tío. Pero no puede ser. Toca pasar página y en eso soy, bueno, me he hecho, experta.

Adiós, gallego…



Cargada de arrojo, me dirijo hacia Carlos para hablar con él. Por suerte, le pillo sentado leyendo unos documentos en el sofá de la entrada a la carpa. Él me ve y levanta la cabeza y me atiende con una pose amable. Siempre me gustó este hombre, no tanto como Milena, pero me parecía alguien con mucho carisma. Me solía recordar a Carlos Lozano en su época *OT*, pero desde que lo conozco de cerca, no tanto, es más tosco. Lo que viví junto a *lady* Eire me hizo destronarlo a la clasificación de rata de alcantarilla y, aunque empiezo a dudar de todo, no se me va el mal sabor de boca y la sensación de que no es de fiar.

—*Lady* Honey…

—Lord Carlos, quería hablar con usted a solas —me sale una voz un poco temblona, se me está secando la boca, como cada vez que me tocaba hacer exposiciones orales en la carrera.

Carlos sonríe y mira a nuestro alrededor, donde no hay nadie.

—Pues ha encontrado el momento perfecto, cuénteme.

—¿Ah, ya? —dudo, pero ante su asentimiento cojo al toro por los cuernos y digo—: Es que…, a ver… quiero demostrarle que *lady* Eire no robó el reloj.

—¿Ah, sí? —me pregunta mientras se recoloca en el sillón con aire intrigado.

—Sí —afirmo con determinación.

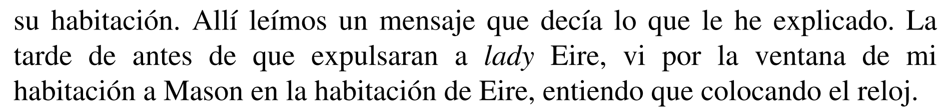
—¿Puede demostrarlo?

—No es fácil, pero sé lo que pasó.

—Pues, cuénteme.

Cojo aire, exhalo e intento sintetizar de la mejor manera posible.

—Todo estaba orquestado por Dorothy y Mason. El día que le encontramos con la angina de pecho, ella avisó por mensaje a una persona de que iba a ir a su habitación. Tuvo que beber algo con ella y le dieron unas gotas de dipiridamol, eso le provocó la angina. Así obtuvo el código de la habitación. Lo sé porque *lady* Eire y yo encontramos el fármaco y su móvil en



su habitación. Allí leímos un mensaje que decía lo que le he explicado. La tarde de antes de que expulsaran a *lady* Eire, vi por la ventana de mi habitación a Mason en la habitación de Eire, entiendo que colocando el reloj.

—Siga…

—Solo me faltaba comprobar a quién envió Dorothy aquel mensaje, puesto que en su móvil no venía nombre alguno. Solo ponía «L». Anoche, con el móvil de lord Darcy, llamamos a esa «L» y lo cogió lord Mason, y tengo un testigo que puede corroborarlo.

—¿Quién?

—¿Puedo decírselo?

—Debe decírmelo, *lady* Honey, aquí se trata de esto.

—¿Pero no tendrá consecuencias negativas para él o ella, porque me imagino que entenderá que esa persona sabe lo que vimos Eire y yo?

—No, no habrá consecuencias, se lo prometo. «L», puede ser de Lázaro, Mason se llama así.

—¡Ve como fueron ellos!

—¿Quién es el otro testigo?

—Es que…

—Soy yo —escucho a mi espalda a lord Young—, yo puedo confirmar que anoche Mason habló con alguien por teléfono justo cuando llamaron Darcy y *lady* Honey.

—¿Lord Young? ¡Qué enorme sorpresa! ¿Qué pinta usted en todo esto? —exclama con tono divertido.

—*Lady* Eire y yo le pedimos ayuda para desbloquear el móvil de Dorothy —expongo.

—Así fue —corrobora lord Young.

—Entiendo…, pues me ha quedado muy claro, amigos. Les pido que esto quede aquí, eso sí. Dejen este asunto tranquilo.

—Pero… ¿y Eire? —pregunto conmocionada—, ¿está bien?

Carlos me mira y sonríe.

—Perfectamente —dice sonriendo y después se levanta y se va.

Miro a Young y él a mí.

—¿Tú qué piensas? —le tuteo.

—Ni puta idea —contesta con cara de susto.

Capítulo 19

Han transcurrido dos días bastante anodinos para tratarse de este lugar. Tuve que votar anoche varias escenas y me surgieron menos dudas, pero soy consciente de que he ido cambiando de opinión con respecto a la gente. De cualquier forma, parece que por fin lo he integrado; ahora que se acaba voy y me entero. ¿Cuántas veces no habré sentido algo similar?, lo que viene a decir o que comparada con la sociedad soy muy torpe o que los que organizan cosas nos sobreestiman. ¿Quién no ha dicho alguna vez: «¡Jo, ahora que le estaba pillando el truco!»?

Lo único destacable es que Javi y yo volvemos a estar bastante unidos. No es para menos, podría decirse que me ha salvado la vida. Ayer por la mañana cuando terminaba nuestra clase de equitación, un rayo seguido de un trueno nos sorprendió a todos, pero a quien más, a mi yegua, que se volvió loca y empezó a hacer caballitos (valga la redundancia) apoyándose en las patas traseras y a trotar sin control. Me visualicé rompiéndome la columna, porque es a lo que tu mente recurre el cien por cien de las veces cuando piensas en caerte de un caballo, pero Javi, que ya se había bajado de su caballo, vino corriendo hacia nosotras, con el peligro que eso conllevaba, y tomó a la yegua por las riendas y la relajó (sí, en plan el hombre que susurraba a los caballos, pero en mulato). Cuando me ayudaron a bajar, porque me temblaba todo el cuerpo, abracé a Javi con todas mis fuerzas, que eran pocas, también hay que decirlo. Desde ahí no me he separado de él, sin ninguna intención sexual, pero con todo el agradecimiento que puedo ofrecerle.

Él no ha sacado el tema, de momento, pero sé que sospecha que entre Sebas y yo ha habido más que palabras y por eso tampoco le noto a él tan receptivo como antes. Y no sé qué hacer al respecto si me pregunta: contarle la verdad o salir por peteneras a lo «pues se está quedando muy buena noche». Tengo claro que me debo a mí misma y que, si un presidente del Gobierno puede amnistiar a todo «pichi michi» (y eso queel poder no le está sentando lo que se dice bien, yo cada día le veo más canoso y enchepado, te digo yo que va a hacer guapo a Golum, con lo bienplantado que era al principio, que presumíamos de tener el presidente más coquetón de Europa…), yo no he de ser ahora la más honesta. Ahora bien, es que Javi me cae muy bien y no quiero jugar a dos bandas; tampoco es que él en estas últimas horas me haya entrado. No voy a inmolarme en el Gold Standard de los «tierra trágame» del ligoteo: «Oye, es que no me interesa nada contigo», «ya, pero ¿y quién te ha dicho a ti que yo estoy interesado en ti?», «pues se ha quedado muy buena

noche».

¡Ah! ¡Sí que sucedió algo estupidísimo ayer! Vamos, yo no me lo creí, pero dio que hablar toda la tarde. No sé de dónde partió un rumor de que nos iban a intoxicar por la noche y que tuviésemos cuidado con la comida. En mi grupo se coló por varios frentes, pero ninguno dábamos crédito. El caso es que llegó la cena de la noche y nos pusieron una crema de calabaza y un pastel de carne, o de verduras, para los vegetarianos. En mi mesa las bromas surgían por doquier, pero estoy segura de que el que más o el que menos disimuló sus reticencias. Yo estaba bromeando con Javi que debería probar él mi comida, puesto que estaba en racha y me había salvado la vida una vez, no iba ahora a dejarme morir por un pastel de carne, cuando *lady* Blonde vomitó en su mesa como un aspersor recién estrenado. *Lady* Curly, a su vez, vomitó después, empujada por el asco, y se desencadenó lo típico en estos casos: una ola de regurgitaciones que dejaron, sobre todo, a lord Young hecho un pastel de carne viviente. Por lo que sea, todo el mundo vomitó en su dirección.

Yo creo que jamás me he reído más por lo bajini y he tenido que disimular en mi vida. Me daba mucha pena, pero es que fue tan cómico todo…Cuando conseguí controlar la risa, fui a ayudarle, porque todo el mundo miraba, pero nadie hacía nada y me daba tanta pena verle bloqueadísimo envuelto en vómitos que le llevé al baño y gasté dos rollos de papel en dejarle medio presentable. Young no decía nada, solo se miraba en el espejo en silencio, pálido como un zombi anémico. Ya un poco más aseado, le acompañé a su apartamento y me quedé más tranquila cuando, antes de cerrar la puerta, se dio la vuelta y me dio las gracias. Yo creo que al haber vivido una situación tan incómoda y necesitar ayuda se abrió a mí, como si yo fuera su madre, porque antes de entrar en la habitación me preguntó por lo que yo pensaba de *lady* Curly.

—¿Sobre qué? —le respondí.

—Sobre si es actriz o no —enunció con timidez.

—Creo que es opositora, pero tampoco pondría la mano en el fuego, ¿por?

Y entonces vi cómo se ruborizaba y lo entendí.

—¿Le gusta?

—No, no es eso —me interrumpió, pero, al ver mi gesto de incredulidad, aceptó—: o sí, es que no sé, a veces es muy simpática conmigo hasta el punto de haber tenido algún contacto y otras me ignora descaradamente.

—Quizás es por la situación…, igual cuando salgamos todo se aclara.

—Eso pienso a veces, pero no sé… A ver, si le soy sincero es que *lady* Curly también me pidió ayuda para un asunto y entablamos amistad, si no nunca se hubiese fijado en mí.

—No diga eso —le reprendí.

—*Lady* Curly juega en otra liga, no hace falta su condescendencia, pero mientras la ayudaba sentí que podía gustarle, me buscaba y una noche que habíamos bebido un poco todos, pues eso…

—¿Eso?

—Nos liamos.

—Ah, vale… ¿Y después?

—Después, bien, pero no ha vuelto a pasar nada y cada día me ignora más, sobre todo, si cierto caballero anda cerca.

—¿Quién?

—Lord Tall.

—¿Lord Tall? ¿Cree que le gusta?

—¿Y a quién no? —me contestó con sarcasmo—. Le confieso que ya me da igual, pero es que empiezo a pensar que me utilizó, que quería que la ayudara y una vez que lo hice perdió el interés. Y mi pregunta es si le encaja, yo soy muy torpe para estas cosas.

—Pues no sé qué decirle lord Young, apenas he hablado con ella. En otro contexto, le diría que sí, pero estamos en «la fase», aquí todo puede estar orquestado. No le dé muchas vueltas y olvídese de ella.

El pobre suspiró resignado, abrió la puerta de la habitación y, dándome las gracias de nuevo, entró.

El resto del día de ayer se gastó en contar la jugada de la vomitada.

Hoy creo que no ha sucedido nada reseñable, excepto que nos han estado enseñando un juego británico de época, el croquet. Consiste en que equipos de dos personas deben llevar sus bolas de colores a través de aros en un recorrido al aire libre. Las bolas se golpean con un mazo de croquet y se juega por turnos con el objetivo de terminar primero el recorrido. Yo he formado tándem con lord Tall y, aunque íbamos de estrategas, Lord Thin y Slowly nos han metido una paliza a todos.

Terminamos de cenar, hoy sin improvisto alguno, pero sí con un nuevo acompañante: lord Young, que, invitado por mí, se ha cambiado de mesa y ahora se sienta en la silla de Sebas. Mientras los camareros recogen las mesas, porque hay de nuevo un baile, hablo con lord Peace de lo especial que está siendo esta experiencia. Él me felicita por haber ayudado ayer a Young y dice que con eso demostré mi calidad de persona, yo lo he refutado; que a mí no me den asco los vómitos no implica que sea santa Teresa de Jesús, además, se la debía a lord Young, pero eso lord Peace no lo sabe.

Lord Jaipur y *lady* Goldfinch se nos acercan y sacan el tema de la partida misteriosa de lord Darcy. Yo no abro la boca, pero escucho con atención sus opiniones: ella cree que algo de fuera le hizo marchar, porque cuenta que le vio salir con las maletas y su cara era de preocupación máxima, y él, que también se cruzó con «mi ex» porque estaba de paseo matutino, apuesta que le echaron por algún motivo, porque él, más que encontrarle preocupado, le advirtió enfadado. Así que, parece ser que todo el mundo le vio marchar, menos yo, que estaba exhausta en la cama colmada de placer provocado por el susodicho… Si esto fuera una peli se titularía: *Tu orgasmo a la fuga*.

La orquesta comienza a tocar un vals. Javi viene en mi busca para pedirme bailar. Aunque acepto, mi hastío se hace notar, puesto que me pregunta:

—¿Te pasa algo conmigo?

—No, contigo no, con los bailes, me aburren.

—Creo que a casi todos nos pasa igual —sonríe.

—Necesito ver una serie o una película, con un bol de palomitas y echarme a perder, literal. No puedo con más música clásica versionada.

Lord Tall se ríe.

—Ahora, en cuanto bailemos un poco, nos escapamos afuera para que nuestros oídos descansen, ¿quieres?

—Sí, por Dios…, pero… —titubeo

—¿Qué?

—Nada, nada…

—Dime, Alana.

—No, nada.

—Dime, no te cortes, ¿qué ibas a decirme?

—Que no, que no…, vaya, que no quiero líos.

—¿Te refieres a ti y a mí besándonos en el jardín?

—Algo así.

—Tomo nota, no pasa nada. Lo intuía, al final, me adelantaron por la derecha, lo sé.

—No es eso…, bueno, un poco sí. Necesito pensar.

—Tranquila, somos amigos.

—Gracias por tu comprensión, Javi. Es que es eso, no quiero más historias, prefiero que seamos amigos y cuando salgamos de aquí, pudiendo ser sinceros, ya se verá.

—Perfecto, de verdad, no me tienes que dar más explicaciones. Lo entiendo. Yo solo quiero que sepas que me gustas, eso lo sabes, pero sin más, no me estoy volviendo loco de amor, ni sufro por los rincones. Aunque he de decirte que te prefiero a ti mil veces antes que a esta música descafeinada. ¿Puedes sobrellevarlo? —bromea.

—Tú también me gustas a mí más que este Vivaldi descafeinado, pero menos que Turizo.

—«¿Manuel Turizo?» —canta el politono de presentación del intérprete mientras eleva los hombros.

—Sí, que me perdonen los melómanos y a Dios le pido que tú no lo seas.

—No lo entiendo, pero te respeto —bromea—. Asunto aclarado, pues, ahora vamos a ver si podemos escaparnos…



Lady Slowly también se ha fugado con nosotros, harta de tanto baile, y hemos pasado una noche muy inquietante porque ella, que resulta ser una experta en crímenes, nos ha estado contando la verdadera historia de Jack el Destripador. Yo desconocía que, a pesar de ser tan popular, nunca se le detuvo y que solo actuó durante tres meses en 1888. El psicópata asesinó a cinco prostitutas y les mutiló los genitales, entre otras perversidades. Además, para jactarse, envió cartas a la policía, aunque se duda de la autenticidad de dichas misivas. El misterio anida en qué sucedió para que dejase de asesinar.

Quizás la noche acompaña, una luna llena oculta entre nubes ha podido influir en la macabra conversación o que Mercurio esté en retroceso, eso también, claro. También nos ha contado otros casos de la época, como el de unos escoceses que mataban para vender los cuerpos a investigadores o el de un banquero que fue asesinado en pleno tren en marcha y detuvieron al conductor porque le pillaron con el reloj del fallecido y, a pesar de que siempre mantuvo su inocencia, le condenaron a muerte. Aunque tenemos pseudoprohibido hablar de temas actuales, no hemos podido evitar reconocer que los tres habíamos visto la serie que trata de Rosa Peral con sus documentales correspondientes.

Entre la conversación y que empieza a refrescar, me recorren varios escalofríos y me están entrando ganas de irme a mi habitación y dar la noche por finiquitada. Lord Tall se percata y me presta su chaqueta a modo caballero. Creo que es la primera vez que un hombre hace esto por mí, y que me perdonen las feministas más aguerridas, pero yo se la acepto gustosa, al fin y al cabo, me hallo en un siglo en el que la mujer y un cono tenían casi la misma importancia en la sociedad.

—Pareja, me voy para dentro —nos dice *lady* Slowly—, voy a ver si puedo escaparme sin que me vean. Ha sido un placer pasar la velada con ustedes, pero ni mi cuerpo ni mi vestido están preparados para el frescor del norte.

—¿Quiere la chaqueta? —le digo un poco cortada porque Javi me la ha ofrecido a mí sin preguntar.

—No, no, lo que quiero es dormir calentita sin bailar un vals más —bromea—. Mañana les veo, pásenlo bien.

—Gracias, Ana… Yo, con lo que nos ha contado, no puedo irme a dormir.

—Pues si le ha gustado, cuando salgamos de esta época y viajemos en el tiempo, organizo charlas sobre crímenes populares.

—¡Ahhh! Me encantaría ir —exclamo.

—¡Genial! Y ahora me voy, que hablo más de la cuenta. ¡Buenas noches, chicos!

Lady Slowly se marcha, y Javi y yo nos quedamos solos, sentados en un banco algo lejos de la carpa, con la oscuridad de la noche envolviéndonos en más misterio, aún si cabe. Conversamos sobre nuestros *hobbies* y las personas que seguimos en Instagram. A él le encanta pasar horas en el gimnasio, seguir cuentas de dietistas deportivos, mientras que a mí me gusta leer, asistir a presentaciones de escritores y seguir cuentas de reseñas de libros, decoración y de educación para niños, porque se aprende mogollón, aunque no seas madre. Todos sabemos que Instagram ha llegado tan lejos por los anuncios de embarazos y el seguimiento de los mismos. Es más, me atrevería a decir que la natalidad mundial ha crecido gracias a la red social.

Cuando estamos discutiendo este tema, en el que Javi opina que más de uno tiene hijos por contarlo, posturear y sumar «me gustas», un movimiento inquietante nos llama la atención detrás de un arbusto. Si no viniéramos de donde venimos, lo habríamos ignorado, pero influidos por todas las historias de miedo que nos ha contado Ana, yo me levanto para ver qué es, seguida de Javi, dado queen la oscuridad no se alcanza a ver nada. Cuando nos estamos acercando, sin esperárnoslo, salta hacia nosotros un enorme gato negro emitiendo un afilado maullido. Javi, en un movimiento rápido, se pone por delante de mí y es atacado por el felino, que más bien parece un demonio de la noche. Yo, creo que gritando, tiro de la cola del animal para despegarlo de la cara de Javi y, entre sus forcejeos y los míos, conseguimos que el gato salte y se vaya huyendo por donde vino.

—¿Cómo estás? —le pregunto afectada mientras intento mirarle la cara.

—Bien, con un susto de cojones, pero bien… ¡Quilla, cómo se las gastan los gatos de época!

Es escucharle decir eso y estallo en una carcajada sin igual. Segundos después, Javi me sigue y nos cuesta poder parar de reír en varios minutos. Es de estas veces en las que cuando crees que has parado otro temblor te sacude a ti o a tu compañero, y vuelves a troncharte hasta que te duele el cuerpo de los espasmos. Se me ha debido de correr el rímel de la llantina.

Después del episodio gatuno volvemos a la carpa, sobre todo, porque hay que curarle la cara y el cuello a Javi. El gatito, que creemos que es la reencarnación de Jack el Destripador, le ha arañado con la saña digna de un asesino en serie.

Nos damos cuenta al llegar de que la fiesta se ha acabado. Menos mal que la puerta está abierta y podemos ir a uno de los baños a limpiarle. No logro evitar que los recuerdos con Sebas me asolen. Fue por estos pasillos y en otra noche. Todo ha cambiado. Lo que me hace constatar que, aunque no siento, ni de cerca, lo mismo hoy que ese día, me lo estoy pasando genial y me siento yo misma. Quizás Sebas siempre tuvo razón…, Javi y yo nos entendemos bien.

El minino se ha cebado en el cuello, lo tiene totalmente arañado, pero no sangra gracias a que su piel es más fuerte. En la cara tiene unas pequeñas rozaduras, pero apenas se le notan. Javi se echa agua y jabón, y yo le ayudo a secarse con papel.

—No te vas a creer que me ha entrado hambre… —me dice.

—Ya te pillo, quieres comida china, por lo que siempre se ha rumoreado que en vez de pollo es…

—¿Gato? Ja, ja, ja, no, en serio, ¿vamos a la cocina a ver si hay sobras del flan de queso que nos han puesto hoy?

—Vale, si nos pillan es tu culpa.

—Yo te cubro —dice.

—Eso lo haces siempre, tu cuerpo son tres míos.

—Pues eso… —dice sonriendo.

Pasamos por el salón principal y desde allí vamos despacio a la barra del bar que da acceso a la cocina, pero justo cuando vamos a entrar escuchamos ruidos y nos agachamos para ocultarnos.

Distingo los susurros de dos personas, un hombre y una mujer que están trasteando dentro, y se les escuchan risas y… ¿gemidos?

—¿Sexo en la cocina? —le pregunto a Javi.

—Pues sí, pero ya podían haberse ido a otro sitio, me muero de hambre, joder.

—Es que Nueva York les pilla lejos —bromeo.

Javi tarda un poco en pillarlo y después me dice:

—¿Te has comido un payaso hoy?

—Puede que sí, pero lo que tengo claro es que tú no vas a comer más flan de queso.

—¿Cómo? ¿Me estás retando, chiquilla? —Veo cómo se motiva mostrando determinación en su mirada.

—Bueno, bueno, que le gusta un reto a lord Tall.

—¡Sujétame el cubata!

Me guardo para dentro la risa, no sin esfuerzo, y veo cómo Javi se separa de mí, me indica que le espere y sale arrastrándose por el suelo. Intento frenarlo, pero no me hace ni caso, mientras los gemidos crecen en intensidad.

Un minuto después, en el que mi corazón se acelera porque creo que en cualquier momento van a pillarle, Javi se aparece, tira de mi mano y salimos corriendo hacia fuera como si perdiéramos el último tren nocturno.

Paramos de correr cuando llegamos a la puerta de mi apartamento y, al recuperar el aire (yo, Javi no necesita más oxígeno de lo normal), saca de su

espalda unas galletas de mantequilla que ha conseguido sisar.

—¿Quiénes eran? —pregunta mi yo más cotilla.

—No te lo vas a creer, Mason y…

—*Lady* Sky, ¿a que sí? —apuesto.

Javi se calla y me mira sorprendido.

—¡Eres buena!… ¿Cómo lo sabías?

—¡Ufff, larga historia!, digamos que algo escuché un día.

—Pues sí, eran ellos. Que no te extrañe que prendan fuego a la cocina, había demasiada pasión ahí para un adulto.

Me río y poco después, agotados de las emociones de la noche, nos despedimos con un abrazo que no es corto, pero tampoco largo. Yo me entiendo.

Cuando entro en la habitación, veo una nota en la cama. El susto que me llevo es morrocotudo y me acerco despacio, hasta que leo que es de Susi que me dice que, como no me ha encontrado, se ha ido a dormir y que mañana vendrá a ayudarme a vestirme.

Me ha dejado un camisón nuevo en la cama y, después de pasar por el aseo, no tardo en darle el uso que merece y caigo en los brazos de Morfeo.



Me despierto sobresaltada por una sirena que viene desde la calle y unos golpes en la puerta del apartamento.

—¡Fuego! ¡Fuego!

En mi aturdimiento no lo doy por real, pero cada segundo que pasa y sigo escuchando la sirena me aleja del sueño y me despierto, ahora sí, sobresaltada.

¿Fuego?

Corro a la ventana y veo a compañeros que salen de las casas en pijama, y todos desfilan hacia la carpa. No doy pie con bola, no encuentro las zapatillas de estar por casa, así que cojo los zapatos que llevaba esta noche y salgo despavorida de aquí. Sola, en camisón y en tacones; si el plan es asesinar a alguien esta noche como en una peli de miedo, tranquilo todo el mundo que

he comprado todas las papeletas.

Al abrir la puerta de la calle, me cruzo con una doncella que me dice que vaya hacia la carpa porque hay fuego en la cocina.

Y al llegar veo como una cadena humana, formada por varios de mis compañeros y el servicio, está intentando apagar las llamas, algunos con extintores y otros con cubos de agua. Me quedo pasmada. Nunca había visto un fuego de cerca. Huele fatal y el aire está lleno de humo.

Me fijo en que hay varios hombres que están intentando enganchar una manguera a una toma de agua y, cuando al fin lo consiguen, el chorro de agua que sale es esperanzador. Poco a poco, se van haciendo con el fuego.

Cuando la cosa se calma, Carlos, con voz apesadumbrada, nos informa de que está todo solucionado. Justo en ese momento, comienzan a sonar las sirenas de los bomberos y un montón de operarios entran manguera en mano. Poco pueden hacer ya, más que mirarnos como si fuéramos de una secta y nosotros a ellos, pues como se mira a los bomberos: con interés meramente laboral.

Me uno a mi grupo, Tall, Thin, Funny y Slowly, y juntos comentamos lo que ha acontecido. Parece ser que el fuego se ha iniciado en la cocina y ha afectado a la barra, pero no al salón principal. Siento los ojos de lord Tall clavados en mí. Sé porqué. Obvio. Pero ahora no podemos hablar. Hay que esperar a que nos den más datos y valorar qué hacemos con nuestras sospechas.

Susi viene en mi búsqueda y me indica que es momento de recogerse y que mañana se nos despertará más tarde. El resto del personal de servicio hace lo mismo, por lo que me despido de mis compañeros y vuelvo a mi apartamento acompañada por mi doncella.

Ya metida, de nuevo, en la cama, con la cabeza ahumada y funcionando a mil por hora, me planteo de todo, hasta la veracidad del asunto. Susi me ha dejado un camisón nuevo justo hoy, Mason estaba en la cocina…, ¿pero se la pueden jugar tanto? Exactamente eso, con el fuego no se juega, podría haber pasado algo grave, se sabe desde la prehistoria, no sé yo…

Claro que este sitio no es realmente un lugar de 1870, esto es una finca para celebrar eventos, ya me extraña que no tengan extintores automáticos. Pero por la misma razón, ¿van a quemar algo que no es suyo solo para que el espectáculo continúe? Y, además, ¿hay algo más manido que un fuego? Estamos hablando de Curtos, la empresa con el mejor *marketing* del mundo, ¿cómo van a idear algo tan burdo? No sé…

Capítulo 20

Me ha despertado Susi trayéndome el desayuno a la habitación. Hoy no es de época, más que nada porque lleva la marca Starbucks por todos lados. Mi doncella, con ojeras claramente marcadas, me explica que han tenido que improvisar; la cocina ha quedado inservible.

A mí me vale. Starbucks me encanta de siempre, quizás porque sabe a pequeño lujo asequible; lo mismo me pasa con Rituals, que me creo importante cada vez que me aplico una crema suya. Como veo tan agotada a mi doncella, todas las pesquisas que imaginé anoche se fagocitan: ya tendrían un plan b si iban a quemar la cocina. Comparto con Susi mi desayuno y ella me relata que, según el perito, el fuego pudo ser o provocado o un descuido, porque se originó en los fuegos de la cocina que son de gas. Como quedan pocos días, no me asegura cuántos, dice que la empresa ha contratado un *catering*.

Susi me deja un rato a solas y me ducho sin prisas. Más tarde, en nuestra rutina, vuelve para ayudarme a vestir. Como es más tarde, no monto a caballo y bajo directamente a la calle, hacia la iglesia, donde se nos está reuniendo a todos. Para mi sorpresa, hoy luce un sol radiante y el clima es más cálido que en días previos, por fin parece que las nubes nos conceden una más que merecida tregua. Milena y Carlos, ambos con el rostro fatigado y actitud sosegada, nos piden silencio. Me sitúo al lado de Slowly y de Javi, y, sin ser consciente, busco a Darcy entre la gente, hasta que me doy cuenta de lo que estoy haciendo…, lo que llevo haciendo desde que llegué. Sin que me dé tiempo a hablar con nadie, oigo a Carlos:

—Buenos días, amigos. Como imagino que intuirán, la cocina ha quedado totalmente inservible. Durante esta noche, hemos pensado de todo, hasta dar por finiquitado el concurso, pero, providencialmente, hemos podido encontrar un servicio de *catering* que nos ayudará en estas últimas comidas e intentaremos adaptar las experiencias que teníamos preparadas a las circunstancias. La carpa principal no la podemos usar, por motivos de seguridad, por eso cuando necesitemos un espacio cerrado nos debe servir el salón de reuniones, donde se les recibió el primer día.

»Soy un fanático de las formas —continúa—, creo que son ultra necesarias si se quiere dar credibilidad al asunto, por eso me lastima mucho decir que tanto los camareros que nos ayudan con el *catering*, como esta sala no están caracterizados. Les pido, encarecidamente, que se dejen llevar, que sigan viviendo en la época victoriana como tan bien han estado haciendo…

Mientras habla, observo a Milena, que le mira con adoración, acariciándose el vientre y solo puedo desear que aquella escena que vi junto a Eire fuese un teatrillo. Me daría mucha rabia que una mujer tan impresionante como ella estuviese malgastando su tiempo con un falso de tal calibre.

—Nos quedan dos días, amigos —habla ella—. Esto ya no es nada. Ustedes sigan como hasta ahora y no se preocupen por el entorno. Carlos es que es un purista —bromea propinándole un pequeño codazo—. Ya solo les falta una evaluación y la final, que como saben la harán con más tiempo, fuera de aquí. ¿Tienen ganas de irse?

Un «no» lastimero se escucha en este fresquito paraje, al que estoy segura de que voy a echar de menos en cuanto ponga un pie en el caluroso Madrid.

—Bueno, a pesar de todo, hoy va a ser un día divertido —afirma Milena mientras una doncella le trae unas carpetas—. Hoy deben abandonar la fastidiosa e innecesaria vergüenza que nos nace al hablar en público, dejarse llevar, divertirse y divertirnos. Hoy se convertirán en actores, tendrán que escoger pareja y representar las escenas que hemos seleccionado. No todas son de dos, hay escenas también de tríos.

Milena apoya las carpetas en una mesa plegable que acaban de colocar dos mayordomos y, como en un *catering* recién comenzado, todos nos acercamos con premura. Cuando Tall, Slowly y yo alcanzamos a llegar, ya quedan pocas carpetas. Lord Thin, libreto en mano, le pide a Ana que si quiere actuar con él y nuestra amiga, con un gesto condescendiente, acepta.

—Pilla la que sea —le digo, porque *lady* Goldfinch y *lady* Curly están atacadas moviendo todas las obras y yo, siendo tan bajita, no llego a alcanzar nada. Me aparto un poco, siempre he odiado los tumultos y este año encerrada no me ha ayudado a superarlo. Veo cómo Milena habla con Javi, él me señala y ella le escoge una escena y se la entrega sonriente. Lord Tall se acerca a mí dudoso.

—Me ha dicho que esta nos viene perfecta a los dos.

—¿Cuál es? —pregunto intrigada.

—No sé, pero pone que es de *Persuasión* de Jane Austen.

—¡Ufff! ¡Me encanta! —exclamo.

—Déjame que la lea… Yo debo de ser Frederick Wentworth y tú, Anne Elliot.

—Entiendo yo que sí, chico listo —bromeo.

Abrimos la carpeta y vemos que hay dos copias, una para cada uno.

—Nos vamos a leerla un poco más allá. Aquí hay mucho lío —dice y está totalmente justificado. *Lady* Curly está enfadadísima con lo que le ha tocado y veo a *lady* Blonde intentando animarla. Me parece que más que la escena, lo que le preocupa es que su compañero es Young… Hay que ver la gente lo oportunista que es, pobre Young.

—Cuéntame algo de *Persuasión*, ¿lo has leído?

—Leído y visto, en varias versiones —admito—. Antes de venir aquí me hice un máster en películas de época.

—¿Y de qué trata esta?

—Pues, ella, la protagonista, rechazó a Frederick hace años por presiones sociales y familiares. Siempre se ha arrepentido y no ha encontrado el amor. Años después, se reencuentran y él tampoco tiene pareja, pero está resentido con ella. Es muy interesante, de verdad.

Nos acercamos al banco que está frente al mirador. Mejor sitio para estudiar, imposible.

—Bueno, leamos. —Javi me indica que nos sentemos—. ¡Ala! ¡Yo tengo mucho texto! —se queja nada más abrir el folleto. Tiene razón.

—Bueno, igual es fácil o podemos acortar algo —le digo, perdiéndome en la lectura. Nada más empezar, ya sé que escena es. En la última versión, la de Dakota Johnson, ella está frente al mar y entre los dos es obvio que hay algo, que se siguen amando, pero no se atreven a decirlo y quedan como amigos… Milena no da *puntá* sin hilo, ¡qué teatrillo nos ha escogido!

Nada más terminar, escucho a Javi:

—¡Joder, con la escena! Soy un pringado.

Yo me río.

—Ella también lo es… Ninguno se atreve a decir nada.

—No, si me refiero a la vida real, que Milena nos haya escogido esta obra es por algo…

—Porque somos buenos amigos.

—Ya, claro… Nos vio, ¿recuerdas?

—Sí, claro.

—Y sabe que entre tú y Sebas hubo algo, por cómo te miró el otro día.

—Sí que hilas tú fino.

—He venido a observar y observo.

—Ya lo veo, ya, pero no sé yo…

—Pues yo te digo que sí y que me ha catapultado a la opción «amigos» —dice con retintín.

—En esta escena queda claro que son de todo menos amigos —le explico—. ¡Anda, no te preocupes! Lo vas a hacer genial. Vámonos a comer.

—Si me aprendo el texto, me gano la plaza en Curtos desde ya…



Como no hay salón comedor, nos llevan, tal cual nos informó esta mañana Carlos, al salón polivalente donde nos recibieron el primer día. Lo recordaba más pequeño, pero no lo es. Ese día estaba dividido en cubículos, pero hoy caben todas las mesas montadas con la misma distribución.

Tomo asiento al lado de Ana y Funny, y les pregunto por sus obras respectivas. Funny va solo, con *El retrato de Dorian Gray*, cuando ve su imagen envejecer, pero él sigue igual. A mi amiga le han puesto una escena de *Pygmalion*, que desconozco por completo. Me cuenta que trata de un estirado profesor de fonética que intenta convertir en señorita remilgada a una vendedora de flores.

—¿Te imaginas que nos ponen sushi? —me pregunta Funny.

—Ya me gustaría…, estoy de asados y pasteles hasta la coronilla —me quejo.

Entran unos camareros nuevos en el improvisado salón portando una libreta para tomarnos nota. No me digas porqué, pero el ambiente se enrarece. Se me cae la servilleta al suelo y cuando me agacho veo cómo unos pies se acercan raudos a cogerla por mí. Levanto el cuello y creo morir de la impresión cuando el nuevo camarero, que ha sido más rápido que yo, me ofrece el cacho de tela.

Me incorporo como un resorte para rehusarle la mirada. No puede ser él…, no puede ser él. Javi, que está frente a mí, se da cuenta de mi consternación y, con gestos, me pregunta si estoy bien.

No, no lo estoy y menos cuando escucho su voz, esa voz que me confirma que no ha sido una alucinación.

—*Hello*, Alana…

En inglés. Él y yo siempre nos hablábamos en inglés. Mi madre le obligó cuando éramos pequeños.

No contesto, pero sé que está detrás de mí. Lo noto. Han sido muchos años juntos y mi cuerpo se ha acostumbrado a detectar al suyo. Claro que la

respuesta no es la misma que la de hace un tiempo, ahora me acelera, me sudan la espalda y las manos, y siento que quiero echarme a llorar; antes le quería.

—Me alegra verte… —dice agachándose y hablándome al oído.

—A mí no —murmuro sin girar un milímetro el cuello para mirarle. Clavo los ojos en Javi.

—Por fin, vamos a poder hablar.

—Yo no tengo nada que hablar contigo, Ethan. Vete.

Mi exnovio me toca el hombro y yo le aparto con una sacudida. En dos segundos, Tall se levanta y se sitúa a mi lado, desplazando sutilmente a Ethan; luego, se agacha para hablar conmigo.

—Perdona, es que tenemos mucho lío hoy —escucho que se excusa ante Ethan porque debe haberle empujado—. Es mi *partenaire* en una obra y tenemos que practicar, ¿verdad, preciosa? —me pregunta, dándome un beso en la mejilla.

Asiento, sin girar el cuello, y agarro la mano que ha apoyado en mi hombro para que no se mueva de ahí y evite que Ethan pueda acercarse.

Cuando le siento lejos y vuelvo a coger aire, Javi me pregunta al oído:

—¿Ese es tu ex? ¿Ethan?

Me giro en la silla para decirle que sí con unas ganas de llorar tremendas.

—Shsss…, no llores. Es una estratagema. No es casualidad. Estate atenta.

—¿Por qué dices eso?

—Porque también han traído a mi padre biológico. Así que mira quién está consternado y tendremos a los opositores.

Asiento, pero, aunque lo intento, no logro concentrarme. Estoy en *shock*.



Durante el principio de la comida, he hecho lo que he podido por no levantar la cabeza del plato y aguantarme las ganas de llorar, hasta que se me ha pasado un poco la fatiga y, haciendo caso de la apreciación de Javi, he

observado a mis compañeros. Una vez resuelto el *shock* inicial, centrar mi atención en otra cosa es lo mejor que puedo hacer.

Estoy defraudada. No solo por haber sentido lo que he sentido al ver a Ethan, también porque Curtos juegue tan sucio. Me siento ofendida e incluso agraviada. Esto no es un *reality*, esto es un concurso-oposición, y a nadie ha de importarle mi vida privada. Han sobrepasado los límites. Estoy por coger la maleta e irme…, de verdad que sí.

¿Qué narices pinta ese gusano aquí? Él no me representa, él es mi pasado, él ya no forma parte de mi vida, ¿por qué tienen que traerle, para ver cómo reacciono? Pues mal, muy mal, ¿cómo voy a reaccionar?

Nada más terminar el postre, me he levantado, anoto que arrastrando la silla más de lo que quería, y he escapado del salón. Cierto es que sin importarme lo más mínimo lo que piensen de mi educación. Necesito respirar. Salgo afuera a que me dé el aire, aprovechando que he visto a Ethan entrar en la cocina. No quiero cruzar más palabras que las que ya he tenido.

—¡*Lady* Honey, Alana! —me llama Milena—, espere.

Aprieto los puños, respiro hondo y me doy la vuelta para mirarla. Ahora sí que tengo ganas de llorar, se me ha caído un mito. Esto que han confabulado es tan mezquino que han cruzado la raya del respeto.

—¿Por qué ha salido así, se encuentra bien? —me pregunta con voz dulce.

—¡Venga ya! —prorrumpo—, ¡usted sabe porqué he salido así!

—Tranquilícese, *lady* Honey…, venga conmigo —me habla con calma y toma mi brazo para llevarme a su lado—. Estamos en la recta final y ya les dijimos que no iba a ser sencillo.

—¿Pero qué tiene que ver mi vida privada? Dígame, Milena, ¿qué? —me encaro—. Yo soy una profesional del *marketing* y creía haberlo demostrado con creces este año. He estado totalmente comprometida con este proyecto, pero, viendo lo visto, he perdido el tiempo… Yo no quiero formar parte de un sitio donde me investigan para sacar mis trapos sucios y desarmarme con ellos.

—No es eso… Yo no quería, Alana, se lo juro. Sabía que su caso era especial, es demasiado íntimo, pero no se lo tome así. Solo queremos saber cómo soluciona en momentos de estrés, porque seguro que los va a tener si trabaja con nosotros.

—Con todo respeto, Milena… ¡Es mi vida privada! Yo no tengo por qué resolver cuestiones que en nada afectan a mi profesión. En mi trabajo funciono de una manera y en mi casa de otra, como nos pasará a todos. No sé a qué viene traerme a ese traidor.

—¡Exacto, por eso, Alana! Escúcheme —me pide con voz pausada—, porque la traicionó y en esta empresa también le va a ocurrir, lamentablemente, se va a encontrar a muchos traidores y delatores. En Curtos, por mucho que lo intentemos evitar, siempre hay topos.

Después de esta aclaración y por respeto al esfuerzo que está haciendo por relajarme, intento hacerlo.

—¿Y cómo han sabido de él? ¿Cómo se ha presentado él aquí?

—Averiguar cualquier cosa de una persona es muy sencillo en la actualidad, Alana… Y, para su favor, he de decirle que Ethan no nos ha regateado, se le dijo una cantidad simbólica y él aceptó a la primera, porque sostenía que él lo que quería era hablar con usted.

—Ya, pero es que yo no. Está todo dicho…

—¿Usted cree?

—Sí, sí lo creo. Claro que lo creo. ¿Sabe qué? No hacen falta palabras cuando hay hechos tan irrefutables como que le vi follándose a mi mejor amiga.

—Por lo que sé, ya ha pasado tiempo, Alana… La herida debería de haber comenzado a sanar.

—Y lo ha hecho… —digo, pero me desmorono y las lágrimas comienzan a brotar—, pero no estaba preparada para verle así, de repente… Encima hablándome como siempre, ¡como si tuviera derecho a hacerlo!

Ahora sí que las lágrimas corren en estampida, verbalizar es lo que tiene, que con cada palabra que sueltas arrastras a la contención. Milena me abraza con fuerza y me susurra palabras tranquilizadoras.

—Mejorará, ya lo verás…, tienes que dejarle ir —me tutea—, y para eso lo mejor es que te encares, arrinconar no sirve de nada porque se enquista. Debes afrontarle, decirle lo que sientes y perdonarle para que puedas avanzar sin cargas. *Olvida que antes…* Es el título de un libro, pero me lo tatuaría.

—No puedo…

—Sí que puedes, ya lo verás. Tómate tu tiempo. Ya sabes que está aquí. Tú ahora vete con lord Tall, ensayad vuestro texto y verás como en un rato ves las cosas de otra manera. Eres una mujer impresionante, Alana, no te acojas al odio.

—Gracias, Milena…

—Y no te vayas, ya lo tienes, Alana, no queda nada. Aguarda hasta el final, donde se os aclarará todo y ya no pensarás tan mal de nosotros. Díselo a lord Tall.



Llevamos más de tres horas encerrados en la habitación de Javi ensayando la escena. No hay mal que por bien no venga; tal y como me dijo Malena, concentrarme en otra cosa me ha hecho relativizar el drama. No es más que Ethan, mi exnovio, una persona que quiere hablar conmigo a la que yo le he negado una explicación, porque no hace ninguna falta. Pero sin más, no puedo volverme loca y abandonar la oposición, Ethan no lo vale. Ahora quien está en cuestión es Curtos, pero esperaré al final, como me ha dicho ella, para ver si todo toma otro cariz.

En referencia a la escena, mi parte es mucho más sencilla que la de Javi, él tiene más texto y, aunque se lo ha aprendido sin problemas, suena muy falso y yo no sé cómo ayudarle.

—Está claro que de actor no me gano el dinero —protesta Javi, apoyándose en el borde de la mesa.

—Bueno, bueno…, igual te lo estás ganando y me está haciendo aquí la trece catorce —le digo y me acerco para darle un golpecito en su pecho.

—¿Todavía crees que soy actor? ¿En serio? —Se le cambia el gesto.

—¿Y tú? ¿Qué piensas de mí? —le pregunto poniéndome en jarras.

—¿Además de que eres la mujer con los ojos más bonitos que he visto en mi vida?

—¿O la más paliducha?

—Eso también, claro que comparada conmigo. —Me toca la punta de la nariz y los dos nos reímos—. No, en serio, creo que no eres actriz, pero me da igual, también te lo digo. Lo único es que, si eres opositora, no quiero competir contigo.

—Ya…, ni yo. Yo a veces pienso que igual no estamos todos compitiendo y que puede que haya plazas para cada uno de nosotros, aunque no sea en España.

—Ojalá.

—Javi… ¿Te puedo hacer una pregunta?

—Claro.

—¿De qué conoces a tu padre biológico?

—Bueno, es que…, a ver, no soy adoptado, como tal. Soy hijo de mi madre, pero mi padre, Louis, al saber que mi madre estaba embarazada, la dejó. Ella trabajaba en Médicos sin Fronteras en África y él era uno de los jefazos, y no quería cargas. Mi madre volvió a Sevilla y ya conocía a mi padre…, eso es una historia muy larga, pero se casaron antes de que naciera yo. A veces, digo que soy adoptado para no tener que explicar toda la vaina… Con los años, como te conté, me dio por buscar a mi padre, mi madre contactó con él y me lo presentaron.

—¿Y qué tal te llevas con él?

—No me cae bien. Es un hombre que va a lo suyo, de esos que creen que el mundo gira a sus pies.

—¿Y qué crees que hace aquí?

—Ni idea, hacía meses que no le veía, discutimos en Navidad.

—Muy buenas fechas…

—Las mejores, sí…Le habló a mi madre fatal y no lo pude soportar. Como te digo, es un prepotente. Lo que sí sé es que no voy a montar ningún numerito, le sonreiré y que se vaya. Después de ver que también han traído a tu ex, me imagino que lo que quieren es probarnos.

—Efectivamente.

—Pues eso…, no caigas en la trampa. Tú no te separes de mí, Alana. Si no quieres hablar con tu ex, yo te cubro, pero si ves que sí, me lo dices y yo estaré cerca.

Me acerco más a Javi, me pongo de puntillas y le beso en la mejilla.

—Eres un sol, ni te imaginas lo que esto significa para mí.

Javi me abraza y me besa la cabeza.

—No voy a permitir que te haga daño, otra vez no.



—Hola —me dice Javi que se acerca por detrás mientras yo miro ensoñadora hacia delante, como si estuviera frente al mar.

—Hola —le sonrío. Creo que está tranquilo. Yo ahora que le tengo cerca también. Hace unos minutos casi me da un ataque de miedo escénico. Pero Javi ha sabido cómo calmármelo… Me ha arreado un beso justo cuando pasaba Ethan y entre risas nos ha llegado el momento de actuar.

—Siento lo de esta mañana.

—¿Lo de esta mañana? —pregunto.

—Sí, con el caballero que nos encontramos. No soy tu hermano mayor, no necesitas que te proteja. Siempre has sido muy capaz de defenderte sola.

Le sonrío.

—No tienes que disculparte. Fue con buena intención —digo mi texto.

—Oye, no hemos tenido ocasión de hablar. He imaginado miles de versiones de ti estos años. Algunas las odiaba. Otras las adoraba.

—Lo mismo digo… No sabía si volvería a verte o si sabías cuánto me… importabas.

—Siempre lo he sabido… No hay nadie como tú. Y tengo claro que quiero que estés en mi vida, en la forma que sea… Enterrar el pasado y… Lo que quiero decir es que… que… me gustaría que fuéramos amigos.

—Yo… Yo he pensado lo mismo —contesto. La verdad es que Javi lo está clavando, en ninguno de los ensayos lo ha hecho así de bien.

—Esta mañana me he dado cuenta de que estaba prisionero del resentimiento…, espero que, de verdad, encuentres el amor allá donde debas. Y te agradezco de corazón que me ofrezcas tu amistad. Gracias.

—Gracias a ti —asiento.

—Muy bien, excelente…, una buena charla—titubea y se va.

—¡Frederick! —le llamo—. Espero que sigas pensando en aspirar a almirante. Todo el mundo habla de tu talento y creo que se quedan cortos.

—En realidad no me conocen. No saben qué me haría feliz.

—Yo sí losé… Te conozco. Sé que tienes aspiraciones y también sé que serás excelente.

—¿Te cuento un secreto?

—Siempre.

—En mis momentos más desdichados en el mar, cuando me sentía perdido y confuso y no sabía qué hacer siempre me preguntaba:«¿Qué haría Anne?». Y así sabía cómo actuar. Como si fueras tú.

—No es cierto.

—Sí lo es. Siempre sabes actuar en una emergencia. Sabes anticiparte a los demás. Directa y centrada, tranquila y dispuesta. Eres mucho más inteligente de lo que te conviene. Eres una persona excepcional. Es injusto que no puedas ser almirante.

—Gracias.

—No te alejes mucho, puede haber mareas…, perdona…, otra vez intentando protegerte. Te dejo.

Javi sale del escenario y yo sigo su rastro hasta que se va, y vuelvo al público intentando poner cara de ser gilipollas profunda por no haberle confesado que Anne no desea ser solo la amiga de Frederick.

Y nos aplauden, pero en ese momento sale Javi les manda callar balanceando las manos mientras me dice al oído: «Sígueme la corriente».

—He luchado en vano, Anne Elliot, y ya no puedo irme sin más que demostrarle mi amor.

Javi se arrodilla y yo me hago la sorprendida, asunto nada difícil cuando es la realidad.

—Frederick…, yo, yo también…

—¡No siga! —me interrumpe Javi con intensidad, provocando más de una carcajada—. Antes quiero que me responda a la pregunta más importante y necesaria que le he hecho en mi vida a nadie: Anne Elliot, ¿quiere casarse con este humilde, enamorado y fiel marinero? La amo.

—Frederick —le respondo emocionada, hincando las rodillas yo también —. Sí y siempre, sí. Le amo.

El aplauso y las risas no tardan en encumbrar el momento a uno de los más locos de mi vida. Javi me levanta en volandas y me da un beso en la mejilla.

—Perdona lo del beso de antes, pero me ha venido guay para entrar en papel y poder improvisar lo de ahora. Frederick y Anne se merecían mejor final—susurra en mi oído.

—¡Estás pirado! —me río—, eres un actor como la copa de un pino, tú… —bromeo mientras forcejeo para que me baje. Todos ríen, por la estampa que debemos formar, y yo también. Él, enorme y mulato, yo, la hermana bajita de Blancanieves.



Pues va a ser verdad eso de que actuar te da subidón. Hemos conseguido salvar la escena y me lo he pasado hasta bien. Javi me lo ha puesto fácil, él lo ha hecho espectacular y resultaba sencillo meterse en el papel. «¿A qué es

actor?» No, de verdad, Alana, para, ¡qué más da ya!».

Cuando bajo del escenario de la mano de lord Tall, veo a Ethan cerca sonriéndome y aplaudiendo. «No es más que un hombre, es solo Ethan…». Le conozco desde hace un montón de años, antes solo ocupaba el hueco de hermanastro y es el que debería ocupar ahora si yo fuera capaz de perdonar. En el fondo nos conocemos tanto… Mis pies me llevan hacia él. Javi, que se ha dado cuenta del giro en mi dirección, toma mi mano y me pregunta si estoy segura. Le digo que sí y me encamino hacia una de las personas que más daño me ha hecho en la vida: Ethan.

—Estás hecha una actriz —me dice cuando llego frente a él.

—¿Y tú desde cuando eres camarero? —le pregunto con voz baja, porque, aunque estamos lejos del escenario, no quiero molestar a los compañeros que están actuando.

—Ha sido la única forma que he encontrado… —dice y eleva los hombros resignado.

—No hacía falta. —Me sitúo a su lado mirando al escenario.

—A ti no, pero a mí sí. No puedo vivir con esto. Te quiero mucho más de lo que imaginas.

Por raro que parezca, sus palabras no surten ningún efecto en mí. Ya no. Después de este viaje, no.

—Yo no imagino nada, Ethan, y, a estas alturas, sabrás que me da absolutamente igual el tamaño de tus sentimientos hacia mí.

—Eres mi familia, Alana…, no te puedo perder para siempre. La cagué. Es un hecho, no lo voy a desmentir ni a justificar. De repente, sentí una atracción brutal hacia ella y no supe frenarlo.

—Lo vi…

—Y no sabes cuánto lo siento. Espero que seas capaz de olvidar esa imagen, te traicioné como tu peor enemigo, yo, que se suponía que estaba para hacerte feliz… No ha pasado ni un día este año en que no me haya machacado a mí mismo por lo que te hice.

La verdad es que, si le miro bien, Ethan está desmejorado. Ha cogido peso, ha perdido pelo y se le ve cansado. Siempre fue bastante mono, alto, con el pelo rubio oscuro ondulado y unos ojos negros con chispa. Tampoco es que fuese un *gentleman*, pero era resultón. Cuando me engañó, se había obsesionado con el deporte y estaba súper en forma haciendo la dieta de hidratos de carbono y pollo, pesado en gramos, y me resultaba aburridísimo salir con él.

—Yo tampoco lo he pasado bien, ahora estaba mejorando, Ethan, y vienes a fastidiármelo.

—No —dice levantando las manos, le miro—, te juro que no. Yo solo quiero que volvamos a ser familia, no me puedes amputar, Alana…, tú y yo somos más que lo que fuimos. Crecimos juntos, ¡joder! Sabes todos mis secretos, mis miedos, mis luchas, y yo las tuyas. Si consigues esto, una plaza en Curtos, me voy a alegrar tanto por tique quiero poder decírtelo.

—Todo lo que dices es muy bonito, Ethan, siempre se te dio muy bien hablar. Ahora, los actos…

—La cagué, Alana, lo sé. Me arrepentiré toda mi vida…, ella no te llega a la altura de los talones. Pero ese es mi problema, mi error, no el tuyo. Yo asumo que jamás podrás quererme, como a una pareja… ¿Me encantaría? Sí, pero es mi penitencia, me lo merezco. Te echo de menos cada minuto y duele, duele mucho. Ni te imaginas la de veces que fantaseo con que hubieses sido tú la que me engañaras, para, al menos, no sentirme el fantoche más idiota de este planeta. Yo soy el culpable de perder a la mujer de mi vida.

—Yo no soy la mujer de tu vida. A la mujer de tu vida no la engañas con su amiga.

—Fue un calentón, Alana… Nada más que eso. Habíamos bebido. Ella vino a celebrar contigo que había aprobado su último examen y me encontró a mí. Nos liamos con los chupitos y…

—No sigas.

Esta conversación ha llegado demasiado lejos. Necesito tomar aire. Miro a Javi, que me busca preocupado desde la distancia, pero con gestos le digo que no me siga.

Salgo afuera y el frescor de la noche me espabila. Las ganas de llorar acuciaban.

—Perdóname, Alana… —Le escucho detrás y siento cómo posa una mano en mi hombro—. Nunca más te hablaré de este tema. No te pido que vuelvas conmigo, nada me gustaría más, pero sé que no lo merezco, porque te quiero y no quiero para ti a un mal hombre como yo. Pero… eres mi hermana.

—Tu hermanastra —le corrijo dándome la vuelta—. Eso de «mal hombre» suena como anticuado, ¿no?

—Un poco… —Sonríe por primera vez.

—Deja el reguetón.

—Sabes que no puedo. —Me sigue el juego.

—Eres inglés, no te pega nada el melodrama latino. —Finjo que le recrimino.

—La culpa la tiene mi ex, me ponía a todas horas Manuel Turizo.

—Entonces es una buena ex.

—No te quepa duda.

Intercambiamos una sonrisa tímida. Un silencio apaciguador se abre entre los dos. Constato que a mí ya no me late el corazón desbordado como cuando le vi esta mañana, ni me dan ganas de vomitar. Quizás había creado a mi propio monstruo al evitarle a toda costa, un condenado que abrigas en tu mente y le cubres de todos los trapos sucios que encuentras, para arrinconarle y no permitirle ser juzgado. Pero creo que al aislarle, paradójicamente, lo único que logré es sobredimensionarle y temer, con ansiedad, encontrarme con él. La evasión puede llevarte a enfrentar mayores temores internos.

—No sé qué es lo que quieres, Ethan… —le digo con tristeza—. Yo vivo más tranquila sin saber de ti.

—Siempre sabrás de mí, lo quieras o no, estamos atados por nuestros padres. ¿No será mejor que intentemos llevarnos bien por el bien de ellos?

—Haberlo pensado antes de meterte en las bragas de Rocío —espeto sin poder evitarlo.

—¡Joder! —Hace una mueca de fastidio—. No me dio tiempo a pensarlo, fue un calentón del que me arrepentí nada más empezar. Me equivoqué, Alana, mucho, pero te juro que te quiero, que te quiero mucho. Créeme.

Hago consciente mi respiración e intento coger aire despacio para serenarme. Me había imaginado esta conversación, pero nunca así.

—Eres mi mejor amiga, te echo de menos tanto… Quiero alegrarme contigo, llorar, reírme, estar de la manera que sea, en tus buenas y en tus malas, más tiempo o menos, pero estar. No me sigas censurando, Al…

Él siempre me llamaba Al…

—Vale, ya te he escuchado. ¿Es lo que querías, no? —respondo cortante.

Ethan asiente y puedo ver la timidez en sus ojos. Le conozco y sé que esto que está haciendo le supone un gran esfuerzo. Ethan no es de pedir perdón, es de dejar el agua correr hasta que se pase. Siempre fue muy reservado emocionalmente, pero se le veía en los ojos lo que sentía. Yo sabía leer en él. Fueron muchos años…

—¿Tienes algo más que decirme? —le pregunto, intentando sonar algo más amable.

—No, Alana, eso es todo. Que te deseo toda la felicidad que mereces y que quiero compartir el cachito que me dejes contigo.

Me aparto unos pasos, pero le miro de frente.

—Muy bien, Ethan. Te he escuchado, de verdad, y te he entendido, pero dame tiempo, lo que siento no puede mejorar cuando tú quieras.

—Gracias.

—Ahora te pido que te vayas. Este es un momento muy importante en mi vida y no quiero andar despistada. Si me quieres tanto como dices, no dudarás en hacer la maleta.

—No creo que pueda, Alana. Firmé con ellos dos días, pero no me verás. Estaré todo el rato lejos de ti. Te lo prometo.

—¿Tanto te pagan? —le pregunto porque Milena me dio a entender otra cosa.

—No, no es eso, pero si me voy antes, la multa sí que era tremenda. No te preocupes, no me vas a ver. Quiero que consigas esto, de verdad. ¡Joder! ¡Una plaza de ejecutiva en Curtos! ¡Eres una *crack*!

No puedo evitarlo, sonrío. Ethan siempre me decía que yo podía ser lo que quisiera, que era la persona más lista que conocía. Me animaba a presentarme a todo y se hacía a un lado para darme tiempo a estudiar.

—Gracias…

Nos miramos unos segundos y, para mi sorpresa, con una sonrisa mutua. Después, Ethan se da la vuelta y se encamina hacia el salón de actos.

—¡Ethan! —le llamo.

—Dime, Al —me responde girándose.

—Has sido muy valiente al venir.

—Tú lo merecías…, tú lo mereces todo, Al. Gánate la plaza —dice y me guiña un ojo antes de volver a darse la vuelta y perderse en la oscuridad.

—¡Un diez el sevillano, por cierto! —le escucho gritarme.

—¡Pues tenías que haber visto al gallego!

Escucho una risa por su parte y cómo se cierra la puerta del salón de actos. Recuerdo que Ethan y yo jugábamos a veces a eso, nos sentábamos en una terraza o en la barra de una discoteca, y competíamos por encontrar al más guapo o la más guapa. La vez que fuimos a Ibiza fue la más difícil, aquello es el paraíso de los que pueden permitirse no poner filtros.

Y es cierto lo que le he dicho, ha sido valiente al venir. Yo hubiera preferido que no, porque no era el momento de remover mis dramas, pero para él, sí. Podría no haber peleado por darme explicaciones, no todo el mundo lo hace, y eso le honra. Ethan es buena persona y se me había olvidado. Lo había caricaturizado como al mismísimo demonio y no es así. Me falló, de la peor manera, pero eso no hace que sea un monstruo en todas las parcelas de su vida, o que haya sido siempre malo conmigo. No, Ethan y yo nos ayudamos mucho, ambos. Tuvimos una relación sana, demasiado apacible, quizás. O puede que fuésemos muy jóvenes para tal nivel de compromiso.

He sufrido mucho. Ha sido un año de mierda. Pero, si Ethan no me hubiese engañado, no me habría enrollado jamás con Sebas. Y esa noche mereció la pena. Descubrí una Alana distinta, mucho más atrevida. Una Alana que no se cohibió con nada y sintió cada caricia como algo extrasensorial. Y ya no me voy a conformar. Quiero ser esa mujer.



Poco después entro de nuevo en el salón y voy en busca de mis amigos. Javi me ha dejado una silla a su lado. Me siento y él me mira con

preocupación.

—Me ha pedido perdón. No ha estado mal —le digo al oído.

—¿Estás bien? —me pregunta.

—Sí, perfecta. Me ha dado más cosas en las que pensar…, pero bien. Igual lo había teñido todo y Ethan no fue tan malo, cometió un error que jamás olvidaré, pero crecimos juntos…

Javi pone cara de susto.

—No, no, no voy a volver con él, eso nunca, pero es mi hermanastro.

—¡Ahh, claro!…

—Bueno, ya pensaré en ello. ¿Qué tal por aquí?

—Ya va a terminar. Te has perdido a Curly y a Young…, brutal. —Se ríe y yo apoyo la cabeza en su hombro para ver el espectáculo. Ahora están es escena lord Peace y *lady* Goldfinch, pero justo acaban. Todos aplaudimos.

Milena y Carlos salen poco después al escenario y nos dan la enhorabuena a todos por habernos esforzado tanto.

—Eso sí, después de lo de anoche —menciona Carlos— y del momento tan espontáneo que hemos vivido hoy… A Milena y a mí se nos ha ocurrido una cosita para mañana, y así olvidar el incendio.— Sonríe.

—No sé a ustedes, pero a mí la escena de Anne y Frederick me ha impresionado —dice la reina de Curtos—, sobre todo ese magistral final improvisado. —Nos señala a Javi y a mí mientras sonríe.

—Y… —la interrumpe Carlos— se nos ha ocurrido que no puede haber un mejor broche final para esta experiencia que una boda. Lord Tall, *lady* Honey, levántense—nos ruega y nosotros obedecemos como marionetas, Javi me sujeta la mano. Yo a estas alturas no sé si reír o llorar. Así estoy.

—Pareja… ¿Mañana quieren casarse para nosotros?

Todos aplauden entre risas. Yo miro a lord Tall.

—La que has liado… —le reprendo sonriendo.

—Di que sí —me dice en alto.

—¡Vale! —acepto y todos aplauden con más fuerza.

—Señores de Curtos —grita ahora Javi—, ¡espero que nos dejen tener una noche de bodas! —les suplica entre risas.

Capítulo 21

Y así, sin más, me caso esta noche.

Un novio más apuesto, dedicado, inteligente, espontáneo y divertido que este no lo hay.

Y que lo vaya a presenciar mi exnovio también le da un punto.

Solo que…

Solo que, ya…

Que yo me casaría, de broma, con más ganas con Sebas. Porque, aunque todo sea un teatro, quien me ha roto, un poco, el corazón ha sido él. Cierto es que Javi estos últimos días ha hecho méritos y me vuelve a atraer como al principio. Es que es guapo a rabiar, tiene una sonrisa contagiosa y es sencillo, o eso me parece. Compartir tanto tiempo con él me hace olvidar al gallego. Por eso le he escrito una nota esta mañana, porque, aunque sea una boda de mentira, es mi primera boda y quería dejar lo todo claro.

Buenos días, futuro marido ficticio.

Buenos días, futuro marido ficticio:

Espero que haya descansado usted bien, en la medida de la circunstancia…

Javi, gracias por todo.

Por tus bromas, por tu comprensión, porque desde el primer momento que te coloqué la corbata supe que nos llevaríamos bien y que había encontrado un amigo. Así has sido, tú has hecho que esta experiencia haya sido mucho más feliz y sencilla para mí, sin obviar que, si no es por ti, igual me habría muerto al caerme de un caballo.

Y no me quedo tranquila si no te pido perdón por una cosa…, no supe ver que tú también concursabas y me alejé de ti. Cuando echaron a *lady* Eire, te culpé por no haberme acompañado, como sí hizo Sebas, ahora entiendo, porque me lo has demostrado después de todos estos días, que tú lo habrías hecho, pero no podías.

Eres un tío genial, además del más guapo, de lejos, con el que habría fantaseado casarme, así que espero que este día signifique, pase lo que pase, que hoy comienza una nueva etapa en nuestra vida y que sea el primero de un montón de mágicos momentos.

Sobre todo, sin misterios.

Tuya (siempre he querido poner esto en una carta),

Lady Honey, Alana

Se la he dado a mi doncella y Susi se la ha llevado a primera hora. He

escrito otra para ella, porque no he podido encontrar mejor ayudante que ella. Me ha facilitado la experiencia, me tendió la mano desde el primer momento y se ha desvivido por hacerme entender que todo esto era un concurso, que tomara perspectiva. Le he escrito mi teléfono para que cuando salgamos de aquí mantengamos la relación.

Llaman a la puerta. Estoy sola, Susi salió a hacer «mi recado» y otros relacionados con ser la doncella de la boda. Son cerca de las once de un soleado sábado. Al abrir, me encuentro a una persona que me deja patidifusa. No pensaba que volvería a verla.

—Dorothy… ¿Cómo está?

—Bien, gracias, *lady* Honey. —Se inclina para saludarme, aunque realmente creo que es para cubrir su rubor.

—Pase, pase —digo al ver que trae una percha con ropa cubierta con un protector y una caja de costura.

Ella acede y cierro la puerta. Nos miramos.

—He venido a coserle el vestido de novia —emite algo azorada—. Hemos encontrado dos que pueden quedarle bien, pero habrá que hacer ajustes.

—Sí, perfecto… ¿Cuándo ha vuelto, Dorothy?

—Regresé ayer.

—Entonces, va a estar poco tiempo.

—Sí, bueno, nosotros luego tenemos que… que recoger, pero ya queda poco sí.

—¿Y no ha preferido…, no sé, seguir unos días de baja?

Dorothy me mira vacilante, dudando probablemente cuánta verdad contarme.

—Sé que sabe lo que hice…, fue una estupidez. Me sentía muy defraudada y no supe cómo gestionarlo. Bebí de más y se me fue de las manos.

—Lamento mucho lo que ha sufrido, Dorothy. Pero ahora le servirá para empezar de cero, tiene una nueva oportunidad.

—Lo sé, he de trabajar mucho…, no me puedo tomar las relaciones así. Primero estoy yo, he de aprender a quererme.

—Yo, antes de venir a este lugar, pasé un año encerrada por un mal de amores, él me engañó. Mi manera de gestionarlo fue esconderme, no quería ver a nadie. Todo me recordaba a él. Después de todo lo que he vivido aquí, sé que he perdido un año de mi vida. Se nos da una oportunidad y es nuestro deber disfrutarla a tope. Es lo único que puedo decirle, tampoco soy yo la mejor para dar consejos.

—Tiene razón…, me da tanta vergüenza. Y más que él lo sepa, no se lo merece. Es un desgraciado. Me ha estado engañando desde el principio, no solo con ella…

¿Cómo? No entiendo nada… En todo caso la que engañaba era ella, que Carlos está casado con Milena es más conocido que el hecho de que el *Quijote* lo escribió Cervantes.

A menos que… no esté hablando de Carlos. Decido tirar del hilo.

—¿Usted no sabía que él estaba con…?

—¿*Lady* Sky? ¿Cómo iba a saberlo? Yo no la conocía, desde luego ha sabido cómo esconderla.

¡Ojo! ¡Que va a estar hablando del malo, malísimo! ¡Mason!

—¿Pero ustedes vivían juntos?

—Prácticamente…, Lázaro te da una de cal y una de arena, tan pronto estábamos una semana conviviendo como regresaba a su piso porque necesitaba espacio. Yo lo entendía, me iba bien, pero no imaginé algo así. Y encima que la metiera en el concurso, porque ella es opositora, y espero que esto no salga de aquí.

—No se preocupe, lo sabía. Lo escuché en una pelea que tuvo con Randall.

Ahora entiendo el cabreo que tenía el mayordomo.

—¿Sí?

—Sí, el primer o segundo día, ya no recuerdo, cuando *lady* Sky se perdió. Los oí discutir, él le reprochaba que hubiese metido a su amante en el concurso.

Dorothy sonríe.

—Por eso hace de mayordomo —murmura—. Nadie es tan fiel de las normas como él. Lázaro y él nunca se entenderán.

—Sí, parece muy buen hombre.

—Lo es, tiene sus cosas, como todos, pero es fiel como un perro. No como el otro…, pero, bueno, ya estoy mejor, muchas gracias por su preocupación.

—*Lady* Eire estaba muy preocupada por usted.

—Lo sé… Ya he hablado con ella.

—¿Y está bien?

Dorothy me mira con una sonrisa.

—Sí, pero no le puedo contar más. Suficiente. Mire, si le soy sincera, hay momentos en los que siento mucha vergüenza, pero no me queda otra que enfrentarme a mis actos.

—¿Le puedo hacer una pregunta personal?

—Sí.

—¿No cree que igual venir no le viene bien estando él por aquí? O, incluso, ¿que sigue enganchada y por eso se ha decidido a regresar?

Dorothy reflexiona antes de responderme.

—Es imposible negar lo segundo, no por estar enganchada, es más bien «no has podido conmigo, soy más fuerte que tú». Es como si me aferrase a los estertores finales de mi orgullo, que está casi asfixiado, y con las pocas energías que le quedan me empuja a que Lázaro me vea, y me vea bien. Ridículo, cuando salta a la vista que no lo estoy.

—Muy humano…, las redes están repletas de zascas a los ex.

—Total… He vuelto y voy a intentar alejarme de él, pero ¿no es usted la que se casa hoy con un sevillano guapo?

—La misma.

—¡Pues vamos a elegir vestido!

Mientras me ayuda a desvestirme y a probarme lo que ha traído, alucino con todas las cosas que están pasando en esta semana. El aprendizaje vital que voy a sacar de aquí me va a servir de por vida. Hay algo en «la fase» que hace que te olvides de reticencias absurdas, algo que consigue que te abras a extraños, que hables de sentimientos como no sueles hacer en tu cotidianidad. Me han contado y he vivido más experiencias estos días que en el resto de mi existencia. Dorothy sí que se intentó suicidar, no era falso. Y se nota que se siente insegura, pero ha decidido seguir adelante, enfrentarse a sus miedos, a la adversidad y eso la enaltece.



Dorothy, Susi, *lady* Slowly, a la que he mandado llamar para pedir su opinión, y yo estamos intentando escoger el vestido. No sé cuál elegir, los dos son muy bonitos, pero distintos.

El primero es de un blanco puro con diseño clásico. El corpiño va adornado con encajes suaves y mangas largas. La falda cae en suaves capas de tul con detalles florales sutiles, mientras que un velo sencillo complementa el conjunto con elegancia tradicional.

El segundo, en cambio, es más atrevido, con un cuerpo ajustado adornado con encajes en el escote, que resaltaría cualquier figura, no tiene ningún mérito que me siente bien. Las mangas cortas, dejando al descubierto los hombros, son más modernas que las mangas largas y la falda es menos voluminosa, más recta y ligera, elegante. El tocado, con plumas blancas y azuladas, y con un velo corto, completa el *outfit*.

Me he probado los dos. Me quedan un poco grandes, pero hay que hacerles poca cosa, según Dorothy. Eso sí, me tengo que decidir ya, porque al final no me da tiempo. Son las doce y media, y a las dos comemos.

A mí me gustan los dos, el primero es más romántico y el segundo es más sexi. Ana opta por el segundo, Susi, por el primero, porque dice que estoy encantadora, y Dorothy no se pronuncia.

—Echo de menos a mi madre —digo en alto.

—Nena, que no te casas de verdad —me reprende con sorna Ana.

—¡Mira, que eres pava!

—Señoras… ¿Se tutean? —nos medio pregunta y corrige Susi.

—Ya a la persona que le cuento mi divorcio, excepto al juez, la tuteo, Susi —enuncia Ana.

—Vale, vale —levanta las manos—, pues tutéense. ¿Por qué dice eso, Alana?

—Porque mi madre es muy buena para estas cosas. Además, que, aunque sea de broma, ella siempre ha querido verme de novia.

—Pues no me diga más. ¿Se sabe su teléfono?

—Sí, claro. Tengo muy buena memoria.

—¿Le hacemos una videollamada?

—¿A mi madre? ¿Se puede?

—Pues no sé, ¿pero quién se va a enterar? —Nos mira Susi.



—¡Aysss, Alana, estás preciosa con los dos! —exclama mi madre, que no se la puede ver más contenta.

—Gracias, mami, pero te he llamado para que me ayudes a escoger.

—Es que nunca te imaginé con unos vestidos tan bonitos, hija. Siempre vas tan zarrapastrosa.

—Mamá, nos están escuchando.

—¿Y qué? Es la verdad, no te pones un vestido largo ni a tiros.

—Pues, entonces, aquí ha cubierto su cupo de por vida —dice *lady* Slowly —. No se nos permite enseñar tobillos.

Llaman a la puerta. Las cuatro pegamos un respingo importante.

—¡Santiaga, no hable ahora! —le pide Susi a mi madre—. Alana, vaya al baño para que nadie la vea.

Susi va a la puerta y abre. La escucho sonreír, dar las gracias y cerrar.

—¡Alana, un novio le ha contestado y le ha regalado una cosita que nos viene muy bien a todas!

Las escucho reír y al salir lo entiendo. Susi tiene en sus manos una botella de champán. Mi doncella me tiende la nota y la leo, reconozco que algo emocionada:

Cuentan por ahí que la novia está escogiendo el vestido para casarse conmigo. La tradición en las películas, como estoy seguro de que sabes, es que lo haga con sus amigas bebiendo champán. No quiero yo que en tu boda no haya tradición sin risas.

Muchas gracias por tus palabras. Yo también supe que ibas a ser alguien especial cuando me ayudaste con la corbata, lo que no sabía era cuánto…

Efectivamente, el día que echaron a *lady* Eire yo tuve que irme a investigar. Esta noche que acaba todo, te diré el qué. Como muestra de mi confianza en ti.

No imagino casarme de mentira con alguien tan perfecto como tú. Entre nosotros hay algo que solo tú y yo podemos encontrar y darle sentido. No se me ocurre mejor idea que esta.

Te espero ansioso.

Por cierto, he hablado con mi padre.

Tuyo,

Lord Tall, Javi

—¡Oh, oh, oh! —grita Ana—. ¿Te has puesto colorada?

—¿Quién, mi hija? ¡No veo nada! —escucho a mi madre.

—Santiaga, perdone —dice Susi cogiendo la *tablet* y posándola sobre el tocador—. Es que el novio le ha escrito una carta y nos ha traído una botella de champán y su hija al leerla, pues sí, se ha ruborizado un poco.

—¡A ver si te va a gustar de verdad! —duda mi madre.

—Santiaga, es que usted no le ha visto —le explica Ana—. Lo anormal sería que no le gustara. Está tremendo.

—¿Ah, sí? ¿Alana?

—Sí, madre, sí, más guapo no lo encuentro. Ni más alto ni más moreno, desde luego contraste hacemos. Parecemos un anuncio de los de antes de Benetton.

—Es que es mulato —aclara Susi a mi madre.

Vuelven a llamar. Susi le pide silencio a mi madre y va a abrir. Yo me escondo en la entrada del baño.

Quien sea que estuviera detrás de la puerta ahora accede al interior, porque veo que Susi deja pasar a alguien.

—¡Pero cuánta gente! ¡Hola, chicas! —nos saluda la jefa del lugar.

—¡Ostras, Milena Lagos! —escucho a mi madre que no sabe callarse ni aunque la maten.

Observo cómo Milena, que trae una bolsa enorme, mira al tocador que

preside la cara de mi madre.

—¿Y eso?

Susi responde azorada:

—Es la madre de *lady* Honey, es que nos está ayudando a escoger vestidos. Solo eso. Estamos cumpliendo las normas. No se ha dicho nada del exterior.

Milena, con esa elegancia tan suya, camina como una bailarina hasta la *tablet*.

—Buenos días, madre de Alana, ¿cómo se llama?

—¡Aysss, por favor, pero que guapísima eres! —exclama mi madre—. Mi hija y yo te admiramos mucho.

—Gracias, señora…

—¡Santiaga, hija, me llamo Santiaga! Mis amigos me llaman Santi.

—Perfecto, Santi, enhorabuena por tener a una hija tan trabajadora. No puede contar nada de esto, ¿lo sabe, verdad?

—Sí, sí… Otro año me llevan a mí. Me encantaría estar tan guapa como ustedes, vestidas con esos vestidos.

—Lo pensaremos —sonríe Milena—, hablando de vestidos… Sé que Dorothy te ha traído dos opciones esta mañana, pero es que en el último momento ha aparecido este y no sé si quieres verlo —me dice—. Si ya estás decidida por uno es mejor que no lo veas, no quiero yo liarte.

—No, no… —contesto.

—¡Hija, ábrelo! —escucho a mi madre casi chillando, se pensará que estamos en un concurso—. Milena es la más elegante del mundo.

Ana se ríe por lo bajini, pero yo la veo, y Susi está un poco arrepentida, la voy conociendo.

—Milena, no tengo nada decidido. Veamos este vestido.

—¡Genial! —dice dando un saltito de emoción—. Gracias por el cumplido, Santi, pero no tiene mérito, son mis asesores de imagen los que me visten.

—Ah, no, hija, la elegancia es un don natural —le responde mi madre—. Ya quisieran muchas…

Milena le sonríe mientras abre la cremallera con la ayuda de Dorothy y sacan el vestido más precioso que jamás he visto. Es pura sencillez y por eso me encanta. Esta vez es corte imperio clásico, con el escote cuadrado de encaje que sobresale con un ribete de pequeñas plumas blancas y plateadas. En el borde de la manga corta, continúa el ribete de plumas y la falda cae con sutileza, creo que es de gasa.

—Me encanta, Milena. Espero que me valga.

—Lo vi y pensé en ti —me confiesa—. Y aquí está… la suerte de llamarte Milena Lagos.

—¿Pero es un vestido de verdad?

—Pues claro. No pensarías que te ibas a casar con un disfraz.

—¿Y no será muy caro?

Milena se ríe…

—Lo de que llamarse Milena Lagos es una suerte, lo he dicho por algo… Pero tú no te preocupes por eso. Pruébatelo.

—Sí, hija, pruébatelo.



Como no he bajado a comer, porque me tenían que hacer la manicura, pedicura, tratamiento capilar, corporal, facial unos esteticistas conocidos de Milena, estoy brillante, pero hambrienta.

Al fin estoy sola en la habitación. Son las cuatro y media. Quedan tres horas para la boda falsa y para ponerme un vestidazo de novia de revista. Susi entra con una bandeja de comida para las dos. Trae sándwich de Rodilla, bollitos de canela y chocolate y cuencos de helados.

Con la excusa de que un día es un día, nos comemos todo lo que hay en la bandeja sin pestañear.

Mientras charlamos, le pregunto si está casada y me confirma que sí, que lleva varios años y que tiene una niña de nueve años a la que está deseando ver.

Susi ha llevado, antes de pasar por la cocina, otra carta a Javi, para preguntarle por la conversación con su padre. Por eso, no nos extraña cuando llaman a la puerta para traer otro mensaje. Susi aprovecha para ir a por dos cafés mientras leo.

«Buenas tardes, novia mía, ¿cómo van los preparativos?

A mí no me dejan salir tampoco de la habitación. Más nos vale resarcirnos esta tarde porque la historia esta de la boda es un tanto aburrida.

Mi padre biológico se ha colado un momento y… me ha dicho que está enfermo y que quiere pasar tiempo conmigo. Lo pensaré, no me gustaría arrepentirme. Yo no quiero ser como él, vivir siempre con la culpa.

Por seguir con las tradiciones… las novias tienen que llevar algo prestado, algo nuevo y algo azul. Se me ha ocurrido que esta pulsera de cuero que suelo ponerme te puede servir como tobillera, es prestada y tiene cuerdas azules. Es uno de mis amuletos, cuídalo mucho.

Estoy deseando verte y que lo pasemos bien.

Tuyo,

Javi, lord Tall

Miro en el interior y cojo la pulsera. Siempre la lleva, es verdad. ¡Qué detalle más bonito! Pienso en qué puedo regalarle yo, pero es que no uso joyas, ni relojes, ni nada… Por no llevar, no llevo ni bragas.

Reflexiono sobre todo lo que está sucediendo hoy. Aunque parezca mentira, aquí encerrada en mi habitación, estoy obteniendo más información que en muchos días fuera. Han sucedido varias cosas que me han hecho pensar en una posibilidad en la que nunca había caído y que ahora cobra todo el sentido… La tengo que madurar para decirla en voz alta.

Y lo de Dorothy, con su filtración me ha dejado muy claro que todo el asunto reloj fue mentira, no iba a estar liada con Carlos e intentando suicidarse por Mason. Por lo que no me queda otra que admitir que Eire me lio, ella era actriz. Intento no pensar qué habrá dicho de mí, si el tiempo que pasé con ella cumplí todas las normas o no, y cómo me habrá evaluado, si es que lo ha hecho. En fin, la suerte está echada. Al menos he terminado todo el concurso… Llaman a la puerta de nuevo, no puede ser Susi, ella lleva llaves. Voy a abrir.

—Buenas tardes, *lady* Honey —me saluda *lady* Curly.

—Hola… —respondo con timidez. Mi relación con esta mujer nunca ha sido muy fluida y no entiendo qué hace aquí.

—¿Necesita algo? ¿Cómo van los preparativos de la boda? —me pregunta con un fingido interés.

—Todo bien, tranquila. Se están ocupando de todo, yo solo me dejo llevar.

—Ah, qué bien…

Se hace un silencio incómodo. Yo no la invito a pasar porque no entiendo a qué viene la visita, pero por su cara resulta obvio que no es para prestarme su ayuda.

—¿Desea algo, *lady* Curly?

—No, bueno, sí…, la verdad es que quería preguntarle una cosa. —Creo que es la primera vez que la encuentro acobardada. Se muestra muy indecisa, quizás nerviosa.

—Dígame.

—Quería saber si le gusta de verdad lord Tall.

—Eh… ¿Por qué quiere saber eso? —inquiero con cautela.

—Por propio interés.

—Que esta boda no va en serio, lo sabe, ¿no? Solo le puedo decir eso, *lady* Curly. La calidad de mis sentimientos en cosa mía.

—Ya, pero es que yo sí que siento algo real por lord Tall.

¡Anda! Esto sí que no me lo esperaba. Mira que lord Young me lo insinuó, pero no le hice mucha cuenta. Es verdad que los he visto en varias ocasiones juntos, pero nunca con salseo.

—¿Y él le corresponde? —pregunto, queriendo entender la situación.

—De la misma forma que usted no contesta a mi pregunta, yo solo le digo que indiferente no le soy —espeta con una arrogancia inusitada.

—Pues eso es algo entre ustedes. Resuélvalo con él. Yo pinto poco —cambio el tono de mi voz porque, aunque pretenda dar a entender que no me afecta, que insinúe que se ha liado con Javi me toca un poco las narices.

—Usted sí pinta, sí, más bien yo diría que ensucia. Cada vez que usted aparece en la ecuación, él se aparta.

—Pues entonces… ¿Se lo tengo que explicar? —Sonrío condescendiente.

—¿Que ha jugado a dos bandas con lord Darcy y lord Tall? ¿Eso me tiene que explicar? —me habla con tono desafiante.

—Yo he jugado aquí a concursar, con quién no le importa a usted lo más mínimo, pero, puestos a hablar de dos bandas, lord Young requiere una aclaración—respondo desde la más absoluta sinceridad.

—Eso a usted no le importa.

—Ni lo más mínimo, le doy la razón, ni a usted lo que yo sienta por lord Tall.

—Ya ve que sí. En cuanto se fue lord Darcy, que ya le vale, usted volvió a usar a lord Tall. Y a mí sí me gusta él, no se merece ser el segundo plato de nadie.

—Es usted el colmo del cinismo, pero en algo estamos de acuerdo: Tall es muy buena persona y se merece lo mejor. En cuanto a mi relación con Darcy, le reitero que no es su problema.

—¿Relación, qué relación? Si él está casado.

—Él no está casado… —digo cada vez más bajo porque me voy dando cuenta de que no lo puedo asegurar.

—¿Y, si no está casado, por qué se fue de madrugada dado que su mujer se había puesto enferma?

Me quedo callada intentando disimular mi desconcierto. ¿Será verdad?

—¿Quién le ha dicho eso?

—Alguien que lo sabe y es totalmente fiable. Lord Darcy tiene una esposa y usted ha coqueteado con un hombre casado.

—Si así fuera, en todo caso, diríamos que un hombre casado ha coqueteado conmigo, ¿no cree? Pero, insisto, no es asunto de su incumbencia.

—Lo es si le gusta lord Tall de verdad o no.

—Pues lo siento, pero mis sentimientos por Javi son cosa mía.

—¿Javi? ¡Usa su nombre de pila! —me reprocha con rabia.

—¿Qué esperaba? Me caso esta tarde con él.

Y, dicho esto, cierro la puerta en sus narices con un cabreo monumental. ¿Y esta chica de qué va? ¿Acaso hemos venido aquí a ennoviarnos? Porque,

hasta donde yo sé, yo me presenté por un puesto de trabajo fijo. Soy una adulta de más de treinta años y acabo de tener una discusión de adolescente.

Voy al espejo. Necesito mirarme para ubicarme. Poco a poco recupero la calma, aunque la posibilidad de que Darcy esté casado y me haya mentido me sube la bilis a la boca. El esfuerzo que he de hacer para relajarme es considerable. ¿Y Tall? ¿Ha hecho malabares con Curly y conmigo? ¿Será un trilero emocional?

Pues con la duda no me quedo.

Esto sí que lo puedo solucionar.



Llamo a la puerta de Javi y abre él. Su pícara sonrisa es lo primero que me encuentro. Todavía no está vestido, pero por primera vez le veo con ropa de este siglo. Lleva un pantalón de algodón gris y una camiseta blanca. El efecto es pura consternación. Está guapísimo.

—¿No has podido esperar? —bromea.

—¿Estás solo? —le pregunto en voz baja y niega con la cabeza—. ¿Y puede esperar un poco?

—Sí, creo que sí. Un momento.

Javi sale de su apartamento unos segundos después.

—¿Te has hecho algo? Te veo como más suave… —bromea porque sabe que llevo toda la mañana entre cremas.

—Me he bañado en babas de caracol, debo ser más resbaladiza que las jodidas bolitas de poliestireno esas que se usan para envolver paquetes.

Javi sonríe y me mira profundo.

—¿Qué te pasa? Te veo algo… ¿enfadada? —me pregunta.

—Acaba de visitarme *lady* Curly —disparo.

—Muy bien, es maja, aunque un poco intensita —responde como si tal cosa.

—¿Me lo dices o me lo cuentas?

—¿Por qué? —pregunta frunciendo el ceño.

—Porque… ¿a ti te gusta? —voy al grano.

—¿Quién? ¿Curly? —Asiento—. Es muy atractiva, sí, pero no es mi tipo. ¿Por?

—Ella cree que tiene posibilidades contigo. Y no me importa, si te gusta, no me importa —le digo levantando las manos.

—¿«Posibilidades» de qué? Es que el abanico «posibilidades» es muy amplio, Alana…

—¿No niegas que le has tirado la caña? —voy al grano.

—¿A Curly? No, ¡qué voy a negar!, pero ¿tú la has visto? ¡Es un once! Al principio, sobre todo, me temblaba la voz cuando hablaba con ella.

—¿Te gustaba?

—Me ponía, que es distinto. Gustarme ya sabes quién me gusta.

—Pero conmigo no te temblaba la voz.

—Contigo temblaba entero y no solo la voz, Alana…, pero eres mi amiga, he aprendido a verte como tal. Supe que debía distanciarme, y eso hice. Quizás puede que buscase consuelo en ella, pero nunca pasó nada importante.

—¿Te has besado con ella?

—¿Y tú con Sebas?

—No es lo mismo.

—Sí lo es, me negaste la mayor. Siempre que te preguntaba por él decías que no había nada… Mira, chiquilla, no tienen sentido estos reproches, y más cuando el que más pierde aquí soy yo, y lo sabes. No me he enrollado con Curly, tú no puedes decir lo mismo con Darcy y me da igual. Porque ahora es otro momento.

—Perdona… —me disculpo tomándole la mano—, es que por un momento he dudado de todo.

—No dudes de mí, Alana —susurra acercándose y clavando sus ojos en los míos.

—¿Me perdonas? —digo porque se está acercando tanto que no sé qué decir.

—¿Que te perdone que te hayas puesto celosa? —me dice al oído y yo me quedo quieta como un palo mientras siento cómo mi corazón se acelera con su proximidad y su calor.

—No me he puesto celosa, solo quería saber la verdad.

—La única verdad aquí es que estoy deseando que lleguen las siete de la tarde, y solo Dios sabe por qué —dice antes de que sus labios se posen en los míos, mientras sus manos acarician mi cara—. No estés nerviosa, lo vamos a pasar bien, Alana —enuncia antes de separarse y mirarme juguetón.

—Javi…, si me besas, se distorsiona todo. Esto deja de ser una broma —le digo suave.

—¿Y qué más da lo que sea? Solo nos importa a ti y a mí. Mientras me dejes besarte, lo voy a hacer. Sin títulos y sin metas. Nos lleve a donde nos lleve.

—«Sin títulos y sin metas»… Eres todo un frasecitas, tú. Me estás liando, y lo sabes, señorito sevillano.

—¡Chiquilla, llevo un año encerrado estudiando! Estaba desando volver.

—Pues lo vas a hacer por la puerta grande, te casas.

—Y con la más bonita.

—¡Anda, ya! Ya me has dejado claro que Curly es la top. —Le empujo.

—¡Joder, Alana, es que Curly es otra historia! Pero no os podéis comparar, tú tienes un hechizo que ella nunca tendrá. Pero me has dado en qué pensar, creo que tengo que hablar con ella. No tiene ningún sentido que haya ido a hablar contigo, me da a mí que ha malinterpretado mis intenciones.

—Es que eres de beso fácil.

—¿«Beso fácil»? —Se ríe—. Me haces parecer un cachorro.

—En parte, lo eres. Con todas esas oportunidades por delante…

—De «beso fácil» dice… —murmura—. Estás fatal.

—Javi… —dudo si contárselo.

—¿Qué?

—Es que me ha dicho otra cosa.

—¿De mí? No creo.

—No, de Darcy.

—¿De Sebas? No eran muy amigos…, él siempre me dijo que era «demasiado».

—¿«Demasiado» qué?

—«Demasiado todo», me respondía siempre.

—Bien descrito…Es que ella me ha dicho que Darcy se fue porque su mujer se puso mala. ¿Estaba casado?

Javi pone cara de circunstancia y, aunque es un maestro disimulando, se lo noto.

—¿Él a ti qué te dijo? —me pregunta

—Que no, que no estaba casado, bueno, que no tenía pareja —corrijo.

—Pues entonces, créele a él —responde rápido.

—¿Tú lo sabes?

—Ya te he respondido, Alana…, Sebas es de fiar. Pasa de cotilleos.

—¿Él nunca te contó nada?

—Sí, puede que sí, pero eso quedará entre él y yo. Es mi colega. Es buen tío y, aunque me joda, todo lo que haya hecho contigo lo ha hecho de verdad, le tenías hechizado.

Miro a Javi. Esto que está haciendo ahora, le honra. Me acaba de dar a entender que le gusto más de lo que quiere confesar y, sin embargo, defiende la honorabilidad de su amigo, a sabiendas de que siento algo por él. Me acerco y ahora soy yo la que le da un tímido beso en los labios.

—Eres muy bueno, Javi. Te veo en un rato —me despido.

—Te estaré esperando, mi alma —me dice mientras me alejo.

Capítulo 22

Ya estoy vestida, maquillada y peinada.

Ya son las siete de la tarde y tenemos un nuevo problema.

No tengo padrino.

En las bodas victorianas la novia caminaba de la mano de su padre (como en las nuestras, vaya). Me han propuesto a Carlos, pero es que no… No le tengo yo la confianza que se supone que has de tener cuando te casas, de mentira.

Y aquí estoy, casi llegando a la puerta de la pequeña iglesia, con Susi y Milena atacadas, planteándome opciones porque llegamos tarde.

—¿Lord Funny? —se me ocurre y les propongo.

—Imposible —niega Milena—, es el que hace de párroco. ¿Y Young? ¿Se lleva bien con él, no?

—Sí, pero no le voy a hacer pasar por ese mal trago. Y Thin es demasiado serio, me diría que no.

—¡Ahhh! —se emociona Milena—, ¿cómo no hemos caído antes? ¡Tenemos a la persona indicada! —dice y sale pitando.

—¡No corra! —gritamos Susi y yo a la vez, pero es tarde. Milena ya ha entrado a la iglesia.

—Esta mujer tiene tantas reservas de energía que deberían estudiarla como energía alternativa. Es un caso —emite Susi.

—Me cae genial, pensaba que iba a ser mucho menos auténtica.

—Es tremenda, sí. Milena viene de una familia de bien, pero se ha hecho a sí misma. Podría haber vivido del cuento y, sin embargo, trabaja a todas horas y siempre con buena actitud. Sabe rodearse, eso también, y crea su propia familia por donde va, es imposible no quererla.

—¿La conoce mucho?

—Bueno… —Susi se da cuenta de que está hablando de más—. Son muchos años viniendo y tenemos contacto fuera de aquí.

—Ya… —le digo para no comprometerla—. ¿Y a Carlos? ¿Le conoce tanto?

—Puede ser… es un cachondo. Se complementan muy bien, él le da el toque original a todo.

—Pero…

—Honey, déjelo estar…, no conoce al verdadero Carlos, este de aquí es un personaje, solo le digo esto.

—¿Y, entonces, Milena?

—No, Milena es quien es, a ella no le gusta interactuar, por lo que tengo entendido. A ella le gusta hacer de hada madrina.

—Susi, ¿y si eres tú mi padrino?

En ese momento, se abre la puerta y aparece Milena con una gran sonrisa de la mano de…

—¿Estás de coña? —se me escapan el tuteo y la expresión.

Ethan se planta frente a mí, con una sonrisa tímida y me dice:

—Me acaban de encargar que haga de padrino.

—¿Estáis de broma? —subo el tono mirando a Milena y a mi ex a la vez —, ¿cómo voy a entrar con él?

—Pues, pasito a pasito —bromea la dueña de Curtos—. Es su familia, *lady* Honey. Haya pasado lo que haya pasado, él se alegra por usted y algo me dice que es buena gente, Alana. Es su hermano.

—Hermanastro —decimos los dos a la vez, como solíamos repetir miles de veces cuando se enteraban de nuestro parentesco. Esta casualidad me hace mirarle con una pizca de sonrisa.

—Venga, Al, yo te llevo. ¿No te parece providencial que yo te lleve al altar?

—Es de mentira.

—Ya…, pero el moreno te gusta, me gusta hasta a mí. Me merezco esta tortura, llevarte de la mano hasta otra persona. Pero lo haría por ti y por mí, para que comencemos de cero, soy tu familia y siempre me tendrás a tu lado, si quieres.

—Esto es muy loco…

Ethan se ríe.

—Siempre le dije a mi padre que los españoles me gustáis más por impredecibles. Sabéis cómo sacarle partido a los días.

—Lo sé… —le contesto, ya me lo ha dicho más veces—. Va a ser raro — acepto.

Milena y Susi aplauden emocionadas y Ethan da unos pasos para ponerse a mi lado y coge mi brazo.

—Que conste que yo te había escogido a ti —le digo a Susi—. Has sido mi mejor amiga aquí.

—Gracias, preciosa, tú me lo has puesto facilísimo —me responde mi doncella y después me abraza, separándome de Ethan—. Pásalo bien, disfruta de la fiesta y dale la importancia justa.

—Gracias, Susi.

Nos separamos y Milena y ella se marchan, me quedo a solas con Ethan. Mi ex, al que no he querido ver en mucho tiempo porque se comportó como una rata conmigo.

—Estás más guapa que nunca, Alana.

—Bueno, no será para tanto.

—Es en serio y no es por la atracción de lo imposible, es que no te he visto tan brillante jamás.

—Se han tirado todo el día acicalándome y llevo un vestido más caro que mi piso, será por eso.

Ethan se ríe y yo le miro sonriente.

—Si tu madre te viera…

—Me ha visto, Susi la ha llamado antes de salir del apartamento. Se ha puesto a llorar, como podrás imaginar.

—Espera… —me pide Ethan mientras se saca un móvil del bolsillo del pantalón—. ¿Nos hacemos un selfi?

—¡Oh, un móvil! —grito alucinada—, ¡pues claro! Pero luego escóndelo, que aquí no dejan tener teléfonos.

Después de nuestra pequeña sesión de fotos y de que Ethan envíe todas las imágenes a mi madre, Ethan toma mi mano y juntos caminamos hacia la puerta de la capilla.

—Una boda en plena naturaleza —resopla—. Era una de las opciones que habíamos barajado para casarnos, ¿te acuerdas?

—Claro —respondo.

—La vida, que de vueltas te marea —enuncia.

—Es confuso, sí, pero que no se nos olvide que esto no es real.

—Esto es en broma, pero no lo parece —admite—, verás el ambiente en la iglesia, desde luego en Curtos saben cómo organizar una fiesta.

—¿Y tú?¿Vas a servir?

—Claro…, he venido de camarero —dice subiendo los hombros y dando una patada al suelo.

—Me va a tocar aclarar quién eres, nadie va a entender porqué entro con un camarero nuevo.

—Si no quieres decir la verdad, invéntate lo que sea, yo te cubro —me dice.

—Lo haré, sobre todo, por no dar pistas —le explico—. Aquí se trata de esconder quién eres.

—Pues lo estás haciendo muy bien. Por cierto, yo creo que a esa mujer, a Milena, le caes muy bien. Me da que te han escogido.

—¡Ojalá! Llevo un año luchando por entrar en Curtos. Apenas salí de mi casa, estudiaba a todas horas.

—Tú sí que sabes cómo aprovechar una ruptura dolorosa —enuncia.

—¿Suena a reproche? —salto un tanto ofendida.

—No, no —levanta las manos para excusarse—, lo digo en plan bien, Al, estoy muy orgulloso de ti, de que hayas pasado página. Fui un imbécil y me merezco todo tu rechazo.

—Fuiste más que eso, pero ya está, Ethan. Se acabó. No pienso gastar un segundo más de mi vida en odiarte. Siempre y cuando aceptes que nuestra relación únicamente va a ser la fraternal.

—Acepto —dice inmediatamente—. Quiero estar en tu vida, en momentos divertidos como este y en los que sean, y me gustaría que tú también formaras parte de la mía.

—Pues lo estaremos.

—No te imaginas lo feliz que me acabas de hacer, Al…Estaba atascado.

—Pues a vivir, Ethan. Y a luchar por tus sueños.

Ethan me abraza y me sorprendo devolviéndole con gusto el gesto, pero sin más. No hay pasión, no hay mariposas, no hay atracción. Solo cariño y anhelo. No se le parece en nada a lo que he sentido en los últimos días, o esta misma tarde con… Javi.

—Vamos, hermanita, que te está esperando una iglesia entera.

Y, de la mano, accedo al interior de la iglesia. De la mano de la persona que más daño me ha hecho hasta el momento, pero de nada sirve anclarse en el odio. Él sabe lo que hizo, ahora entiendo que Ethan también perdió mucho al enrollarse con Rocío. Me perdió a mí. Y hoy, justo hoy, sé que soy alguien que merece la pena, con luces y sombras, como todos, pero intento hacer las cosas bien e ir por mi camino sin fastidiar a nadie. Ethan perdió a alguien muy fiel, alguien que le defendía delante de quien fuese, alguien que le quería con toda su alma, sin subterfugios, y alguien que pretendía pasar la vida con él. Eso no es fácil, que apuesten por ti, no es sencillo.

La persona que quiero ser no puede perder el tiempo odiando. La persona que quiero ser entiende y avanza. La persona que quiero ser desea hacer familia por donde vaya, porque quiero ser ejemplo, no una ejemplar más.



Ha sido tan divertido que me duele la mandíbula de sonreír. Creo que por primera vez no me ha importado ser el centro de atención. Quizás porque como todo era una farsa le restaba importancia, eso sí, la farsa podía competir en magnificencia con las cabalgatas de los Reyes Magos que se montan en España, que no hay bulo más grande y consensuado que ese en nuestro país.

No solo era mi modelazo, o el traje de novio de Javi, es que todos iban vestidos de ceremonia. La capilla estaba superadornada con arreglos florales y guirnaldas. El salón de actos ha hecho los usos de salón de bodas, al no poder

ser en la carpa. Pero, para mi sorpresa, se veía precioso. Lo han decorado también con flores y las mesas estaban perfectas. Y la comida, eso ya ha sido de nota. La cena la han preparado los ayudantes de Dani García, que se han desplazado hasta aquí. Nos han servido un guacamole hecho en el momento, que estaba para llorar, y había un *brioche* de atún que quiero repetir, cueste lo que cueste. Podíamos elegir los segundos y hay quien ha optado, como mi marido, por una hamburguesa de pollo. Yo también, pero yo por las *fish and chips*. En resumen, nos hemos puesto como el Quico, como suele decirse.

Otra razón para que no me haya sentido cohibida es que nosotros no éramos los únicos protagonistas, los demás, también, han tenido un papel importante.

Funny ha actuado de cura y, como cabía esperar, el resultado ha sido tronchante. Thin y Ana han dado un brindis por nosotros, recordando cuando nos conocimos (hace prácticamente una semana). A eso han jugado, Thin decía frases formales y Ana se las interrumpía con bromas para rebatirlas. Muy ingenioso. No esperaba menos de esas dos mentes brillantes. Hace días que pienso que Thin, entre tanta austeridad, esconde un cerebro perspicaz y ágil.

Lady Goldfinch, con su maravillosa voz, ha ejercido del coro de la boda. Ella, sentada al piano, nos ha amenizado la ceremonia, dejándonos a todos estupefactos de lo bien que canta y toca a la vez. No he podido disfrutar mucho de esta chica, al final no te da tiempo a estar con todos, pero me cae bien.

Lord Peace leyó en la iglesia un discurso sobre las experiencias que hay que amontonar en la vida, del tipo «no le sumes años a tu vida, súmale vida a los años», altamente inspirador.

Lady Blonde, *lady* Sky y *lady* Curly han simulado ser mis damas de honor y se han marcado un baile sorpresa en la cena, con una coreografía repetitiva para lograr que todos la imitásemos, como hemos hecho, y las risas han hecho eco en el barranco sobre el que estamos.

Lord Jaipur ha tallado unos anillos de madera y, en plena ceremonia, ha explicado que son símbolo de la simplicidad, de la unión con la naturaleza como hemos experimentado estos días y del compromiso. Por eso, para sorpresa de todos, le ha entregado un anillo al resto de participantes. Se ha ganado una ovación muy emocionante. Hay joyas mucho más valiosas que un diamante. Este anillo lo guardaré siempre.

Lord Young se ha encargado de la tecnología y de la música del baile. Por fin suenan canciones actuales y no puede ni imaginar cuánto se lo agradezco. Estaba harta de las versiones y de los cuartetos, que me perdonen los melómanos.

Y, lord Tall, él ha sido el novio más guapo, alto, atento y perfecto con el que cualquiera podría soñar. Sí, le ha quitado el galardón al duque de *Los Bridgerton*. Javi no pasa desapercibido de normal, pero hoy, vestido con un clásico chaqué negro con chaleco verde de seda, mucho menos; resultaba

magnético. Se le ajustaba a la perfección, como si lo hubiera encargado hace meses, y, con el cuerpo que esconde el amigo, era todo un deleite detenerse a mirarle. Seguro que Miguel Ángel le esculpiría si levantara la cabeza. El famoso síndrome de Stendhal, que te pueden provocar las obras de arte, esta vez no era arte inerte, esta vez se movía y se ha casado «en broma» conmigo. Juro que yo he sentido palpitaciones y un poco de mareo, al advertir, cuando le tenía delante en la capilla, que el color del chaleco era el mismo que el de sus apabullantes ojos.

Estamos tomando una copa tranquilamente, sentados en la barra, viendo cómo montan un proyector. No estamos solos, Thin y Ana nos acompañan. Creo que es la primera vez que veo a Thin tan animado. Hace un rato nos ha confesado que, cuando vio de qué iba a ir el tema, pensó que le iban a echar el primer día y no se cree que haya llegado hasta la final.

—Amigos, amigas… —nos interrumpe Carlos, que se ha situado en el centro de la sala acompañado por su mujer y por su equipo, Dulce y Mason—. He de anunciaros algo.

Todos nos callamos porque, por las caras, parece algo solemne.

La canción architrillada «Siento que ya llegó la hora…» de Medina Azahara comienza a sonar (después de «Chiquilla» otro de los *hits* de los cuarentones, esta sale en todas las fiestas de despedida).

—Efectivamente, ha llegado la hora de terminar. Ha sido el broche final que merecía esta experiencia. Todavía no pueden decir quiénes son ni a que se dedican, pero sí se acaba el trato de usted y dejan de ser *ladie*s y lores. A partir de ahora, dejamos de evaluarlos directamente hasta la entrevista final. Esta noche ya es libre, pueden beber y emborracharse como ciruelos, o bailar hasta que el cuerpo aguante.

—Mañana a las doce, vendrá un coche a recogerlos para llevarlos a su siguiente destino. Allí descansarán unos días hasta la entrevista final y podrán pensar en todo lo que han vivido —nos explica Milena—, pero ahora tenemos una última sorpresa para todos.

Carlos hace una señal a Young, que es el que se ha encargado de conectar el proyector, y comienza a sonar la canción «Always remember us this way» de Lady Gaga y unas imágenes captadas de todos nosotros del primer día se aparecen en el proyector.

Los gestos de sorpresa, al sabernos fotografiados a escondidas, son comunes. Ignoro cómo han logrado captarnos sin que nos enteremos, pero hay imágenes de todos los días. Me veo en muchas con *lady* Eire, riéndome o cuchicheando. Veo escenas de mis compañeros, algunas que he presenciado y otras no. Me concentro en prestar atención y evitar los sentimentalismos porque esto me puede ayudar a la evaluación. Pero… el enanito romántico de mi estómago pega un brinco, acaban de colgar el momento con Sebas, el día del karaoke, justo cuando acabamos de cantar y nos miramos, según veo ahora, sobrecogidos. Mi esfuerzo por mantener a raya mis sentimientos empieza a resbalar.

—Ahí supe que por mucho que lo negarais algo pasaba entre vosotros —me susurra Javi al oído mientras me da la mano.

—Lo intentamos evitar…

—Lo sé…

Ahora emerge una foto de ellos dos jugando a las cartas.

—¡Joder, cuánto le echo de menos! —se explaya—. Es que es un tío muy grande.

Las imágenes se suceden y el corazón, poco a poco, se me va encogiendo de pena. Ha sido una experiencia muy intensa. Cuando acaba el video y vamos a aplaudir, sale, de repente, en un vídeo casero, lord Trujillo.

—Hola, compañeros, enhorabuena a todos los que sí habéis llegado hasta la final —se le escucha algo abatido para lo que era él—. Os deseo lo mejor y que vuestra vuelta a la realidad sea como esperáis. Un saludo.

Tras este video, se aparece *lady* Sparkle con su cara de arrogante, vestida, hasta donde se ve, con una blusa blanca y una *blazer* verde.

—Os deseo lo mejor, si es que os lo merecéis. Un saludo.

Se me escapa una risa porque se intuye que grabar el video le ha hecho poca ilusión.

El corazón se me acelera. Tengo en la pantalla a *lady* Eire. Con su pelo alocado rojo y esa cara tan bonita y dulce, sonriendo.

—¡Hola, amigos! Espero que estéis bien. Enhorabuena a todos por haber llegado hasta el final, en especial a Funny y a mi dulce Honey. —Nos hace un guiño—. Estoy muy bien, todo se ha resuelto. Chicos, habéis llegado hasta la final, sois muy grandes. Hoy toca celebrarlo a tope. Os espero fuera. Un besazo. ¡Os quiero! ¡A todos!

Me río por no llorar. Es una mezcla de emociones brutal. Alegría y, a la vez, pena, confianza y desconfianza, pero hay algo que gana a todo, la energía del vídeo, desprendía tal buen rollo que me voy a quedar con eso. Se la ve feliz, tal y como yo la he conocido y solo puedo pensar en que quiero seguir conociéndola fuera.

Suenan unos tonos de llamada, se abre una imagen, veo unas manos colocando un móvil y después a él. A Sebas. Está sonriente en su justa medida, vestido con una camiseta gris oscura gastada. Yo diría que le distingo el pelo más largo, pero es imposible que en cuatro días le haya crecido, igual es la barba…, de cualquier forma, provoca un tsunami de emociones en mi interior.

—¡Hola! ¿Me oís?

—Sííí —responden todos, yo estoy en *mute*. Mitad porque disimulo mi nerviosismo y la otra mitad porque no puedo, ya que el nudo en la garganta ha secuestrado a mi laringe y amenaza con ahogarme si no lloro.

—Tranquila, mi alma, solo es él… —me vuelve a decir Javi al oído mientras me aprieta la mano con más fuerza. Pero sirve de poco. Está a pantalla grande, Sebas, el hombre que más me ha trastocado en mi existencia. Sin olvidar que la última vez que le vi estaba desnudo, a mi lado y se marcó

una huida tipo «padre a por tabaco».

—Yo escucho mucho ruido, pero creo que habéis dicho que sí, por lo que yo hablo… ¡Enhorabuena, compañeros, habéis llegado al final! ¡Sois unos *cracks*! Siento mucho haberme ido como me fui, pero fue por motivos ineludibles. Quiero deciros que esta experiencia me ha cambiado la vida, en muchos sentidos, y espero que a vosotros también. Me dejan deciros que yo ya he pasado la fase final y ya formo parte de la familia Curtos.

Se oyen muchos aplausos y vítores. Yo escojo un aplauso tímido.

—Gracias, gracias… Si lo he conseguido ha sido en gran parte a vosotros, sobre todo, a algunos de vosotros: Slowly, Thin, por ser mis amigos y, especialmente, a dos personas muy especiales que creo que hoy han celebrado su boda.

Toda el agua de mis células se amontona en mis lagrimales, porque la boca la tengo seca como una alpargata.

—Ya, ya sé, que es una boda falsa, pero sabéis que yo apuesto por vosotros, si así lo deseáis. Nunca imaginé encontrarme con gente así. Javi me abriste el corazón desde el primer día y yo no pude no hacerlo, eres muy especial, colega…, y Honey, tú sabes que yo… —ahora sí que le veo más serio, dudoso—, desde el primer segundo conectamos, eres alguien que nunca voy a olvidar y te deseo lo mejor, pequeña.

—¡Gracias, *crack*! —grita Javi emocionado.

—¡Te he oído, Javi! Es que no se ve nada, se ve todo muy oscuro. Cuídate mucho y… cuídala.

Una luz nos da de pleno para enfocarnos.

—¡Ya os veo! ¡Joder, Honey, qué guapa estás!

Todos se ríen y yo disimulo mi consternación, contestándole:

—Gracias, tú podías afeitarte, pero no se te ve mal.

Escucho su risa porque ya no le puedo ver por la luz.

—Bueno, Sebas, que sepáis que Lord Darcy se llama Sebas —interrumpe Carlos—. ¡Ponte a currar que tú no estás de fiesta!

—¡Hecho, jefe! —bromea el gallego—. Adiós a todos.

Cuando cuelga, todos aplaudimos la sorpresa y yo en cada palmada trato de volver en mí y bajar las lágrimas a donde quiera que estuviesen escondidas.

Javi me baja del taburete y me abraza fuerte.

—Llora si quieres, no te ve nadie —me susurra.

—Tranquilo, estoy bien…

Javi se separa para mirarme y pone sus manos en mis mejillas.

—¿De verdad?

—Sí, sí, ha sido un poco *shock*, pero ya está superado.

—¿De verdad? —suena más interrogante.

Tomo un poco de aire para relajarme y desterrar al nudo de mi garganta y después digo lo que realmente pienso:

—No me queda otra. Después de todo lo que me ha pasado en el último año, a Sebas solo le puedo recordar bien. Me ha hecho darme cuenta de que

tengo toda la vida por delante y un montón de decisiones por tomar. Y que tengo que vivir, disfrutar…, arriesgarme.

—Eso es…

—¿Puedo hablar, chicos? —Nos separa Ana.

Los dos nos volteamos para mirarla cogidos de la mano.

—Desde hoy os premio como el triángulo amoroso más civilizado de la historia.

Thin le da un codazo y Javi se ríe.

—No, en serio… ¡Darcy ha entrado!, ¡tenemos que brindar por él!

—Estoy contigo —la sigo. Necesito alcohol para bajar el susto.



Son las tantas de la mañana. Ya va siendo hora de recogerse, pero me da pena, porque ha sido una noche memorable. Por primera vez se nos veía unidos a todos los concursantes. He bailado hasta con Curly, que se ve que se le han pasado las penas con el mismo camarero con el que se enrolló Eire. La vi salir hace una hora detrás de él.

Hablando de camareros, Ethan no se ha acercado a mí en ningún momento, pero en varias ocasiones le he pillado mirándome y me hacía muecas. Ya está recogiendo las últimas copas. Acabo de regresar del baño y, antes de irme con Javi, paso por su lado.

—Hola, hermano…

—Hola, Al…, estoy muerto. Recuérdame que no vuelva a hacer de camarero nunca jamás.

—Te lo recordaré, tú eres más de detener a los malos, lo sé.

—¿Te lo has pasado bien? —me pregunta con franqueza.

—Sí, la verdad que sí.

—Estos de Curtos saben cómo dar fiestas…, estás guapísima. Tienes al sevillano muerto por tus huesos.

—¡Anda ya! —Le empujo.

—Te diré…, por cierto, ¿el gallego era el de la llamada?

Pongo los ojos en blanco como respuesta.

—A ese también le has dejado KO, cuando te han enfocado, tendrías que haber visto su cara… Y sí, es majete también. Tiene carisma ese tipo.

—Y unos ojazos, pero se ha ido.

—Ha dicho que fue un motivo mayor.

—Ya, bueno…, es complicado, Sebas es muy complicado.

—Pues huye de eso, bastantes complicaciones nos pone la vida ya. Vete con el moreno, que ese te lo va a poner fácil a la que se lo digas.

Le miro con extrañeza.

—¿Ahora vas a ser mi consejero matrimonial?

—Ahora seré lo que tú quieras que sea —me dice acercándose peligrosamente.

Por un segundo, encuentro este gesto tan cotidiano y familiar que estoy por aceptarle, pero no tardo en darme cuenta de que no quiero.

—Frena, caballo, que te estampas —le advierto alejándome.

—Perdón, perdón, Al…

—No lo vuelvas a hacer, Ethan, o todo lo que hemos hablado se evaporará.

—Perdona, me he dejado llevar. Estoy muy cansado… —dice tocándose la frente—. Vete, Al, pásalo bien. Ya hablamos cuando salgas.

—Gracias por venir, Ethan. Descansa.

Me doy la vuelta y mientras camino hacia Javi advierto que me mira con una gran sonrisa. Cuando llego a su lado me dice:

—Le acabas de hacer una cobra histórica a tu ex.

—De muy señor mío, sí.

—Pues eso que te llevas. Eres una reina.

Nos reímos.

—Javi, me matan los pies, necesito irme a dormir.

—Chicos, nos vamos —dice Javi a los compañeros que quedan—. ¡Nos vemos en Curtos!

Después de despedirnos, salimos a la intimidad de la noche. No se oye nada, solo nuestros pasos. Ninguno habla. Javi me escolta hasta mi apartamento, cuando llegamos a la puerta y voy a despedirme, se me acerca tanto que su frente y la mía se tocan.

—Déjame pasar, Alana… —susurra con voz angustiada.

Me acelero. No sabía qué iba a pasar, por eso no podía hablar por el camino. Pero reconozco que en muchos momentos de la noche he fantaseado con esto. ¿Quiero acostarme con Javi?

—Javi, no sé…, sabes que…

—Me da igual el antes, Alana —adivina lo que quiero expresar—. Hoy ha sido un día genial, me he casado contigo, con la novia más bonita de España, hemos sido tú y yo, totalmente sinceros. Nos merecemos culminar esta noche —dice y me acerca a él, poniéndome una mano en el trasero—. Te deseo tanto…

—Y yo a ti, pero…

—Shsss —me silencia con besos—, sin compromiso, lo sé. Déjame demostrarte cuánto me gustas, chiquilla.

Le doy la espalda nerviosa para abrir la puerta. Pareciera que tuviese los dedos de trapo. La cerradura se resiste como si estuviera conspirando en mi contra, tanto que me lleva una eternidad abrirla. Cuando lo consigo y accedo, me giro, veo a Javi cabizbajo. Tiro del cuello de su camisa con firmeza y lo atraigo hacia mí.

—Hagamos que la noche sea memorable.

Javi me atrapa en un beso tan apasionado que nos deja temblando contra la pared. Este hombre besa como los dioses. Después, cerramos la puerta y subimos las escaleras hacia mi habitación casi a rastras, deshaciéndonos de la ropa.

Cuando entramos en mis aposentos, Javi me toma en brazos y me sienta en la mesa del tocador, tirando al suelo todo lo que allí descansaba.

—Déjame saborearte, Honey… —susurra mientras sus labios recorren mi cuello, su aliento acaricia mis costillas aún vestidas con el corsé. Sus manos exploran las enaguas, subiendo por encima de las rodillas—. Eres deliciosa…

No contesto. Prefiero gemir, especialmente cuando su boca se traslada al interior de mis muslos. Mi cuerpo se arquea hacia atrás, abrumado por las sensaciones. Javi me quita el tanga (hoy sí que llevaba) y después encuentra lo que estaba buscando, y todo mi ser palpita de dicha. Necesitaba esto. Sexo. Sexo liberador. Sexo sin prejuicios, sin culpas, sin objetivos.

Lo que hace con su boca, lamiéndome completa y profundamente, provoca el orgasmo más rápido que recuerde. Javi se irgue, sonriente, satisfecho. Después, en silencio, sin apartar sus ojos de los míos, se quita lo poco que le queda de ropa con gestos traviesos.

Es grandioso. No puedo evitar pensar que está como una tarta de queso de Alex Cordobés («¿por qué pienso yo en eso ahora?, ¿será que me fliparía verle embadurnado en tarta? ¿o desnudo sujetando la tarta? ¡Para, Alana!»). No tiene ni un gramo de grasa («la tarta sí, ¡qué pares!»). Se le notan todos los músculos y he de decir que dudo que su entrepierna pueda tener cabida en mí. Pero Dios sabe que lo voy a intentar.

Me bajo de un salto del tocador y le empujo para que caiga de espaldas en la cama. Cojo un preservativo de la mesilla antes de subirme encima de él. Lo rasgo con la boca y se lo coloco despacio. Es tocarlo y me vuelvo a excitar como antes, en parte por verle a él disfrutarlo tanto o más que yo.

—Eres muy grande, Javi…Lo sabes, ¿no?

—Iremos despacio, mi reina, vamos a fliparlo, lo sabes, ¿no? —me imita y me río.

Decidida, me balanceo hasta que me sitúo encima y permito que entre poco a poco en mí. Y lo hace… Nos miramos con los ojos extasiados de placer.

Esta noche va a ser muy larga.

Capítulo 23

Miro por la ventana de la casa en la que estoy aislada desde el domingo. Suena peor de lo que es. Es una cucada, una especie de cabaña-bungaló de lujo en Pirineos. Dispongo de mi propia sauna y *jacuzzi* en una terraza con vistas a la montaña que serían totalmente instagrameables con el *hashtag* #escapadadereflexión (si tuviera mi móvil, que no es el caso).

No me han abandonado a mi suerte para que me marque un «hey, guys»… Esto es un guiño que solíamos utilizar Ethan y yo cuando nos veíamos en situaciones complicadas. El «hey, guys» hace referencia a la imitación que hacía José Mota de *El último superviviente,* ese que salía de la nada y se enfrentaba a desafíos extremos en lugares remotos y comía cualquier cosa para sobrevivir. Pues a la que veíamos que se nos complicaba algún tema, siempre le decíamos al otro «márcate un "hey, guys"».

Ethan, ahora he hecho las paces con Ethan. Todavía he de procesarlo, no puedo pasar del negro al blanco por dos conversaciones, pero lo que sí sé es que si pienso en él ahora siento más paz que antes y creo que ese es el camino que he de seguir. No dudo que en momentos puntuales resurgirá la rabia, porque me conozco y me hicieron mucho daño, pero la diferencia es que ahora ya no quiero sentir eso, ahora opto por perdonar y continuar con mi vida libre de odios.

Lo que quería decir con que no me han abandonado a mi suerte es que en la nevera, de dos puertas, hay absolutamente de todo. Conocen mis gustos y mi poco arte en la cocina, por eso hay platos preparados, congelados y todo lo necesario para hacerme ensaladas. Y tengo un bizcocho de mi madre, sé que es de ella porque es inconfundible. Me hizo tanta ilusión verlo que casi me echo a llorar.

Tampoco quieren que me pase el día pensando, un montón de libros por doquier y una tele con todas las plataformas lo aclaran. Si necesito algo más, me han dejado un teléfono básico, por el que solo puedo llamar a un número y pedir lo que quiera.

Puedo salir a dar un paseo, pero me han pedido que no me aleje mucho para que no interactúe con nadie, es más, he de decir cuándo salgo de casa, llamando al teléfono, y cuándo regreso.

Es un poco cárcel, sí, pero para mí no. Estamos hablando de una persona que ha hecho más o menos lo mismo durante un año en un miniapartamento en Madrid, sin esta terraza y esta nevera. Necesitaba algo así. Desconectar de todas las emociones que he experimentado estos días y verlas con perspectiva.

El lunes estaba como de resaca, pero en este caso emocional. Con cierta felicidad por haber logrado terminar, pero con un amargo sabor porque se hubiera acabado. Como cuando regresas cansado de un viaje maravilloso y mientras sacas la maleta eres consciente de que ya pasó. El lunes solo lo dediqué a dar rienda suelta a la añoranza.

El martes ya me desperté con otra actitud. Más descansada y habituada a mi entorno, me preparé un café ardiente, como me gusta a mí, y sí que lo invertí en darle forma a mis pesquisas. Usé cuaderno y bolígrafo, organizando los días, las experiencias, las personas. Me apoyé en el vídeo de despedida que nos prepararon, donde más tarde entendí que eran los camareros los que nos fotografiaban.

Ahora apuesto a que Eire es actriz y fue ella la que me lio para que investigásemos la historia de Dorothy, pero se les complicó por el intento autolítico de esta. Por eso ella estaba destrozada, se conocían. Todo el asunto con Carlos estaba orquestado, y lo del reloj. Entiendo que ellos querían saber cómo me comportaba ante los secretos y ante la injusticia.

Creo que a cada uno de los que hemos participado nos han preparado pruebas diferentes, en honor a nuestras carencias. Pensarían que puedo ser poco activa, conformista y reservada, y por eso me han orquestado la de la expulsión de Eire.

A Javi, sin embargo, le imaginaron muy resuelto y fresco, y por eso le endiñaron el reloj de Carlos. Sí, me lo contó él mismo en nuestra noche… especial. Dulce le pidió ayuda, parecía muy preocupada y él la ayudó. Le contó que no se fiaba del novio de una amiga y que le sedujo para demostrarle a la amiga que tenía razón, como prueba le había tomado prestado el reloj al tipo. Pero sabía que él podía buscar en su habitación, así que le pidió que lo guardase él. Javi aceptó. Cuál fue su sorpresa cuando Carlos apareció en el salón diciendo que le habían robado el reloj y el valor de este. Quiso devolvérselo a Dulce, pero esta le ignoraba o le citaba y luego no acudía. Desesperado, le contó a Sebas que él tenía el famoso reloj. Juntos intentaron acechar a Dulce e intentar averiguar si era verdad lo que le había enumerado o un cuento chino para hacerse con la preciada joya. No tenía sentido que fuese tan resbaladiza, Milena ya estaba allí y podía llevarle las pruebas del engaño de Carlos. Y así estaban, sondeando a Dulce, cuando le echaron las culpas a Eire. Javi se fue porque necesitaba saber si el reloj seguía en su habitación. Y no, ya no estaba.

Esa noche, se coló en la habitación de Dulce y esperó a que llegase para pedirle explicaciones. Ella le juró que no tenía nada que ver, que no se había atrevido a hablar con Milena y ahora menos que estaba embarazada y que por eso le había dado largas, porque no sabía qué hacer y le había enmarronado a él, como suele decirse. Él le preguntó si se lo había contado a alguien y ella le desveló que el único que lo sabía era Pablo Álvarez, pero porque tenía una relación con él y le había avisado de lo que iba a hacer. Javi le pidió a Dulce que fueran a confesar la verdad, porque estaba pagando el pato una inocente,

pero ella le convenció de que no porque les echarían a los dos.

Por eso veía tan serio a Javi en las últimas clases. Observaba a Dulce y a Pablo para ver si sacaba algo en claro. Finalmente, animado por Darcy, habló con Carlos y con Milena, los dos a la vez. La noche que Sebas y yo nos liamos. Les contó su versión y ellos le dieron las gracias, y, como a mí, le pidieron que diera por zanjado el asunto. Eso hizo. Y llegó a la conclusión de que estaba todo orquestado. Como yo.

Yo también le conté mi investigación.

Y, estos días, me he arrepentido un poco por ello. No hemos sabido separar el placer del deber y, como resulte que Javi sea actor, estoy perdida. No lo creo, pero no deberíamos habernos confesado nada, aunque cierto es que me ha venido estupendamente para reforzar mi visión.

Javi…

La noche que pasé con Javi fue, fundamentalmente, divertida. Mezclamos sexo, confidencias y bromas, en especial, por la boda. Yo creo que el trampantojo cruzó la línea de la realidad y, por algunos momentos, nos creímos recién casados.

No me arrepiento, para nada, de haberme acostado con él. Nos apetecía a los dos y nos dejamos llevar, no tengo que darle más vueltas. Pero le doy. Porque ahora mismo no podría invertir tiempo en una relación y lo que tenemos Javi y yo podría abocar en eso. Todo encaja entre nosotros. Y el sexo, fue nuestra primera noche, hay mucho margen de mejora, pero parte de muy buen nivel.

Claro que con Sebas también fue la primera noche, pero eso fue distinto…, es de otro planeta lo que se cuece entre ese hombre y yo. Si me toca, me derrito, mi piel siente cien veces más su tacto.

Además, ahora creo que lo que tanto me atraía de Sebas era que él limitase cualquier conato de relación, porque yo tampoco la deseo y con Javi era lo que me frenaba. No, no estoy para novios. Ahora mismo, no. Me debo a mí misma, quiero preocuparme por mí, alegrarme por mí y trabajar por mí. Cuando todo eso, que no es poco, esté cumplido, ya podré pensar en otra persona. He estado toda la vida de adulta en pareja y el último año lamentándome por haberla perdido. No pienso caer en los mismos errores. Cuando sepa quién soy y a dónde quiero llegar, entonces, estaré preparada para compartirme.

El teléfono interrumpe mis pensamientos. Descuelgo.

—¿Señorita Bautista? —escucho la voz desconocida de un hombre.

—Sí, soy yo.

—Buenas tardes, le informo de que mañana, sobre las ocho, iremos a recogerla para la entrevista en nuestras oficinas de Curtos. Es para que esté preparada.

—Ah, perfecto.

—¿Necesitará algo?

—No, en principio, no.

—Pues perfecto, pero, de cualquier forma, no tiene más que llamarnos.

—¿Mañana ya me darán el móvil?

—Sí, sí, después de la entrevista será del todo libre.

—Muchas gracias.

Cuelgo el teléfono y suspiro. Ya está. Mañana es el día. Mañana me juego mi plaza en Curtos.

Voy directa a la nevera. Cuando estoy nerviosa me da por comer. Me echo una copa de Menade, un verdejo que me ha encantado y que me lo he apuntado en mi memoria para comprarlo. Me preparo una tosta de jamón ibérico con tomate rallado. Salgo a la terraza y me como mi merienda contemplando las vistas. Después me quito la ropa e introduzco mi pequeño y pálido cuerpo en el *jacuzzi*. Miro a mi alrededor. Esto es vida. Mientras las burbujas bailan en mi cuerpo, pienso que me siento orgullosa de mí, de lo que estoy logrando y de lo que puedo llegar a lograr.



Como sí que recuperé mi maleta, me he vestido con un traje chaqueta pantalón azul y una camiseta lencera beis, y nadie sabe cuánto he agradecido que el viaje lo hagamos en coche. Pensar en volver a volar antes de la entrevista me acongojaba.

El chofer apenas me ha dirigido la palabra, solo me ha preguntado varias veces si estaba todo bien y, únicamente, me ha desvelado que íbamos a las oficinas de Madrid.

Sin móvil para perder el tiempo, no me ha quedado otra que dar varias cabezadas. Soy la peor copiloto del mundo, Ethan siempre me lo echaba en cara. Es montarme en el coche y sucederme dos cosas igual de inexplicables que garantizadas: entrarme una modorra ineludible y sentir que mi nariz está llena de mocos.

Ya hemos llegado a Madrid. Es la una de la tarde y desde mi ventanilla ya se puede sentir el calor que emerge del asfalto. Estamos a principios de

agosto, Madrid es una trampa infernal en verano. Contemplo a los turistas, sé que lo son, porque a ningún «gato» se le ocurre pasear a estas horas. Atravesamos Gran Vía para llegar a la plaza de España, a las oficinas centrales de Curtos, que se encuentran en el edificio España.

Una vez que salgo del coche en el *parking*, y el conductor me explica que él hará llegar mi maleta a recepción, los nervios comienzan a aflorar. Ya decía yo que estaba muy tranquila. Esto me pasa a veces, que creo estar serena cual militar y cuando llega el momento decisivo tiemblo como un beduino en el Polo Norte.

Camino sola al ascensor. El chofer me ha indicado que debo marcar la planta veinticuatro y que para eso la clave que me va a requerir es 4623. Intento no liarme con las cifras, porque, aunque tenga una memoria fotográfica, estoy para pocos esfuerzos mentales.

¡Joder, es que estoy entrando en Curtos! ¡Ahhh!

Nada más abrirse la puerta del ascensor, al llegar a la penúltima planta, salgo y veo a un hombre trajeado de unos treinta años que me espera con una sonrisa.

—Buenos días, señorita Bautista. Soy Miguel Laso, ya puede pasar, la están esperando. Sígame.

—Muchas gracias.

¡Dios, qué bien huele aquí! Es una mezcla de aroma de algodón y frutos silvestres. Miro a mi alrededor. Es ultramoderno. Lo primero que llama mi atención es la luz que entra por los grandes ventanales que conforman la pared de toda la planta, y a pesar de que hay biombos elaborados con tablillas de madera, no le roban nada de luz. Casi todas las separaciones son de cristal, hasta las puertas de los despachos. Si no echan las cortinas, que son venecianas de madera, puedes ver qué está haciendo cada uno. En el centro de la planta se encuentra una amplia sala que recuerda a una miniaula magna, con una grada blanca frente a una pizarra y una pantalla de proyector, rodeada por varios pufs distribuidos por el espacio, c omo me quedo mirándola, mi guía dice:

—Es una de nuestras salas de *brainstorming*, disponemos de varias en Curtos, pero la de esta planta es la más grande.

—¿Y lo del «todo al blanco»? —pregunto, porque es lo primero que te llama la atención. Te cuesta hasta diferenciar las paredes del techo.

—Es por las paletas de colores, en teoría el blanco aporta serenidad, ideal para cuando tienes que promover la creatividad.

Mientras caminamos, me doy cuenta de que mis pasos no resuenan, el suelo parece de tarima, pero debe de tener algún tratamiento para que los tacones no molesten al personal. Dejo a mi izquierda una fila de apartados que son muy coquetos. Parecen pequeños reservados de restaurantes, como los del Vips, de esos con dos bancos frente a la mesa, justo para comer cuatro personas. Están separados entre sí por una pared de madera gris, del mismo color que los bancos y el tablero.

—Aquí hacemos reuniones informales con clientes.

—Son muy curiosos, tienen un aire misterioso.

—Un poco es la idea, que sea informal, pero privados.

—Me encantan.

—Tuvieron su controversia cuando los pusieron, hay gente que decía que parecían mesas de restaurante, pero los usamos un montón. A los clientes les gusta.

Giramos a la derecha y veo al fondo una sala de cafetería.

—Esa es nuestra cafetería de planta, normalmente hay *catering*, pero ahora como somos tan pocos no hace falta. Hay máquinas de zumo fresco, cafeteras, granizados, en verano, y todo lo que necesites si traes tu propia comida, pero nadie lo hace. La comida está muy buena y es muy variada.

Pasamos por varias salas con pizarras, proyectores, pero estas con mesas, sillas, sillones y pufs de diferentes colores.

—Estas son salas multiusos, una planta más abajo hay una sala de relax, con tumbonas y cascos para que te eches una siestecita. También tenemos gimnasio propio, en la dos. Está muy bien, hay clases programadas, a primera hora, medio día y por la tarde.

—¡Qué bien!

—Y hemos llegado.

Terminamos en una sala de espera, frente a un despacho con las persianas bajadas. Hay una mujer en un escritorio cercano a la puerta que saluda a Miguel y me indica que me siente.

Apenas he visto a cinco o seis personas trabajando en el camino. Miguel se despide con una sonrisa y se marcha. Me quedo sola frente a la secretaria. Ella me mira sonriente:

—Ahora le harán pasar, señora Bautista. ¿Desea algo?, ¿un café, agua?

—Agua estaría bien…

La mujer, de unos cincuenta años, se levanta y va hacia un cubículo que hay cerca, que hará los usos de cocina para el despacho de los jefes, donde distingo una cafetera de bar, una nevera y un pequeño carrito de *catering* con comida.

—Tome, se la he traído fresquita, hace mucho calor.

—Sí, sí, ya lo he notado al llegar. Estaba fenomenal en el norte. Ahora me tocará padecer el calor.

—No me extraña. ¿Es usted de Madrid?

—Sí, vivo aquí.

—Pues estamos pasando unos días infernales. Yo le digo a mi marido que me alegro de trabajar porque aquí se está mucho mejor.

Le sonrío. La puerta del despacho se abre y veo salir a…

—¡Alana!

—¡Javi! —exclamo a la vez que me levanto y camino hacia él, que está por delante de Milena y Carlos. Al llegar, ambos, dudamos cómo saludarnos, se nota la confusión de lejos, y soy yo la que se decide a darle dos besos y

acabar con este momento incómodo.

—Buenos días, Alana —me dice Milena con esa sonrisa pacificadora que tiene esta mujer—. Te ves genial vestida de este siglo —bromea.

—No sé yo…, nunca pensé que iba a echar de menos el corsé, hoy me veía muy sosa.

—Estás muy guapa, como siempre, chiquilla —se explaya Javi—. Yo estoy feliz de poder ponerme mi ropa, nunca echaré de menos esos trapos que me habéis obligado a llevar —bromea.

—Pues a mí me gustan —alega Carlos.

—Tú es que eres un romántico —le dice Milena con voz tierna—. Bueno, Alana, ¿preparada?

—No sé yo, pero tengo que responder que sí, ¿verdad?

—Verás que no es para tanto —dice Milena—. Javi, puedes marcharte si quieres.

—¿Puedo esperar a que termine Alana?

—Sí, por supuesto. Tú ya eres libre. Rafaela te indica donde puedes aguardarla.

—¿Te espero y luego comemos juntos o tienes algo que hacer?

—No, no, perfecto… —le digo.

—Estoy pensando —nos interrumpe Carlos—. Hay un vasco por aquí fantástico. ¿Comemos luego juntos, sé de dos a los que les encantaría comer con vosotros?

Milena mira a su marido, condescendiente.

—Carlos, cariño, igual quieren pasar un rato solos.

—No, no —dice Javi—. Por mí perfecto.

—Y por mí.

—¡Pues hecho! Rafaela, por favor, reserva para seis en una hora. Adelante, Alana.

Miro, antes de acceder, a Javi y veo cómo sus ojos me infunden ánimo. Me muerdo el labio inferior y frunzo el ceño.

El despacho es espectacular. Tiene un sillón blanco de cuero enorme en una pared alejada del escritorio, que es lo primero que llama mi atención, y el montón de plantas que hay. La mesa escritorio es inmensa, de cristal con dos sillas a cada lado. Me indican que me siente. Lo hago y tomo aire profundo para intentar relajarme.

—Bueno, Alana, antes de preguntarte algunas cosas, tenemos que decirte que nos ha encantado conocerte, que espero que nos tutees y que tu paso por la experiencia no nos ha dejado indiferentes —me dice Carlos con una sonrisa apacible. Este es el Carlos que yo me imaginaba antes de conocerle, quizás sea por la ropa…

—Gracias, a mí me va a costar olvidarlo. Ha sido una de las mejores experiencias que he vivido, todo lo que sientes se magnifica.

—Lo sabemos —me aclara Milena—. Te explico que esto lo hacemos porque para trabajar en las altas esferas de nuestra empresa, necesitamos

conoceros de verdad, cómo actuáis antes situaciones difíciles. Como te expuse el día que apareció tu ex, en Curtos tenemos que andar con muchos ojos porque os tantearán en otras empresas para que les filtréis información. Y más a ti, que trabajarás en Marketing —dice y yo no puedo no reparar que ha dado por hecho que voy a trabajar. He estado a punto de saltar de alegría.

—Por eso, desde que hacemos esta fase-oposición, se han reducido en un porcentaje bastante importante las fugas indeseadas y, aunque conlleva meses de trabajo, merece la pena. Cuéntanos, Alana, ¿tienes algo que quieras añadir a tus evaluaciones o situaciones? ¿Has averiguado algo más?

—Eso es, cuéntanos —me sonríe Milena.

—Vale…, es verdad que fui cambiando de opinión con la gente, pero más o menos identifiqué como actores a *lady* Blonde, a *lady* Eire y a lord Funny. También dudo de *lady* Curly y de Goldfinch, pero no estoy segura.

—¿Por qué? —me pregunta Carlos.

—De Goldfinch porque es muy joven y canta de escándalo. Podría ser actriz y trabajar en musicales, de Curly, dudo, no sé, es demasiado intensa para prepararse este tipo de oposición. Pero también pienso… —aquí es donde voy a arriesgar— que esta es una empresa muy grande y que puede que ellos ya trabajen aquí, al igual que el servicio, que de eso estoy casi segura.

—¿Cómo? —me pregunta con sorpresa Carlos.

Tomo aire antes de hablar y contar la versión que más me convence:

—Creo que nuestras doncellas o los mayordomos, todos, trabajan aquí. Susi, mi doncella, trabaja aquí. Randall, seguro, es imposible que alguien esté tan implicado si no es su verdadera empresa. Dorothy… también. Que, por cierto, de su caso, creo que lo único no orquestado fue el intento de suicido, pero porque estaba enamorada de Mason y vio a este con otra.

—¿A qué te refieres con su caso? —me pregunta Milena.

He aquí uno de los momentos más incómodos de mi vida, pero creo que debo ser sincera.

—A ver, antes de que llegaras al campamento, *lady* Eire y yo presenciamos un momento incómodo entre Dorothy y Carlos, a él parecía que le había dado una angina de pecho y Dorothy nos dejó con él mientras iba a por unas pastillas a la habitación. Allí se supone que robaría el reloj.

Miro a Milena mientras hablo para valorar alguna señal de enfado, pero tiene la cara más neutra que una máscara veneciana.

—Después, *lady* Eire me medio convenció para que investigásemos porque podían acusarnos a nosotras y, entonces, pasó lo de Dorothy. Eire estaba muy afectada, demasiado…, eso me ha hecho concluir que se conocían, porque ambas trabajan aquí. Nos colamos en su habitación, eso ya lo conté, encontramos el móvil y un fármaco para provocar una angina de pecho. Ahora que lo pienso, un poco forzado. Nadie dejaría las pruebas.

—¿Y por eso crees que Eire es actriz?

—Sí, ella no robó el reloj, no podríais echarla de otra manera. Yo creo que queríais averiguar cómo me comporto ante la injusticia.

Milena y Carlos se miran, ahora sonrientes.

—Nos han pillado, amigo —dice Milena.

—Efectivamente, amor, esta mujer lo que tiene de estatura recortada lo suple con su enorme instinto. Su caso se nos complicó mucho, en teoría tenían que encontrar el diario, pero no lo hicieron porque Dorothy no lo dejó, puesto que pasó lo que pasó y se llevaron el móvil.

—Ahhh… ¿Y por qué entraron en la habitación cuando estábamos nosotras?

—Pues a asustarla y a recuperar el teléfono. Se nos fue de madre un poco su caso. Lamentablemente, el asunto de Dorothy fue verdad y ella pidió su móvil. Sabíamos que *lady* Eire la iba a convencer para colarse en la habitación y quisimos llegar antes, pero os adelantasteis.

—Y os llevasteis el móvil —le interrumpe Milena—. Dorothy lo necesitaba, cuando despertó preguntó por él, pero lo tenías tú. Así que dimos el cambiazo.

—¿Cómo?

—¿Recuerdas que me viste una mañana al salir que os saludé a ti y a Susi? Pues ese día os retrasasteis un poco y casi me pilláis entrando —enuncia Carlos.

—¿Diste el cambiazo… tú? —le pregunto a Carlos, todavía me cuesta un poco eso de tutearle.

—¡Aysss, sí! Yo me lo paso fenomenal con estas cosas. Tu caso ha sido el más complicado porque hemos tenido que improvisar mucho. Pero el momento infarto…, te tendrías que haber visto la cara.

—Lo hiciste fenomenal —le digo—, parecías enfermo de verdad.

—Me tomé varios cafés… y me maquillaron un poco —dice satisfecho.

—¿Y la expulsión de Eire?

—No, eso estaba planeado. Teníamos que ver cómo te comportabas ante su marcha.

—¿Sebas sabía algo? —pregunto con miedo.

—¿Sebas? —me repite Carlos—. No, él era concursante, él solo nos hacía favores, como cuando me acompañó a la habitación de Dorothy, pero no sabía nada.

—Gracias —le digo.

—Por cierto, eres la primera concursante que nos ha dicho lo del servicio, quiero que lo sepas —me informa Carlos.

—¿Y estoy en lo cierto? —le pregunto.

—Efectivamente, querida —me responde Milena—. Has dado en el clavo. Excepto algunos camareros, todos pertenecen a la empresa. Susi, tu doncella, trabaja en Marketing, es la directora nacional, de hecho.

—¡Anda!

—Eso os suele sorprender mucho. Ellos os sirven para conoceros más de cerca, puesto que vais a trabajar con ellos. Susi nos ha dado los mejores reportes sobre ti.

—¡Qué alegría! Nos llevamos muy bien y me ayudó tanto… ¿La voy a conocer?

—Por supuesto —sonríe Milena—. No sé si tienes alguna pesquisa más con la que dejarnos anonadados o has terminado.

—No, lo más importante es eso, creo.

—A veces, cambiamos los planes según van surgiendo —admite Milena —, como la boda o cuando me entrevisté contigo. Nos encanta poneros entre la espada y la pared, ver cómo actuáis.

—Pues yo mentí sin parar —digo con voz lastimosa.

—No, tú protegiste a tu amiga —afirma Carlos—. Fuiste fiel a ella y eso es lo que buscamos, gente con principios.

—Eso es —le secunda Milena—. ¿Alguna averiguación más?

—Que el fuego fue provocado, creo que os lo dije, ¿verdad? Así podíais traernos a alguien de fuera.

—Efectivamente. Estás en lo cierto.

—¿Y Eire es actriz profesional?

—No, actriz no, es diseñadora, trabaja con nosotros desde hace cinco años y está deseando que acabes la entrevista para comer todos juntos, porque la acabo de escribir. Funny, que también te adora, vendrá.

—¡Qué bien! —me alegro. El tono de esta entrevista me lo esperaba mucho más serio. Y, o yo soy muy optimista, o dan por hecho que me fichan.

—Solo tenemos algo más que preguntarte, Alana, es algo incómodo, pero nuestra política de empresa es como es, se permiten tener relaciones con compañeros, siempre y cuando se formalicen y no afecten al trabajo — enuncia Carlos.

—Sería una hipocresía, cuando los dueños están casados —añade Milena —. Pero nos consta, porque seguimos vuestros movimientos, que has pasado la noche con dos concursantes y, aunque no es de nuestra incumbencia, puede acarrear momentos incómodos entre los tres. ¿Crees que puede afectaros?

—No, no creo —digo un poco tímida—. Sé que ha podido verse poco profesional, pero es que, como he dicho, allí cada día parecía una semana, todo se sentía mucho más. En lo que llevo de año solo me he acostado con dos hombres y a los dos los conocéis. No soy una loca, ni voy buscando pareja, es solo que se dieron las circunstancias y me dejé llevar. Pero no creo que haya lugar a equívocos, no ha habido ninguna mentira entre nosotros.

—Perfecto… —dice Carlos—. Mientras esté todo claro entre vosotros. Como sabes, Sebas ya trabaja aquí y Javi también ha aceptado. De momento, ninguno vais a trabajar en el mismo sector, ni en el mismo país, por lo que tampoco vais a coincidir a todas horas, si es que aceptas —sonríe.

—¿En serio? —me tiembla la voz.

Milena me sonríe.

—En serio, Alana, te queremos en nuestro equipo. Has sido valiente, amable, fiel, comprometida, sincera y bondadosa, por ejemplo, con lord Young. Es todo lo que pedimos para nuestros ejecutivos. No nos hace falta

averiguar nada más. Si aceptas, has de saber que no te comprometes con una empresa más, en Curtos se exige trabajo, esfuerzo y lealtad, y, si lo cumples, verás como tus sueños pueden hacerse realidad.

—¡Acepto! —se me va la voz por la emoción—. ¡Claro que acepto!

Milena y Carlos se ríen.

—Lo único es que no vas a trabajar aquí. Eso has de saberlo antes de aceptar.

—¿Y dónde?

La pareja se mira, como si no supieran cómo decírmelo. Es Milena la que rompe el silencio.

—Primero, viajarás probablemente a Londres para rotar por nuestro servicio de Marketing, uno o dos meses, lo suficiente para que le pilles el truco y, después, tu cometido será ser la directora de Marketing de la nueva sede en Toronto.

—¿Canadá? —pregunto.

—Efectivamente, Canadá…, sabemos que está lejos. Son unos años, es probable que luego puedas acercarte a España. Es un cambio de vida, Alana, tienes unos días para pensártelo. No estarás sola…, conoces a gente, ya lo verás.

—No tengo nada que pensar, sabía que era un puesto en el extranjero y Canadá me chifla. Me da pena por mi familia, pero podrán venir cuando quieran —les digo toda emocionada porque estoy aceptando mi trabajo en Curtos.

Milena viene hacia mí y me abraza con fuerza.

—¡Aysss, qué alegría, Alana! Nos encanta tenerte con nosotros —expresa emocionada y yo ya no aguanto más y unas lagrimitas emocionadas se me escapan.

—No te hemos dicho las condiciones económicas, pero seguro que te valen. Canadá es un país muy caro, por lo que tu sueldo será acorde a ello. Tienes casa, por supuesto, y coche con conductor las veinticuatro horas del día. Además de otros muchos beneficios, como vuelos, para ti y tus familiares, que ya te especificaremos.



Mientras esperamos a que se libere el baño, Eire y yo no paramos de hablar. El reencuentro ha sido aún más emocionante de que lo me esperaba. En los últimos días, llegué a pensar que igual a ella no le hacía ilusión volver a verme, puesto que nuestra amistada fue premeditada. Pero nada que ver con la realidad, se ha echado a mis brazos nada más vernos aparecer en el restaurante, descubriéndose como la misma persona que conocí allí, pero con ropa actual y de firma. Es muy estilosa, eso lo desconocía, recuerda a un aire mezclado entre *Mad men* y *Suits*, así como abogada peligrosa y seductora.

Me ha hecho saber varias veces que se alegra mucho por mí y que le dolió en el alma tener que fingir que la echaban porque sabía que yo iba a sufrir un mal rato por el cariño que nos habíamos cogido. Me ha pedido perdón infinitas veces. Y me ha confesado que las conversaciones que tuvimos, sobre nuestras vidas privadas, todas fueron reales. No tiene pareja y sí se acostó con el camarero, que realmente es camarero, no trabaja en Curtos y yo sospecho que a Curly también le dio a probar de su bandeja.

Aunque ya están las cartas sobre la mesa y ahora sé que es diseñadora gráfica y que gran parte de lo que vivimos fue orquestado, su esencia es la misma y, tal cual habla, yo la escucho y la creo. Me parece alguien bonito, con tanta luz que quiero tener cerca, cuál es mi sorpresa al saber que Eire se viene también a Canadá. Por cierto, su nombre real es Jane, pero creo que nunca la llamaré así.

Regresamos a nuestra animada mesa, donde esté Funny, o más bien Ricardo, las risas están aseguradas. Otro que es el mismo, no cambia nada, es tal cual le conocí. Ricardo, por raro que parezca, es jurista y también se traslada a Canadá. Por eso, les instaron a que se hicieran mis amigos, para conocerme mejor, porque desde el principio estaba convocada para ese puesto en Canadá.

Vuelvo a sentarme en mi sitio, entre Javi y Milena, dando la espalda al salón. He podido constatar, cuando hemos accedido al restaurante, la cara de

sorpresa que ponían el resto de comensales al verla llegar, incluso sacaban el móvil para robarle una foto. Ella es muy conocida, yo hubiera alucinado también, por lo que no les juzgo, pero anoto que es un poco desagradable para el objeto de los cuchicheos.

Durante la comida, Javi y yo les hemos preguntado por el resto de participantes y a qué se dedican. Mi archiodiado Mason trabaja en recursos humanos, pero es la mano derecha de Carlos, Dulce trabaja en documentación y Randall es el jefe de los chóferes, pero está muy cerca de la jubilación. Ah, mi admirado lord Peace ya pertenecía a Curtos y es programador.

También nos han desvelado que han fichado al resto de participantes, excepto a *lady* Sky. Yo sospecho que es por su relación con Mason.

—Le habría gustado venir, pero no ha podido acudir, por lo de su mujer —escucho que le dice Eire a Javi.

—¿El qué de su mujer? —pregunta él.

—Son asuntos personales de Sebas —interrumpe la charla Milena—. Me consta que a Sebas le cuesta mucho hablar del tema, pero ten por seguro que estaría encantado de estar aquí.

—¿Y dónde va a trabajar él, lo sabéis? Me gustaría verle —pregunta el sevillano.

—Sí, sí, Sebas trabajará en España, era una condición indispensable para él y así nos lo hizo saber antes de empezar la experiencia —enuncia Carlos.

Yo intento aparentar que no me escuece lo dicho, pero, como si me hubiera echado gel hidroalcohólico en una herida abierta, es imposible fingir desinterés. Más cuando todo el mundo te mira disimuladamente porque saben que entre Sebas y yo se coció un buen potaje y que es probable que me esté enterando ahora de que está casado.

Se hace un silencio. Lógico. Esto es como si Milena o Carlos se hubiesen tirado un pedo, todos lo hubiéramos oído y disimuláramos ahora que no. En la analogía, yo soy el pedo.

—Chicos, se nos ha olvidado daros el móvil —dice Milena salvándome del apuro—. Están en la oficina. ¿Tenéis tiempo para pasar ahora o los enviamos a casa?

Javi mira el reloj.

—Yo cojo un tren para Sevilla en hora y media. No puedo demorar en irme.

—Perfecto. Pues será mejor que nos vayamos —dice mientras se levanta Carlos—. ¿Tú vienes, Alana?

—Sí, sí…



Entro en mi apartamento, ¡al fin!

Todo se ve tal cual hace más de dos semanas, recogido y caluroso, aunque me dejé las persianas bajadas, el bochorno de Madrid sabe encontrar el hueco.

Me da una pereza tremenda sacar las maletas, como siempre, pero he de hacerlo o me sentaré en el sillón a dar rienda a mis sentimientos.

Como siempre, en mi vida, nunca puedo estar feliz del todo. Ahora que he logrado una plaza en Curtos, me entero de que he sido la amante de alguien. Yo, que he sufrido un año por un engaño, va y me veo cómplice de uno. No es lo mismo, lo sé, pero en efectos el daño a esa mujer sí que lo es. Y no es eso lo que más rabia me da, porque se lo pregunté, lo que más me duele es que Sebas me haya mentido…

Intento recuperar las palabras de consuelo encubierto que me ha dicho Milena al verme tan callada…: «Alana, habla con quien tengas que hablar para que no se queden asuntos en el aire. No sé qué es lo que piensas, pero igual no es como crees». Yo he omitido responderle. No quiero darle más importancia al tema, por lo menos delante de los demás, así es más probable que pronto lo olviden. Y yo. Sebas acaba de pasar a la historia. No quiero ni un mentiroso más en mi vida, por lo que no le voy a pedir ninguna explicación.

Después de recoger todo, me siento en el sofá y enciendo el móvil. Menos mal que es agosto y la gente está de vacaciones porque tampoco me sorprenden cientos de mensajes, así que no tardo en leerlos y después llamar a mi madre para contarle las buenas noticias. Sé que la alegría de mi madre me va a borrar cualquier ápice de desilusión.



Entro en mi casa a las dos de la mañana, cuando mejor se estaba en la calle. He quedado con dos amigas de la carrera, Raquel y Ruth, y porque ellas tenían que trabajar mañana que si no hubiese visto amanecer.

Llevo una semana aquí en Madrid y poco a poco me estoy ubicando y preparando para mi nueva situación. En unos días viajo a Londres y después estos huesecitos partirán en avión a su destino definitivo en Toronto, junto a Funny y Eire que ya están allí. De momento, vamos a vivir juntos, han buscado una supercasa para los tres y me parece una opción fantástica, dije que sí en cuanto me lo propusieron.

Un trueno me sorprende. Ya decía yo que hacía fresquito, era el previo a una tormenta. Me voy a mi pequeño balcón del salón y el olor a tierra mojada me inunda. Sé que hay que cerrar, pero es que me encantan las tormentas. Comienza a llover a mares y asomo un brazo para mojarme. Estoy feliz. Yo, Alana. Solo yo, feliz por mí, orgullosa de mí y ansiosa por comenzar mi nueva etapa.

Cuando un trueno suena bastante cerca, decido que es el momento de cerrar e irme a la cama. Cojo mi móvil para ponerme el despertador, mañana quiero aprovechar el día.

Tengo unos mensajes de mis amigas deseándome mucha suerte y diciendo que ya están buscando vuelos para Toronto. Les escribo que las esperaré con los brazos abiertos. Cuando voy a dejar el teléfono, me doy cuenta de que tengo la señal de que hay un mensaje sin leer. Busco en mi lista y encuentro el de un teléfono desconocido que me escribió hace dos días. Lo abro.

«Hola, Alana, soy Sebas. Enhorabuena por tu plaza. Te lo mereces. Me gustaría hablar contigo».

Me quedo desnuda, metafóricamente. No sé qué sentir y no sé qué hacer. Voy al baño y bebo agua directamente del grifo, no suelo hacerlo, pero es que ahora mismo no soy muy consciente de nada. Solo soy una duda andante que se plantea si responder o no.

Me desvisto y me meto en la cama, desnuda, con la pantalla del móvil iluminando mi cara.

«Eres un mentiroso de mierda», escribo, pero no lo envío. Borro.

«Ya tuviste la oportunidad de hablar conmigo y optaste por mentirme», lo borro también.

«¿Y de qué quieres hablar? ¿De tu mujer?». Tampoco lo envío.

Dejo el teléfono en la mesilla, le doy la espalda girándome en la cama y resoplo. Me voy a dormir y mañana ya veo qué hago.

¡Imposible!

¿Por qué no sé pasar de la gente que me engaña?

Cojo el móvil, abro WhatsApp y escribo:

«Trabajaré en Canadá, pero ni un océano podrá hacer desaparecerla decepción que me he llevado contigo. Yo ya no tengo nada que hablar. Mucha suerte, Sebas».

Escribo otro mensaje, esta vez en otro tono:

«Javi, cuando llegue a Londres nos vemos. Tengo que contarte novedades».

Es tarde, sé que no me va a responder ahora. Javi ya está en Londres y me ha ido contando. Voy a necesitar a un amigo cuando me vea perdida en una ciudad desconocida y creo que Javi sabrá ocupar ese lugar.

Ahora no quiero volverme loca esperando a ver qué me dice Sebas, ya tuvo tiempo de decirme la verdad y no lo aprovechó. Ya no me vale. Sé que la mejor manera de no ansiar su respuesta es impedirla. Bloqueo su teléfono.

¡Hasta siempre, Sebas!

Capítulo 24

Cuatro años después.

Salgo de una de nuestras tiendas favoritas de Toronto en Fashion District con mi objetivo cumplido: tengo un regalo para Jane y me he comprado un vestidazo para el evento de mañana. Adoro el olor de esta tienda y las bolsas, son de papel y te meten cada prenda en una caja a medida envuelta en papel de seda; ignoro qué les costará, pero como experta en *marketing*, sé que los detalles cuentan y sentir que compras un artículo de lujo a un precio asequible te hace querer sentirte bien y querer volver.

Después de cuatro años, ya voy conociendo un poco esta inmensa ciudad o, por lo menos, donde cubrir mis necesidades. Aquí, sobre todo por el frío que hace, las compras se suelen hacer en centros comerciales, pero yo vengo de vivir en Madrid centro y, excepto la comida que iba a Mercadona, soy más de tienda. Y aquí o son muy caras como en Bloor Street o Yorkville, o rarísimas como en Kensington Market. Normalmente, compro por Internet, pero hoy he podido escaparme un rato y sabía que aquí iba a encontrar algo especial.

Mañana tenemos una fiesta en Curtos Canadá, cumplimos cinco años funcionando, logrando, con creces, los objetivos impuestos por Madrid y creciendo cada día más.

Yo llevo trabajando aquí cuatro años, menos algunos meses, y no puedo decir que no esté feliz. Echo de menos España, por supuesto, sobre todo por mi familia, el clima, la comida y el transporte público, pero de momento no pienso en volver. Y sé que cada vez me va a costar más, porque cada día que pasa creo más vínculos.

Al principio, por las circunstancias, me relacioné poco, pero pasado el primer año, vi la luz al final del túnel y empecé a encontrar tiempo incluso para mí. Cada vez que me acuerdo…, fue todo una locura, si no llega a ser por Ricardo y Jane (Funny y Eire), creo que me habría vuelto a España. Se han convertido no solo en mis compañeros de piso y de trabajo, son mi familia. Les adoro.

Entro por fin en mi hogar. Vivimos en una zona privilegiada en Toronto frente al lago Ontario y en nuestra casa caben perfectamente cuatro familias. Es bastante grande. Lo único que compartimos es el salón, la cocina, un pequeño gimnasio en el garaje y el patio trasero, pero luego tenemos dos habitaciones con baño individual para cada uno.

Jane está preparándose un té.

—Hola, amiga —me saluda—, ¿quieres uno?

—Sí, gracias. ¿Y…?

—Dormido.

—¿A estas horas? Son las seis y media.

—Ricardo, ya sabes…

—Luego no va a haber quien le duerma y mañana es la fiesta. Por cierto, ya tengo *outfit* para mañana —le cuento feliz.

—¡Oh, oh, quiero verlo!

—Te van a temblar las piernas —bromeo mientras voy abriendo la bolsa.

—¿Has ido a Arctic Style? —me pregunta y afirmo con la cabeza lentamente—, ¿por qué no me lo has dicho? Hubiera ido contigo.

—Porque quería regalarle a alguien que ha estado un poco de bajón últimamente un detallito —digo y le tiendo su regalo a Jane. Viene guardado en una caja de cartón con lazo rojo.

Solo por ver la cara de mi amiga, ha merecido la pena mi escapada relámpago. Antes de abrir su paquete me está abrazando con tanta fuerza que me cuesta hasta respirar.

—Gracias, Alana, eres la mejor —me dice emocionada.

—Bueno, espera a ver si te gusta.

—Lo va a hacer, seguro… Pero es que solo pensar que te has acordado de mí… —se emociona, últimamente está muy flojita.

—Jane, ¿cómo no me voy a acordar de ti?, ¿estás tonta? Eres más que mi amiga, eres mi hermana, lo que tú me ayudas cada día no te lo voy a poder devolver ni aunque viva mil vidas.

—Yo no ayudo, Alana, yo solo os quiero con todo mi corazón.

—Pues ya va siendo hora de que ese corazón se olvide de todo lo malo y sepa a quién entregarse. Tienes que volver a salir, Jane…

—Lo sé, estoy en ello. Ayer fui a terapia y Willis me dijo que me ve mucho más conectada y que cree que estoy mejorando.

—Yo también lo noto.

—Han sido unos meses duros, pero saldré de esta.

Jane, la mujer que no quería compromisos, se enamoró como una loca de un tipo que fingió ser quien no era y arrasó con toda la seguridad que atesoraba mi amiga. Conoció a Frank, que así se llama este demonio, en un concierto. Él era el cantante, un tipo que se aliaba a todas las campañas buenistas de la red, promulgando la libertad, el feminismo, el compostaje y cualquier cosa que le hiciese parecer un Ghandi. Y a pesar de que ella le afirmó varias veces que no quería nada serio y podía haberle servido, él se empeñó en enamorarla y pedirle una relación. Al final, ella se rindió. Los primeros meses fueron magia pura, confeti y purpurina (orgánica) en cada cita.

A mí también me la pegó. Me pareció muy buen tío, un poco sobrepasado con tanta causa «bienqueda», pero deducía que era por su trabajo en una

banda de música, rodeado de artistas. Al que no, a Ricardo, no se lo dijo a ella, pero a mí sí, le llamaba «Norman Bates» porque decía que era un ser oscuro, un psicópata integrado que se había dirigido su propia *performance* de clichés.

A los meses, empezaron los dramas. Jane lo hacía todo mal, se vestía mal, se maquillaba mucho, o no tenía conversación o tenía demasiada y sus amigos le decían que cómo podía salir con alguien tan inculto. Y mi amiga, que estaba enamorada hasta el tuétano, fue cambiando sus hábitos para entregarle a él su mejor versión.

Él podía desaparecer tres días seguidos, sin contestar a los centenares de llamadas y mensajes, y luego regresar con una queja hacia ella, para que fuese mi amiga, al final, la que tuviese que pedir perdón. En plan «me he tenido que ir a despejarme porque me agobias continuamente, eres tan tóxica, no sabes amar…».

Pasado año y medio, el grupo de Frank despegó y empezamos a ver imágenes suyas con otras mujeres en sus conciertos, en un tono que dejaba poco a la imaginación. Ahí la convenció de que él la amaba tanto que se olvidaba de él, es por eso que necesitaba, a veces, abrir la relación (solo por su lado) para poder gestionar su independencia y no desdibujarse con tanta presión entre ella y el grupo. Claro, ella no precisaba irse con otros porque no le quería tanto como él a ella y su vida era mucho más estable. Esto yo ya no lo compré, le di la razón a Ricardo y juntos abanderamos la causa «anti-Frank» «salvar a Jane», intentamos que ella entrase en razón con semejante tomadura de pelo. Pero Jane se nos revolvía, parecía más una grupi que una novia, no quería verlo.

Mi amiga ya no dormía, apenas comía, se pasaba las horas mirando sus movimientos en el móvil, viendo con quién se había acostado esta vez su enamorado. Hasta que un día apareció en casa con la ropa rota, arañazos y heridas en un costado porque él la había arrastrado por la escalera por no dejarle que se tomara más copas.

Fuimos a denunciarle. En la misma comisaría, contactaron con un psicólogo para que la valorase y le explicase qué le había pasado. El psicólogo a ella. Y, por fin, entendió que ese hombre no era bueno. Doy gracias a Dios cada día porque apareciese Willis en su vida. Ella, como si hubiese descorrido un telón en su cerebro que opacaba la falsedad de Frank, vio lo que le había hecho.

Frank insistió, no mucho, menos de lo que esperábamos, pero Jane se mantuvo firme. Había sobrepasado todos los límites. Pasó mucho miedo cuando la arrastró por las escaleras, se vio muerta y es rara la semana que no sufre pesadillas.

Todavía estamos esperando que se resuelva la denuncia, pero eso es lo de menos. A mi amiga la está costando asimilar que se creyese todas sus mentiras, que se odiase a sí misma por no cumplir los cánones impuestos por él y cambiase su forma de ser por otra persona. Ya no le quiere, jamás

volvería con él, pero tal nivel de manipulación ha deconstruido su seguridad.

—¡Es precioso, Alana! —exclama al ver el conjunto de top y pantalón que le he regalado—. ¡Me encanta!

—Te lo he cogido porque es muy de tu estilo. Te tiene que quedar de escándalo con ese abdomen plano que gastas.

—Anda, anda…, como me quede bien me lo pongo mañana para la fiesta. Muchísimas gracias, ¿pero por qué? No es mi cumple —me pregunta.

—Porque sí, ¿tengo que tener alguna razón para regalarle algo a mi mejor amiga?

—Ninguna, ninguna —dice mientras hace aspavientos con las manos y me quita la bolsa—. A ver qué te has comprado. *¡Oh, my God!* —exclama cuando ve el vestido—. Vas a por todas, amiga… Y no tiene nada nadita que ver con cierto director comercial que viene de Madrid —bromea.

—Nada de nada.

—Te creo —responde irónica.

—Solo quiero que me vea bien.

—Si no te importase, te daría igual cómo te viera, hazme caso, Alana, que de autoengaños tengo un máster acelerado.

—Han pasado muchos años, Jane…

—Y muchas cosas, Alana, que algún día tendrás que aclarar… Va a vivir al lado, no va a ser fácil ignorarlo.

—Ya no le odio.

—No debes, ahora él…

—Eres la mejor para darme ánimos, Jane —le reprocho.

—No, cariño, no te enfades conmigo —dice acercándose a mí para abrazarme—. Sé que, por mucho que finjas que no, estás nerviosa, él no ha sido alguien más, tú y yo lo sabemos.

—Hasta ahí te doy la razón —le digo separándome—, claro que me pone nerviosa, sobre todo, porque no entiendo que de todos los destinos que puedes escoger en Curtos tenga que elegir Toronto.

—Yo tampoco… y mira que he hablado con él, pero solo dice que ha sido su hija, que los dos buscaban un cambio de aires.

—¿Sabes si ya ha llegado? —le pregunto en voz baja.

—No, ni idea —me contesta de la misma forma—, igual Ricardo sabe más. Alana, estás preciosa, eres preciosa, puedes tener a quien quieras. Sebas se va a derretir cuando te vea y tú tienes que estar perfecta y tranquila para saber distinguir qué es lo que sientes cuando le tengas delante. Últimamente, creo que como le has bloqueado cualquier amago de explicación se ha cogido la maleta y se ha marcado un «sujétame el cubata».

—Ya no le tengo bloqueado. Hemos hablado varias veces.

—De trabajo, habéis hablado de trabajo. No te olvides que yo he leído esos *mails*. Él siempre te preguntaba qué tal y tú no podías ser más correcta.

—Tenía mis razones…

—Y no te las niego, pero ahora va a ser distinto. Va a trabajar aquí. Nos va

a ver. ¿Has pensado qué le vas a decir?

—Mil veces y sigo sin saberlo.

—No te recomiendo que improvises, no se te da bien.

—¡Hola, chicas! —vemos correr a Funny todo despeinado hacia el baño—, me hago pis.

—¿Mami? —escuchamos la vocecilla de Lucas.

—Voy —dice Jane.

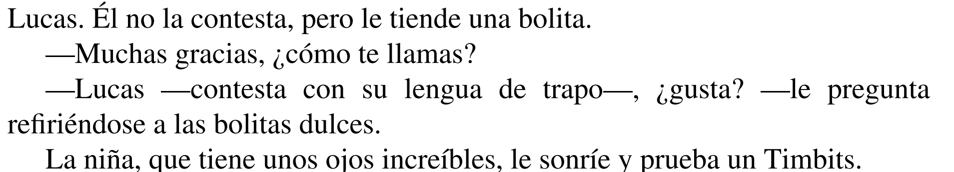


Me he traído a Lucas al supermercado Farm Boy que hay más cercano a casa. Jane tenía una reunión *online* y no podía quedarse con él. Los tres hemos sufrido las rabietas de Lucas cada vez que íbamos de tiendas, pero de tirarse al suelo y patalear. Es que era ver un carro de la compra y pasar de ser un adorable bebé a un Gremlin mojado. Pero ya es un poco más mayor y parece que se va adaptando, aun así, le he comprado una bolsa de Timbits, una especie de bolitas dulces de sabores que son muy populares aquí y que se está empeñando en que pruebe y yo no quiero. Si empiezo, no puedo parar y quiero estar perfecta para mañana.

Voy con el móvil en la mano porque me estoy mensajeando con Ana, mi amiga de «la fase», *lady* Slowly. Hemos mantenido el contacto todo este tiempo. Ella también viajó a Londres de prácticas y se quedó allí trabajando, como Javi. Recuerdo ese mes con mucho cariño, nos lo pasamos genial los tres. Ahora, ella regresa a España, a Madrid, y está muy feliz porque va a poder estar más cerca de sus hijos, que no cambiaron de país y ella anduvo a caballo entre un país y otro. Me ha escrito que le hubiese encantado venir a la fiesta, pero que le ha resultado imposible por temas de agenda.

Mientras guardo el teléfono en el bolso para escoger tomates para una ensalada, Lucas se sienta en el suelo y va contando uno a uno todos los Timbits que se mete en la boca.

—¿Sabes español, pequeñín? —escucho a una niña que se agacha frente a


Lucas. Él no la contesta, pero le tiende una bolita.

—Muchas gracias, ¿cómo te llamas?

—Lucas —contesta con su lengua de trapo—, ¿gusta? —le pregunta refiriéndose a las bolitas dulces.

La niña, que tiene unos ojos increíbles, le sonríe y prueba un Timbits.

—Uhmmm, está muy rico, no los conocía.

Lucas se levanta del suelo y la abraza. Yo me tengo que reír. Este niño abraza a cualquiera que le dé la razón.

—¿Cuántos años tiene? —me pregunta la niña—, *¡Oh, sorry! ¿How old…?*

—Te entiendo, no te preocupes, soy española. Tiene tres años.

—¡Ohh! —Lucas le ha dado la mano y la está llevando al pasillo donde están los Timbits, la niña se ríe a carcajadas. Meto unos tomates en la cesta y voy detrás rápido porque este niño se me escapa.

Efectivamente, ahí están. Los miro. Ella le está hablando en español y él la entiende perfectamente. La niña debe de tener unos diez años, es alta, rubia y su color de ojos es precioso, son grandes y azules. Llama la atención, la cría. Los ojos de Lucas también lo hacen, son igualitos a los de su padre.

Para que luego diga Jane que Lucas es muy tímido con otros niños, le tendría que ver ahora con esa pequeña, se lo está pasando pipa. Me acerco.

—Lucas, mi chico, nos tenemos que ir. Despídete de tu amiguita.

—*I don´t* —responde haciendo pucheros.

—Tienes que irte, bichito —le habla la niña poniendo voz de mayor—, otro día seguro que nos vemos. Eres el niño más simpático y guapo de Canadá.

—Tú también eres muy guapa —le digo—. Hablas muy bien español.

—Es que acabamos de llegar, vivía en Madrid. ¿Y tú?

—Yo también soy de Madrid. Nos tenemos que ir —digo acelerada cogiendo a Lucas en brazos porque me estoy temiendo lo peor—, ¡hasta otro día! —Corro hacia el final del pasillo con el corazón en la mano.

—¿Iria, Iria, dónde estabas? —escucho a lo lejos su voz y todas mis sospechas se ven fundamentadas.

¡Ya es casualidad, joder!



Me levanto con un poco de resaca. Ayer, a mis amigos y a mí se nos fue la mano con el vino blanco. Les conté la anécdota del supermercado y, entre risas y brindis, nos bebimos dos botellas.

La culpa la tuvo Ricardo que no se entera de nada desde que está enamorado y no sabía que yo me había ido al súper. Cuando Sebas le preguntó dónde podía ir a comprar, le recomendó el mismo en el que estaba yo. ¡Así, nada más llegar!

Habría dormido dos horas más, pero mi madre y su insistencia en llamarme me han desvelado. Se viene en menos de dos meses y no para de preguntarme qué necesito, ni que fuera la primera vez, vive más aquí que allí.

Bajo las escaleras y veo la cocina vacía, pero escucho ruido en el salón. Creo que Anne, la cuidadora de Lucas, juega con él en el salón. Me preparo un café ardiente y abro la puerta del salón.

Mis amigos están tirados en el sofá mientras Lucas baila con la canción de *Madagascar*, «yo quiero marcha, marcha». Es tronchante verle bailar, desde bebé la música le levanta de la silla y a todos se nos cae la baba.

Suena el timbre de la puerta. Anne hace el amago de ir, pero le digo que voy yo que estoy de pie y más cerca. He pedido en el despacho que me trajeran el cable del portátil porque me lo dejé ayer con las prisas de ir a Fashion District y no morir en el atasco.

Abro sin echarle mucha cuenta y cuando le tengo delante me doy cuenta de mi soberano error. Es Sebas. Cuatro años después. Es Sebas vestido de este siglo, con un jersey de cuello alto blanco y un plumas azul. Es Sebas con su misma barba y muy buen aspecto. Es Sebas en mi entorno, en mi realidad. Es Sebas con sus increíbles ojos turquesas, igualitos que los de Lucas.

—Alana… —susurra con igualo más estupor que yo.

—¡Anda, pero si eres tú! —escucho la voz de una niña que justo está llegando corriendo—. Tú eres la del supermercado, la que…

—Sí, soy yo. ¡Qué casualidad! —la interrumpo antes de que siga, con un

mínimo de fuerza en la voz.

—Hola, Alana. Te presento a Iria, mi hija —dice Sebas intentando sonar firme y siento como cada letra dicha por él se me clava en el pecho. Había olvidado lo que me provocaba su voz.

La niña se adelanta al padre y me da dos besos.

—Entrad, entrad, que hace frío.

Abro la puerta más, para que puedan acceder, y cuando Sebas pasa por mi lado sucede algo extraño, una energía me obliga a girarme hacia él y después me encuentro entre sus brazos. Él me abraza con fuerza como si tuviésemos una confianza de años y no hubiese sucedido lo que sucedió.

—Tenía que verte, Alana… —murmura.

He aquí una de las disyuntivas de la vida, por un hemisferio siento unas ganas tremendas de abrazarle, incluso con más ímpetu porque es que huele muy bien (solo por eso), y por el otro, le daría un sopapo con toda mi mano abierta y me quedaba más ancha que pancha.

Apoyo las manos en su pecho, constatando que sigue siendo un *highlander*, y me separo de él. Gana mi sentido común.

—Pues ya me has visto y encima en pijama, tienes la experiencia completa —respondo con sarcasmo—. Ya puedes regresar a Madrid —le digo cuando aparecen en la entrada mis amigos, la niña se distancia y me aseguro de que no pueda oírme.

Con las mismas, subo las escaleras y me esfumo del cálido y festivo saludo que le están propinando Ricardo y Jane, bufando como un dragón cabreado. Maldecir se queda corto.

Un mes entero a dieta, desde que supe de su traslado, haciendo cien sentadillas al día, abdominales y *burpees* como si fuese la Pataky, para creerme lo más y que no me afectase su presencia, y va y me pilla resacosa, mal peinada y en pijama ¡Arjjj! ¡La primera, en la frente! ¡Maldita sea mi estampa!

Y sí, suena frívolo, pero ¿quién ha dicho que fuera lista?

Cuando me encierro en la habitación y le pido al cielo que mis amigos le hayan indicado a Anne que se esconda para que no vea a Lucas y ate cabos, me doy cuenta de que el corazón me late desbocado. No es que sea una experta cardióloga, es porque mi reloj Fitbit está avisándome de mi taquicardia y me pide que me lo tome con calma. Los relojes digitales no entienden de sentimientos y de visitas inesperadas.

Es que sigue igual de todo, de guapo, de alto, de «bienhuele», con esa voz… ¿Les pasará a todas las mujeres heteros igual que a mí o será cosa mía? Porque es que cuando me ha abrazado me ha faltado derretirme por combustión pasional. Otro abrazo de esos y me lo tiro donde sea. Estos cuatro años de sequía revolconera, me están empezando a afectar.

Por mucho que mis amigos me insistían en que saliese o me apuntase a una web de citas, nunca me ha apetecido. Estaba tan cansada…Lucas, la oficina, la distancia con mi madre y sus continuas llamadas para saber de su nieto, no me

han dejado ni espacio ni ganas para citas. Y ahora que me lo estaba empezando a plantear, va y se viene este ejemplar a vivir a mi lado.

El primer año fue el más difícil, sobre todo cuando nació Lucas. Compaginarlo todo fue agotador. Y he tenido la gran suerte de contar con Ricardo y Jane para todo. De hecho, para mi hijo, Ricardo es su padre (le llama *daddy* Funny) y Jane es su tía. Cuando me enteré de que estaba embarazada estaba de dos meses.

Me planteé abortar, no puedo negarlo, fue una opción. Ahora cada vez que lo pienso me echo a llorar, Lucas es lo mejor de mi vida. Gracias a mi pequeño me he conocido más a mí misma, mi capacidad, mi constancia, y el amor incondicional que siento cuando le miro y veo cómo se va convirtiendo en una personita reviste cualquier espacio vacío. Creo que mi vida ha cobrado mucho más sentido desde que él la comparte conmigo. Es verdad que el niño ayuda, no puede ser más maravilloso. Excepto por las rabietas, come y duerme como un bendito y casi nunca enferma.

Jane y Ricardo tuvieron mucho que ver en la decisión. Ellos me animaron a tenerlo, me dijeron que iban a estar conmigo y con el bebé siempre, y que iba a poder contar con ellos para todo. Y así fue. Las primeras semanas, yo en pleno posparto, cuando Lucas dormía tan mal, fueron ellos los que hicieron guardias y me obligaban a dormir. Después cuando volví a trabajar, contratamos a Anne y ha sido una bendición. Siempre bromeamos con que Lucas va a ser un niño hecho a sí mismo.

No. Sebas no sabe nada. Le prohibí a Milena, que es la única que lo sabe en Madrid, que contase nada y, como estamos tan lejos, nadie se ha enterado de que soy mamá. De que me quedé embarazada de lord Darcy en la única noche que hemos compartido él y yo en otro siglo. De Curtos solo lo saben Ana y Javi, y sé que nunca me destaparían.

Nunca tuve dudas de quién era el padre. Sabía que con Sebas no usé preservativo y con Javi sí, pero cualquier ápice de duda se desintegró cuando Lucas abrió sus ojitos y me encontré con el mismo color del mar que vi en su padre.

¿Y ahora qué hago? Esa es la pregunta. Él va a atar cabos. No es tonto. Debería decírselo yo misma: «Mira, oye, tienes un hijo que te he ocultado tres años, al igual que tú me ocultaste que estabas casado».

Yo no quería ni planteármelo, soy una madre soltera, eso pensé al principio, lo fui dejando, no tenía tiempo para abordar una conversación tan incómoda con Sebas, pero la cosa se me ha complicado mucho. En cierto sentido, me alegro, se acabaron las mentiras, Lucas no tiene por qué vivir escondido, él es mi niño y tiene un padre. No me importa si él quiere formar parte de su vida, pero al menos dejaré de esconderle y se entenderá porque apenas salgo de Toronto y nunca quiero viajar.

Mi madre, que lo sabe todo, me ha soltado esta mañana que era una bendición que Sebas viniese a vivir aquí. A punto de estrangularla he estado, porque me pilla lejos que si no…

A ver, que sé que Sebas tiene explicaciones que darme, no soy tan básica, si me mintió allí u ocultó que estaba casado fue por algo complicado, tanto Milena como Javi me lo han dejado entrever varias veces y yo lo sé. Ahora bien, es que llegan muy tarde esas aclaraciones, es que yo ya no las quiero. Yo estoy bien como estoy, había logrado equilibrar mi vida, estar segura de mí y de mi entorno, amar con todo a mi pequeño y a mi nueva familia. No me hace falta más.

Me concentro en terminar la presentación de esta noche y dejar de pensar en lo guapo que es el *jodío* gallego, guapo y mentiroso.

Capítulo 25

Terminamos la presentación y bajo a saludar a mis compañeros. Tengo al mejor equipo de *marketing* que podría desear. Desde que llevo aquí, hemos ido creciendo, ya somos dieciocho mentes pensantes de todos los lugares del mundo.

—Has estado fantástica —me dice Kai, el gerente de contenido y mi mano derecha aquí. Un hombre hawaiano, de lo más creativo, inteligente, competente y experto en redes. Es menos metódico (o maniático) que yo, pero siempre lo resuelve todo y eso me gusta de él. No me abrasa a llamadas, me conoce, sabe qué quiero y cómo—, y, por cierto, no se puede estar más impresionante.

—Para una vez que salgo, había que darlo todo… —le digo—, gracias, Kai. Todo es gracias a ti, eres el mejor —hablo mientras le abrazo con cuidado de que no se me suba mucho el vestido por la espalda. Es un poco corto, lo admito. Pero es divino, de tirantes, lentejuelas plateadas (la poca tela que tiene), con escote en la espalda y suelto, no es ajustado, pero se resbala por mi cuerpo marcando mis curvas y ocultando mi tripa, porque yo no he tenido la suerte de las famosas, mi vientre nunca ha vuelto a ser el mismo después de Lucas.

En España no me lo habría puesto, pero aquí muchos son pieles blancas como yo. Ya no sorprende mi palidez extrema. Hay que ver lo mal que me sentaba cuando me decían que tenía la piel muy blanca y que si me quemaba mucho en verano, me daban ganas de responderles en plan *drag queen* con alguna bordería, apoyándome en algo de su aspecto para ridiculizarlos… ¡Ya sé que soy blanca, es obvio! Igual deberíamos hacer un ejercicio de contención, todos, cuando hablamos del físico de los demás porque nunca sabes si lo que a ti te parece anecdótico, al que lo tiene le acompleja.

Kai mira con anhelo a mi amiga Jane y no me pasa desapercibido. Carraspeo para que note que le he pillado babeando.

—¿Cómo está?

—Un poco mejor, Kai…, pero todavía no es el momento.

—Ya —resopla—. Me revienta lo que le ha hecho ese malnacido. A ella, tenía tanta luz cuando la conocí.

—Y volverá esa luz, ya lo verás, Jane es fuerte y nos tiene a todos nosotros. Pero tú no puedes esperarla continuamente, tienes que seguir con tu vida, Kai.

—Ella es mi *wahine*, nuestra conexión era especial.

—Pues tu «wahine» no está ahora para conexiones.

—Pero lo estará, lo sé.

Encojo los hombros. Yo ya no sé qué más decirle a este hombre. Jane nunca le ha mirado como él a ella. Se conocieron un año antes de que ella empezara con Frank, y me consta que hubo más que palabras, pero en esa época mi amiga era un alma libre y Kai fue uno más. Es cierto que se hicieron amigos, quedaban mucho, hasta que el cantante llegó, arrasó con todo y, a su sibilina manera, le impidió quedar de nuevo con Kai. Mi compañero se apartó y a pesar de que ha intentado otras relaciones, nadie le cuadra, siempre acaba diciendo que Jane es su «wahine», una especie de alma gemela hawaiana, y que la esperará. De todo esto, Jane no sabe nada, ella piensa en él como un amigo.

Jane, como si percibiese nuestra atención, se acerca a nosotros.

—Ha estado perfecto, chicos. Enhorabuena —dice mientras me tiende una copa de champán—. Y ahora a disfrutar de la fiesta. Mira quién ha venido…

Busco en la dirección que me indica mi amiga y veo a Milena acompañada de un mulato de ojos verdes, altísimo, que no me quita ojo y me sonríe de oreja a oreja. Voy hacia ellos.

—¡Javi! ¡Qué alegría verte! ¿Cómo te has podido escapar? —le digo mientras le abrazo con cuidado de que mi vestido no se suba más de la cuenta, aunque noto la presencia de mi amiga en mi espalda cubriéndome.

—¡Qué guapa estás, chiquilla! —me dice al oído antes de separarme de él. Le miro, no pasan los años por él, ahora lleva un poco de barba y le queda de escándalo, le hace ver el rostro aún más varonil—. Soy un escapista profesional, que también te digo o salía de allí o me ahogaba en una tinaja.

—¡Anda ya! —Le golpeo en el brazo.

—Tú no sabes lo que es tener un bebé, cuando lo tengas me lo cuentas —me suelta con todo su desparpajo guiñándome un ojo.

—Eres un exagerado, Javi, un niño es una bendición —repite la manida frase mi jefa Milena, que, después de su embarazo en «la fase», ha tenido otro más, pero gemelar.

—Sí y todos traen un pan bajo el brazo —continúa el andaluz—, yo creo que para que los golpeemos con él.

—Tienes un niño precioso y sano, y una mujer con más paciencia que una santa —le reprocho. Aunque no estuve en su boda, ellos vinieron a Canadá de luna de miel. Samantha es una dulce londinense que nos enamoró a todos.

—Va, va…, no hablemos de mí, la verdad es que estoy de puta madre, pero necesitaba salir un poco.

—Y te vienes a Toronto… —bromeo.

—Hay quien se va a por tabaco y otros a Toronto —dice Milena—, es otro estilo. Carlos es muy fan también de darse a la fuga.

—A ver, jefa, por el respeto que te tengo creo que mereces sinceridad, es que lo vuestro es de volverse loco, tres niños tan pequeños. Me imagino que nunca sabréis dónde está el mando de la tele…

—Poca tele vemos nosotros…

—Te creo —le responde Javi—, pero cuando lo intentes, tus pequeños demonios habrán perdido el mando, ya te aviso.

—Pues es muy probable, ¡hay que ver lo que les llama la atención todo lo tecnológico!

—Sí, nosotros tenemos que poner los móviles en alto o Lucas nos los sisa —añado— y luego no hay forma de quitárselo, nos monta cada una…

—Así me gusta, un pequeño gestor de redes —bromea Milena—. Ese niño va a tener pase directo en Curtos. Y Javi, no te quejes, somos unos privilegiados, todos contamos con ayuda en casa, yo no sé cómo lo hacen las familias que no tienen esa suerte, son superhéroes.

—Total… —afirmo.

—Cierto, jefa, pero, aun así, tenía que venir, me he sacrificado por la comunión de la empresa, para que haya unión entre las sedes, que conste.

—Naturalmente —le reclama Milena—. No es por ver a tus antiguos compañeros de «la fase».

—¡Pero bueno, Javi! ¡No sabía que ibas a venir, me dijiste que no! —oigo la voz de Sebas acercarse por mi espalda.

Pasa por mi lado y solo con eso se me escalofría la nuca y la espalda. Su olor deja una impresión en mí que roza el éxtasis olfativo. Miro cómo se abrazan con golpes en la espalda a lo macho alfa. Ricardo viene a nuestro encuentro, trayendo tras de sí a un camarero con copas.

—¡El reencuentro de la promoción del 24! ¡Un brindis, joder!

Todos, Milena, Jane, Ricardo, Javi, Sebas y yo, brindamos entre risas. Miento, yo no río, yo me he visto atrapada en los ojos turquesas de Sebas y bebo por pasar el nudo que hay en mi garganta. El gallego me atraviesa con sus ojos mientras él también bebe. Me estudia, me pregunta, me seduce, todo a la vez. Juro que nunca, jamás, una mirada me ha provocado tal nivel de aceleramiento, podría hacer lo que quisiera conmigo ahora mismo. Me retumba todo el cuerpo y no soy capaz de desengancharme. Lo intento, pero no puedo. Soy como un corderito ante unas brasas.

El grupo está gastando bromas que oigo de refilón, gracias a una carcajada de Ricardo vuelvo en mí y consigo desengancharme de Sebas, bajando la cabeza. Miro mis pies, «Alana, boluda, concentrate en las sandalias, respirá, respirá…». Unos zapatos negros casi rozan la punta de los míos y levanto la cabeza con miedo, o más bien susto de que sea él, pero también con ganas; no hace falta que me lo digas tú, soy un mar de dudas. Ahí está de nuevo, como un depredador.

—¿Bailas?

«¡¿Qué?! ¡Después de cuatro años este ahora viene con bailecitos! ¡Pero si ya nadie baila! Ah, pues sí que están bailando en parejas en el centro de la sala ¡Traidores! ¿Se irán a marcar ahora un *flashmob* a lo película india que termine con un cartel que diga: "perdona por no decirte que estaba casado"? ¡No bailo ni en broma! ¡Ridículo total!».

Alzo la cabeza para enfrentarle, ¡oh, no, sus ojos, sus ojos!, ¡malditos hechiceros! Le niego con un tembleque anodino de cabeza, pero no me sale la voz. Él me ignora, toma mi mano y tira de mí para llevarme a la pista del centro, donde justo ahora ha empezado a sonar Michael Bublé; al menos, no han puesto «Please, forgive me» de Bryan Adams, habría sido muy sospechoso… Sebas me coloca frente a él, me quita la copa, que deja en una mesita, y da dos pasos para acercarse a mí. Y yo no puedo hacer nada, solo tiemblo por dentro y creo que por fuera. Miro a mi alrededor, nadie parece prestarnos atención, excepto Jane que se asemeja a la ardilla de *La edad del hielo*, se le van a salir los ojos de las cuencas.

¿Cómo he podido creer que ya no me iba a afectar su presencia? ¡Soy una estúpida! Pero es que no me lo está poniendo nada fácil, este Sebas es la versión ultramejorada que conocí hace cuatro años. Es como si se hubiera comido a un James Bond cargado de arrojo. Se le ve más seguro, con más autoridad, sin esas ojeras y ese aspecto lánguido. El halo triste que desprendía cuando hablabas con él se ha evaporado. Ahora es otra persona, ahora brilla. Cueste lo que cueste su *coach*, lo quiero.

Sebas posa su mano en mi espalda, por cierto, desnuda, y cientos de cosquillas arrasan allí. ¡Mira el vestidito para lo que me ha servido! Ya no soy una persona, me he reducido a una sensible lumbar.

—Me encanta este vestido —dice con voz ronca—. Estás preciosa, Alana.

No puedo contestar. Nos mecemos al ritmo de la música. Solo le miro. Los latidos de mi corazón van totalmente descompasados de la balada, yo creo que se me va a salir y lo vamos a pisotear en la pista. Muy Tarantino.

—¿Por qué me bloqueaste? —me suelta a bocajarro.

—No es el momento… —logro decir.

—No voy a esperar más…Dime, ¿por qué me bloqueaste? —me pregunta con exigencia, pero en voz baja. Esos susurros no imagina lo que provocan en mí. Estoy de ir a un psiquiátrico o a un parque de bomberos, porque ardo, lo que no sé si es de rabia o de atracción.

—No te tengo que decir nada, no eres tonto, lo sabes —le contesto con el mismo tono. No quiero dar un numerito. Desde fuera puede parecer que nos estamos diciendo cosas bonitas al oído.

—Dime, ¿qué te ha separado de mí tanto tiempo?

—Lo sabes Sebas…

—Dímelo, por favor —dice con su boca pegada a mi oreja, con lo que su aliento me estremece entera. No, no es rabia, confirmo que me pone cardiaca (veo en mi cabeza el gif de Julio Iglesias señalándome con el dedo índice y su mítica frase «y lo sabes»).

Cierro los ojos un momento y me pienso si se lo digo o no… No tiene sentido esconderlo, él es el que me debe explicaciones.

—Estabas casado, por eso. Te fuiste de «la fase» por algo de tu mujer. Tu mentira es la que me hizo bloquearte.

—Alana… ¿Por qué no me dejaste explicarme?

—Tuviste tu tiempo y preferiste mentirme.

—No, no te mentí, te dije que no podía, te dije que estaba muerto por dentro, te dije que era complicado…, ella murió, ¿sabes? Me fui porque ella murió.

Algo en mí se descuelga. No tenía ni idea. Le miro y veo cómo lo hace él, con rabia y adoración a la vez, y eso me aturde. Todo mi cuerpo entra en combustión. Ardo.

—Lo siento —le digo antes de salir escopetada.



Me miro en el espejo del baño. Ya estoy algo más serena. No podía tenerle tan cerca, él es demasiado…

Ahora, cuatro años después, viene con las respuestas. Y yo ya no sé si las quiero. Estaba bien, estoy bien sin nadie. Es tan injusto.

La puerta se abre.

—Siempre se nos han dado bien los baños —bromea.

—Darcy… Sebas —corrijo—, no puedes estar aquí. Este es mi trabajo, no es serio.

—Tranquila, tengo un cómplice en la puerta. Nadie va a pasar.

Me giro entera para verle acercarse mientras le digo que no con la cabeza.

—¿Tiene que ser ahora? ¿De verdad? ¿No hay más días? —espeto cansada —. Vamos a ser vecinos, déjame que me tranquilice y hablamos. Me alteras, Sebas, no sé si te has dado cuenta.

—No puedo esperar más, Alana, por Dios. Llevo cuatro años esperando. Quiero empezar aquí con la verdad por delante, no quiero más confusiones entre nosotros.

—Lo que tú llamas confusión, yo lo llamo mentira.

—No te mentí. No tenía pareja o por lo menos lo que se entiende en el sentido estricto de la palabra.

—Me acabas de decir que tu mujer falleció, sí la tenías —le reprocho, a estas alturas no tolero que nadie me tome por tonta.

—Alana, mírame… —dice acercándose a mí, le obedezco—. Quiero que me escuches, por favor, pequeña, déjame contarte mi verdad, serán solo unos minutos… Y luego ya tómate el tiempo que necesites, piensa de mí lo que quieras, ódiame si te place, pero nunca me quedaré tranquilo si no sabes qué es lo que me pasó.

Los dos estamos frente a frente apoyando nuestra cadera en la encimera del baño.

—Vale, habla de una vez.

—Me casé cuando María se quedó embarazada de Iria. Llevábamos años juntos, pero no lo estábamos buscando, aun así, decidimos seguir adelante y casarnos. Era muy joven, tenía poco más de veinticuatro años y ella también. Nunca nos fue bien del todo, pero nos dejamos llevar, como tantos. Nació Iria y poco a poco nos fuimos distanciando, pero nos llevábamos bien y continuábamos juntos, en parte, por la niña. Cuando Iria tenía tres años sufrimos un accidente de coche. Íbamos discutiendo, María era muy temperamental, me empujó, perdí el control de volante… —se le toma la voz —, caímos por un terraplén después de chocar con otro coche. La niña y yo sufrimos heridas leves, María fue la que se llevó todo el impacto, sufrió un traumatismo craneoencefálico que, después de muchas operaciones y altibajos, la dejó en coma irreversible. Cuatro años después murió, cuando me tuve que ir de la oposición.

Me he quedado muda. No solo por lo que cuenta, también por el cómo, hay tanto dolor y reproche entre líneas.

—Era un hombre hecho trizas cuando te conocí, Alana…, te lo dije varias veces. No podía tener una relación, no tenía nada que ofrecer, más que dolor a mi alrededor. Me sentía, y me siento, culpable, pero ya he aprendido a vivir con ello. Ver a María postrada en una cama era inhumano, si no llega a ser por Iria, creo que me hubiese quitado la vida.

—No digas eso.

—Pero es la verdad. Yo tuve la culpa, yo conducía, yo le privé a mi hija de conocer a su madre y eso es una herida que guardo aquí en mi pecho para siempre. Me repetía que tenía que haberme pasado a mí, que una madre es más importante que un padre…

—Eso no es verdad.

—Ya, lo sé, pero estaba deshecho… —dice mirando al suelo—. La cuidábamos en casa, con ayuda de dos enfermeras. María respiraba por sí misma, y por eso pudimos traerla, pero hacía poco más. A veces gritaba…, era catastrófico, ver a una persona que has querido tanto, a la madre de tu hija, en ese estado.

—¿Y por qué la cuidabas en casa?

—A principio, pensé que no podía dejarla en un centro… Sentía como que la aparcaba. Mi casa de Galicia es grande, habilitamos una habitación con todo lo que necesitaba.

—Una vez me dijiste que te fijabas mucho en los gestos de la gente y que

sabías descifrarlos…, tenía relación, ¿no?

—Sí, claro, yo sabía que tenía dolor si fruncía el ceño, o si estaba tranquila por la forma de sus labios…

—¿Y de qué murió? Si puede…

—No, tranquila. Se fue apagando como una vela, lo veíamos venir. Cogía muchas infecciones… Yo ya no podía más, íbamos a llevarla a un centro en Madrid si yo conseguía la plaza en Curtos, pero se fue antes. Fue como providencial, ella se fue para que nosotros pudiéramos avanzar. Soy creyente, Alana, no sé si lo sabías.

—No… —respondo confusa.

—Creo que Dios nos ayudó, a los tres…

—Pero ¿y con lo que te pasó no dejaste de creer en Dios?

—No, al principio me enfadé mucho y me aparté, pero volví, era el único lugar donde encontraba consuelo. Mi fe es cosa mía, Alana…, yo no impongo nada, a mí me hace bien.

—No tienes que justificarte.

—A veces siento que sí, cuando dices que eres cristiano, te miran como si fueras un dinosaurio.

—A mí me parece bien, si te ayuda… Yo no creo, pero respeto.

—Gracias —responde sincero.

—¿Y ahora? —le pregunto—, ¿cómo estás?

Sebas levanta la cabeza.

—Ahora…, ahora te conocí en «la fase» y me volví a sentir vivo. Fuiste mi sanadora, Alana. No veía la luz, no sabía a dónde ir. Nada me motivaba, excepto Iria. Estos cuatro años he trabajado mucho en mí, con mi hija, para superar el duelo de su madre y del accidente, pero siempre con un objetivo, volver a sentirme como me sentí contigo.

Es tan impactante esto que me ha dicho que hace que una lágrima resbale por mi mejilla. Es que me siento fatal por él. Es tan triste y yo juzgándole de cualquier cosa…

—Shsss, no llores por mí, pequeña —me limpia con unos de sus dedos—, alégrate porque he salido del pozo, gracias a ti.

—Yo no hice nada, a mí no me atribuyas méritos. Me lo podías haber contado…

Sebas se acerca más y posa sus manos sobre mi cara limpiándome las lágrimas que están decididas a ridiculizarme. Yo que pensaba que le iba a plantar cara y me veo aquí llorando como una mocosa, sin apartarme cuando me toca, tal cual me había propuesto cientos de veces: iba a marcarme una cobra histórica.

—Sí, te lo podía haber contado, es verdad, pero no fui capaz y me arrepentiré siempre. Pero en ese momento no era la persona que soy ahora, apenas salía adelante. Nadie, excepto la organización, sabía lo de María, y por minutos me olvidaba y me sentía vivo y normal. Fui muy cobarde, sé que tuve opciones de hablarte de ella, pero por primera vez en años atisbé la felicidad y

no podía opacarla.

Suspiro porque no sé qué decir. Creo que le entiendo.

—Tú lo hiciste todo, con esos ojos que me hechizaron cuando alzaste la cabeza en el avión, con tu energía, con tu dulzura, con tu entrega a mí, estaba loco por ti —me dice un Sebas mucho más directo que el que dejé en España, es como si se hubiera quitado capas y capas de indecisión.

—Yo me sentía igual —le admito. Debería decirle: «por eso tengo un hijo tuyo», pero no me sale, así en frío.

—Estás preciosa, Alana, sigues siendo mi preciosa Alana, mi *meiga*. Tu sonrisa tan dulce y esos ojos ardientes…

—Me lo dijiste el primer día…

—Y tú que nadie te había dicho que eran ardientes… ¿Tú sabes cómo me sentí? En cuatro años no había experimentado deseo por nadie y en un momento —chasquea los dedos—, nada más mirarte, me explotaste dentro.

—No sé qué decir, Sebas…

—Pues dime, por favor, que no estás con nadie.

Cual facilona, le digo:

—No estoy con nadie.

Sebas mueve la cabeza hacia los lados mientras me mira con los ojos muy abiertos, en los que leo toda la confusión que debe de haber en los míos… ¿Quizás es mi reflejo?

—Yo no he venido a esto, te lo prometo, yo solo quería que no me odiaras, que me escuchases, tú me salvaste, Alana, y te debía mi agradecimiento. Pero ahora te tengo delante y es que no puedo pensar en otra cosa que en besarte, permíteme besarte.

—Estamos en un baño, Sebas…, deberíamos empezar a cambiar de escenario.

Él resopla de esa manera tan sexi que solo ejecuta él y sonríe de medio lado.

—Lo que pasa en los baños, se queda en los baños —dice y acto seguido estampa su boca en la mía.

No es un beso de amor.

No es un beso de reencuentro.

No es un beso de perdón.

Nada que ver.

Es un beso de época entre dos personas que llevan dos siglos ansiándose.

Y ya no solo es un beso, este hombre y yo no podemos solo besarnos y quedarnos ahí. Somos pura necesidad, es quitarle el agua a un maratoniano agotado, es como no poder acariciar a tu bebé cuando está enfermo; si Sebas y yo nos tocamos, las sensaciones son de otro planeta. El nivel de conexión escapa al entendimiento.

Por eso estoy apoyada en la encimera del baño, con medio vestido bajado descubriendo uno de mis pechos, el tanga colgado de uno de mis pies a lo «no me rindo», las manos de Sebas abriéndome las piernas y su boca en mi centro

lamiéndome con un fervor subyugante. A Dios le pido que sea verdad que nadie puede entrar porque acabo de gritar totalmente desinhibida y el espectáculo puede ser bochornoso.

Sebas sube la cabeza y me besa para silenciarme, yo ya no puedo parar, estoy a cien grados y subiendo, arrimo mi cadera a la suya, pidiéndole que acabemos esto como los dos queremos.

—Shsss…, no llevo preservativos.

—Tarde —prorrumpo y al segundo me doy cuenta de que se me ha ido. Pero él no me entiende y dice:

—Yo estoy limpio, ¿y tú?

—También. Hace tiempo que no…

—¿Tomas algo?

Se refiere a anticonceptivos. No, no tomo, ¿para qué?

—No, pero ten cuidado… —le digo desabrochándole los pantalones.

—Alana… —refunfuña en mi oído—, no sé si puedo tener cuidado, todo contigo es brutal. No quiero sorpresas.

Omito decirle «pues tienes una en casa de tres años».

—Pues tenlo, por favor —le ruego un tanto abochornada porque me muestro desesperada cuando, en teoría, le iba a mandar al infierno.

—Dios, ¿estamos locos? —me pregunta mirándome a los ojos para luego volver a besarme con esa necesidad que desprendemos los dos. Me inclino de lado para hacerme con su pantalón y lo bajo todo de golpe, dejando libre su tremenda erección.

—Ven —le digo pegándole a mí.

Sebas se coloca en mi entrada sin más preámbulos y acaricia mi abultado clítoris.

—Estás muy mojada, pequeña, pero estrecha… —susurra en mi oído—, te siento toda en mí. No quiero hacerte daño.

—No lo haces, sigue —le ordeno totalmente desatada inclinando mi cadera para facilitarle el acceso y lo hace. Sentir todo su grosor y su calor en las paredes de mi vagina es delirante. Dejo de respirar, me elevo a otro mundo, otro en el que solo habitan las sensaciones descomunales y solo se oyen jadeos de placer, choques de pieles y besos: el éxtasis.

No aguantamos mucho y estallamos casi a la vez. Sebas consigue irse fuera de mí con decenas de espasmos sobre mi cuerpo. Le abrazo.

—Madre mía —digo tapándome la cara avergonzada cuando conseguimos respirar a un ritmo normal y vuelve la voz a mí—, se me ha ido la cabeza…

—Shsss… —me dice apartando mis manos—. No, Alana, se nos ha ido a los dos, pero ¿no te acuerdas? Somos así, desde el principio, tú y yo no podemos estar juntos sin tocarnos. Mañana, si quieres, te acompaño al ginecólogo o a planificación o lo que sea aquí en Toronto…

—No hace falta.

—Es una excusa para verte…

Clavo mi mirada en la suya. Sus pupilas están dilatadas comiéndose el azul

de sus ojos. Hasta ahora, despeinado, con signos de estar agotado, es el hombre más atractivo del universo. Le beso suave.

—Tengo que salir, Sebas… Se van a dar cuenta.

—Yo te ayudo.

Mi gallego, mientras yo me recoloco los tirantes, coge el tanga del suelo y se lo guarda en el bolsillo.

—No te lo pongas, está sucio… —dice guiñándome un ojo.

—Eres un depravado, trae. No puedo ir con este vestido sin nada.

—Ya te digo que puedes… Yo te cubro si se ve más de lo propio —dice y después coge papel del dispensador para limpiarme el muslo de su semen esparcido.

Cuando termina, me bajo de la encimera de un salto y me miro al espejo. Estoy ruborizada nivel sauna, pero no me puedo echar agua en la cara porque voy maquillada y mi cara sería un Pollock. Sin referírselo, Sebas nota mi congoja, la entiende y se moja las manos para refrescarme el escote y los brazos. Los dos estamos frente al espejo, él a mí espalda

—Así se te pasará…Estás preciosa.

—Se me nota un montón —me lamento.

—Tampoco hemos matado a nadie…

—Pero no es lo propio que la jefa de Marketing se lo monte con el nuevo director comercial en el baño de la fiesta.

Sebas se ríe y me lo contagia. Nunca antes le había visto reírse así.

—Pues a mí me da igual, absolutamente igual. Dudo que haya alguien más feliz que yo en este lugar.

—Confundes feliz con satisfecho.

—No, no lo confundo, soy muy feliz, pero no estoy satisfecho, creo que contigo nunca lo podría estar —expresa con esa naturalidad suya que me deja sin palabras.

—Sebas —digo dándome la vuelta para mirarle de frente—. Esta no va a ser nuestra dinámica, o sí, no lo sé…, pero tengo que reflexionar y he de contarte cosas que has de saber.

—Lo entiendo —dice a la vez que me da un beso en los labios.

—Vale, ahora voy a salir y, digan lo que digan, disimulamos. Entre tú y yo aquí no ha pasado nada.

—Perfecto —dice mientras me alejo de él—, pero una cosa…

—¿Qué?

—¿Vienes a mi casa esta noche?

Salgo del baño sin responderle y me encuentro a quien sospechaba. Javi me sonríe y hace que mira el reloj.

—Los he visto más rápidos…

—Eres idiota…

—No, lo que soy es un mártir. ¿Recuerdas lo que te dije en Londres, lo de que un día me darías las gracias?

Simulo que hago un esfuerzo, pero lo recuerdo perfectamente, fue un

momento muy incómodo.

—Sí me acuerdo.

—Pues bien, ya puedes darme las gracias —me dice sonriendo y, de pronto, aquello cobra sentido.

Capítulo 26

No

No fui a su casa esa noche.

Me refiero que no fui a su casa solo esa noche.

Llevo dos semanas acostándome con Sebas. Me cuelo a hurtadillas cuando me escribe que Iria se ha dormido y regreso de madrugada. Sí, sí, tal cual.

Por el día apenas nos hablamos, solo lo necesario. De cara a la galería, él y yo somos compañeros de trabajo, él es el nuevo director comercial y yo la jefa de Marketing.

Por la noche tampoco es que fluyan las conversaciones a lo chicharras al sol, somos más bien dos caníbales hambrientos que no se sacian nunca de probar la carne del otro.

¿Por qué lo hago?

Porque es lo más divertido y estimulante que he hecho jamás.

Creo que, si me pongo muy sincera, pero hasta dónde puedo llegar a sincerarme sin tener que profundizar mucho, diría que es que no puedo evitarlo.

Mi esencia está, no me he vuelto una loca de la improvisación. Todas las mañanas, cuando vuelvo a mi cama, me digo que esto no tiene sentido, que tenemos que hablar, pero llega la noche y la necesidad de estar entre sus brazos, de sentirme adorada y complacida me vencen, y cuando recibo su mensaje me veo acudiendo a él como las avispas a la cocacola.

Sé que Jane y Ricardo sospechan algo, pero ellos me conocen, saben que soy reservada y que si yo no cuento nada es porque no puedo. La verdadera razón de por qué no lo hago creo que es porque temo que me reprendan y me obliguen a hablarle de Lucas.

Nuestro hijo…, ese pequeñín que no sabe que su padre vive en la casa del al lado y que me lo estoy tirando todas las noches.

Ese pequeñín que estoy ocultando porque en cuanto Sebas le vea va a atar cabos. Son los mismos ojos de Iria y los suyos. Esto me hace sentir fatal, lo prometo; mi hijo es mi regalo, por lo menos para mí, y no creo que pueda soportar que a alguien le incomode su existencia, aunque sea unos instantes. Pienso en mil reacciones que puede tener Sebas, pero el desdén no lo dejaría pasar.

Cada día que pasa, la pelota es más grande, no es nuevo, lo sabía, pero me he metido yo solita en este laberinto consciente de lo que me iba a ocurrir y ahora no se puede retroceder. Eso tan manido de dar marcha atrás en el

tiempo, me viene qué ni pintado, no haría las cosas así, desde luego que no, el problema es que no sé cuándo poner la fecha de inicio exacta desde que comienza este error.

Para mi favor, diré que es verdad que no hablamos mucho. Yo llego, me desnudo para él y únicamente nos dedicamos a nuestros cuerpos. Me suelo quedar dormida apoyada en su pecho, que es la almohada más cómoda que jamás he usado. Y cuando el despertador suena para avisarme de que he de volver a casa, en ese instante en el que abro los ojos y le miro sin que él se dé cuenta, juro que me quedo embelesada y me cuesta despegarme de él. No hemos hablado más de su mujer, ni de Iria, ni de mi vida aquí. Solo «follamos como conejos y hasta luego Mari Carmen», como dirían los de *Macho alfa*.

No ha venido a mi casa. Les tengo totalmente prohibido a mis amigos que le inviten y a él también, alegando que no quiero confusiones, por lo que mi tapadera, de momento, funciona.

Ahora le tengo delante. Pero vestido. Tenemos una reunión Kai, él y yo. Nos hemos venido a una de las salas que Curtos tiene para reuniones. Es una habitación acristalada con sillones en las paredes y una mesa ovalada en el centro. Estamos inmersos en una campaña de una empresa que vende todo lo necesario para el *camping* libre y Sebas tiene que supervisar el proyecto y desarrollar la estrategia de ventas.

Me ha sorprendido lo bien que se ha adaptado a la empresa, su equipo le ha acogido con entusiasmo y ha respondido positivamente a su liderazgo, no solo el que le otorga el cargo, también el natural. Y mi equipo, con el que hay un estrecho vínculo, igualmente.

Con el poco tiempo que lleva, ya puedo asegurar que Sebas es muy bueno en lo suyo. Mucho mejor que el anterior director comercial, que era un vago que se lo llevaba muerto y nos dificultaba trabándonos todos los proyectos de Marketing, solo cuando él tenía que trabajar un poco. Sebas vale cada dólar que gana. De momento, no nos ha dicho que no a nada, él busca cómo abaratar costes y marcar unos plazos acordes al cliente y nos ayuda en la planificación, cosa que el anterior director delegaba en Marketing únicamente.

Cuando terminamos, Sebas se levanta, se pone la chaqueta, mirándome de soslayo y yo a él, recoge su iPad y nos sonríe.

—Un placer, como siempre. Os tendré al tanto —se despide antes de salir por la puerta.

Kai y yo le miramos.

—¡Joder, me va a gustar hasta a mí! —suelta mi amigo—. Este hombre no puede ser más facilitador, tú te das cuenta de que no nos pone ni un pero a nada.

—Es muy bueno, sí… —murmuro.

—¡Madre mía, Alana! ¡Se te cae la baba, por Dios! Si quieres me lo cuentas, y también ¿por qué tu hijo tiene sus mismos ojos?

—Kai —me sobresalto—. No menciones a Lucas aquí, por favor.

—O sea que me lo confirmas… ¿Por qué no se lo dices?

—Kai, es complicado.

—¿Y qué no lo es? Pero ese hombre te mira con adoración, está colado por ti, digas lo que le digas te va a entender, pero tú y yo sabemos que cuanto más tardes, peor.

Me quedo pensando…

—No quiero hablar de mí, Kai. ¿Qué tal ayer con Jane? ¿Lo pasasteis bien?

—Sí, la exposición estuvo genial y luego cenamos juntos en King Street. La veo mucho mejor, ahora sí, incluso…

Le noto un poco azorado.

—¿Qué?

—Estuve a punto de besarla al despedirnos.

—¿Y por qué no lo hiciste?

—Porque no sé si está preparada y prefiero que se lance ella.

—Igual te estás pasando de pasivo, Kai, ten cuidado. Puede que ella te encasille en amigos y ya no haya forma de sacarte de ahí.

—Lo sé…, no como tú, ¿verdad? —dice elevando las cejas.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que cuando me estaba fustigando en el coche por no haberla besado, vi salir a una loca en pijama de la casa de al lado.

—¿Me viste?

—Sí, hija, sí… ¿A qué estás jugando?

Echo mi cuerpo en la silla y me tapo la cara.

—No lo puedo evitar, Kai, Sebas es superior a mis fuerzas.

—Pues, hija, cásate con él, no hace falta que os ocultéis.

—No sabe lo de Lucas…

—Pues díselo y pronto.

—¿Y cómo? Cada vez es más complicado.

—Me lo puedo imaginar, Alana, pero eres la jefa de Marketing, algo se te ocurrirá. ¿Por qué no vas a comer con él?

—¿Cuándo?

—Ahora.

—¿Ahora? No, no, no se lo puedo decir.

—Pues si no lo intentas… Anda, llámale o lo hago yo.



Miro a Sebas y él a mí. Nos hemos comprado unos pokes para llevar y nos hemos venido andando a un parque que está a unos diez minutos de la oficina. Hace un día precioso, unos veinte grados, bastante calor para ser Toronto en mayo. Además, es mejor evitar los sitios cerrados. La broma ha sido que era más certero que no hubiera baños porque nos vamos conociendo… El camino lo hemos hecho hablando del proyecto de esta mañana. A los dos nos encanta nuestro trabajo y nos sentimos muy apoyados en Curtos. Trabajar aquí es otro nivel, lo sabíamos cuando opositamos, pero no imaginamos cuánto. Caminar con él no me ha resultado nada incómodo y, aunque había silencios, los hemos solventado con sonrisas cómplices.

Ahora, ya sentados en un banco, con la comida entre nosotros, le hablo de lo que más me gusta de Toronto, de que ya me he acostumbrado a la vida aquí y que estoy segura de que a su hija le va a gustar.

—Vine porque ella quería, nunca habría dado un salto así sin su apoyo —dice mirando a un área de niños donde una madre columpia a su hijo de menos de un año—. Iria no encajó bien en Madrid, no ha sido su mejor época, en el colegio nunca conectó con ninguna niña y yo veía que se estaba aislando cada vez más. Necesitábamos un cambio, los dos… En estas semanas ya me ha hablado de dos amigos a los que quiere invitar a casa para hacer los deberes.

—¡Qué bien! Y eso que la barrera idiomática podría haberle complicado las cosas.

—Siento —enuncia despacio, mirando al cielo— que estar aquí es la mejor decisión que he tomado en mucho tiempo. Iria habla muy bien inglés. Ya la conocerás, es muy lista y aplicada.

Yo le miro, todavía alucinada de que esté aquí sentada con él. Me cuesta creerlo. Es Darcy, el guaperas que me tiró la cocacola en el avión, el hombre que me volvía loca de remate en «la fase», pero a la vez me ayudaba y me instigaba a que siguiera, y el que nos conquistó a todos por su forma de ser tan



carismática y perspicaz. Es él…, siempre ha sido él, solo tengo que admitirlo. He de contárselo, este es un buen momento.

—Sebas…

—Dime. —Se gira para mirarme despreocupado y, sin embargo, me intimida como nadie.

—Es que tengo que contarte algo muy importante —me atrevo a decirle.

—¿Sí? Pues dime…

Llevo el tenedor a mi poke y traslado una ración a la boca mientras pienso en cómo empezar. Mala idea, ahora el arroz y las semillas que lleva pueden quedárseme entre los dientes.

—Dime lo que sea, Alana…, no lo pienses más —me apremia.

—¿Por qué dices eso?

Sebas sonríe y lleva su mano a la comisura de la boca para quitarme un grano de arroz.

—Porque sé que me ocultas algo, a veces estás en tensión conmigo, sobre todo cuando hay más gente… ¿Tenías pareja o… tienes? —duda.

—No, Sebas, ya te dije que no, nunca mentiría en eso. Pero, en cierta medida, sí que hay una persona de la que tengo que hablarte.

—¿De quién?

Como si estuviera amañado, justo cuando voy a nombrar a Lucas, suena mi teléfono. Descuelgo porque es Anne y jamás suele llamarme a estas horas.

—Dime, Anne.

—¡Ayss, señora Alana! —la escucho alterada y me contagio inmediatamente—, es que estoy en Urgencias con Lucas.

—¿Cómo? ¿Qué? ¿Qué ha pasado? —pregunto levantándome de golpe del banco.

—Es que se ha caído en el parque y sangraba —me cuenta llorando.

—¿Sangraba? ¿Por dónde? —respondo casi gritando.

—De un brazo, señora —responde entre hipidos—, creo que se lo ha roto, señora.

—¿Dónde estás? ¿Estás con él? Pásamelo.

—Sí, pero se acaba de quedar dormido. Le han puesto un calmante.

—¿Dónde estás?

—En el Michael Garron, en Urgencias.

—Vale, voy para allá.

—Sí, señora, dicen que necesitan su confirmación si hubiera que operarle.

—¿Operarle? —exclamo asustada.

—Sí, pero dicen algo de sangre de su grupo…, que no hay y hasta que no tengan no pueden.

—Vale, vale…Voy para allá.

Cuando cuelgo y me doy la vuelta temblando toda entera y con unas ganas bestiales de vomitar la única cucharada de poke que hay en mi estómago, veo a Sebas colgando también su teléfono y mirándome muy serio. Mientras recoge nuestro pícnic improvisado a toda mecha, dice:

—Mi chofer está aquí en dos minutos.

—Gracias…Necesito irme ya… No puedo —se me quiebra la voz. Tengo tanto miedo que me cuesta respirar.

—Tranquila, vamos. —Sebas me coge de la mano con fuerza y corremos hacia la salida del parque donde veo el coche negro de la empresa.

—¿Quieres que vaya contigo?

Cuando le voy a decir que no, se me cruza una idea por la cabeza.

—¿Eres O negativo, verdad? —le pregunto.

Sebas afirma interrogante.

—¿Cómo lo sabes?

—¿Y puedes donar sangre? —le contesto acelerada con otra pregunta.

—Sí, vamos, creo que sí…

—Pues acompáñame, por favor.

—Claro.



Llevamos quince minutos interminables en los que continuamente voy hablando con Anne para explicarle que llevo a alguien O negativo que puede donar sangre y que se lo comente a quien esté allí.

Sebas está sentado lejos, separados por cientos de preguntas invisibles que puedo entrever cada vez que le miro.

Es un hombre listo, debe de estar casándolo todo.

Cuando estamos a poco más de un kilómetro se me corta la llamada y me pongo más nerviosa aún.

—Tranquila, en el GPS pone que quedan tres minutos. Ya llegamos.

Resoplo y me llevo las manos a la cara para intentar relajarme y que Lucas no me vea tan atacada.

—¿Te encuentras bien? ¿Quieres agua? —me pregunta y tomo fuerza para mirarle.

—Yo solo quiero llegar, Sebas…

—Lo sé, tranquila, sé lo mal que se pasa…, pero va a estar bien. Ya lo verás.

—Es…, él es…

—De quien querías hablarme, ¿no? Entiendo que será el niño que conoció Iria —enuncia con una sonrisa pícara.

—Sí, es de él.

—¿Y ese niño quién es? ¿Es tu…?

Justo el coche acaba de llegar a la puerta de Urgencias y salgo despavorida del coche. Sebas corre conmigo hacia la entrada.

Al llegar a la recepción, doy gracias a que no hay nadie y nos pueden atender. Pero estoy tan nerviosa que no me salen las palabras. Es Sebas el que habla por mí.

—Venimos buscando a un niño. Se ha caído.

—Tranquilos —nos sonríe la recepcionista—. ¿Cómo se llama?

Sebas me mira para delegar la respuesta.

—Lucas.

—¿Y el apellido?

—Bautista.

Sebas me suelta la mano y da un paso hacia un lado para separarse de mí, pero noto su ardiente mirada.

—Está en la sala dos, ¿qué parentesco los une al niño?

—Soy su madre.

—*¡Carallo!* —le escucho sorprenderse.

—¿Y él? —La recepcionista señala a Sebas.

—Él, él es… es…

—Yo la acompaño y tengo el grupo sanguíneo del peque…, por alguna razón que no quiero ni pensar —murmura esto último en español.

—¡Ah, sí! —se activa la joven recepcionista—, les estábamos esperando. Ahora vienen a buscarle para la extracción, usted puede pasar con su hijo.

—Gracias —le digo… y me giro para despedirme de Sebas.

—Anda, ve con él. Luego te busco.

Le obedezco y salgo pitando por el pasillo hasta llegar al box 2. Nada más entrar y ver a mi pequeño con una vía en un brazo y un suero, y el otro inmovilizado con una venda, se me cae el alma a los pies y las lágrimas campan a sus anchas por mi cara.

Anne viene hacia mí, también con signos de haber llorado.

—Señora, lo siento mucho, no sé cómo ha sido. Se tiró desde arriba del tobogán… Yo le esperaba abajo, pero se lanzó desde arriba y no llegué a tiempo. —Está tan compungida que apenas se la entiende.

Mientras habla me acerco a mi bebé de tres años, que yace dormido y calmado en la camilla.

—¿Es usted la madre de Lucas? —escucho una voz de mujer.

—Sí, soy yo—respondo y me encuentro a una doctora joven con cara amable.

—Tranquila, el niño está bien, pero, aunque es extraño en niños, se ha hecho una fractura abierta de húmero y tenemos que operarle.

—¿Cuándo?

—Me han dicho que ha traído a alguien que puede donar O negativo, ¿verdad?

—Sí, sí, está en ello.

—Pues, si todo está correcto, en una hora más o menos iremos a quirófano.

—Vale… ¿Es muy difícil la intervención? ¿Conlleva muchos riesgos?

—Cualquier cirugía conlleva riesgos, pero está en buenas manos y lo haremos lo mejor que podamos, su hijo en unos meses estará perfecto.

—¿Le van a anestesiar? —le pregunto porque no quiero que se vaya. Necesito que me conozca, que sepa que el niño al que va a operar tiene una madre que le adora.

—Claro, pero usaremos la mínima anestesia posible.

—¿Y luego le dolerá?

La doctora me sonríe y da un paso hacia mí para acariciarme el brazo.

—Del posoperatorio hablaremos cuando ya le hayamos operado, pero todo va a ir bien. En breve, le traeremos unos consentimientos que ha de firmar.

—Vale.

—¿Tenemos que esperar al padre? —me pregunta.

—No, soy solo yo…

—Ah, entiendo, pensé que el donante de sangre…

—No, no, soy solo yo.

—Perfecto, entonces.



Estoy sentada al lado de mi pequeño, acariciándole la espaldita como sé que a él le gusta para dormir. Le he pedido a Anne que se salga y avise a Ricardo y a Jane, la verdad es que, aunque sé que los niños son impredecibles, no puedo evitar culparla. Ya lo gestionaré.

Miro su carita, es tan precioso, con esas pestañas espesas y esa boquita perfecta.

—¿Se puede? —oigo a Sebas en la puerta. ¡Dios mío! No me atrevo a mirarle, pero le digo que sí. Tres segundos después le advierto a mi lado.

Ninguno habla.

Pero juraría que escucho los latidos de su corazón.

—¿Has podido donar? —le pregunto por romper el hielo.

—Sí, ya está… Alana, ¿cómo sabías mi grupo sanguíneo? —me pregunta serio.

—No lo sabía…

—Sí, antes de que yo te lo dijera, tú lo has afirmado.

—Ah, no sé… —finjo—. Gracias por todo, por traerme y por donar.

—Alana, no es el momento, pero qué edad tiene Lucas.

—*Tes, teno tes anio* —contesta mi enano que, aunque no ha abierto los ojos, se acaba de despertar.

—¿Tres años? —me interroga tirando de mi brazo para obligarme a mirarle.

Yo solo asiento. Creo que en ese momento Lucas ha abierto los ojos porque el asombro de Sebas es más que evidente.

—¡Dios mío! —exclama—, eres igual, eres igual…

—Yo soy Lucas y ella es mi mami, ¿y tú? —le pregunta mi curioso bebé.

—Cariño, él es el superhéroe que ha donado sangre para que te puedan curar el bracito.

—¿Voy a llevar tu *sange*?

Sebas, abrumado, le dice que sí.

—Entonces, yo seré superhéroe también.

—¡Claro, eso es! —le apremio.

Varios sanitarios nos interrumpen para llevarse la camilla con mi hijo en ella. Me despido de mi pequeño haciéndome la fuerte, pero cuando se aleja y le veo tumbado tan indefenso y tan pequeño, gritando «mami, mami», me ahogo en lágrimas, tantas que me caigo al suelo de rodillas desecha.

Un tiempo después, no sé cuánto, advierto los brazos de Sebas elevándome.

—Shsss, tranquila, va a ir todo bien…

—No puedo, no puedo, es tan pequeño, iba tan solito —lloro desconsolada y siento cómo él me abraza y me acaricia la espalda.

—Todo pasa y los niños son muy fuertes, mañana lo de hoy le parecerá un juego, tranquila… Vamos a la sala de espera.

—Gracias por la sangre y por quedarte —le digo cuando llegamos a la sala de espera de quirófano.

—¿Y qué iba a hacer? Joder, Alana, sé que no es el momento, pero ese niño tiene mi grupo sanguíneo y los ojos de Iria…

—Y los tuyos —le digo ya sin ningún ánimo de ocultarlo.

La cara de Sebas es un poema, está ojiplático.

—¿Me estás queriendo decir lo que creo, que ese niño es…?

No tengo fuerzas para sostener esta mentira, le digo con la poca energía que me queda:

—Lucas tiene tu sangre y tus ojos, sí, es lo normal…, pero no es nada tuyo, a no ser que tú quieras. Lucas es mi hijo, solo mío, y no tiene por qué ser de nadie más. Nunca te obligaré a nada, Sebas, puesto que tampoco te informé cuando me di cuenta de que estaba embarazada.

—Pero ¿por qué no? —susurra colapsado.

—Porque me acababan de decir que estabas casado. Yo ya estaba lejos de España, nadie tenía porqué saberlo, no quería atarte a mí sin necesidad.

—Habría venido, Alana…, habría venido. Es hijo mío, es hijo mío…

—Perdona, pero es que yo no quería complicarte la vida, para mí estabas casado.

—Intenté hablar contigo, me bloqueaste, ¡maldita sea!… Ese niño es mío y no solo eso, es hermano de Iria —dice y se lleva las manos a la cara para cubrírsela—. Le has privado a mi hija de conocer a su hermano y a mí de conocer a mi hijo, ¿te das cuenta? —me habla enfadado, pero en tono bajo.

—Lo siento, Sebas…, pensé que eras un mentiroso y no quería saber nada de ti. El tiempo ha ido muy rápido.

—Tenemos un hijo, tú y yo, ¿tenemos un hijo? —me pregunta en *shock*.

—Sebas, sí, es de los dos, pero no tienes porqué tomar decisiones ahora, no te pido nada, de verdad. Lucas tiene suficiente amor.

—¿Suficiente amor? ¡No me jodas! Lucas tiene un padre y no lo sabe, ¡un padre y una hermanita que le va a adorar! Una hermanita que va a besar el suelo por el que pisa, eso sí que va a ser suficiente amor, eso va a ser empacharse de amor.

Vale, está sobrepasado. Pero yo también.

—Mira, Sebas, ahora mismo no puedo con esto, lo siento. Están operando a mi pequeño, están pinchándole, abriéndole el brazo e igual necesitan administrarle tu sangre. De verdad, que, aunque sé que lo mereces, no puedo con esta conversación ahora. Estoy desbordada y muy preocupada. No te digo que te vayas, pero, si te quedas, déjate los reproches para otro día, si quieres te digo que tienes razón en todos, lo acepto, pero no es el momento.

—Nuestro pequeño —me corrige—. ¿Quieres que me vaya? —pregunta algo enfadado.

—Quiero que si te quedas sea para pensar en que mi niño está en quirófano y rezar porque todo vaya bien, ¿no eras creyente?

—Nuestro niño y todo va a ir bien, eso no lo dudes. Y, no, no me voy a ir. ¿Cómo me voy a ir? ¡Joder!… Tienes razón, no es el mejor momento para hablar, pero ten por seguro que lo vamos a hacer. Quiero acompañarte, necesito acompañarte, hayas hecho lo que hayas hecho, eres Alana, mi Alana, y estás sufriendo. Yo no me puedo ir si tú estás así. No, no puedo, no vine para eso.

—Gracias, Sebas.

Sebas pasa su brazo por mi hombro y me acerca a él para que me recueste sobre su pecho. Me da un beso en la coronilla. Varias lágrimas retoman su desempeño. Me susurra que esté tranquila, que todo saldrá bien y yo me lo voy creyendo y relajándome.

—¿Cuánto llevan? —le pregunto.

—No llegará a la hora —responde.

—No me han dicho cuánto dura la operación…

—Todavía es pronto. Desde que los preparan hasta que operan pasa un rato. Lo sé porque a María la operaron muchas veces y se hace eterno.

Se hace un silencio incómodo.

—¿Cómo era ella?

—¿María?

Asiento.

—Muy joven, con energía y un temperamento importante. Tenía muchos planes, siempre quería hacer cosas, no paraba de pensar actividades y era muy buena madre, sobre todo eso…

—¿Se parece a ella Iria?

—Físicamente, ya has visto que no, pero cada vez descubro más rasgos suyos en su forma de ser.

—Tu genética debe de ser potente, Lucas es clavadito a ti.

—¿Tú crees? —me cuestiona.

—Sí, todos lo decimos…Me refiero a Ricardo y Jane. Tiene tus ojos y tus facciones, tu color de piel, yo soy Blancanieves y Lucas es más moreno.

—¿Y cómo es? Háblame de él.

—¿Lucas?

—Sí, cuéntame cosas, anécdotas, lo que quieras.

—Es un niño muy bueno, siempre me lo ha puesto muy fácil, tiene algunas rabietas, sobre todo cuando le llevamos a comprar o cuando le decimos que no a algo. Siempre quiere jugar, con Ricardo se lo pasa de escándalo, se adoran. Yo creo que le gusta el deporte, más que las artes, aunque cuando le ponemos música siempre baila.

—¿Es cariñoso? Iria siempre ha sido muy cariñosa.

—No, no te creas, no le gustan mucho los besos, solo besa a los muñecos, de momento, aunque te abraza siempre que le regales algo. Él quiere jugar a todas horas y déjate de rollos.

Sebas se ríe.

—Le da miedo Papá Noel, auténtico pavor, pero cuando ve uno de muñeco, siempre me dice que ese sí le gusta… No se duerme solo, siempre quiere cuentos y los elige por la portada, pero en plan que se pasa un rato estudiándolas y luego dice: «este».

—¿En qué idioma le hablas?

—Yo, en español, Ricardo también, Jane le suele hablar en inglés.

—¿Y él? Antes ha hablado español…

—Él habla dependiendo la persona, pero mezcla mucho, no lo distingue

todavía. Es muy pequeño…

—¿Puedes enseñarme fotos de él?

—Sí, claro —le digo sacando el móvil—. ¡Ostras, le tenía silenciado! ¡Tengo un montón de llamadas de Jane y de Ricardo!

—¿Quieres que hable yo con ellos?

—No, no…, tranquilo. Tú espera aquí mientras hablo yo. Deben de estar de los nervios.



Todo salió bien y ya estamos en casa. Tal y como me dijo Sebas, Lucas ya ni se acuerda de su brazo roto, llevo toda la mañana detrás de él para que no se rompa el otro porque no he visto un ser más intrépido.

Ni ayer ni hoy he ido a trabajar. Ayer le dieron el alta y me he pasado toda la noche a su lado, intentando recolocarle en la cama para que no se hiciese daño al apoyarse sobre la escayola. Es alucinante la capacidad que tienen los niños para encomendarse a Morfeo sin resentirse de nada. Un adulto no encontraría la postura ni a tiros.

Estoy agotada, pero más que físicamente, mentalmente, no solo por la ausencia de sueño. De pronto, mi vida ha dado un vuelco súbito como en esas atracciones de los parques que te suben hasta lo más alto y luego te lanzan a una velocidad compatible con el infarto de miocardio, pues siento que a mi existencia la han montado, la han lanzado sin esperárselo y estoy a un metro del porrazo. La imagen de él cuando le llevaban a quirófano no se me va de la cabeza, fue de los momentos más traumáticos de mi vida. Me sentí tan mala madre, abandonando a mi pequeño a unos extraños…Suena ridículo, pero así fue.

He tenido que gestionar mi pseudoenfado con Anne, no era justo, pero no podía evitarlo. Es algo que he de aprender, si delego el cuidado de mi hijo a otra persona, he de asumir que pueden sucederle cosas como esta y he de confiar y no echar culpas o conjeturar que no estaba atenta. Conmigo también

se podría haber caído. Anne se desvive por Lucas, lo sé, es una más en la crianza de mi pequeño, pero es tan fácil buscar culpables cuando nos suceden adversidades…

Y para qué mentir, tampoco el asunto de Sebas me deja dormir. Su cara cuando volvió a verle al salir de quirófano fue desoladora. Se le llenaron los ojos de lágrimas, el gallego más imperturbable no pudo contener la emoción (claro que no sé cuál) y se escabulló sin despedirse. No he vuelto a saber de él.

Se portó tan bien conmigo que no puedo ni validarlo. Antepuso mi tranquilidad a su resentimiento, y no era un enfado trivial. Decidió quedarse, acompañarme, ser amable y cariñoso, mientras que por dentro sé que le bullían las dudas y la consternación de saberse padre de un niño de tres años totalmente desconocido para él.

Sebas es muy buena persona.

No me imagino un mejor padre para Lucas que él.

Ahora depende de nuestra conversación.

Suena el timbre de la puerta. Anne me informa de que va ella y yo sigo en el suelo, montando un puzle de *Cars*, con mi manquito favorito. Está meloso perdido. Nunca ha demandado tantos besos y abrazos de su mami, le tengo colgado a mí como un koala. La despedida cuando entró en quirófano no ha resultado gratuita para ninguno de los dos.

—Hola, Alana —escucho su voz. Miro el reloj, son las dos de la tarde, todavía debería estar trabajando, por lo que no le esperaba. Me giro y le veo de pie, en la puerta, vestido con un traje azul y una camisa blanca, sin corbata. Tan alto y guapo como siempre (no, no es que las personas encojan, pero es que su imponente presencia siempre me altera). Miro a Lucas, que levanta la manita buena para saludarle. No le quita los ojos de encima y Sebas tampoco a él. Le sonríe y a mí me nace un mar de escalofríos desde la punta de los pies a la cabeza.

Sebas da las gracias a Anne porque le trae un vaso de agua y después ella se marcha. Da un trago y camina hacia nosotros sin decir nada. Después se quita la chaqueta, la deja posada en una silla y yo me pierdo al mirar los músculos de su espalda. Se me hace la boca agua, es tan sexi todo él, con esas pulseritas de cuero y su reloj deportivo… Sebas se sienta en el suelo junto a nosotros.

—Hola, campeón, no nos han presentado, yo soy Sebas.

—Superhéroe—dice señalándole.

Sebas se ríe.

—¿Te acuerdas de mí?

Mi niño asiente con la cabeza.

—¿Puedo jugar contigo?

—Sí, estamos con puzles —dice con su boquita de trapo—, este es Cars.

—¿Has visto la película en la tele? Es una de mis favoritas —le dice Sebas.

—Y a mí

—Pues, si quieres, un día la vemos, ¿vale?

—¿Jugamos?— le pregunta mi hijo y Sebas se ríe y me mira, ya le avisé de que solo quiere jugar.

—Vete a descansar un rato, Alana. Yo me quedo con él.

—No, no hace falta… —titubeo, estoy tan anonadada que no me salen las palabras.

—Túmbate en el sofá, anda…Estás agotada. Yo juego con él —me dice y yo juraría que ha sonado cariñoso.

Sebas tira de mis brazos, me incorpora y me tumba en el sillón de enfrente.

—¿Tenéis mantas?

—Sí, en esa cesta.

Mi gallego me arropa y me mira a los ojos con profundidad. Siento miles de pellizcos en mi piel.

—Descansa tranquila.

Miro cómo mi hijo y su padre interaccionan, ahora, viéndolos juntos, constato que son dos gotas de agua. Sin que me adviertan, les hago varias fotos. Luego se las enviaré a Sebas. En seguida se lo gana, terminan el puzle de *Cars* y después juegan con unos cochecitos. Al principio, mi hijo está algo cohibido hasta que, en poco más de cinco minutos, se le pasa la timidez y juega con Sebas como si le conociera de siempre.

Toda la ansiedad de estos días se me esfuma y caigo rendida.

Cuando despierto, solo escucho silencio. Me incorporo asustada.

—Shsss, tranquila, estamos bien. Hemos merendado y se ha quedado frito —escucho a Sebas. Miro al sillón de enfrente y le veo sentado con Lucas dormido en sus piernas mientras él le acaricia el pelo. Esta imagen es inolvidable, creo que se me han llenado los ojos de lágrimas, pero hago un esfuerzo por contenerlas.

—¿Qué hora es?

—Las seis, has dormido cuatro horas —me dice sonriente.

—A veces os oía, intentaba despertarme, pero no podía…

—Necesitabas descansar. ¿Desde cuándo no dormías?

Me incorporo en el sillón y me intento peinar un poco, debo de estar para un gif.

—Desde la noche antes de la caída, pero dormí poco…

—Culpa mía. —Me guiña un ojo.

No le respondo, prefiero mirarlos.

—Sois perfectos los dos juntos. Nunca pensé que diría esto, Sebas…

—¿Por qué?

—Me había hecho a la idea de que nunca lo sabrías y ahora me doy cuenta del tremendo error que cometí. No te juzgué bien. Debería haberte preguntado, pero después de lo de Ethan, mi ex, enterarme de que tú también me habías mentido fue un golpe muy duro.

—Me lo puedo imaginar —habla bajito para no despertara Lucas.

—Y te anulé, no quería saber nada de ti.

—Bueno, tú necesitabas tu tiempo, yo también podía haber sido más sincero desde el principio, haberte contado lo de María, y no lo hice. Los dos hemos hecho cosas mal, Alana, esa es la verdad.

—Ya…, es que necesitaba tiempo para sanarme. El primer paso fue «la fase», donde me encontré a mí misma, a mis posibilidades y a mis ganas de vivir. Fue mágico. Cuando me enteré de que estaba embarazada fue un *shock*, pero Jane y Ricardo me ayudaron, hablé con Milena, ella me aseguró que no había ningún problema, Susi se hizo cargo del *marketing* los dos meses que me tomé de baja.

—¿Te refieres a Susana Expósito, tu doncella, la directora de España?

—Sí, claro, la jefaza, no literalmente ella, pero sí su equipo… Es una de las mejores personas que conozco, estamos muy unidas. Y decidí tenerlo. Pensé que no era el mejor momento, pero me equivoqué. Lucas vino cuando tenía que venir y me ha enseñado que esto se trata de arriesgar, de que nunca sabes si va a salir bien, pero si no lo haces, está claro que no te podrás arrepentir, pero tampoco te sentirás realizado, serás uno más de ese mar de peces que nadan tranquilos hasta que un pez mayor se los come.

—¿Nunca pensaste en llamarme?

—Muchas veces, Sebas, muchas…Por supuesto que sí, sobre todo cuando Lucas hacía cosas nuevas. Me imaginaba contándotelo. En el fondo… —me callo.

—¿Qué?

—Que, bueno, no sé cómo decirte esto, pues que sabía que eras buena persona, que algo ocurría, que no me habías mentido porque sí, pero yo necesitaba tiempo para mí… Lo siento. Cuando era pequeña tenía una vecina que iba a diálisis tres días a la semana, se iba hinchada y agotada, y volvía con otra energía. Siempre que se iba y me la cruzaba me decía: «voy a tomarme mi tiempo». Eso es lo que necesitaba yo, Sebas, filtrarme, tomarme mi tiempo para ser quien soy ahora.

—Si alguien entiende de hacer pausas, ese soy yo, he necesitado muchos años para sanar y, en concreto, cuatro para venir a buscarte.

Le miro. Él sigue acariciando la cabeza de Lucas.

—Quiero formar parte de vuestra vida, Alana, de la forma que sea o me permitas. Tú no eres una casualidad, tú siempre has sido alguien más y que exista este pequeño ser me lo confirma. Hace cuatro años yo no podía con mi alma, quizás ha pasado lo que tenía que pasar y he llegado a la vida de Lucas cuando tengo algo que ofrecerle.

—Sebas…, yo quiero que formes parte de mi vida. Nos pasamos el día corriendo, me paso el día corriendo —corrijo—, sin disfrutar del momento. Si estoy viendo una peli, ansío la cena, cuando estoy cenando, suspiro por irme a dormir. Incluso, a veces, cuando estoy con Lucas, pienso en que quiero que se duerma para seguir trabajando, cuando estoy trabajando, deseo acabar para estar con mi niño. Continuamente ambicionando algo, menos cuando estoy

contigo y eso me impacta y me aterra. Contigo no anhelo nada, tú me lo das todo, no necesito nada más, tú me frenas y vivo el aquí y el ahora sin más pretensiones.

—¿Te «aterra»? Pongamos las cartas sobre la mesa: Alana, estoy enamorado de ti, desde hace cuatro años —pronuncia clavándome sus ojos—, pero necesitaba tiempo.

—Sebas, sí, sí me aterra, porque yo también estoy enamorada de ti desde hace cuatro años, pero, de igual forma, necesitaba tiempo. Nunca he sentido esto por nadie, excepto por tu hijo… Los dos necesitábamos sanar, nuestra relación ha saltado en dos tiempos.

Sebas sonríe.

—Pero este último tiempo es el definitivo, el tiempo perfecto. Nos lo merecemos.

—Yo no estaba preparada antes, pero ahora quiero arriesgar, porque no sabes la fortaleza que me da el saber que puedo vivir sola muy feliz, pero prefiero que tú me acompañes… Solo una cosa que no sé si te has planteado.

—¿El qué?

—¿Y si solo es pasión lo que sientes por mí?

—No, Alana, no. No es solo eso. Te admiro, tienes un don, ¿sabes cuál es? —Niego con la cabeza—. Caes bien a todo el mundo. Eres amable, natural, considerada, escuchas, pero todo en su justa medida, eres la persona más equilibrada que conozco. Saber que puedo ser yo la persona a la que eliges me llena de orgullo…, pero ¿y tú?, ¿solo sientes atracción?

—Sebas, no…, aunque sí que siento que nunca me sacio de ti, pero me gustas en muchos aspectos más.

—¿En cuáles?

—Tú no estás equilibrado, tú tiendes a dar a cuentagotas.

—Explícate.

—Sobre todo, me refiero a tus interacciones, hablas, gesticulas y sonríes poco, y así cuando lo haces cobran más valor. Eres un líder nato, todos querían algo de ti en «la fase», todos te escuchábamos, porque desbordas sentido común. Eres un amigo fiel y bondadoso, no eres resentido, me lo demostraste el otro día, cuando antepusiste mi salud mental a tu enfado y me acompañaste. Son muchas cosas las que me gustan de ti, no solo la química.

—¡Joder, Alana! Me está costando no moverme del sillón para besarte.

Me río.

—Bienvenido a la paternidad…Tendremos que tomárnoslo con calma, él nunca me ha visto con ningún hombre y no le puedo decir que eres su padre así de sopetón.

—¿Y cuándo lo haremos?

—Encontraremos el momento, ¿no crees? Vayamos poco a poco.

—Pero solo con una condición: que Iria sí lo sepa.

—Sí, vale, vale…

—Necesito contárselo, ella debe conocer a su hermano, no puede perderse

un día más de su vida.

—Sí, perfecto. Sebas, ¿vamos a hacerlo? —Le miro ilusionada y él me responde de la misma forma.

—Estoy deseando ser tu novio.

—¿Eso no es muy anticuado?

—Me dan igual los modernos. Quiero ser tu novio, por fin.

Lucas se empieza a desperezar y abre sus ojitos despacio. Sebas le espera con mirada tierna, pero mi peque solo me ve a mí porque estoy sentada frente a él.

—Mami… ¿Ya estás *despieta*?

Me levanto y me acerco al sillón para ponerme de rodillas. Sebas me coge una mano con fuerza y con la otra acaricio a mi pequeño.

—Sí y tú, dormilón, que parece ser que has encontrado una superalmohada.

Lucas gira la cabeza y se queda mirando un rato a Sebas hasta que asiente con la cabeza.

—¿Vemos *Cars*?—le pregunta.

Sebas le sonríe.

—Tengo que irme a casa, pequeñín, pero luego en un rato vengo con mi hija Iria y si quieres la vemos juntos todos.

—¡Vale! —Su entusiasmo le hace mirarme feliz, saltar del cuerpo de Sebas al mío y abrazarme. Le doy decenas de besos por su suave carita y terminamos revolcados por la alfombra con cuidado de que su escayola no aplaste mi nariz.

—Os dejo, pareja… —escuchamos a Sebas marcharse, pero ni a la madre ni al hijo le gustan las despedidas.



En menos de una hora, Sebas me escribe que viene con Iria y que ya lo sabe y que le ha prometido no decírselo a Lucas.

Jane y Ricardo ya han llegado y les he contado todo lo acontecido en estas últimas semanas y, más en concreto, en las últimas horas. Como sospechaba, ellos ya sabían lo de mis escapadas nocturnas, pero quisieron darme espacio y se alegran, tanto o más que yo, de que por fin Sebas conozca la verdad y se lo haya tomado tan bien. Tanto secretismo les estaba agotando.

Suena la puerta y decido ir yo a abrir, mis amigos se quedan con Lucas. Estoy nerviosa, ignoro cómo se lo habrá tomado la niña y qué piensa de mí, pero mis dudas se disipan al abrir la puerta, encontrarme con dos pares de ojos turquesas igualitos que los de Lucas y verme abrazada por uno de los dueños, en concreto una de las dueñas.

Como no me lo esperaba, me quedo quieta como un palo de escoba y miro a Sebas sorprendida.

—Iria tenía muchas ganas de conocer a la mujer que le ha dado un hermanito…

—Ahh —digo.

—Muchas gracias por hacerme la niña más feliz del mundo.

Yo sonrío. Sí que va a ser cariñosa la niña, cariñosa e intensa.

—Tienes que dejar de ver *Anne with E* —le dice Sebas— o vas a acabar siendo más apasionada que la protagonista.

—No pasa nada —le digo—. Me encantan los abrazos y más si son de una niña tan preciosa.

Iria levanta la cabeza y me mira con los ojos llorosos.

—¿Puedo verle?

—Sí…

—Sí, pero relájate un poco, anda, que vas a asustar a Lucas —le dice Sebas.

—No, papi, tranquilo, que no le voy a decir nada, si ya nos conocemos.

—Vamos Iria—enuncio—, solo hay que tener cuidado con su brazo, ¿vale? Lucas es muy pequeño y no es consciente.

—Yo le voy a cuidar, es mi hermanito, y nunca le va a pasar nada.

Miro a Sebas que pone los ojos en blanco, mientras le doy la mano a la niña.

—Desde luego a ti no ha salido —le bromeo al oído antes de echar a andar al salón.

Cuando entramos y Lucas ve a Iria viene corriendo hacia nosotros y la abraza.

—Es mi amiga.

Iria se agacha para abrazarle también a él.

—Hola, Lucas… ¿Te acordabas de mí?

Mi hijo asiente con la cabeza y tira de ella para llevarla a su mesa de pintar. La hija de Sebas se ríe y al minuto están los dos sentados pintando.

—¡Madre mía, qué facilidad! —exclama Ricardo—, lo que es la genética…

Jane se limpia unas lagrimitas y dice:

—Pues yo me he emocionado, qué bonitos son los dos, es como si se hubiesen reconocido.

—En cierta manera lo hicieron, en el supermercado, nada más verse se pusieron a hablar —admito.

—Jane, Ricardo…Yo os quería dar las gracias por todo lo que habéis ayudado a Alana y… —duda Sebas— espero que podáis cuidar también de Iria para que los padres puedan divertirse de vez en cuando.

Me pilla desprevenida la segunda parte y estallo en una carcajada.

—¿Una broma? ¿He escuchado una broma de lord Darcy, *lady* Eire? —le pregunta Ricardo a Jane y ella asiente—. Pues sí que debe de estar enamorado. Esto acaba en boda. Daos prisa que los niños de arras crecen.

Sebas se acerca a mí, me acerca a sus hombros mientras me besa la coronilla y contesta a Ricardo:

—Si algún día me caso con esta mujer, será una boda de época y así por fin olvidaré lo que me tuve que contener en su primera boda para no ir y ser yo el novio.

Me giro y le doy en el pecho con el dedo.

—La culpa la tuviste tú, me arrojaste a los brazos de Javi —le insto.

—Un poco sí… —acepta—, yo solo quería tu bien y Javi estaba pillado, pensaba que él era mucho mejor para ti.

—¿Y cuándo has dejado de pensarlo? Porque mira que Javi está bueno… —bromea Jane.

—En cuanto supe que había habido noche de bodas y quise matarle.

Tierra trágame.

—¿Es necesario que saquemos mis trapos sucios ahora mismo? —pregunto al aire.

—De trapos sucios, nada, nena —me interrumpe Jane—. Te acostaste con los dos hombres más atractivos de «la fase», eso es de guapas.

—No me malinterpretes —me dice Sebas—. No te reprocho nada, estabas en tu derecho de acostarte con quien te diera la gana, pero imaginarte con él me hizo darme cuenta de lo que sentía realmente por ti y de que me había envalentonado animándote a estar con él.

Que diga esto delante de mis amigos me hace valorarle aún más. Sebas es pura franqueza, no tiene dos caras, dice lo que piensa, cuando puede hacerlo. En «la fase» siempre me explicaba que no podía estar conmigo, que estaba deshecho; no me mintió, pero había demasiada química entre los dos para poder reprimirla. Ahora es otro hombre, mucho más relajado. Un hombre con el que no me importaría compartir el resto de mi vida y no me digas porqué lo sé, pero lo sé.

—¿Y Javi te dijo que se había acostado con Alana? Mira que sois faltones los heteros… —le reprocha Ricardo.

—¡Eso mismo he pensado yo! ¡Ya le vale a Javi! —espeto.

—Vamos a ver, que no me lo describió, pero lo dio a entender… Al ver mi cara, dijo que nunca lo volvería a hacer, que tú y yo estábamos hechos el uno

para el otro.

—Ahora entiendo cosas… —digo acordándome de mi etapa en Londres.

—Esto hay que hablarlo con un vinito, chicos, ¿no os parece? —nos pregunta Ricardo—. Hay mucho que celebrar…

Miro al salón, Iria y Lucas juegan a lo suyo y mi, nuestro hijo, se está carcajeando. Jane y Ricardo se pelean en la vinoteca por quién escoge el vino y Sebas me sigue abrazando. Subo la cabeza y le miro. Sonríe relajado.

—Creo que tienes razón —le digo.

—¿En qué, pequeña?

—En que, de los dos, este es el tiempo perfecto. Por cierto, quería darte algo… —digo separándome de él para coger el diario que he guardado en el aparador—. Toma.

—¿Qué es esto? —me pregunta sujetando un diario de tapas de cuero rojo.

—Me preguntaste si alguna vez pensé en llamarte y te dije que todos los días, pero como no me atrevía, escribí esto… Es una especie de diario de Lucas, donde escribo todos los momentos divertidos, los avances, sus primeras palabras, sus primeros pasos, sus guiños, todo… A veces hay fotos.

—¿Y esto? —pregunta emocionado—. ¿Lo hiciste por mí?

—Creo que conscientemente no, pero en mi foro interno creo que lo escribía para ti.

Sebas me besa la frente durante unos segundos.

—Este es el regalo más bonito que me has podido hacer…

—No, el más bonito es Lucas, ya lo verás.

Epílogo

Dos años después.

Miro a Sebas y me veo en sus ojos.

Miro a Sebas, que me esperaba frente al altar de la capilla, y acabo de llegar ante él.

Me emociono al cruzar nuestras miradas cómplices y apenas puedo porque había olvidado lo incómodo de llevar corsé…

Hemos pasado tantas cosas… En el pasillo que he recorrido hasta él, me han desbordado los recuerdos de estos últimos años. Todo ha sido mucho más fácil de lo que esperaba, sobre todo con Lucas. Desde el principio se adoraron y Sebas ha suplido con creces los años en los que no supo de él.

La primera vez que le llamó «papá» surgió espontánea, él ya le consideraba su padre antes de saberlo y Sebas se emocionó, todos nos emocionamos y le explicamos que así era, su auténtico padre.

No digo que no choquemos, trabajamos juntos y aquí mi futuro esposo tiene un temperamento, en ocasiones, desquiciante. Si no salen las cosas como se ha propuesto, no para, aunque se agote y esté insoportable. Y no es el más hábil con las emociones, es torpe, no suele expresar mucho y yo tampoco, con lo que a veces nos pasamos horas sin hablarnos por no montar la mundial. Eso creo que es bueno, sabemos tomar distancia y esperar a que pase la tormenta para hablar.

No sé por qué cuento lo malo primero, sigo siendo un poco ceniza y, a veces, me veo tan feliz que pienso que algo malo va a ocurrirme y romper esta burbuja en la que vivo desde que estoy con él. Todos cargamos con nuestras mochilas y el varapalo de Ethan me dejó secuelas, ya no doy nada por sentado. Y Sebas, su mochila es mucho más pesada, hay días que se despierta melancólico, pero él me lo avisa, y es un obseso de la seguridad, hasta el punto de que Iria, que a este paso peina canas, va con silla de seguridad en el coche, una especial que han fabricado para ella.

Pero la realidad es esa, soy muy feliz, me siento una total afortunada con la vida que me he creado en Canadá. Creo que el amor que sentimos Sebas y yo no es el habitual y no digo que vayamos a estar así siempre, pero miro a otras parejas y no veo lo mismo. Sé que suena presuntuoso, pero no por ello es menos cierto. Entre él y yo sobran las palabras, nuestra atracción sigue intacta porque es rozarnos o mirarnos más de la cuenta y tenemos, mínimo, que besarnos.

He descubierto en mi futuro marido a un hombre protector, fiel, comprometido, cariñoso y apasionado. También es divertido o, por lo menos, nosotros nos reímos mucho. Los juegos con Iria y Lucas ayudan a que hagamos más el payaso y teniendo a Ricardo de vecino, nuestros niños saben de quién aprender.

Y he descubierto en mí a una mujer consolidada, muy feliz y agradecida. Leal, trabajadora, familiar y muy apasionada cuando se trata de Sebas.

Ahora vivimos en la casa de Sebas, y Jane y Ricardo continúan en la que era la mía. Como ambos las hemos comprado, nos hemos construido una piscina climatizada comunitaria y así la podemos usar más meses al año. Con nuestro salario de Curtos nos lo hemos podido permitir y, de momento, no tenemos intención de volver a España.

—Está preciosa, lady Honey —me dice al oído y solo con sentir su aliento en mi cuello mi latido se acelera.

—Muchas gracias…Tú —debería tratarle de usted, pero no me sale—, tú estás de revista, lord Darcy.

Sebas me sonríe.

Hemos vuelto a Ligüerre de Cinca, donde se realizó nuestra oposición, «la fase», para casarnos porque queríamos hacerlo en el siglo xix, donde todo empezó.

Además de nuestras familias, han venido muchos de nuestros amigos de «la fase»: Ana, Lord Thin, Randall, Susi, Milena, Carlos, Dorothy, Javi, por supuesto Jane y Ricardo. Jane acompañada de su enamorado novio Kai, con el que ha encontrado la felicidad. Nunca la había visto tan feliz desde…, hacen una pareja muy divertida.

Lo mejor es que lo hemos hecho coincidir con una nueva «fase». En dos días, unos opositores vendrán a vivir lo mismo que nosotros experimentamos, y Sebas y yo participaremos, gracias a que mi madre y mi padrastro ejercerán de abuelos dos semanas y me consta que el tío Ethan les ayudará.

Esta va a ser nuestra luna de miel y nada me apetece más que volver al siglo xix con lord Darcy como mi verdadero esposo.

—Te amo, pequeña. —Se acerca de nuevo a mi oído.

—Y yo a ti, gallego.

—Yo os declaro marido y mujer.

FIN

O no…

Epílogo II

Seis años antes.

—«¡Asturias, patria querida!» —canta Ana a voz en grito mientras se tambalea por las calles de Candem a unos metros de distancia de nosotros.

—Nuestra amiga es una *boomer* de libro —bromea Javi, que ha bebido mucho menos que nosotras.

Por fin, hemos podido salir de marcha. Aunque los tres llevamos más de una semana en Londres y nos vemos a veces en Curtos para comer, llegamos tan cansados por la tarde que nos resulta imposible quedarnos a tomar algo. En concreto, yo ando agotada, mucho más de lo normal, creo que voy a tener que sacarme una analítica o algo, porque yo siempre he tenido mucha energía y últimamente no puedo ni con mi alma. Pero hoy, viernes, Ana se ha plantado en jarras delante de mi mesa y casi me arrastra de los pelos.

Ella pensaba que era porque esquivaba a Javi, pero nada más lejos de la realidad. Si acaso es él el que me esquiva a mí. Tampoco es que me creyese casada de verdad, pero se me hizo extraño el recibimiento que me otorgó el primer día que nos vimos. Movió el cuello como muestra de bienvenida y casi le faltó empujarme cuando fui a darle un abrazo. Entendí las señales y no he vuelto a cruzar la distancia de seguridad, ¡válgame Dios!

—Yo jamás he cantado eso… —se explica.

—Bueno, tú eres más de «Sevilla tiene un color especial…» —tarareo a voz en grito.

Javi se gira y me pone la mano en la boca para silenciarme. Es la primera vez desde que llevo aquí que me toca y eso me provoca cierta sensación desconcertante. Javi ha bebido mucho menos que nosotras, aducía estar mal del estómago.

—Shhh, calla, que estos ingleses llaman a la policía por menos de nada.

—No te creía tan cobarde. —Le apunto con un dedo en su pecho.

—Ni yo, pero aquí me ves… —dice y siento que hay un mensaje entre líneas.

—Uy, uy, uy, eso ha sonado raro… ¿Tiene algo que contarme lord Tall?

—Prefiero Javi, que me lío… —enuncia mirándome a los ojos, donde seguro que encuentra la atracción que siento por él, más cuando estoy totalmente desinhibida por el alcohol.

—¿Y no quieres liarte? —le digo coqueta.

Javi traga saliva despacio sin dejar de mirarme.

—Nada me gustaría más, pero vamos a dejarlo en paso —dice a la vez que me acaricia el nacimiento del pelo.

—¿Y eso? ¿Ya no te gusto o es que estás agotado de tanta conquista londinense? —habla el alcohol por mí.

En muchas de las comidas, Javi nos cuenta que está quedando por aplicaciones con inglesas y que tienen gustos muy raritos.

—Donde esté un buen jamón ibérico…

—¿Pues entonces? No te pido que te cases conmigo, ¡upsss, que ya nos hemos casado una vez! —digo borracha—, pero a un *remake* de nuestra noche de bodas no le decía yo que no.

—Ni yo, Alana, tenlo claro, pero no va a poder ser. Es mejor que tú y yo lo dejemos aquí. Tú te vas a ir a Toronto y yo no quiero relaciones a distancia.

—Yo no hablo de relación, Javi —le digo acercándome para besarle.

Javi se aparta separándose de mí.

—No, no, Alana, de verdad…Me encantaría, pero no, tú no eres para mí.

—¿Y eso? En «la fase» no pensabas lo mismo…

—Pero han pasado los días, han sucedido cosas y no, prefiero apartarme de ti, aunque para eso me tenga que acostar con medio Londres para olvidarte.

—No te entiendo.

—Lo sé, solo espero que algún día sí lo hagas y me des las gracias por el esfuerzo que estoy haciendo ahora mismo por no dejarme llevar.

—¿Entonces sí te gusto?

—¿Cómo vas a dudar de eso? Mucho, me gustas mucho, pero se va a quedar aquí.

—Tranquilo, tranquilo, no te voy a suplicar —hablo un poco ofendida.

—Y no lo hagas, porque sucumbiría. Alana no eres para mí y ahora lo sé. Espero que algún día te des cuenta y hables con quien tienes que hablar.

—¡Chicos! —nos grita Ana—. Dejaos de cuchicheos, que ya no estáis casados.

—¡Pura verdad! ¿Vamos a otro bar a celebrar nuestro divorcio? —bromeo.

—Pues no me apetece mucho, pero en quién me convertiría si os dejo solas con tal melopea.

—Estás de un aburrido que no te reconozco —le restriega Ana.

—Ni yo… ¿Ha quedado todo más o menos claro entre nosotros? —me pregunta Javi.

—Sí, sí, que nos divorciamos porque no soy para ti —contesto.

—Perfecto, pues entonces, vayamos a otro bar que necesito ponerme a vuestro nivel.

—¡Yuhuuu! —grita Ana y yo me mondo de la risa.



Me despierto, como empieza a ser costumbre en nuestras noches de salidas, en el estudio de Ana. Ya hemos salido muchas veces y siempre acabamos los tres aquí, porque su casa es la más cercana a Candem.

La noche de ayer fue memorable. Fue mi última. Mañana vuelo a Madrid y por la noche salgo para Toronto. Los tres nos fuimos a cenar y después nos bebimos la noche.

Me incorporo de la cama. He dormido en la cama de Ana, pero ella no está. Salgo a la cocina-salón y allí me encuentro a mis amigos durmiendo juntos en el sillón. O no llegaron a la habitación o ha pasado algo entre ellos. No me extrañaría, Ana es de mente abierta y Javi está desatado. No quiero mirar mucho, pero veo unas bragas en el suelo junto a un bóxer, con lo que mi sospecha deja de ser infundada para convertirse en firme.

Rebusco en mi interior para ver qué siento y la verdad es que no me molesta. He aprendido a entender a Javi como lo que es, un amigo muy sexi, pero nada más. Conociéndole más, como he hecho estos días, sé que no podría estar con él. Es bastante inseguro, aunque lo esconde a veces con un matiz de arrogancia, y le gusta coquetear demasiado. Ahora he entendido los celos de Curly, estoy segura de que le dio a entender más de lo que él se creía.

Intento no hacer mucho ruido, pero una arcada del tamaño de un tsunami me aborda y salgo corriendo a la pila de la cocina chocándome con todo el mobiliario de camino.

Creo que nunca había vomitado tanto estando en ayunas.

Cuando termino y me doy la vuelta, veo a Ana toda despeinada mirándome preocupada. Javi ha desaparecido de la ecuación.

—¿Te encuentras bien? —me pregunta.

—Partiendo de la base de que he dejado tu cocina hecha un asco… —le digo avergonzada, a lo que Ana le quita importancia con un gesto.

—¿Se puede saber cómo has vomitado tanto? La última comida fue hace muchas horas.

—Pues ni idea…, pero me he quedado como nueva… ¿Te has acostado con Javi? —le pregunto bajito.

Ana se lleva una mano a la frente mientras dice que sí.

—Soy una asaltacunas como Anne Hathaway en la peli esa.

—No seas antigua, anda… —le reprocho—. ¿Y qué tal?

—Pues no estuvo mal, fue divertido, íbamos como dos almendros, también te digo… Oye, con sinceridad, ¿te ha molestado?

—No, no, tranquila, de verdad. Javi pasó a la historia, es un amigo —le respondo.

—¿Cómo está el bebé vomitón? —pregunta Javi al salir del baño.

—Sorprendida por los acontecimientos. —Le guiño un ojo.

—Se nos fue de las manos anoche, chaval —le dice Ana mientras va a abrir la ventana para que se ventile el espacio.

—No hace falta que lo jures —le responde él—. ¿Cuando nos jubilemos en Curtos nos habremos acostado todos con todos?

Los tres rompemos en una carcajada que se lleva por delante el ambiente enrarecido. Pero del esfuerzo «risueño» me sobreviene otra arcada y corro de nuevo al fregadero a echar lo poco que me quedaba. Cuando me doy la vuelta, tengo a Ana y a Javi cuchicheando sobre mí.

—¿Qué pasa? —les digo.

—Oye, ¿eso no serán náuseas matutinas? —pregunta Ana.

—¡Conmigo usaste protección! —Levanta las manos Javi.

—¡A veces fallan, idiota! —Le golpea en el hombro Ana.

Me doy cuenta de que llevo bastante más de un mes sin regla y por muy irregular que sea esto es demasiado. Además, he estado muy cansada, me cuesta dormir y siento el pecho más hinchado… *¡Oh, my God!*

—Contigo usé protección, pero con él no.

Y así, como si nada, me acabo de dar cuenta de que tras «la fase» no solo conseguí una plaza en Curtos, también desarrollarme como persona, recuperar mi felicidad y sentir el mayor flechazo de mi vida, aunque posiblemente lo más importante que me sucedió allí es que me traje un futuro bebé del señor Darcy.

FIN

AGRADECIMIENTOS

Como creo que es la tónica general, no os extrañareis cuando os diga que a mí no me da la vida. He tardado más de un año en escribir esta historia, por eso espero que os haya gustado tanto que esperéis con ansia mi siguiente historia.

Mi primer agradecimiento es a ti, lector, conocido o desconocido, gracias por apostar por mí y permitir que las locuras que crean mis neuronas conecten con las tuyas.

Si te ha gustado me ayudaría muchísimo que me pusieses una reseña en Amazon o que me escribas para contármelo, no imagináis la ilusión que me hace. Me motivan más que nada los mensajes de mis lectores.

Este libro es autopublicado porque no podía esperar a que mi editorial, ediciones Kiwi, lo publicara, pero siempre les agradeceré que hayan apostado por mí, sea cuál sea el proyecto.

Tú en dos tiempos no podría existir sin la ayuda inestimable de Kate Danon, la mejor escritora de romántica del panorama nacional y sin la paciencia infinita de mi correctora Mónica Maier.

La portada además de preciosa, lleva mucho trabajo. La idea, creo que por primera vez, es mía, lo tenía muy claro, pero nadie me lo hacía. Hasta que di con Juan Calvín que creó a la perfección a Alana, y Sara Cuevas, con su magia, me entregó la cubierta más bonita que he tenido hasta la fecha.

Gracias a Dimas por toda su comprensión, por escuchar mis ideas como si se enterase de algo cuando estoy en modo creativo y por ser tan buen padre y compañero de viaje. Eire y yo tenemos una suerte infinita.

Y Gracias a mi pequeño tesoro, nunca me cansaré de dar las gracias por tu existencia, ojalá algún día leas mis libros y yo los tuyos.

Lo prometido es deuda: Gracias a Nerea y Claudia las entrenadoras del Club Adeso de gimnasia acrobática por hacerle los moños a mi hija... Y por ser cariñosas, inspiradoras, facilitadoras y motivar a mi hija para que haga deporte sin dramas y sin importar las medallas. Sois muy grandes Lo del fin de semana en Granada... no tengo palabras.

Gracias a mis compañeros de la UCI de Getafe, por aguantar mi carácter en las noches y mi verborrea constante en las mañanas. Nuestro trabajo no es habitual, vivimos dramas a diario y aún así conseguís que me ría a carcajadas. En especial, gracias a todos los que vinisteis a la feria del libro: Gema, Mario, Gema Perez, Elidia, Virginia, Irene, Fernando... Paqui este año no pudiste pero siempre agradeceré que diera contigo en la UCI, tú y tu familia sois muy especiales. Clara... tienes la mejor madre del mundo, ella bebe los vientos por ti.

Gracias a mis compañeros de otros servicios, ya tengo siete trienios y he trabajado en muchos sitios, sé que muchos me apoyaos y me publicitáis en mi faceta escritora.

Gracias a Amanda y a Yolanda Nuñez de Enfermería en desarrollo, por apoyarme siempre y entrevistarme con cada nuevo proyecto.

Gracias a mi familia, es muy extensa; gracias por conseguir que guarde tantos momentos inolvidables con vosotros. Se trata de eso, de vivir momentos.

Gracias a mis amigos, a todos, por lo mismo.

Y gracias a mis vecinas lectoras, que me animáis a que escriba cada vez que me preguntáis en la piscina.

Gracias a los blogs, que nos ayudan tanto en la promoción.

Y, de nuevo, gracias a ti, lector, por acompañarme y recuerda: si te ha gustado ponme una reseña preciosa.

SOBRE LA AUTORA

¿QUIEN SOY?

Si no me conocías, te cuento. Soy Irene Ferb, siempre he publicado con ediciones Kiwi, tengo diez libros con ellos y os invito a leerlos. Son muy distintos, muy atrevidos, misteriosos y podéis encontrarlos en Amazon, Nubico, Applestore… Y, por supuesto, en librerías.

“Abrázame que no te quiero”
Romance celestial en el que todo el mundo encuentra a su alama gemela. Una comedia contemporánea muy especial y esperanzadora.

“Quiéreme si no te abrazo”
Había mucho que aclarar...

Crimen se escribe con A”
Un crimen, tres sospechosos. Una policía, tres citas con ellos. Pero ¿y si uno le gusta tanto como para saltarse todas las normas? ¿Será el asesino?

“Ni un zapato más”
Secuestran a mujeres y sus zapatos aparecen en la puerta de Rubén, nuestro policía. Une comedia, romance e intriga y no podrás parar de leer y de reír.

“Si tiene que ser”
El destino es caprichoso y jugará con todos los personajes de esta novela coral, sobre todo con Lucas, el médico de moda

“De enfermera al cielo o al caldero”
Entradas de mi blog «Soy enfermera y me enfermo cada vez que lo pienso» y la historia de Julia, una enfermera a la que le va a costar muchas explicaciones que se le abran las puertas del cielo.

“Luna para dos”
Novela romántica contemporánea con toques eróticos. Mi libro más atrevido. Luna tendrá que tomar muchas decisiones y no está acostumbrada y su jefe, del que lleva enamorada años, no se lo va a poner fácil.

“Estrellaría mi estrella”
Estrella tendrá que armarse de coraje para tomar las riendas de su vida. Ella es valiente de más, una heroína. ¿Y Edu? Mi novela más dulce.
"Las mariposas no se cuentan por WhatsApp"
Mi libro más divertido y con un vikingo que nunca olvidarás.

"Olvida que antes"

Un reencuentro en una autocaravana que te romperá el corazón.

"¿Qué te apuestas?

Una historia que comienza en Navidad y transcurre en un año con muchas y muchas vueltas.

ESTA ES MI PÁGINA DE ESCRITRORA, SíGUEME:

